ANTOLOGÍA

DE

POETAS MEXICANOS.

ANTOLOGÍA

DE

POETAS MEXICANOS

PUBLICADA

POR LA ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

J. M. Vigil

Segunda Edición.

MEXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente 51.)

1894

ADVERTENCIA.

Con motivo de la celebración del 4º Centenario del descubrimiento de América, la Real Academia Española invitó á las Correspondientes Americanas, para que remitiesen una Antología y una reseña histórica de la poesía castellana cultivada en sus respectivos países, desde la Conquista hasta nuestros días. La Academia Mexicana, obsequiando la invitación de la Española nombró á los Sres. D. Casimiro del Collado y D. José María Roa Bárcena para que formasen la Antología, y á D. José María Vigil para que escribiese la reseña, trabajos que fueron leídos en varias sesiones, habiéndose acordado en seguida su impresión en número muy reducido de ejemplares, con objeto de que no circularan antes de que la Real Academia eligiera las composiciones que determinase incluir en su propia Antología.

Deseosa ahora la Academia Mexicana de que esos

trabajos sean conocidos por lo que pueda importar para nuestra historia literaria, acordó hacer esta segunda edición, reproducción exacta de la primera, siendo de advertir que conforme á la invitación referida, se incluyeron en la Antología composiciones de autores muertos y vivos, así mexicanos, como extraños que hubiesen residido y escrito en México.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA POESÍA MEXICANA.

LA ocupación de la ciudad de México por Hernán Cortés y sus aliados indígenas, puso término á la monarquía azteca, y consumó virtualmente la conquista de los vastos dominios que en el Nuevo Mundo se incorporaron á la Corona de España. Suceso de tal magnitud tenía que envolver fecundas consecuencias; pues no sólo se trataba de las creces y poderío que en el orden político lograba la nación española, sino, lo que era más importante, de los gérmenes de civilización cristiana arrojados en estas remotas regiones; de la expansión de una de las razas más nobles y vigorosas de Europa; de la creación de sociedades que más tarde vendrían á convertirse en naciones soberanas, informadas por el mismo espíritu de libertad y de progreso que tantas maravillas ha realizado y sigue realizando en el Viejo Mundo. Parece que el gobierno español conoció intuitivamente la alteza de los deberes que había contraído, pues procedió desde luego á la organización de la colonia por medio de minuciosos regla-

mentos, encaminados á asimilarla á la metrópoli, sin olvidar como objeto principal de sus desvelos, todo lo relativo á la conversión de los pueblos conquistados, entendiéndose por tal conversión no sólo su entrada en el seno de la Iglesia, sino el inculcarles los principios de la civilización nuevamente planteada, y asegurar el patrocinio que, en cuanto fuera posible, los pusiese á salvo de la fuerza y tiranía de los conquistadores.

A realizar tan elevados propósitos fueron parte importantísima los evangélicos varones que á la Nueva España llegaron cuando todavía humeaban los restos de la ciudad debelada, y que en medio del desorden y la confusión consiguientes, dieron principio con ejemplar paciencia á sus meritorios trabajos, sin arredrarlos las dificultades y obstáculos de todo linaje con que tenían que tropezar en aquella situación caótica, dominada por la violencia y el desenfreno de las pasiones. Cuál haya sido la actividad asombrosa con que así en lo político como en lo material se desenvolviera la sociedad naciente, cuyo seno abrigaba tan heterogéneos elementos, no es de este lugar el narrarlo, y sólo mencionaremos en lo que á nuestro asunto concierne, que la instrucción en sus diversos grados impartida á los indios y á los hijos de los dominadores, fué objeto de especial atención, como lo prueban los varios establecimientos á tal fin destinados y que se crearon á raíz de la conquista; la temprana introducción de la imprenta, y la creación de la Universidad de México.

Al movimiento literario y científico cuyo fondo era

constituído por los estudios oficiales de la época, se asociaron muy luego trabajos de elevada y peculiar trascendencia, pues junto á la Teología, la Filosofía y la Jurisprudencia, aparecieron el cultivo de las lenguas indígenas, la exploración de los monumentos, las indagaciones históricas, que forman el caudal más preciado de filólogos y anticuarios, á la vez que enriquecían con valioso contingente la Geografía, las ciencias naturales y médicas, etc., frutos opimos que sugieren alta idea de la actividad intelectual desplegada en aquellos días. Era natural que la bella literatura viniese á esmaltar con sus primores las arideces científicas, no sólo porque constituye un producto espontáneo de toda sociedad humana, en que el sentimiento y la imaginación buscan formas adecuadas para manifestarse, sino porque las dotes estéticas de los nuevos pobladores y las felices aptitudes de sus hijos, muy temprano reconocidas y admiradas,[1] no podían permanecer ociosas cuando menudeaban ocasiones para ensayarse bajo la dirección de hábiles humanistas que echaron los cimientos de la educación literaria. La poesía fué cultivada principalmente en tres distintas lenguas: latina, mexicana y castellana; y siendo esta última el objeto especial de la presente Reseña, nos limitaremos á indicar que en la primera aparecen nombres tan ilustres como Abad, Alegre y Landívar, y que los pocos documentos que nos quedan de la segunda, como cantares antiguos y obras dramáticas con asuntos de la historia eclesiástica, compuestos para instrucción de los indios, son bastantes para tener idea acerca de la importancia de ese ramo de la literatura

patria, que ofrece poderoso incentivo á la erudición moderna.

En cuanto al ardor con que era cultivada la poesía castellana en el primer siglo de la Colonia, hallamos un dato curioso en lo dicho por Balbuena, quien afirma que en fines de dicho siglo se habían celebrado tres justas literarias, y que en alguna "han entrado trescientos aventureros, todos en la facultad poética ingenios delicadísimos y que pudieran competir con los más floridos del mundo." Indudablemente que esto último envuelve una exageración; mas el solo hecho de competir un número tan crecido de versificadores, muestra con evidencia la grande afición que entre nosotros se tenía á este género de estudios. Por desgracia, de aquella copiosa labor poética nos ha llegado muy poco, y aun cuando no sea temerario asentar que una crítica exigente hallaría de escaso valor la mayor parte de tan exuberante mies, no es fuera de razón el suponer que en tal número de ingenios existieran algunos que á haber vivido en un medio más favorable á sus facultades, habrían producido obras que hoy serían gloria legítima de nuestra literatura; pero un destino adverso ahogó su inspiración antes de que pudiera abrir las alas, y sepultó en el olvido con sus obras prematuras los nombres mismos de los malaventurados autores.

A corroborar esta hipótesis vienen los dos ejemplos que en seguida citamos. ¿Quién no conoce el altísimo puesto que en el Parnaso Español ocupa el eminente dramaturgo Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza? ¿Quién no estudia y admira *La verdad sospechosa*, *Las*

paredes oyen, *Ganar amigos*, que valieron á su inmortal autor el ser colocado al igual de un Lope de Vega, de un Tirso de Molina, de un Calderón y de un Rojas? Pues bien; ¿qué hubiera sido del ilustre poeta mexicano si su buena estrella no le hubiera conducido á la metrópoli de la monarquía, donde un propicio ambiente literario fecundó su numen, haciendo que acreciese con verdaderas joyas el riquísimo tesoro dramático de que con justicia se enorgullece la patria de Cervantes? Fácil es decirlo: el mundo carecería de la obra maestra que inspiró la primera comedia francesa; el poeta filósofo habría malgastado su genio en fruslerías insubstanciales, y en unión de ellas su nombre habría alcanzado tal vez el mismo rigoroso destino que la mayor parte de sus conterráneos. De mucha menos trascendencia, si no de inferior significación, es el segundo ejemplo á que aludimos. Fernán González de Eslava fué un escritor fecundo, cuyas poesías pertenecen en gran parte al género dramático bajo la forma de autos sacramentales. Estas obras, que fueron el encanto de nuestros antepasados, y que se leen todavía con gusto, pues poseen un mérito efectivo, habrían sin remedio desaparecido, si la mano piadosa de un amigo no las hubiese colegido y dado á la estampa, como un homenaje póstumo al autor, siendo sólo de sentirse que no se cumpliese la promesa de sacar á luz "las obras á lo humano." Al través de dos siglos y medio su buena fortuna ha seguido á González Eslava: el libro de sus versos había llegado á ser muy raro desde hace más de cien años; pero por una feliz casualidad, el ejemplar, único tal vez que existe en México, cayó en manos

del Sr. Don Joaquín García Icazbalceta, quien con el primor y esmero que acostumbra publicó una segunda edición, salvando así esas composiciones que por la circunstancia indicada estaban próximas á desaparecer enteramente.

Bien poco es, como antes dijimos, lo que del siglo XVI nos ha llegado; pero por esas raras muestras, mutiladas algunas, vemos que la naciente literatura colonial era un fiel reflejo de la escuela y del gusto dominantes en la península. Documento de valor inestimable, por ser el más antiguo que hasta ahora poseemos, es la descripción del Túmulo Imperial erigido en México para celebrar los funerales de Carlos V el 30 de Noviembre de 1559.[2] En esa obra curiosísima, debida á la pluma del Dr. Francisco Cervantes Salazar, figuran en gran cantidad las composiciones poéticas, así latinas como castellanas que adornaron el Túmulo, y aunque no se mencionan los nombres de los respectivos autores, que debieron ser varios, fácil es adivinar que por su cultura literaria no eran ciertamente inferiores á sus colegas de allende los mares. Otra de las obras que merecen citarse, es la tragedia intitulada *Triunfo de los santos*, representada el año de 1578 en la colocación de las reliquias enviadas por el Papa Gregorio XIII. La pieza, conforme á su título, "representa la persecución de Diocleciano y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino." Fuera de los personajes históricos que en ella hablan, aparecen según el estilo de la época otros alegóricos, tales como la Iglesia, la Fe, la Esperanza, la Gentilidad, la Caridad, la Idolatría y la Crueldad. El argumento, bien desarro-

llado, mantiene el interés del principio al fin, y ofrece trozos de entonación poética dignos del asunto. ¿Quién fué el autor de esa obra? Lo ignoramos; pero quienquiera que haya sido, preciso es reconocer sus buenas dotes dramáticas, sin que merezca censura por haber incurrido en los defectos que en su tiempo afeaban esta clase de composiciones.[3]

Hija de la poesía castellana, la mexicana desconoció esa época de ensayos y tanteos que caracterizan la infancia de las artes; nació adulta, por decirlo así, con las galas y madurez que la fuente de donde procedía había alcanzado en la corte de los monarcas españoles. Los géneros cultivados aquí correspondían en un todo á los modelos que de allá nos llegaban; nuestros ingenios se inspiraban en los mismos ideales, y sus producciones ofrecían idéntico aire de familia, como una de las ramas que se sustentan con la savia del mismo tronco. Por lo demás, los poetas de la Nueva España no contenían su actividad en el círculo de composiciones fugitivas que sirven de solaz al literato, sino que alzaban el vuelo á más altas esferas, no arredrándolos el peso de la carga que se echaban á cuestas. Si fueron ó no felices en su desempeño, no es de este lugar el decirlo, pero la historia exige que apuntemos los trabajos de que tenemos noticias, por raras é incompletas que éstas sean.

De no escaso valor debió ser Francisco de Terrazas, cuando mereció ser elogiado por Cervantes Saavedra en su *Canto de Caliope*.[4] Problema es todavía no resuelto, de cómo llegó el autor del *Quijote* á tener conocimiento del poeta mexicano, pues no se sabe que éste

haya impreso ninguna de las obras que hasta hace poco eran ignoradas por completo. Dejando, empero, esta cuestión, que tal vez se aclarará más tarde, diremos que en el *Ensayo de una Biblioteca Española de Libros Raros y Curiosos*, salieron á luz tres sonetos de Terrazas, y que en un antiguo manuscrito que posee el Sr. García Icazbalceta, se encuentran varios fragmentos de un poema épico intitulado *Nuevo Mundo y Conquista*, que quedó sin concluir. Ahora bien, por esas cortas muestras se ve que Terrazas versificaba con soltura, que manejaba con facilidad la lengua castellana, y que sabía dar interés y colorido á su narración, como lo prueba, entre otros, el bello episodio sobre el saqueo del pueblo de Naucol. En el manuscrito mencionado se encuentran, además, otros fragmentos anónimos con asunto semejante, que el Sr. García Icazbalceta conjetura que pertenezcan á Arrázola ó á Simón de Cuenca, poetas que vivieron en aquella época.

Contemporáneo de los referidos autores fué Don Antonio de Saavedra Guzmán, quien escribió un poema en veinte cantos, con el nombre de *El Peregrino Indiano*, publicado en 1599 y reimpreso en 1880. El autor obtuvo los elogios de varios ingenios españoles, entre ellos el célebre Lope de Vega, quien le llamó "el Lucano de Cortés," pues Saavedra Guzmán se propuso narrar en su obra las hazañas del conquistador de México, ajustándose á la verdad histórica. La crítica literaria no ha sido favorable á *El Peregrino Indiano*, si bien en su descargo puede alegarse el haber sido compuesto poema tan extenso durante los setenta días de navegación que hizo el autor al dirigirse á España

en fines del siglo XVI; circunstancia por la cual puede considerarse esa obra como una verdadera improvisación.

La predilección con que fué vista la Nueva España por los reyes católicos entre los dominios agregados á su corona aquende los mares, contribuyó sin duda á la importancia de esta Colonia, cuyo adelantamiento rapidísimo nos consta de pruebas fehacientes. Entre ellas, por lo que dicho queda, es elocuente testimonio el fervoroso culto de que fueron objeto las bellas letras en la metrópoli que se alzaba orgullosa sobre las ruinas de la antigua Tenóchtitlán, siendo parte digna de recuerdo la presencia de ilustres ingenios españoles que enaltecieron el nombre mexicano y cooperaron en el movimiento con tan próspera fortuna iniciado. Entre ellos merece especial mención el célebre autor de *El Bernardo.* Traído muy joven, hizo su carrera literaria en un colegio de México, donde dió muestras de su precoz talento, y á la edad de diez y siete años ganó el premio en un certamen celebrado con ocasión de la fiesta del Corpus, en presencia del Arzobispo Don Pedro Moya y de otros seis obispos. Balbuena profesó amor acendrado á nuestra patria, de la cual trazó un cuadro bellísimo que viola tal vez las fronteras de la realidad, en su *Grandeza Mexicana*, y no pierde ocasión de ponderar la facultad poética de sus hijos, que "es como una influencia y particular constelación de esta ciudad, según la generalidad con que en su noble juventud se ejercita;" y todavía, al encarecer las maravillas de nuestra capital, se expresa en estos términos: "sus hermosísimas y gallardas damas, discretas

y corteses entre todas las del mundo: los delicados ingenios de su florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía más que en otra parte resplandece."[5]

Eugenio de Salazar fué otro poeta español que nos ha dejado valioso testimonio sobre el entusiasmo con que la bella literatura era cultivada en la capital de la Nueva España. Nacido en Madrid hacia 1530, hizo sus estudios en las universidades de Alcalá y Salamanca, y se graduó de licenciado en leyes en la de Sigüenza. En 1557 casó con Dª Catalina Carrillo, de quien tuvo dos hijos, y después de desempeñar algunas comisiones en España, se encargó en 1567 del gobierno de Palma y Tenerife en las islas Canarias. Pasó de allí con el empleo de oidor á Santo Domingo, y luego con el de fiscal á la Audiencia de Guatemala. Con igual carácter se trasladó á México por los años de 1581, fungiendo más adelante con el de oidor. Fué autor de los emblemas y poesías para los funerales de Felipe II. En 1591 obtuvo el grado de doctor en la Universidad de México, y por último, Felipe III le nombró ministro del Consejo de Indias, plaza que servía en 1601: ignórase la fecha de su muerte. El mismo Salazar compendia en un soneto los principales sucesos de su vida:[6] en cuanto á las obras de que fué autor, mencionaremos el *Argumento y recomendación*, en 34 octavas reales, á los *Diálogos militares* del Dr. Diego García de Palacio, impresos en México el año de 1583; varias cartas publicadas por la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*, algunas de las cuales se encuentran en el *Epistolario*

español de Rivadeneira, y un grueso volumen de versos y prosa que se conserva manuscrito en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. En el *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, se insertaron varias poesías de este autor: de ellas ofrecen especial interés para nosotros una *Descripción de la Laguna de México*, composición bucólica, y una extensa *Epístola al insigne Hernando de Herrera.* La pintura que Eugenio de Salazar hace de México en esta última producción es tan acabada y brillante como la ideada por Bernardo de Balbuena, y sólo nos fijaremos, por lo que á nuestro asunto concierne, sobre el pasaje relativo al cultivo de la poesía. De él resulta, en efecto, que los ingenios mexicanos se ensayaban en todos los géneros, desde el lírico hasta el heroico, desde el epigrama, la elegía y la sátira, hasta la comedia y la tragedia.[7]

Ahora bien; ¿cómo explicar la pérdida de aquella riqueza literaria, de que sólo nos han llegado pocos y mutilados residuos? He aquí las juiciosas observaciones que sobre el particular hace uno de nuestros más distinguidos escritores: "Al juzgar del movimiento literario en México durante el siglo XVI debe tenerse en cuenta que de los frutos del ingenio se malograron muchos. Unos quedaron manuscritos y se perdieron sin dejar memoria; otros, aunque impresos, corrieron igual suerte, y ni sus títulos conocemos: de algunos hay noticia, pero no se hallan: poquísimos han resistido á las calamidades de que han sido víctimas nuestros depósitos literarios. Las órdenes religiosas tuvieron desde el principio bibliotecas, y con ellas podían suplir los estu-

diantes la falta de la que debió tener la Universidad y no abrió sino muy tarde. Esas bibliotecas sufrieron continua destrucción por la polilla, las inundaciones, los robos, la incuria de sus poseedores, y más que todo por las frecuentes escaseces de papel, que provocaban á destruir libros viejos para venderlos á mercaderes y polvoristas: mucho pasó á tierras extrañas. Así ha perecido grandísima parte del tesoro que nos legaron los siglos pasados: así hemos dejado eclipsar glorias de nuestra patria, y nos vemos reducidos á trazar bosquejos imperfectos, en vez de pintar cuadros acabados y bellos."[8]

Mayor número de obras y más cabales noticias de autores han llegado hasta nosotros, referentes al siglo XVII, durante el cual la poesía mexicana continuó con el mismo vigor de que en el precedente había dado señaladas muestras. Entre los documentos más curiosos de aquella época, pues da más acabada idea de la fecundidad poética de nuestros abuelos, hay que citar el *Triunfo Parténico* de Sigüenza y Góngora, colección de composiciones premiadas en los certámenes que se celebraban en las fiestas de la Inmaculada Concepción. Esas composiciones pertenecen á más de cincuenta poetas, y por tan crecido número puede conjeturarse el de los que competirían en la liza literaria. Siendo, por lo demás, ajeno de la presente *Reseña* detenernos en extensos detalles, nos limitaremos á citar los escritores más notables, tomando por guía la excelente obra del Sr. D. Francisco Pimentel.[9]

Francisco Bramón escribió *Los Sirgueros de la Virgen sin pecado original* (México, 1620); sobre cuya pro-

ducción dice Beristain: "Esta obra, dedicada al Obispo de Michoacán, D. Fray Baltasar de Covarrubias, es una fábula pastoral, parecida á la Galatea de Cervantes. Y por ser ya poco usada la palabra "Sirgueros," quiero decir que significa "Cantos," de la voz griega *Sir*, y esta es la etimología de la voz vulgar castellana Jilguero ó Xilguero."

Matías Bocanegra, originario de Puebla, jesuita, muy estimado de virreyes y obispos por su ingenio é instrucción. Fué autor de una *Canción á la vista de un desengaño*, composición que alcanzó gran popularidad en el país, que se imprimió muchas veces y que imitaron varios poetas de los siglos XVII y XVIII. Compuso, además, *Descripción del viaje que hizo el Marqués de Villena por mar y tierra á México* (1640).

Luis Sandoval y Zapata, mexicano de ilustre familia, escribió *Poesías varias á Nuestra Señora de Guadalupe de México*. Dejó, además, otras varias obras que quedaron inéditas.

Juan de Guevara, natural de México y capellán del convento de Santa Inés. Gozó en su tiempo de gran reputación como poeta, lo cual le valió el honroso encargo de ser elegido secretario del certamen poético que en 1654 celebró la Universidad de México en loor de la Virgen María. Fué autor de las siguientes obras: segunda jornada de *Amor es más laberinto*, comedia de Sor Juana Inés de la Cruz; *Faustísima entrada en México del Virrey Duque de Alburquerque* (1653); *Certamen poético en elogio de la Concepción Mariana* (1654); *Centón de versos* para solemnizar la dedicación del templo del Hospital de Jesús, fundado por Cortés; *Poesías*

sagradas, premiadas por la Universidad de México en 1683 é insertas en el *Triunfo Parténico.*

Br. José López Avilez, de quien hace Sigüenza el siguiente elogio: "Destrísimo en la composición lírica, de que nos ha dado impresas insignes obras, puede ponerse en parangón con el poeta venusino, mereciendo por ello ser tenido por gran padre de las musas y honra de los certámenes académicos." Fué capellán y maestro de pajes del Virrey D. Fr. Payo Enríquez de Rivera, y profesor de letras humanas. Además de un tomo en folio de versos latinos en alabanza de la Virgen de Guadalupe y publicado en 1669, escribió las siguientes obras: *Canto pastoril* en cien fojas, impreso en México; *Versos latinos y castellanos á la Santísima Virgen;* el Sr. Pimentel opina que estos versos, impresos según Beristain en 1682, son los que aparecen en el *Triunfo Parténico*, publicado en 1683; *Descripción en verso de la calzada que va de México al Santuario de Guadalupe; Elogio á San Francisco de Borja:* el mismo Sr. Pimentel cree que es el mismo elogio (un epigrama latino premiado por la Universidad) que se halla en la obra intitulada: "Festivo aparato con que la Compañía de Jesús celebró en México á San Francisco de Borja;" y por último, la biografía en verso de Fr. Payo Enríquez publicada en 1685 con el siguiente título: *Debido recuerdo de agradecimiento leal.*

Lic. Francisco Ayerra y Santa María, clérigo secular originario de Puerto Rico, pero que floreció en México, donde desempeñó los cargos de capellán de Jesús María, primer rector del Seminario y visitador del Arzobispado. Murió en 1708, á los 78 años de edad,

y dejó las siguientes obras: *Poesías sagradas*, insertas en el *Triunfo Parténico; Versos* premiados en el certamen poético por la canonización de San Juan de Dios; *Inscripciones y poesías* en la recepción del Virrey Duque de Alburquerque. He aquí cómo se expresa Sigüenza y Góngora acerca de este autor: "El Lic. D. Francisco de Ayerra y Santa María, aunque es el *animæ dimidium meæ*, que de su querido Virgilio decía Horacio, ninguno que lo conozca me censurará de apasionado si digo que es elegante latino, poeta admirable, agudo filósofo, excelentísimo jurisconsulto, profundo teólogo, orador grande y cortesano político, realzándose todas estas perfecciones con ser una erudita enciclopedia de las floridas letras."

Br. Pedro Muñoz de Castro, presbítero mexicano, de quien se conocen *varias poesías* insertas en el *Triunfo Parténico; Elogio de San José* (1696); *Exaltación magnífica de la Betlemítica rosa de la mejor americana Jericó* (1697); *Poesías en honor de San Juan de Dios, premiadas en las fiestas de su canonización* (1702); *Ecos de las Cóncavas del Monte Carmelo* por la muerte del Virrey D. Fernando de Lencastre Noroña y Silva (1717).

Gaspar de Villagra, capitán de infantería en la conquista de Nuevo México y que sirvió en todas las expediciones de Oñate y Saldívar, escribió un poema intitulado *La historia de Nuevo México* (Alcalá, 1660).

Arias Villalobos, sacerdote español, natural de Jerez, que se estableció en México á principios del siglo XVII. Fué autor de las composiciones que se mencionan en seguida: *Historia de México en verso castellano desde la venida de los acolhuas hasta el presente* (1623);

Canto descriptivo de la Ciudad de México, y además varios epitafios castellanos y latinos para el cenotafio de la Virreina Marquesa de Guadalcázar (1619).

Francisco Corchero Carreño, español, avecindado desde joven en México, donde hizo su carrera literaria. Fué capellán de la Cárcel de Cortes durante treinta años, y al morir (1668) dejó todos sus bienes para los presos y otros objetos de beneficencia. Escribió un poema religioso intitulado: *Desagravio de Cristo en el triunfo de su Cruz contra el judaísmo* (1649).

Antonio Morales Pastrana, natural de la ciudad de México, empleado fiscal y versado en las letras humanas y con algunos conocimientos en las divinas, compuso una *Canción histórica de la milagrosa imagen de Guadalupe*, y según parece, algunas otras poesías dedicas al mismo asunto. En 1671 publicó una descripción de las fiestas con que se celebró la beatificación de Santa Rosa, y en 1694 un poema á los Dolores de María.

Carlos de Sigüenza y Góngora, mexicano distinguidísimo, que además de sus obras históricas y científicas escribió en verso: *Primavera indiana*, poema sacro-histórico sobre la Virgen de Guadalupe (1662-68-83); *Poema* (póstumo) en elogio de San Francisco Javier (1700); y *Poesías sagradas* incluídas en el *Triunfo Parténico*.

Dr. José Mora, juez eclesiástico en Querétaro y dean de la Catedral de Valladolid, escribió: *Vida de Santa Gertrudis en verso endecasílabo* y *Poesías sagradas* insertas en el *Triunfo Parténico*.

Dr. Miguel Reina Zeballos, natural de Puebla y ca-

nónigo de Valladolid, fué autor de *La elocuencia del silencio. Poema heroico, vida y martirio de San Juan Nepomuceno.* (Madrid, 1738).

Pbro. Diego Ribera, mexicano, entre cuyas obras mencionaremos las siguientes: *Descripción poética de las honras fúnebres que hizo México al Sr. D. Felipe IV, y de las fiestas con que celebró la proclamación del Sr. D. Carlos II* (1666). *Relación en verso castellano de la solemnidad con que se dedicó el templo de San Felipe de Jesús* (1673). *Epílogo en verso castellano de las obras que ha hecho en México el Excmo. Sr. D. Fr. Payo Enríquez de Rivera* (1676). *Novena venida de la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios de México*, en verso (1673).

Felipe Santoyo, natural de Toledo y portero de la Audiencia de México, publicó en verso: *Descripción del templo de Santa Isabel* (1681). *Descripción panegírica del templo de Santa Teresa la antigua* (1684). *Poesías varias, sagradas y profanas* (1690). *Octavas reales* en loor de San Juan de Dios, premiadas en el certamen poético con motivo de la canonización de dicho santo.

Alonso Ramírez de Vargas, mexicano, capitán, alcalde mayor de Mixquiahuala, compuso una *Descripción poética de las fiestas que se celebraron en México por el nacimiento del príncipe D. Carlos* (1662); y además algunas poesías que se hallan en el *Triunfo Parténico* y otras en el *Festivo aparato* con que se celebró la canonización de San Francisco de Borja. Sigüenza y Góngora califica á este autor de "poeta excelentísimo, que ha poseído desde su niñez la llave dorada de los retretes de Apolo, donde le han sugerido las musas

cuantos versos suaves, cuantos poemas heroicos, cuantas consumadas obras han sido empleo gratísimo de los comunes aplausos."

El mismo Sigüenza y Góngora habla con aplauso de un auto compuesto por Ramírez de Vargas con el título de *El Triunfo de Diana*.

Agustín Salazar y Torres, español, que á la edad de cinco años vino á México, en donde recibió su educación literaria. De este autor existe una colección de poesías publicada en Madrid con el título de *Cítara de Apolo* (1694); y una *Descripción en verso castellano de la entrada del Duque de Alburquerque* (México, 1653), fuera de algunas piezas dramáticas que dejó inéditas.

Eusebio Vela, mexicano, escribió las siguientes comedias, que en su mayor parte fueron impresas: *El menor máximo San Francisco. El Asturiano en las Indias. Por engañar, engañarse. Amar á su semejante. Las constantes españolas. Con agravios loco y con celos cuerdo. Por los peligros de amor conseguir la mayor dicha. El amor excede al arte. Si el amor excede al arte, ni arte ni amor á prudencia. La conquista de México en tres partes. El Apostolado en Indias: El héroe mayor del mundo; La pérdida de España por una mujer: El amor más bien premiado entre traición y cautela.* De este autor dramático dice Beristain que "si no es igual á los Lope y Calderón, es seguramente superior á los Montalvanes y á los Moretos en la decencia de las jocosidades."

Pbro. Vicente Torija, natural del obispado de Puebla, tradujo en verso castellano las obras de Virgilio, cuyo manuscrito fué llevado á España para imprimirse, sin que se haya vuelto á saber de él.

Dª María Estrada Medinilla, mexicana, publicó una *Relación en ovillejos castellanos de la entrada del Virrey Villena en México* (1640); y otra *Descripción en octavas reales de las fiestas con que obsequió México al mismo Virrey* (1641).

Sor Teresa de Cristo, religiosa de la Concepción, compuso un *Elogio en verso castellano*, premiado en el certamen que se abrió para celebrar la canonización de San Juan de Dios, é impreso en México (1702).

Cerraremos esta larga lista con la figura más conspicua del siglo XVII y tal vez de todo el período de la literatura colonial en México: nos referimos á Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Jerónimo, cuyo mérito excepcional nos empeña á entrar en algunos pormenores sobre el carácter y las obras de aquella mujer extraordinaria. El 12 de Noviembre de 1651 nació Sor Juana Inés en San Miguel de Nepantla, jurisdicción de Amecameca. La claridad de su talento y la pasión por el estudio se revelaron desde su más tierna edad, pues á los cinco años había adquirido todos los conocimientos que formaban en su época la educación del bello sexo, y á los ocho compuso para la festividad del Corpus, una loa, en que según el testimonio contemporáneo, se habían reunido las cualidades exigidas en esa clase de composiciones. Absteníase ya entonces de algunos alimentos que podían entorpecer su inteligencia, y al saber que había en México una Universidad donde se enseñaban las ciencias que deseaba aprender, instaba con frecuencia á sus padres para que la vistiesen de hombre y la enviasen á cursar las aulas.

Ya que no era posible satisfacer esta rara exigencia,

fué enviada á la edad de ocho años á casa de su abuelo, que residía en la ciudad de México. Allí recibió veinte lecciones de gramática latina, que fueron bastantes para que llegase á conocer á fondo aquella lengua, como se revela por la clásica erudición de sus escritos, siendo de advertir que el copioso caudal de conocimientos que adquirió fué debido á su solo esfuerzo, y para esto, cuando deseaba aprender alguna cosa, recurría al singular expediente de fijarse un plazo cortándose el cabello, y si éste crecía sin haber logrado su objeto, repetía la operación, pues según sus propias palabras, no le parecía razón "que estuviese vestida de cabello cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno."

El brillo de su talento realzado por su hermosura física, que á juzgar por los retratos que nos quedan debió ser notable, decidió á los parientes de la joven poetisa, temerosos de los riesgos que pudiera correr, á colocarla en el palacio del virrey, marqués de Mancera, en calidad de dama de la virreina. Parece que esta señora le profesó un cariño especialísimo, que fué ardientemente correspondido por parte de su bella dama, á juzgar por las muchas composiciones que ésta le dedicó, considerándola con el doble carácter de amiga y protectora. El variado y profundo saber de la poetisa llamó luego la atención de la Corte, y deseando averiguar el virrey la extensión de aquellos conocimientos, á los que llegó á atribuirse con el candor propio de la época un origen sobrenatural, reunió para que la examinaran á todos los profesores de la Universidad y demás personas notables por su instrucción que había

entonces en México, juntándose cosa de cuarenta entre teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, etc. El resultado de aquel examen se ve compendiado en las siguientes palabras del virrey, que textualmente traslada el Padre Calleja: "Á la manera que un galeón real se defendiera de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos, cada uno en su clase, le propusieran."

En medio de los justos aplausos con que era festejada, que debían lisonjear su amor propio de mujer y de escritora, y cuando apenas había llegado á la edad de 17 años, tomó la extraña resolución de abandonar el mundo y encerrarse en un monasterio. El motivo que la haya impulsado á dar semejante paso, está bien indicado por ella misma. En la posición que guardaba tenía que escoger forzosamente entre el matrimonio y el claustro: el primero le imponía obligaciones incompatibles con la libertad que soñaba para entregarse al estudio; el segundo, no obstante hallar en él cosas que repugnaban á su genio, le otorgaba esa libertad: la elección no era, pues, dudosa; tratábase de optar entre lo que ofrecía menores inconvenientes. He aquí sus palabras: "Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) que repugnaban á mi genio; con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación, á cuyo primer respeto, como el más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas

las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no tener ocupación alguna obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros."

Ahora bien, ¿encontró Sor Juana en el convento lo que tanto anhelaba? ¿Pudo satisfacer en el silencio y soledad del claustro la ardiente sed de saber que consumía su alma? No se necesita discurrir mucho, aun cuando ella no nos lo dijera, para comprender la profunda desilusión de que fué víctima y las graves contradicciones que sufrió en el estrecho círculo en que se vió condenada á pasar 27 años de su vida, y que en tan abierta oposición se hallaba con sus altas y generosas aspiraciones. El comercio con los libros, único refugio que le quedaba contra realidades harto penosas, no podía dejar satisfecho el instinto de sociabilidad tan poderoso en su corazón naturalmente expansivo. "Ya se ve, decía, cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro.... es sumo trabajo no sólo carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo y por condiscípulo un tintero insensible."

Pero aun de ese mezquino alivio no le fué lícito gozar enteramente. Desde luego una prelada "muy santa y muy cándida" según se expresa la misma Sor Juana, creyó que el estudio era cosa peligrosa, y le mandó que se abstuviera de semejante ocupación; ella obedeció durante tres meses en que no abrió un solo libro, sin que por esto disminuyese su actividad intelectual, que en

todas partes veía objetos dignos de observación. Otra vez los médicos le ordenaron que no estudiara, por el mal estado de su salud, pero ella los convenció de que las meditaciones á que se entregaba le causaban mayor daño, y le concedieron que leyera. Sin embargo, dos años antes de morir vióse sometida á la prueba más dura que podía imaginarse, puesto que iba á herirla en la parte más sensible de su alma. En mala hora ocurriósele á Sor Juana impugnar un sermón del Padre Vieyra, predicador de gran fama en aquellos tiempos, y con este motivo D. Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, que debía poseer en alto grado las dotes de santidad y candidez que adornaban á la prelada jerónima, le dirigió bajo el nombre de Sor Filotea una carta, que se puede calificar de impertinente, en que después de alabar la impugnación referida, la exhortaba á que abandonase las letras profanas, que se consagrase únicamente á la religión, formulando el siguiente mandato: "Mucho tiempo ha gastado usted en el estudio de los filósofos y poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos y se mejoren los libros."

Sor Juana contestó al obispo de Puebla con una larga y erudita carta que contiene datos curiosísimos sobre su propia vida, sobre sus inclinaciones literarias y sobre las amarguras y contrariedades que esas inclinaciones le habían ocasionado. Defiende con energía la conveniencia de que la mujer se instruya, y al hablar de su impugnación al sermón del Padre Vieyra, manifiesta con toda franqueza que su entendimiento es tan libre como el del referido Padre, pues viene del mismo solar. No obstante, aquella entereza tuvo que doble-

garse ante exigencias que por todas partes la cercaban, y haciendo el último y más grande sacrificio que podía imponérsele, mandó vender los cuatro mil volúmenes que componían su biblioteca; los mapas, instrumentos científicos y músicos que poseía, repartiendo entre los pobres el producto de la venta. En seguida hizo confesión general; escribió con su propia sangre dos protestas de fe; no dejó en su celda más que algunos libros místicos, y se entregó á penitencias rigurosas que sólo pudieron moderar los mandatos de su confesor. Dos años duró esta nueva fase de su vida; una epidemia de fiebres malignas que apareció en México penetró en el convento de San Jerónimo; Sor Juana entonces se dedicó á asistir con ardiente caridad á las monjas enfermas, y contagiada á la vez, murió en 1695, á la edad de 44 años.

La fama que alcanzó Sor Juana durante su vida, la ha seguido después de su muerte, obteniendo merecidos elogios de ilustres escritores tanto mexicanos como extranjeros. "Puede asegurarse, dice D. Juan Nicasio Gallego, que las primeras obras poéticas (de mujer) que por su variedad, extensión y crédito merecen el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, monja de México, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á sus coetáneos el nombre de la *Décima Musa*, y contando entre sus panegiristas al erudito Feyjóo." Y el distinguido académico D. Leopoldo Augusto de Cueto, afirma por su parte, que "la monja de México es; entre estos poetas (sus contemporáneos), la que recibió del cielo estro más puro y sensibilidad más delicada." En efecto, si algunas veces la religiosa

de San Jerónimo pagó tributo al mal gusto que dominaba en su época, fácil es notar la elegante sobriedad de su dicción poética cuando dejaba correr la pluma á impulsos de la noble inspiración que llenaba su alma. La gracia y la frescura se desbordan con deliciosa espontaneidad, revistiendo de bellas formas la profundidad de la idea y las pudorosas vibraciones de una sensibilidad exquisita.

El estado de decadencia á que había llegado la poesía española y que siguió en progresión creciente hasta más allá de la mitad del siglo XVIII, ejerció, como era natural, una pésima influencia en la literatura mexicana, que bebía en las mismas fuentes que aquélla; sin embargo, los poetas que pasamos á mencionar manifiestan por su número y algunas cualidades literarias, que no disminuyó en ese tiempo el entusiasmo por los estudios humanistas, que se emprendieron obras de erudición y largo aliento, si bien deslucidas con los falsos atavíos de una escuela extravagante. Hechas estas observaciones, veamos los escritores más notables y las noticias que acerca de ellos nos proporciona la obra del Sr. Pimentel á que hemos hecho referencia.

Pbro. Manuel Zumaya, mexicano, tradujo varias óperas italianas, entre ellas una intitulada *Parténope*, representada en el Palacio Nacional para celebrar el natalicio de Felipe V. En la Biblioteca Nacional existe un ejemplar de esta pieza, sin el nombre del traductor ni la fecha de su impresión; pero según indica el Sr. Pimentel, fué publicada en 1711. Zumaya escribió además, una comedia original intitulada *El Rodrigo*, que se representó en el mismo Palacio con motivo del nacimiento del Príncipe Luis Fernando.

José Luis Velasco Arellano, natural de México, escribió: *Desengaño en silva libre* (1711); *Estímulo cristiano, canto moral* (ídem); *Triunfo de Felipe V, poema heroico* (1713); *Llanto por la muerte del Delfín de Francia* (ídem).

Pbro. Juan Arriola, oriundo de Guanajuato, fué autor de las siguientes obras: *Poema lírico* sobre la vida de Santa Rosalía, que se conserva inédito; una glosa en catorce sonetos del atribuído á Santa Teresa, que comienza: *No me mueve, mi Dios, para quererte; Canción de un desengaño*, imitación de la que con igual título escribió el P. Bocanegra; y una comedia intitulada *No hay mayor mal que los celos.*

Pbro. Cayetano Cabrera y Quintero, fecundo escritor que tradujo del latín en verso castellano, trescientos epigramas y varias obras de Horacio y Juvenal, así como algunos epigramas del griego al latín: compuso además, una vida de San Francisco en verso castellano; otra de Santa Rosa en verso latino, y un poema á Santa Cristina; algunas inscripciones que se pusieron en arcos triunfales, y dos comedias intituladas: *La esperanza malograda* y *El Iris de Salamanca.* De sus obras en prosa mencionaremos el *Escudo de armas de México*, que es una historia de la epidemia llamada *Matlazahuatl;* artes de la lengua hebrea, de la griega y de la mexicana; dos tomos de disertaciones y oraciones académicas y tres de sermones.

Dª Anna Zúñiga, natural de México, obtuvo premios en los tres certámenes literarios que se celebraron con motivo de la exaltación de Luis I al trono de España; de la canonización de San Juan de la Cruz, y de la coronación de Fernando VI.

Antonio Joaquín de Rivadeneyra y Barrientos, originario de Puebla, escribió un poema intitulado *El Pasatiempo*, que comienza con la creación del mundo y llega hasta Fernando VI, y un *Diario*, que es la relación en verso del viaje que hizo de Cádiz á México la Marquesa de las Amarillas, Virreina de Nueva España. Sobre la primera obra dice el Sr. Pimentel: "Es de gran trabajo, vasta erudición, generalmente de lenguaje correcto y buena versificación, y con regulares descripciones; pero de color prosaico y de lectura pesada, especialmente por la multitud de notas. En una palabra, la obra de Rivadeneyra es de aquellas donde se suple lo bello con lo difícil."

Pbro. José Lucas Anaya, poblano, publicó en México (1769), bajo el nombre de Lic. José Jiménez Frías, un poema en octavas reales sobre la pasión de Jesucristo. Escribió, además, otro poema sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe; una vida de Juan Diego en verso castellano; dos cantos endecasílabos á la Concepción Inmaculada de María (Puebla, 1763), y un romance endecasílabo sobre la conversión de un joven en Paris, hecha por San Ignacio de Loyola (México, 1767).

Francisco Soria, tlaxcalteca, escribió las siguientes comedias que se representaron en México: *Guillermo, Duque de Aquitania; La Mágica mexicana* y *Genoveva;* á las cuales obras hay que agregar: *Canto á la Asunción* en 111 octavas (Puebla, 1767), y *Descripción de las fiestas que se verificaron en Tehuacán al dedicarse el templo de los Carmelitas.*

José Rafael Larrañaga, hijo de Zacatecas, tradujo

en verso castellano todas las obras de Virgilio, habiendo sido el primero que en nuestra lengua emprendió esta difícil labor. "Larrañaga, dice el Sr. Pimentel, se ayudó consultando, con notable erudición, todo lo que hasta su época se había escrito sobre Virgilio, y consiguiendo que su trabajo se distinga por estas cualidades: lenguaje correcto, estilo natural, versos fáciles, y sobre todo, exactitud en la versión."

Pbro. Francisco Javier Alegre, veracruzano. Este sabio jesuita, conocido por sus traducciones en verso latino de la *Iliada* y de la *Batriachomiomachia* de Homero; por su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España;* por su curso de Teología; por su poema latino *Alexandriada* y por otras poesías escritas en el mismo idioma; tradujo en verso castellano la *Poética* de Boileau y algunas sátiras de Horacio, trabajos que habían permanecido inéditos, hasta que en nuestros días los dió á la estampa el infatigable erudito García Icazbalceta. La traducción de Boileau es notabilísima, pues Alegre la ajustó á la poesía española, acompañándola de notas en que se muestra la vasta erudición del jesuita veracruzano.

José Agustín de Castro, con el título de *Miscelánea de poesías sagradas y humanas* publicó un volumen en Puebla (1797). Aumentada considerablemente dicha *Miscelánea*, se reimprimió en tres volúmenes (México, 1809).

Francisco Ruiz de León, natural de Tehuacán de las Granadas, escribió los siguientes poemas: *Hernandia* (Madrid, 1755); *La Tebaida Indiana*, que es una descripción del Desierto de los Carmelitas; *Mirra dul-*

ce para aliento de pecadores (Bogotá, 1790), y varios tomos de poesías, algunos de los cuales se publicaron sin el nombre del autor.

Hasta aquí la poesía mexicana presenta ciertos caracteres generales que procuraremos señalar brevemente. Hija legítima de la española, siguió el movimiento evolucionista que ésta efectuó del siglo XVI al XVIII, reproduciendo sus buenas cualidades y defectos. No quiere decir esto que los poetas de la Nueva España fuesen serviles imitadores de los peninsulares, sin que se atreviesen á desviarse un solo paso de sus modelos. Como observa exactamente el Sr. Pimentel, hay en la literatura mexicana muchas veces originalidad en cuanto al objeto, en cuanto á los argumentos y aun en el tono y la expresión: el descubrimiento del Nuevo Mundo y la Conquista de México, fueron asuntos que ya en el siglo XVI ocuparon la pluma de algunos de nuestros poetas, y Eslava ofrece en sus Coloquios "un color local, mexicano, en armonía con el nuevo pueblo, con las nuevas costumbres, con los nuevos idiomas á que frecuentemente se refiere." Por lo demás, pocos y de escasa significación eran los acontecimientos que provocaban la actividad de aquellos poetas, y que venían á interrumpir la monotonía de la vida colonial, como la exaltación ó la muerte de un monarca, la canonización de un santo, el estreno de un templo, la muerte de un arzobispo ó las fiestas con que se celebraba la llegada de un virrey. Deja entenderse que tales acontecimientos no eran los

más adecuados para inflamar la fantasía poética, y las composiciones á ellos relativas pueden considerarse como ejercicios retóricos en que lucía más ó menos el ingenio, pero á los que faltaba el fuego de una inspiración espontánea. Esta observación se hace extensiva á los certámenes que se estilaban en aquellos tiempos, pues aun cuando tuviesen por lo común objeto de mayor trascendencia, como una tesis teológica, los autores iban movidos por el deseo de alcanzar un premio que halagase su vanidad literaria: eran producciones de circunstancias, con las que nada tenía que ver la necesidad de expresar sentimientos inspirados por la naturaleza, la sociedad ó las propias pasiones.

La pedantesca educación literaria de aquellos autores les impedía aprovechar en pro del arte la vasta erudición clásica que poseían, prefiriendo á la severa sencillez de los antiguos, las galas postizas y los relumbrones con que el mal gusto inficionó las letras españolas. Así vemos en su conjunto una literatura artificial, sin calor, sin trascendencia, á través de la cual difícilmente puede columbrarse la vida psicológica de la sociedad en que se produjo.

Injusto sería atribuir tan singular fenómeno á incapacidad de los muchos ingenios que brillaron en la Nueva España: las condiciones sociales en que vivían, el círculo estrechísimo en que giraba su inteligencia no debían dar otro resultado. Ni puede suponerse que aquellos autores dejasen de conocer los vicios de que adolecía la Colonia,[10] que dejasen de sentir esas luchas internas de que es teatro el corazón humano, y que se tornan más agudas y dolorosas en los hombres

superiores; mas era tan recia la matriz en que su espíritu se había fundido, que tal vez no tuvieron siquiera la tentación de metamorfosearlo. Un sistema de doctrinas y de costumbres perfectamente uniforme organizaba todos los elementos de la vida individual y colectiva: las lecciones religiosas y morales que el niño recibía en el hogar doméstico, hallábalas desenvueltas y confirmadas en la instrucción que se le daba en las escuelas: la Filosofía, la Historia, la Literatura, todas las ciencias vivían en pacífico consorcio á la sombra de la Teología: el Estado y la Iglesia, ligados estrechamente, formaban un solo poder pronto á sofocar cualquiera veleidad que turbase la relación unísona entre la ciencia y la creencia; y de esta manera la actividad poética no tuvo más alimento que un objetivismo convencional y abstruso, pues el vigor del pensamiento acaba por atrofiarse cuando falta el uso libre de la palabra.

Todo concurría, por otra parte, á mantener aquella situación: la lejanía, el aislamiento de la Colonia, impedían que llegasen hasta ella los aires de revolución que agitaban al Viejo Mundo, y que estrellándose en los muros de la Inquisición de Madrid, apenas si los percibía el oído siempre atento de su correspondiente mexicana. Los intereses yuxtapuestos y contrarios hasta cierto punto, de los diversos pobladores del virreinato, imposibilitaban toda acción mancomunada que obligase al Estado á aflojar en el ejercicio de su poder: la obra persistente de la conquista, las expediciones de descubrimiento, el desarrollo de una sociedad en vía de formación, daban suficiente empleo á la

actividad física y moral para que se preocupase con cuestiones que poco afectaban á la multitud, pues sólo pueden surgir cuando los pueblos tocan esos períodos críticos en que necesidades nuevas entran en conflicto con instituciones arraigadas.

Entre las grandes fuentes de inspiración poética figuran el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico. El primero dominó de preferencia en la literatura colonial, como tenía que suceder en una sociedad profundamente creyente: asombra, empero, que de vena tan rica y fecunda no hubiese brotado alguna de esas concepciones majestuosas, impregnadas de unción, que transportan el pensamiento á las esferas del infinito, donde atónito se suspende en la contemplación de misterios inefables. Mas tales concepciones no pueden medrar bajo la férula formalista que tendía un férreo nivel y que no era lícito traspasar sin grave peligro. "Yo no quiero ruido con la Inquisición," decía Sor Juana Inés con su genial donaire, y ese propósito bien justificado, que todo escritor formulaba en el fondo de su conciencia, era un germen de muerte que esterilizaba cualquiera idea levantada que pudiese despertar la suspicacia de espíritus asustadizos, armados, por otra parte, de tremenda autoridad. Así vemos en las composiciones religiosas una mezcolanza absurda de alusiones mitológicas é ideas cristianas torpemente desfiguradas, que descendía muchas veces á chocarrerías, indignas no ya de un asunto sagrado, sino de cualquiera producción de carácter algo serio.

Por lo que hace al sentimiento patriótico propiamente dicho, no existió ni pudo existir en las tres cuar-

tas partes del período colonial, sino bajo la forma de aspiración vaga que se alimentaba de esperanzas remotas. En efecto, ¿qué recuerdos, qué tradiciones, y sobre todo, qué incentivos podían despertarlo en lo que respecta á la raza indígena? La civilización superior planteada por la conquista, más que la fuerza material, había sellado definitivamente el ciclo precolombiano: las creencias cristianas, si bien alteradas con los restos de añejas supersticiones, oponían obstáculo insuperable á una reacción plenamente idolátrica, y el goce de ventajas antes desconocidas amortiguaba hasta cierto punto las penalidades de su nueva situación, y alejaba el deseo de restablecer antiguos cacicazgos en que los macehuales eran presa del más desenfrenado despotismo. En cuanto á los hijos de los españoles que formaban un elemento extraño al indígena con cuyas tendencias no podían identificarse, pronto asomó entre ellos y los peninsulares un antagonismo profundo que les hacía imposible entusiasmarse con las glorias de la madre patria.[11] Los descendientes de los conquistadores especialmente, se consideraban víctimas de atroz injusticia, y prorrumpían en amargas quejas al verse reducidos á una condición que formaba doloroso contraste con el medro de afortunados advenedizos. Orgullosos de su ilustre linaje, creíanse con el derecho de constituir una verdadera aristocracia; y fuerza es reconocer que no carecían de razón, si en la conquista radica el origen más respetado de la nobleza. Atribuían unas veces su adverso destino á ingratitud de Cortés;[12] otras á la Providencia Divina como un castigo de los crímenes cometidos por sus an-

tepasados,[13] sin reflexionar que la verdadera causa se hallaba en la política del gobierno español, á quien no convenía se crease en la Colonia una clase privilegiada que llegara con el tiempo á ser altamente peligrosa.

En fines del siglo XVIII la Nueva España había llegado á un alto grado de desarrollo, por el cual podía conjeturarse la proximidad de graves acontecimientos. La independencia de las posesiones británicas era para ella un seductor ejemplo, y el influjo de las ideas francesas que se insinuó desde luego bajo la forma regalista, concretó en necesidades positivas las aspiraciones latentes que hasta entonces habían flotado en la esfera de lo indefinido. Esa evolución social trajo consigo la renovación literaria correspondiente á la efectuada en España por Fr. Diego González, Cienfuegos, Meléndez Valdés, Jovellanos, Quintana, cuyas huellas siguieron Fr. Manuel Navarrete, D. Manuel Sánchez de Tagle, D. Francisco Ortega, D. Anastasio de Ochoa, D. Andrés Quintana Roo, etc., etc. Aquí también tuvimos odas del género empalagoso en que el poeta se extasiaba con *La pollita de Clori* y *El falderito de Silvia;* pero en cambio la imaginación se remontaba ya á encumbradas regiones, se inspiraba en asuntos de alta trascendencia, empleando un lenguaje natural, sencillo, el solo compatible con la dignidad poética.

Aquí debemos abrir un paréntesis que por insignificante que parezca no puede omitirse en la historia literaria de México, pues es la primera manifestación de nuestra poesía patriótica. Conocidos son los hechos

verificados en España el año de 1808 con motivo de la invasión de Napoleón el Grande: tales sucesos causaron en México hondísima impresión que provocó todo género de manifestaciones en favor de Fernando VII, figurando entre ellas un verdadero alud de versos encomiásticos de la familia destronada, acompañados de acres invectivas contra el audaz usurpador. Muchos de los autores tuvieron por conveniente ocultar sus nombres; pero otros menos modestos no quisieron privar á la posteridad de tan interesante dato, como D. Joseph Agustín de Castro, D. José María de Madariaga, D. Rafael Ximeno, D. Carlos Calderón de la Barca, D. Josef Valdés, el Capitán Conde de Colombini, D. Manuel González, D. Mariano Barazábal, D. Luis Montaña, D. Manuel Pinzón, etc., etc. Entre todas aquellas composiciones no aparece una sola que merezca siquiera el calificativo de mediana: la hipérbole llevada hasta la extravagancia; la adulación en descomunales proporciones; el odio que caía en el ridículo á fuerza de exageración, y todo en un lenguaje prosaico, duro, rastrero á la vez que altisonante y pedantesco; tal es, en conjunto, esa literatura de forzado *patrioterismo*, abortada al calor de estériles esfuerzos. Pero si poéticamente hablando su valor es nulo, no sucede lo mismo si se la considera desde el punto de vista histórico. Efectivamente, al través de aquellos arranques de entusiasmo ficticio, no es difícil descubrir la intención política con que se promovieron. Los sucesos de España orillaron á una crisis peligrosísima, de donde surgiría no muy tarde la guerra de insurrección, que tendría por final desenlace la independencia

de la Colonia. A conjurar tal evento se dirigieron las miras del partido español, creyendo que podrían realizarse si se unían en un solo sentimiento de adhesión á la metrópoli, borrando toda diferencia de origen, los diversos pobladores de la Nueva España. ¿Qué resorte más eficaz para conseguir semejante objeto que el embriagar la opinión pública con las grandes palabras de religión y patria, de unión y fraternidad, revestidas con el ropaje seductor de la rima? *Viva Fernando VII* es el encabezado de la décima que copiamos en seguida tal como se publicó:

"Nobles compatriotas míos
todos juremos al Rey,
y á la Religión, y Ley
sigamos fuertes y píos:

Dexemos los desvaríos
de antipatía reprensible
todo el Reyno, si es posible
piense como esta Ciudad
que......... "La Unión y la Hermandad
Hacen la fuerza invencible."

Y luego se añadía por vía de comentario:

Si todos somos hermanos,
y todos vamos á un fin,
ya no hay Criollo, ó Gachupin
todos, sean Americanos.

Es inútil recordar lo infructuoso de maniobras inmensamente desproporcionadas con los intereses y aspiraciones reales que se agitaban en la Colonia; pero no debe olvidarse que aquella llamarada superficial y transitoria de furor versificante, señala una evolución

de trascendencia en la poesía mexicana, que pronto revestiría con digno ropaje las nobles y levantadas ideas que por entonces apenas asomaban entre el fárrago informe de lucubraciones absurdas.

La erección de México en Estado independiente fué uno de esos hechos históricos inevitables, pero cuya consumación no llegó sino después de lucha tenaz y prolongada. Ya entonces la musa patriótica tuvo un asunto digno en que inspirarse, y Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Ortega y otros poetas coetáneos de aquel memorable acontecimiento, dieron á luz composiciones en que se saludaba con entusiasmo pindárico la nueva era de libertad que tantas dichas anunciaba, y se lanzaban terribles anatemas contra el poder á cuya sombra había nacido y crecido la Colonia, pues veíase en él no sólo al mantenedor de un régimen incompatible con la autonomía nacional, sino al representante del sistema absolutista, enemigo nato de esas grandes reformas que constituyen el ideal de los pueblos modernos. Esta sencilla consideración basta para explicar un fenómeno literario en que á primera vista parece olvidada la verdad histórica y lastimado el sentimiento filial de un pueblo que se enorgullece de sus orígenes étnicos.

La nueva fase en que había entrado la existencia nacional tenía que ser, como lo fué en efecto, fecunda para el genio mexicano. Rotos los moldes que imprimían al pensamiento uniformidad inalterable; echadas por tierra las barreras que aislaban á México del resto del mundo; suprimidas las trabas múltiples que coartaban el uso de la palabra, pudo ya cada cual seguir

su inspiración propia; beber en las fuentes más conformes con sus naturales tendencias; aspirar, en suma, á una individualidad más ó menos definida según la fuerza y vigor de su numen. Así, decir podemos que todas las escuelas literarias, todas las ideas religiosas y políticas, todas las doctrinas filosóficas han tenido sus representantes en la poesía mexicana. Considerada ésta en el conjunto de su desarrollo, no es difícil distinguir dos grandes grupos: el que ha seguido de cerca las huellas de los clásicos españoles, respetando escrupulosamente la forma y el lenguaje, y teniendo siempre á la vista los modelos bíblicos y greco-latinos, y el que, obedeciendo á inspiración más espontánea, ha echado por los senderos que al espíritu humano han abierto las literaturas modernas, especialmente la francesa, influída por los genios poderosos de Shakspeare, de Byron y de Gœthe. El uno ha conservado el tono tranquilo, la corrección atildada, la pulcritud retórica que parece huir el contacto de las realidades ordinarias: el otro, estremeciéndose con las agitaciones del día; prestando oído á los rumores que produce el movimiento de los pueblos; constituyéndose en intérprete de los odios y de las esperanzas sociales, ha tomado todas las formas, que considera buenas siempre que traduzcan el ideal con que sueña. En el primero han ido á refugiarse como en templo gótico las antiguas creencias, á cuya luz se ha buscado el sentido de la misma historia; mientras que el segundo, accesible á todos los vientos de la contradicción, ha aquilatado su sensibilidad saludando con regocijo los albores de un porvenir fantástico, ó falto de aliento al

percibir la sombra de la duda, se ha abandonado en brazos de un desesperante pesimismo.

La rápida transformación verificada en nuestra sociedad y la serie de acontecimientos que la vinieron preparando, así como el espíritu eminentemente innovador del presente siglo, explican los diversos aspectos de la poesía mexicana que acabamos de bosquejar. Los literatos nacidos y formados bajo el régimen virreinal, que vivían al consumarse la independencia, llevaban en su alma las profundas impresiones que dejaron los once años de guerra que precedieron á aquel acontecimiento, sin que pueda desconocerse la influencia que en su carácter habían ejercido las teorías filosóficas de la pasada centuria. La musa patriótica, vivamente excitada al ver que México figuraba por fin entre las naciones soberanas, inspiró cantos entusiastas á la libertad, palabra que sintetizaba todos los bienes que un pueblo es capaz de obtener, y que se creían definitivamente conquistados. Las discordias civiles hicieron sentir pronto que aquellos bienes estaban todavía lejos, y la reacción producida por tal desencanto halló expresión adecuada en el romanticismo que extendía á la sazón su influencia por todo el orbe literario. Las desgracias políticas que sobrevinieron, la anarquía desencadenada y la desmoralización consiguiente dieron pábulo á una poesía enfermiza, que bajo la forma generalmente subjetiva expresaba sufrimientos individuales y cuya causa real era el desequilibrio producido por la pugna de opuestos intereses y tendencias que luchaban por sobreponerse. Hubo empero un momento en que el fuego revolucionario

comprimido por las exageraciones del principio autoritario, estalló con nueva fuerza, y hubo entonces un despertamiento de ideas y aspiraciones que hicieron resonar la lira de los poetas con acentos marciales, con saludos entusiastas al porvenir que se divisaba á través del fragor de los combates. Consumada por último la revolución tras el período aciago de la intervención extranjera; calmadas las pasiones bajo la benéfica influencia de una paz tanto tiempo deseada, la inspiración poética ha encontrado un campo indefinido que recorrer, con menos arrebato si se quiere, pero con intención más reflexiva y más profunda. A las hipérboles del romanticismo han sucedido sentimientos que más se acercan á la realidad, y que expresan mejor las dudas, las vacilaciones, las incertidumbres morales que caracterizan el fin del presente siglo, sin que hayan dejado á veces de trascender en la atmósfera literaria las radicales denegaciones del filosofismo positivista.

Réstanos ahora mencionar los principales poetas que se han distinguido en la variada evolución que dejamos trazada. Genuinos representantes de la poesía patriótica á raíz de la independencia fueron Sánchez de Tagle, Ortega y Quintana Roo, cuyas composiciones, especialmente las del último, revelan el estro levantado de su varonil inspiración. Lugar distinguido ocupa en nuestra historia literaria el ilustre poeta cubano D. José María Heredia, que enriqueció el parnaso mexicano con las más bellas de sus producciones. En la escuela romántica aparecen D. Ignacio Rodríguez Galván y D. Fernando Calderón, si bien de ín-

dole muy distinta, debido tal vez á la diferencia de sus respectivas posiciones sociales. Ambos ensayaron con buen éxito en nuestro teatro las atrevidas innovaciones dramáticas introducidas por dicha escuela, formando contraste con ellos D. Manuel Eduardo Gorostiza, cuyas comedias son un modelo de corrección y buen gusto. D. Juan Valle fué el cantor más enérgico de la revolución reformista, siendo dignas de notarse la exactitud y originalidad de sus descripciones, no obstante haber perdido la vista desde los primeros años de su vida. D. Ignacio Ramírez y el joven D. Manuel Acuña se distinguen por el carácter materialista de sus producciones: la muerte voluntaria del segundo ha sido considerada como una gran pérdida para las letras mexicanas, pues mucho había que aguardar de su preclara inteligencia. En el grupo que llamaremos tradicionalista figuran dignamente D. José Joaquín Pesado, D. Manuel Carpio, D. Alejandro Arango y Escandón, que se remonta á las serenas y luminosas regiones de Fr. Luis de León, y D. Francisco de P. Guzmán, que por el suave misticismo de su poesía recuerda el alma apasionada de San Juan de la Cruz.

Por caracteres especiales debemos todavía citar á los autores siguientes: D. José Rosas Moreno, notable por la fluidez y ternura de sus versos, que dejó varias obras dedicadas á la instrucción y educación de la niñez, dando así nobilísimo empleo á su privilegiado talento. Dª Isabel Prieto de Landázuri, poetisa de elevado ingenio que puede calificarse de la cantora por excelencia del amor maternal, de los misteriosos y tranquilos placeres del hogar doméstico. D. Manuel

Flores, inspiradísimo poeta erótico, y D. Manuel Peredo, notable por la gracia y el donaire de su musa juguetona.

Muchos son los poetas que viven aún y cuyas producciones son joyas valiosas con que diariamente se enriquece nuestra literatura. Faltándonos espacio para nombrar á todos ellos, nos limitaremos á algunas indicaciones necesarias para completar el cuadro de la presente Reseña. Citaremos en primer lugar al decano y más popular de los poetas mexicanos, D. Guillermo Prieto, que á una edad avanzada conserva la fecundidad y lozanía de su juventud. *El Romancero nacional* y *La musa callejera* son las obras que mejor caracterizan el genio de este escritor: en la primera se celebran los episodios más gloriosos de la guerra de independencia, y la segunda es una serie de cuadros copiados del natural, reproducción exacta y animada de los hábitos, tendencias, cualidades buenas y malas que forman la idiosincrasia de nuestro pueblo. D. Casimiro del Collado, de origen español, que ha pasado la mayor parte de su vida en México, en donde se dió á conocer desde hace muchos años por sus poesías, que han alcanzado el aplauso de críticos tan eminentes como D. Marcelino Menéndez Pelayo. D. Ignacio M. Altamirano, que aunque ha figurado más como orador y como crítico y polemista, ha escrito buen número de composiciones que le colocan entre nuestros mejores poetas líricos. D. José María Roa Bárcena, que ha sabido unir á las buenas tradiciones literarias el arranque y la espontaneidad de una inspiración vigorosa. D. Vicente Riva Palacio, que con

flexibilidad extraordinaria y feliz éxito ha cultivado todos los géneros, desde el lírico hasta el dramático, desde el epigrama hasta la elegía y la leyenda. D. Ignacio Montes de Oca, distinguidísimo literato, que ha conquistado justo renombre con sus traducciones en verso castellano de los bucólicos griegos y de las odas de Píndaro. D. Luis Gonzaga Ortiz, que en el género amatorio ha adquirido envidiable reputación. D. Joaquín Arcadio Pagaza, que por el conocimiento profundo del idioma, por la belleza artística de sus versos, ha conseguido presentar la musa clásica con sus naturales atavíos sin caer en el pedantismo, de que difícilmente escapan los poetas eruditos. D. José Peón y Contreras, que ha obtenido en la escena merecidos y calurosos triunfos, y á quien su patria, Mérida de Yucatán, ha consagrado un teatro. D. Justo Sierra, que se ha distinguido especialmente por la lozanía y brillantez de su imaginación. D. Juan de Dios Peza, de fecunda fantasía, que ha logrado expresar con varonil ternura el amor paternal, y ha dado á luz varios monólogos llenos de interés y de originalidad. D. Porfirio Parra, cuya oda á las Matemáticas es por sí sola un título de gloria literaria. Con llave de oro cerraremos esta larga aunque incompleta lista, mencionando á la Sra. Dª Esther Tapia de Castellanos, la dulce y delicada poetisa, para quien, como lo hemos dicho otra vez, es tan fácil hacer una buena obra como escribir un buen verso.

A los autores mencionados, que representan la edad madura de la actual generación, debemos agregar algunos nombres de esa juventud inteligente que viene

á infundir nueva vida en las letras patrias con el calor y el entusiasmo que rebosan de su alma. Esta circunstancia dificulta precisar su respectivo carácter, que sólo puede llegar á fijarse tras una larga evolución de ideas y sentimientos, fruto de la experiencia y del tiempo. Nadie puede desconocer, sin embargo, la nerviosa valentía de D. Salvador Díaz Mirón; la originalidad descriptiva de D. Manuel José Othón; la profunda sensibilidad de D. Luis G. Urbina; la elegante vaguedad de D. Manuel Gutiérrez Nájera; la filosófica melancolía de D. Antonio Zaragoza; la correcta y apasionada inspiración de D. Adalberto Esteva; las bien dirigidas tendencias clásicas de D. Enrique Fernández Granados; la soñadora fantasía de D. José Bustillos; la fresca y galana imaginación de D. Manuel M. González; y en fin, las dotes privilegiadas de otros muchos jóvenes, que inspirándose en la historia, en la naturaleza, en las realidades física y moral del medio en que vivimos, han iniciado un movimiento que promete ser de fecundas y favorables consecuencias para las letras mexicanas.

Lo expuesto es suficiente para tener un concepto general del origen y desenvolvimiento de la poesía en nuestro país, y podemos ya tocar una cuestión que no carece de interés, y con la cual daremos fin al presente trabajo, emitiendo nuestro juicio sin detenernos en examinar las opiniones que sobre ella se han formado. La cuestión es la siguiente: ¿Existe en México una literatura nacional? Debemos advertir, ante todo, que en lo que vamos á decir nos colocamos en el punto restringido de la poesía, que constituye el tema de

nuestro estudio. Ahora bien, para proceder con el debido orden, menester es fijar el sentido de la palabra *nacional;* porque si se la hace sinónima de *original*, es evidente que tendremos que llegar á una solución negativa.

En efecto, una literatura, especialmente en lo que concierne á la poesía, que es el producto más natural y espontáneo de la vida psicológica de un pueblo, excluye todo pensamiento preconcebido, todo plan teórico anticipado que determinen su espíritu y su carácter, pues de lo contrario no sería el reflejo vivo de la sociedad en que aparece. De aquí se sigue que la poesía, sin perder la índole de espontaneidad que la caracteriza, y precisamente por esta razón, llevará un sello de extranjerismo siempre que la sociedad, cuyos sentimientos expresa, no corresponda al desarrollo normal y progresivo de su vida autóctona. Ahora, que la Colonia fundada por la conquista, y á la cual quedaron subordinados los pobladores aborígenes, se compuso de elementos que nada tenían de común con estos últimos, y que contenía los gérmenes de una civilización impuesta y peregrina, es un hecho histórico de verdad palmaria. La lengua, la religión, las costumbres, todo difería radicalmente del orden de cosas antes existente; y cuando las creencias, los sentimientos, las aspiraciones individuales y comunes obedecían al impulso poderoso que de fuera les venía, su expresión correspondiente no pudo ser otra que la que fué, es decir, esencialmente española en su espíritu y en su letra.

Verdád es que los poetas, como lo hemos indicado ya, cediendo á influencias locales, de que les era imposible

substraerse, comenzaron por alterar el habla castellana con la introducción de neologismos tomados de las lenguas indígenas; pero estas modificaciones no fueron tantas ni tan profundas, que imprimiesen fisonomía propia en las producciones mexicanas, dándoles, por consiguiente, verdadero carácter de originalidad. En el largo período colonial, México, estrechamente ligado con España, aislado del resto del mundo, siguió de cerca las diversas fases del movimiento literario de la metrópoli; y si bien el círculo de su actividad intelectual se ensanchó inmensamente después de la independencia, fácil es ver que los rasgos esenciales se han mantenido, y que nuestra literatura continúa obedeciendo á los cánones que la formularon en el siglo XVI. Laudables han sido, sin duda, los esfuerzos para despojar nuestro lenguaje poético de todas aquellas alusiones y figuras convencionales, adornos pegadizos que nada decían á la imaginación y que eran efecto del servilismo con que se andaba sobre las huellas de los modelos peninsulares. Nuestra naturaleza es bastante rica; nuestra historia abunda en brillantes episodios; nuestra sociedad ofrece hábitos, problemas y tipos dignos de ser estudiados: todo ello compone un venero inagotable de inspiración para el poeta y para el artista. Así se ha comprendido, como puede adivinarse por el movimiento iniciado hace algún tiempo; pero esa evolución importante, sobre la cual se pueden fundar las más lisonjeras esperanzas, no logrará borrar el sello genuino de nuestra literatura, que seguirá siendo hispano-americana, es decir, derivación legítima de la que trajeron los fundadores de esta sociedad de que formamos

parte, y con cuya conservación se identifica de tal manera, que su pérdida acarrearía la ruina de la nacionalidad mexicana.

No tenemos, pues, una poesía original en la acepción estricta de la palabra; pero la cuestión de nacionalidad debe considerarse desde un punto de vista más elevado. No es la comunidad de raza, de civilización, de costumbres y de lengua lo que confunde de tal suerte á los pueblos que acabe por identificarlos en una personalidad indivisible, sobre todo, cuando entre ellos median circunstancias que los diferencian naturalmente. Si México, lo mismo que las demás posesiones de España en América, llegó á constituir un estado independiente, fué en tanto que poseía las condiciones necesarias para realizar empresa de tal magnitud; es decir, que el hecho no fué más que la manifestación concreta de necesidades fatales é ineludibles. Podemos, pues, establecer esta verdad enteramente clara y sencilla: México, sin desconocer la noble procedencia de su civilización, representa una nacionalidad perfecta, en cuanto que vive de su propia vida social y política. Siendo esto así, no es ya difícil fijar la verdadera connotación de la palabra *nacional*, en la cual se envuelven y subordinan los elementos étnicos y morales que informan á la sociedad presente, puesto que todo lo que pertenece á México es nacional, es mexicano, y por consiguiente, la poesía, nacida y desarrollada en su seno, puede y debe llevar aquella denominación. Nada tiene que ver aquí la cuestión de origen; á nadie ha ocurrido, por ejemplo, negar el carácter de nacionales á los ferrocarriles que en un país se construyen, sólo porque allí no tuvo su cuna ese maravilloso

invento; lo mismo puede decirse de toda idea ó institución que en el orden físico ó moral toma de otros un pueblo para su utilidad ó provecho. Y en esto no hay equívoco ni impropiedad, porque sea cual fuere la fuente de donde se deriva la institución ó la idea, el solo esfuerzo que para asimilárselas emplea una sociedad, basta para imprimirles el sello que llevan los productos de su propia energía.

La literatura, la poesía especialmente, constituyen una de las grandes manifestaciones de las necesidades intelectuales y estéticas de las agrupaciones humanas. Si esas manifestaciones se verifican por medio de un instrumento prestado, llamémosle así, como la lengua perteneciente á otro pueblo, tal circunstancia en nada disminuye lo genuino de la necesidad expresada, porque ésta es en sí misma independiente de la forma que reviste. Desde su primera aparición en el siglo XVI, nuestra poesía, no obstante los límites que la circunscribían, y tal vez por esos mismos límites, expresó con fidelidad el espíritu del medio ambiente en que vió la luz, pudiendo decirse que su estudio es el mejor camino para penetrar en los secretos de la vida moral de la Colonia, destinada á ser una de las principales nacionalidades del Nuevo Mundo. Por dependiente que en lo político estuviese del gobierno español; por estrechamente ligada en costumbres, creencias y lenguaje con lo que se llamó la madre patria, la Colonia, como todo organismo viviente, tuvo una existencia individual, é individuales tuvieron que ser sus diversos modos de existencia. Creyente hasta los candores de la superstición; sumisa hasta los alambicamientos de la lisonja;

ligera á veces hasta descender á la puerilidad, nuestra poesía atravesó los siglos coloniales con las modificaciones de forma y de fondo consiguientes al desenvolvimiento social. Sucesos extraordinarios vinieron á cambiar profundamente la situación de estos pueblos, que libres de toda tutela, se sintieron dueños de sus propios destinos. El conflicto de hábitos antiguos y aspiraciones nuevas, de intereses arraigados y ambiciones trascendentales, produjo ese estado de desquiciamiento que se llama revolución, y entonces la poesía, intérprete de dolores y esperanzas, de ilusiones y desengaños, de dudas y de cóleras, ha seguido el impulso vertiginoso de nuestra época, más que ninguna otra inquieta y agitada. Así, pues, si en nuestro país no han faltado nunca voces que revelen é inflamen las misteriosas vibraciones del sentimiento, en armonía con las tendencias generales, decirse puede que poseemos una poesía propia, una historia literaria nacional, pobre si se quiere, pero harto comprensiva para el filósofo, á cuyos ojos no hay fenómeno social indiferente ni evolución insignificante en la marcha providencial del progreso humano.

México, Diciembre de 1891.

J. M. Vigil.

NOTAS.

1. Véase en la obra del Dr. Juan de Cárdenas, intitulada: *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias* (México, 1591), el cap. II, lib. III "Cuál sea la causa de ser todos los españoles que nacen en las Indias, por la mayor parte, de ingenio vivo, tracendido y delicado."

2. Esta obra rarísima ha sido inserta por el Sr. García Icazbalceta en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. El dibujo del túmulo, por desgracia mutilado, que acompaña al original, es seguramente la muestra más antigua que existe del grabado en México.

3. En las adiciones á la *Bibliografía mexicana* se halla un extenso análisis de esta tragedia.

4. El elogio á que se hace referencia es el siguiente:

> "De la región antártica podría
> Eternizar ingenios soberanos,
> Que si riquezas hoy sustenta y cría
> También entendimientos sobrehumanos.

Mostrarlo puedo en muchos este día,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
"*Francisco* el uno de *Terrazas* tiene
El nombre acá y allá tan conocido
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que éste es Diego Martínez de Rivera."

5. *Siglo de oro en las selvas de Erífile, Égloga sexta.*

6. "Nací y casé en Madrid; crióme estudiando
La Escuela Complutense y Salmantina,
La licencia me dió la Saguntina,
La Mexicana de doctor el mando.
Las Salinas Reales fuí juzgando
Puertos de raya á Portugal vecina,
Juez pesquisidor fuí á la contina,
Y estuve en las Canarias gobernando.
Oidor fuí en la Española; Guatemala
Me tuvo por fiscal, y de allí un salto
Dí en México á fiscal, y á oidor luego:
De allí dí otro al tribunal más alto
De Indias, que me puso Dios la escala:
Allí me abrase su divino fuego."

7. El pasaje de la Epístola á que se hace referencia, es el siguiente:

"Ya nos envía nuestra madre España
De su copiosa lengua mil riquezas,
Que hacen rica aquesta tierra extraña.
También Toscana envía las lindezas
De su lenguaje dulce á aqueste puesto,
Que en breve estará lleno de proezas.
Y ya acudiendo la Proencia á aquesto,
Su gracioso parlar le comunica,
Y presta de su haber un grande resto.

También llegó la Griega Lengua rica
A aquestas partes tan remotas della,
Y en ellas se señala y amplifica
La Nueva España: ya resuena en ella
El canto de las musas deleitosas
Que vienen con gran gusto á ennoblecella.
Y en las más claras fuentes sonorosas,
Y en los más altos montes florecidos
Piden veneración las dulces Diosas,
Cantando versos dulces y medidos,
Diversas rimas con primor compuestas,
Que de armonía llenan los oídos.
Ya por los prados y por verdes cuestas
La ruda Musa dulcemente suena
A las ovejas, á la sombra puestas,
Y su zampoña, de malicia ajena,
Y del ornato de ciudad, curiosa,
Con cuerda sencillez su són ordena.
Ya la *Elegía* tierna y dolorosa
A tiempos triste movimiento hace,
En los sucesos tristes muy llorosa.
Ya el *Epigrama* breve nos aplace
Con su agudeza y lépido conceto
Que nos quita el enfado, y lo deshace.
Ya el preguntar y responder perfeto
Las Musas en diálogo se atreven
Con gusto del oyente más discreto.
No faltan ya Poetas que reprueben
Con *Sátira* mordaz y airado celo
A los que iniquidad y vicios beben.
El *Lírico* cantor que en alto vuelo
Se eleva con mesura y dulce acento,
También recrea aqueste extraño suelo.
Y del *Heroico* canto el henchimiento,
La variedad copiosa, ilustre y grave,
Ya comienza á tomar aquí su asiento.
Y el *Cómico* que bien lo bueno alabe
En representación sabrosamente,
Y las costumbres malas desalabe,
El bien y el mal nos pone allí presente
Siguiendo el caso hasta el buen suceso,
Con que el atento pueblo gusto siente.

Y el *Trágico* al revés muda el proceso
Parando en caso triste y desastrado
Para recuerdo y bien del pueblo avieso."

8. D. Joaquín García Icazbalceta. *La instrucción pública en México durante el siglo décimosexto.—Memorias de la Academia Mexicana.* Tomo II.

9. *Historia critica de la Literatura y de las Ciencias en México.* Poetas.—México, 1883.

10. Pocas pero enérgicas muestras nos han llegado de la poesía satírica en el período colonial; de ellas citaremos el siguiente soneto anónimo del siglo XVI.

Minas sin plata, sin verdad mineros,
Mercaderes por ella codiciosos,
Caballeros de serlo deseosos,
Con mucha presunción bodegoneros:
Mujeres que se venden por dineros
Dejando á los mejores más quejosos;
Calles, casas, caballos muy hermosos,
Muchos amigos, pocos verdaderos:
Negros que no obedecen sus señores,
Señores que no mandan en su casa,
Jugando sus mujeres noche y día:
Colgados del virrey mil pretensores;
Tiánguez, almoneda, behetría,
Aquesto en suma en esta ciudad pasa.

11. En el siguiente soneto se ve bien manifiesta la ojeriza con que los criollos veían á los peninsulares.

Viene de España por el mar salobre
A nuestro mexicano domicilio
Un hombre tosco sin algún auxilio,
De salud falto y de dinero pobre.
Y luego que caudal y ánimo cobre,
Le aplican en su bárbaro concilio,
Otros como él, de César y Virgilio
Las dos coronas de laurel y robre.

Y el otro que agujetas y alfileres
Vendía por las calles, ya es un conde
En calidad, y en cantidad un Fúcar:
Y abomina después el lugar donde
Adquirió estimación, gusto y haberes,
Y tiraba la jábega en Sanlúcar.

12. En uno de los fragmentos del poema de Terrazas, al hablar de los conquistadores, se encuentran estas octavas dirigidas á Cortés:

Pues con vidas y sangre os ayudaron,
Magnánimo Cortés, estos varones,
Y vuestro nombre y fama eternizaron
Que vuela de naciones en naciones,
Y estados permanentes os ganaron
A costa de sus mismos corazones,
Y de Marqués el ínclito renombre
Dellos tuvo principio y claro nombre:

Y pues los caros compañeros fueron
Vivo instrumento para el bien que os vino,
Regando con la sangre que vertieron
De vuestra suerte próspera el camino,
Con ánimo del cielo que tuvieron
Para tan alta empresa cual convino,
Bien fuera que quedaran satisfechos
Tan milagrosos y tan altos hechos.
....
....
¿Do está la fe de serles que pusistes
No señor sino padre verdadero,
Cuando en Cuba al partir les ofrecistes
Por premio á cada cual un reino entero?
Riquezas, honra y gloria prometistes
Para el felice tiempo venidero,
Y sólo han ido siempre en tantos años
Siguiéndose unos daños á otros daños.
....

13. Dorantes, en el Códice que dejamos citado, no hallando cómo explicarse la suerte desgraciada que tocó á los conquistado-

res, dice que "la causa y secreto Dios lo sabe, que aunque fueron los fines buenos, con tan grandes efectos, los medios se pudieron errar, porque predicar Evangelio con la espada en la mano y derramando sangre, es cosa temerosa, y que parece acá al juicio humano, que sus descendientes van haciendo penitencia desta soltura; porque apenas se hallará hombre desta cepa que no ande mendigando, y aun por ventura por puertas agenas." Y pone en seguida estas dos octavas:

Mi Dios, al juicio humano qué apartadas
Van las secretas sendas que caminas:
Las del hombre ignorante qué trilladas,
Qué incógnitas y ocultas las divinas:
Y cuando van las cosas dedicadas
A tí y por tí cuán bien las encaminas:
Que á estorbar el camino al virtuoso
Ningún trabajo humano es poderoso.

Secretos son, Señor, que no alcanzamos,
Conceptos tuyos son que no entendemos,
Trazas y ocultas vías que ignoramos,
Estilos son que no comprehendemos.
Cuando más cerca dellos nos juzgamos
Menos de sus caminos conocemos,
Y así, siendo imposible investigarlo
Es opinión prudente no intentarlo.

POETAS MUERTOS.

FRAGMENTOS DE POESIA MEXICANA DEL SIGLO XVI.[1]

(DE AUTOR ANÓNIMO.)

I

(HABLA LA IGLESIA.)

¡Oh nueva rigurosa
Tanto por mí temida
Y á tal sazón y tiempo publicada!
¡Oh suerte peligrosa
Donde perder la vida
Es pérdida menor y casi nada!
Lloro que mi manada
Ha de ser esparcida
Por lobos carniceros,
Y por llanos y oteros
La veo derramada y perseguida:
Temo el supremo daño,
No se me vaya alguno del rebaño.

1. En 1578 hubo en México, para celebrar la colocación de reliquias de santos enviadas por S. S. Gregorio XIII, la representación de una pieza dramática intitulada "Triunfo de los santos." En la tal pieza alegórica en que figuraban la persecución de Diocleciano y la prosperidad bajo el reinado de Constantino, hay, en boca de la Iglesia y de San Silvestre, los tres monólogos aquí insertos, y que están tomados de la "Bibliografía Mexicana del siglo XVI" por Don Joaquín García Icazbalceta.

¡Ay Dios! ¡Cuán poco dura
El gozo en esta tierra,
Con gran razón de lágrimas llamada;
Cuán poco se asegura,
Cuán presto se destierra
La cosa más alegre y más amada!
Estaba sosegada,
Y al tiempo que crecía
El culto de mi Esposo,
Turbóse mi reposo
Y vínome el dolor que yo temía.
¡Ay, hijos muy queridos,
Lleguen al alto cielo mis gemidos!

Espíritu divino
Que Dios me dió por prenda,
Consolador que velas y me riges,
Dame favor contino
Y á mis hijos enmienda,
Pues que sólo por esto los afliges.
¡Oh Santo Amor! que eliges
Al pueblo justo y santo
Y tanto lo enriqueces,
Ruégote muchas veces
Inclines las orejas á mi llanto,
Que es de Madre afligida
Que dará por sus hijos alma y vida.

Si gravemente siento
Las penas y dolores
De tus fieles, Señor, y sus querellas,
Mucho mayor tormento
Me causan los clamores
De niños tiernecitos y doncellas.
Muévante, mi Dios, ellas,

Y si nuestros pecados
Mueven tu justa ira,
Con piedad nos mira
Y de otra suerte sean castigados,
Y no disminuyendo
El número que va á su Dios siguiendo.

¿Consentirás que sean
Tus templos profanados,
Quemada y destruída tu Escritura?
¿Permitirás que vean
Mis ojos ocupados
Tus templos con diabólica figura?
Virgen hermosa y pura,
Volved á mí esos ojos
Tan llenos de clemencia:
Revoque la sentencia
Mi amado Dios y aplaque sus enojos,
Y si esto es de provecho,
Yo lavaré con lágrimas mi lecho.

II

(HABLA LA IGLESIA.)

¿Quién me dará que en fuentes de agua viva
Se puedan convertir mis tristes ojos
Y que con sangre mi dolor escriba?
Aun no son aplacados los enojos
De mi Dios y mi Rey con sangre tanta,
Con tantas penas, muertes y despojos.
El impío pueblo infiel se alegra y canta
Triunfando de tus templos y tu gente
Y con crueza extraña nos espanta.

¡Ay Dios! ¿qué lengua habrá que diga y cuente
La crueldad, las penas y el estrago,
Cuanto menos llorarlas dignamente?
De llanto me sustento y satisfago,
Ceniza es pan, y lágrimas bebida,
Ni de otra cosa alguna caso hago.
La gente más cruel, endurecida,
Oyendo nuestra pena y destrucciones
A lástima y á lloro es conmovida.
¿Pues qué hará en los blandos corazones
Ver á los mansos niños como ovejas,
Y encarnizarse en ellos los leones?
Al sumo cielo subirán mis quejas
Diciendo: Dios eterno, ¿hasta cuándo
De tu querida Esposa ansí te alejas?
Aquí prendiendo están, allí matando,
Embriagado está el cuchillo fiero,
Tus siervos esparcidos y temblando.
No fué tan duro nunca el crudo Nero,
Ni tanto se holgó con nuestra muerte
Como este cruel tirano carnicero.
No lloro la dichosa y rica suerte
De aquellos capitanes valerosos
Que por las penas han subido á verte:
Lloro los desdichados temerosos
Que con flaqueza grande y de vil pecho
Siguieron á los ídolos dañosos.
Lloro los que perdieron el derecho
De ser contigo bienaventurados
Con tan indigno y miserable hecho.
Lloro tus sanctos templos profanados
Hechos establo vil, sin sacrificio,
Muertos los sacerdotes y prelados.
Cesaron mis canciones y ejercicio
De venerar tu nombre en voz sonora:
El lamentar me queda por oficio.

Si alguno sacrifica, si te adora,
Metido en criptas, cuevas y cavernas,
No tiene allí sosiego sola una hora.
De esto me nacen lágrimas eternas
Viendo tan afligidos y angustiados
Aquellos que tú amas y gobiernas.
Desnudos y hambrientos, destrozados,
Aquellos que este mundo no merece,
Andan por riscos, breñas y collados......

III

(HABLA SAN SILVESTRE.)

¡Oh vida triste, larga y enojosa!
Dime, ¿porqué dilatas y detienes
Al alma que en la tierra no reposa?
Vanos son tus placeres y tus bienes,
Tus tormentos y penas poco duran,
Con sola la apariencia te entretienes.
¡Oh dichosos aquellos que aseguran
Con el martirio breve y fortaleza
El eterno descanso que procuran!
¡Oh reino celestial de suma alteza!
¿Cuándo será aquel día venturoso
En que podré gozar de tal lindeza?
Bien sabes tú, mi Dios, cuán deseoso
Estaba del martirio el flaco pecho,
Hecho con tus favores animoso.
Mas como á siervo inútil sin provecho
Quisiste reservarme de la muerte
Con que fuera el deseo satisfecho.
No permitas que pueda yo ofenderte
Con vida por tu mano libertada
De la persecución y estrago fuerte.

Por mí será tu Iglesia gobernada,
Pues es tu voluntad hasta que acabe
Conforme mi esperanza la jornada.

Procuraré que el mundo siempre alabe,
Ensalce y glorifique el sancto Nombre
En quien todo el amor y gloria cabe.

Procuraré también que á nadie asombre
De los perseguidores el tormento,
Pues permanece Dios y muere el hombre.

Con esperanza sola me sustento
Teniendo en mi chozuela mal pulida
Mi Cristo en admirable Sacramento.

Aquí tienen refugio, aquí manida
Los que del fiero mal y caso duro
Han sido conservados en la vida.

Y hasta que del todo esté seguro
De la persecución tu pueblo santo,
Aquí celebro sacrificio puro.

Y aunque el cruel rigor cesó algún tanto,
Según que fué terrible su fiereza,
A muchos todavía pone espanto.

Por tu bondad, Señor, por tu grandeza,
Cese la tempestad, venga bonanza,
Acábense los males con presteza.

Mas no pierdo del todo la esperanza
De darte en sacrificio yo la vida
Por vida tan ajena de mudanza.

FRANCISCO DE TERRAZAS.[1]

SONETO.

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved á la nieve no pisada
Lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada;
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro
Volvédselo á la angélica natura;

Y todo aquesto así restituído,
Veréis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, cruel, ingrata y dura.

1. Hijo de uno de los conquistadores que vinieron con Cortés. Falleció en México antes de 1604.

FERNAN GONZALEZ DE ESLAVA.[1]

RIQUEZA Y POBREZA.

La Riqueza que regala
Huyan todos de tenella:
A la buena poseella,
Que la riqueza no es mala
Sino sólo usar mal della.
Viva cualquier recatado
Que es Riqueza encantadora
Flor que á la vista enamora,
Vaso de hierro dorado
Que la muerte lo desdora.
Es pared vieja encalada
Que no tiene fundamento,
Es una torre de viento
Y una red con tino armada
Para nuestro perdimiento.
Saul, del reino terreno
Dios le dió el mando y el palo:
Ved si le dañó el regalo,
Porque pobre fué muy bueno
Y en siendo rico fué malo.
Y lo propio fué David
Que pobre al Señor servía,
Y puesto en la monarquía
Hizo matar en la lid
Al pobre á quien ofendía.

1. Presbítero, escritor nacido en México según Eguiara; andaluz en concepto de Don Joaquín García Icazbalceta: escribió en México entre 1567 y 1600. Del décimotercio de sus "Coloquios Espirituales y Sacramentales" relativo á la Riqueza y Pobreza, están tomadas estas quintillas.

Quien acude con amor
Al pobre necesitado,
A Dios se lo da fiado,
Porque Cristo es fiador
Que le será bien pagado.
Ten, cristiano, regocijo
De ser pobre acá en el suelo,
Tenlo por muy gran consuelo,
Pues Dios te tiene por hijo
Para que heredes el cielo.

....

Toda pobreza que acierta
A ser por Dios recibida,
Siendo por su amor sufrida,
Está por la Gracia enjerta
En Dios que es árbol de vida.
Cultivóla en este suelo
El Señor á quien se aplica,
Y en ser pobre está muy rica,
Porque son frutos del cielo
Los que en Gracia justifica.

....

La corona de consuelo
Lleve de inmortal memoria,
Y esta palma de vitoria,
Y así triunfe acá en el suelo
Hasta que triunfe en la gloria.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.[1]

I

LUCRECIA.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil Dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho
Salió la sangre que extinguió, á despecho
Del Rey injusto, la lasciva llama!
¡Oh con cuánta razón el Mundo aclama
Tu virtud, pues por premio de tal hecho,
Aun es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama!
Pero, si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento
Con que pusiste fin á tantos males;
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir que te ayudaste de puñales.

II

ROMANCE.

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato:
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

1. Nacida en San Miguel Nepantla, á doce leguas de México, en 1651, abrazó el estado religioso á los diez y siete años, y murió á los cuarenta y cuatro. El Padre Feijoo dijo: "La célebre monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz es conocida de todos por su erudición y agudas poesías: y así es excusado hace su elogio.... Ninguno, acaso, la igualó en la universalidad de conocimientos de todas facultades.... Aunque su talento poético es lo que más se celebra, fué lo menos que tuvo."

Que, pues sólo en la aprehensión
Dicen que estriban los daños,
Si os imagináis dichoso,
No seréis tan desdichado.
Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.
Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno que es negro,
El otro prueba que es blanco.
A unos sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado:
Y lo que éste por alivio,
Aquél tiene por trabajo.
El que está triste, censura
Al alegre de liviano;
Y el que está alegre, se burla
De ver al triste penando.
Los dos Filósofos Griegos
Bien esta verdad probaron;
Pues, lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.
Célebre su oposición
Ha sido, por siglos tantos,
Sin que cuál acertó, esté
Hasta ahora averiguado.
Antes en sus dos banderas
El Mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.
Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario;
Y otro, que sus infortunios
Son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba
Y razón en que fundarlo;
Y no hay razón para nada
De haber razón para tanto.
Todos son iguales jueces:
Y siendo iguales, y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo más acertado.
Pues si no hay quien lo sentencie,
¿Por qué pensáis vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decisión de los casos?
O por qué, contra vos mismo
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce
Queréis elegir lo amargo?
Si es mío mi entendimiento
¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?
El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos:
De dar muerte por la punta;
Por el pomo, de resguardo.
Si vos, sabiendo el peligro,
Queréis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero,
Del mal uso de la mano?
No es saber, saber hacer
Discursos sutiles, vanos,
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.
Especular las desdichas
Y examinar los presagios,
Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros
La atención sutilizando,
Más formidable que el riesgo
Suele fingir el amago.
¡Qué feliz es la ignorancia
Del que indoctamente sabio,
Halla de lo que padece
En lo que ignora sagrado!
No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego
Y hallan sepulcro en el llanto.
También es vicio el saber,
Que si no se va atajando,
Cuando menos se conoce
Es más nocivo el estrago.
Y si el vuelo no le abaten,
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso,
Olvida lo necesario.
Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quita la substancia al fruto
La locura de los ramos.
Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.
En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo,
Si no halla fruto el Otoño,
Que ostente flores el Mayo?
¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortarlo?

Y á esta desdicha, por fuerza
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.
El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.
Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo.
Este pésimo ejercicio,
Este duro afán pesado,
A los hijos de los hombres
Dió Dios para ejercitarlos.
¿Qué loca ambición nos lleva
De nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco,
¿De qué sirve saber tanto?
¡Oh si como hay de saber,
Hubiera algún seminario
O escuela, donde á ignorar
Se enseñara los trabajos!
Qué felizmente viviera,
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!
Aprendamos á ignorar,
Pensamientos, pues hallamos
Que cuanto añado al discurso,
Tanto usurparé á los años.

FRAY MANUEL NAVARRETE.[1]

EL ALMA PRIVADA DE LA GLORIA.

Para triste desahogo de la pena
Que en lo interior me agita,
Lloro la triste y espantosa escena
Del alma en el instante
Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve á mis manos, vuelve,
Mi cítara sonante,
Que en más alegre día
Acompañabas mis festivos versos:
Hoy el numen resuelve
Que lleves el compás de la elegía;
Y por tonos diversos
La acompañen tus cuerdas, entretanto
Que desata los diques de mi llanto.

Luego que la memoria me presenta
Como en vasto proceso mis delitos,
De que se turba la horrorosa cuenta,
Entonces la tormenta
Crece de mis temores y conflitos:
Y entonces, cual si fuese arrebatado
Al tribunal temible
Del Juez contra mis culpas irritado,
Miro su rostro de furor bañado,
Escucho de su boca la terrible
Sentencia de dolor y llanto eterno:

1. Religioso franciscano. Nació en Zamora (Michoacán), el 16 de Junio de 1768. Murió en el Real de Minas de Tlapujahua el 19 de Julio de 1809.

Siento el brazo de un Dios irresistible
Que me arroja á las llamas del infierno.

Desde que este cuidado me rodea,
Melancólico vago por el mundo,
Como hurtando el semblante á la alegría.
Conformes sólo con mi triste idea
Son tus lúgubres sombras, tu profundo
Silencio, noche obscura. El claro día
En vano para mí su luz enciende;
La ciudad, su rumor, todo me ofende.
El espanto se sigue á la tristeza,
Y el más leve ruïdo
Me parece el horrísono estallido
De un rayo que me hiende la cabeza.
La imagen de la muerte á cada instante
Se me pone á los ojos;
Pero aun más me horroriza tu semblante,
¡Eterno Dios! de donde se desprende
Contra mi alma el raudal de tus enojos
Que en tu furor la enciende.
¿Fallezco? En el instante me parece
Que el hermoso espectáculo del mundo
Con sempiterna noche se obscurece.
Sale del hondo pecho el más profundo,
El último suspiro, en que lanzada
Va mi alma á tu presencia
De crímenes horrendos acusada:
Y herida de tu voz, como de un trueno,
De tu justicia escucha la sentencia
De tu eterno castigo irrevocable:
Atérranla tus ojos, y el sereno
Resplandor de tu rostro le parece
Nube que anuncia rayo formidable
Cuando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,
A dar algún consuelo
A mi alma por vosotras afligida.
Halagüeñas delicias.... no queda una
De tantas que en el suelo
Ciñeron el laurel á mi fortuna.
Todas desparecieron
Como un sueño, de mi alma, y de repente
Al caos de la nada se volvieron.

Vosotros, mis amigos, id ahora
A socorrer á mi alma: ¿mas qué digo?
¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente
A salvarla de la ira vengadora
Del Todopoderoso su enemigo?
¿Del Dios cuya invencible fortaleza
Suscita las violentas convulsiones
De la naturaleza?
¿Que agitando los bravos aquilones
Impele las soberbias tempestades,
Inflama los obscuros horizontes,
Estremece los montes,
Y hasta el nombre les borra á las ciudades?
¿Del Dios?.... pero el palacio refulgente
Está viendo con pasmo el elevado
Solio de aquel monarca omnipotente:
La Emperatriz augusta que á su lado
Goza de sus ternuras y caricias;
Àngeles infinitos que agrupados
Al rededor del trono están postrados;
Las cándidas doncellas
Que en sus puras delicias
Enguirnaldan la frente con estrellas;
Santos todos; los justos bienhadados;
La corte de los cielos.... ¡oh dichosa
Morada! clama entonces la alma mía.

Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
Allí asomas con plácida alegría
Y deliciosa calma:
Gózate, pues ya tienes
Recompensado el mérito de tu alma:
Gózate ¡oh madre! en infinitos bienes.
Pero qué ¿la blandura de tus ojos
Con miradas crueles me retiras?
¿Objeto de tus iras
El que sufre del cielo los enojos?
¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho
Que en el mundo te dí cuando espiraste
Y triste me dejaste
En abundantes lágrimas deshecho.
¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?
¡Ay! mírame por último agradable:
No seas inexorable
Al blando ruego de mis tiernas voces.
¿Huyes de mi presencia?
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
Al hacer una ausencia
De que es la misma eternidad el plazo?
¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo
De tu vida? ¡Ay de mí! con raudo vuelo
Te apartas de mis ojos.... ya te fuiste
Para otras partes del alegre cielo.

Pero ¿qué estoy mirando? ¡Caso triste
Para mí, y de dolor el más profundo!
Allí el cómplice está de mi pecado.
Y ¡cuántos que en el mundo
Conocí pecadores! ¡Oh! ¡dichosos,
Dichosos todos con envidia mía
Los que gozáis de Dios el dulce agrado,
Y os recrean sus ojos cariñosos!
¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando

Las mansiones de luz, con armonía
De voces apacibles estáis dando
Gracias sin término á su Autor: al mismo
Que fabricó con manos eternales
Las cárceles horrendas del abismo,
Y encendió las hogueras infernales.

Allá me arroja con furor horrible
A gemir oprimido de cadenas
Que su mano terrible
Forjó para instrumento de mis penas.
Allá me precipita. ¡Qué caverna!
¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente
Humo bosteza la tartárea boca!
He aquí el hórrido espectro de la eterna
Noche, el dolor, la cólera impaciente
Que sin cesar provoca
El llanto de los míseros precitos.
Hierve el lago infernal; la gruta brama
Con són horrendo de inflamada llama.
Los calabozos lóbregos á gritos
Ya parece que se hunden. ¡Qué molesto
Desorden!...... ¡Qué funesto,
Qué terrible lugar donde severo
Descarga Dios su brazo justiciero!
¡Oh cuántos condenados
Como en ardientes hornos encendidos
Se ven amontonados!
Retumban con sus grandes alaridos
Las subterráneas bóvedas, y cuando
Los demonios...... ¿Qué es esto? Delirando
Atónito el discurso titubea;
Y cuando los demonios con horrible
Presencia...... Yo deliro
Con la fuerte impresión de la terrible
Imagen de esta idea.

Me agita el susto, y asombrado miro......
Todo el infierno junto
Se le presenta á mi alma en este punto.

No me llames ¡oh Dios! aun todavía;
Mas cuando sea llevada el alma mía
A tu presencia augusta, oh Juez eterno,
No la arrojes, Señor, en el infierno.
Muévate mi congoja y mi gemido;
Mi corazón doliente
Que sale por los ojos derretido.
Quédate, adios, en lágrimas bañada
De este álamo pendiente,
Cítara triste, y á tu voz cansada
Prosiga de mis ojos la corriente.

FRANCISCO MANUEL SANCHEZ DE TAGLE.[1]

AL PRIMER JEFE DEL EJERCITO TRIGARANTE.

Por undécima vez su inmenso giro
Saturno perezoso recorría
Desque á la patria mía
Tristísimo suspiro
El generoso pecho trabajaba
Y ardiente llanto la mejilla araba.

Vanamente mil otros campeones
De indignación el grito levantaron,
Y tronchar intentaron
Los viejos eslabones
Que formando cadenas revolvían,
Y el cuello, piés y manos le oprimían.

No plugo al Cielo, valerosos hombres,
Víctimas de una patria agradecida;
Mas perdiendo la vida
Ganasteis claros nombres,
Que nunca sin dulcísima ternura
Habrá de pronunciar raza futura.

A tí solo, héroe invicto, hijo mimado
Del invencible Marte y de Minerva,

1 Nacido en Valladolid (hoy Morelia) el 11 de Enero de 1782. Falleció en México el 7 de Diciembre de 1847.

A tí solo reserva
Tamaña empresa el hado,
Y al solo arrimo de tus fuertes brazos
Caerán los eslabones á pedazos.

Alza y alimpia la morena frente,
Matrona augusta, y los tus ojos bellos;
Deja ondear los cabellos
Al viento libremente,
Y si es posible, tu ventura mide,
Pues soberana te aclamó Iturbide.

¡Oh! salve, salve, venturoso día
Por tres siglos ansiado vanamente;
No pases, no, detente;
Ni traigas noche umbría,
Y aduérmanse tus horas apacibles
En tapetes de rosa imarcesibles.

¡Oh libertad! ¡Oh dón del almo Cielo!
Ya entre tus brazos cierras al indiano,
Que en tu regazo ufano
Descansa sin recelo,
Y el ósculo le das en frente y sienes,
Y en él ¡cuánta ventura! ¡cuántos bienes!

Pero antes ¡ay! el estallido horrendo
De ominoso cañón el valle atruena:
Mavorte desenfrena
Mil iras, y blandiendo
La enorme lanza con la diestra mano,
Al lado va del héroe americano.

Un número sin nombre de guerreros
Camina en pos del inmortal caudillo:

Muertes anuncia el brillo
De afilados aceros;
Y aun las deidades que en Olimpo habitan,
Los héroes protegiendo, á lucha incitan.

¿Será, será que al Orco denegrido
Bajen nuestros hermanos á millares?
¿La libertad y lares
A precio tan subido
Habremos de comprar......? Fuera tristura,
Que O'Donojú la paz nos asegura.

Sobrehumano mortal, de España gloria,
La agradecida americana gente,
Mientras el Sol caliente
Loor dará á tu memoria;
Nuestro has de ser en tanto que animares;
Dí eterno adios á los revueltos mares.

América, mil veces venturosa,
Bendice de tu dicha á los autores;
Desecha los temores;
Descuidada reposa:
Si el invicto Iturbide está contigo,
Despreciable será todo enemigo.

Las naciones del viejo continente,
Despertando del sueño del olvido,
Ven el coloso erguido
Que majestuosamente
Acá, en el Nuevo Mundo, se levanta,
Y asombradas admiran obra tanta.

Hossana, pues, hossana, mexicanos,
Repitamos cien veces, y otras ciento,

En inmortal contento;
Y digamos ufanos:
¡Vivan, por dón de celestial clemencia,
La Religión, la Unión, la Independencia!

ANDRES QUINTANA ROO. [1]

DIEZ Y SIES DE SEPTIEMBRE.

Ite, ait; egregias animas, quæ sanguine nobis
Hanc patriam peperere suo, decorate supremis
Muneribus......
(V. En., L. XI.)

Renueva ¡oh Musa! el victorioso aliento
Con que, fiel de la patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento:
Cuando más orgulloso
Y con mentidos triunfos más ufano,
El ibero sañoso
Tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano,
Que al Anáhuac vencido
Contó por siempre á su coyunda unido.
"Al miserable esclavo (cruel decía)
Que independencia ciego apellidando,
De rebelión el pabellón nefando
Alzó una vez en algazara impía,
De nuevo en las cadenas
Con más vigor á su cerviz atadas,
Aumentemos las penas,
Que á su última progenie prolongadas,
En digno cautiverio
Por siglos aseguren nuestro imperio.

1 Nacido en Mérida (Yucatán) el 30 de Noviembre de 1787. Muerto en México el 15 de Abril de 1851.

"¿Qué sirvió en los Dolores, vil cortijo,
Que el aleve pastor el grito diera
De libertad, que dócil repitiera
La inmensa chusma con afán prolijo?
Su valor inexperto
De sacrílega audacia estimulado,
A nuestra vista yerto
En el campo quedó, y escarmentado
Su criminal caudillo,
Rindió ya el cuello al vengador cuchillo.

"Cual al romper las Pléyadas lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas
Súbito el austro altera tempestosas;
De la caterva osada
Así los restos nuestra voz espanta,
Que resuena indignada
Y recuerda, si altiva se levanta,
El respeto profundo
Que inspiró de Vespucio al rico mundo.

"¡Ay del que hoy más los sediciosos labios
De libertad al nombre lisonjero
Abriese, pretextando novelero
Mentidos males, fútiles agravios!
Del cadalso oprobioso
Veloz descenderá á la tumba fría,
Y ejemplar provechoso
Al rebelde será, que en su porfía
Desconociere el yugo
Que al invicto español echarle plugo."

Así los hijos de Vandalia ruda
Fieros clamaron cuando el héroe augusto
Cedió de la fortuna al golpe injusto;
Y el brazo fuerte que la empresa escuda,
Faltando á sus campeones,

Del terror y la muerte precedidos,
Feroces escuadrones
Talan impunes campos florecidos,
Y al desierto sombrío
Consagran de la paz el nombre pío.

No será empero que el benigno cielo,
Cómplice fácil de opresión sangrienta,
Niegue á la patria en tan cruel tormenta
Una tierna mirada de consuelo.
Ante el trono clemente
Sin cesar sube el encendido ruego,
El quejido doliente
De aquel prelado que inflamado en fuego
De caridad divina,
La América indefensa patrocina.

"Padre amoroso, dice, que á tu hechura,
Como el dón más sublime concediste
La noble libertad con que quisiste
De tu gloria ensalzarla hasta la altura,
¿No ves un orbe entero
Gemir, privado de excelencia tanta,
Bajo el dominio fiero
Del execrable pueblo que decanta,
Asesinando al hombre,
Dar honor á tu excelso y dulce nombre?

"¡Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara
Cuando por permisión inexcrutable
De tu justo decreto y adorable,
De sangre en la conquista se bañara
Sacrílego arbolando
La enseña de tu cruz en burla impía,
Cuando más profanando
Su religión con negra hipocresía,
Para gloria del cielo
Cubrió de excesos el indiano suelo!

"De entonces su poder ¡cómo ha pesado
Sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,
Creciendo siempre en crímenes mayores,
El primero á tu vista han aumentado!
La astucia seductora
En auxilio han unido á su violencia:
Moral corrompedora
Predican con su bárbara insolencia,
Y por divinas leyes
Proclaman los caprichos de sus reyes.

"Allí se ve con asombroso espanto
Cual traición castigado el patriotismo,
En delito erigido el heroísmo
Que al hombre eleva y engrandece tanto.
¿Qué más? en duda horrenda
Se consulta el oráculo sagrado
Por saber si la prenda
De la razón al indio se ha otorgado,
Y mientras Roma calla,
Entre las bestias confundido se halla.

"¿Y qué, cuando llegado se creía
De redención el suspirado instante,
Permites, justo Dios, que ufana cante
Nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero,
El generoso Hidalgo ha perecido:
El término postrero
Ver no le fué de la obra concedido;
Mas otros campeones
Suscita que rediman las naciones."

Dijo, y Morelos siente enardecido
El noble pecho en belicoso aliento;
La victoria en su enseña toma asiento
Y su ejemplo de mil se ve seguido.
La sangre difundida

De los héroes, su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur la encina reverdece
Y más vigor recibe,
Y con más pompa y más verdor revive.
Mas ¿quién de la alabanza el premio digno
Con títulos supremos arrebata,
Y el laurel más glorioso á su sien ata,
Guerrero invicto, vencedor benigno?
El que en Iguala dijo:
Libre la patria sea, y fuélo luego
Que el estrago prolijo
Atajó y de la guerra el voraz fuego,
Y con dulce clemencia
En el trono asentó la Independencia.
¡Himnos sin fin á su indeleble gloria!
Honor eterno á los varones claros
Que el camino supieron prepararos,
¡Oh Iturbide inmortal! á la victoria.
Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa,
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo como en noche hermosa
Entre estrellas sin cuento
A la luna en el alto firmamento.
¡Sombras ilustres, que con cruento riego
De libertad la planta fecundasteis,
Y sus frutos dulcísimos legasteis
Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!
Recibid hoy benignas,
De su fiel gratitud prendas sinceras
En alabanzas dignas,
Más que el mármol y el bronce duraderas,
Con que vuestra memoria
Coloca en el alcázar de la gloria.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.[1]

I

EL JUGADOR.

—Diréis que jugó: es verdad
Que jugó; nadie lo niega;
Mas ¿quién es el que no juega
En nuestra actual sociedad?
—Si juega por recreación
Como noble y caballero,
Puede á costa del dinero
Encontrar su diversión.
Quizá muy fácil le fuera
Y mucho más conveniente
Otra hallar más inocente
Y que menos le expusiera.
Sin embargo, siempre tiene
En el uso la disculpa;
Y, al fin, bien haya la culpa
Que en sí el castigo contiene!
Pero aquel necio que hollando
Los más sagrados deberes,
En pos de infames placeres
Pasa su vida jugando;
El que vive de engañar,

1 Nació en Veracruz el 18 de Octubre de 1789. Murió en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. Aunque pasó su juventud y dió á luz sus principales obras dramáticas en España, desde 1824 estuvo al servicio de México, y residió y escribió aquí desde 1833 hasta su muerte.

El que su familia olvida
Y más no piensa ni cuida
Que en deber y trampear;
En fin, el que á todo precio
Juega, pierde y se envilece,
Don Jacinto, no merece
Compasión, sino desprecio.

II

PENSAMIENTOS VARIOS.

(Tomado de las obras dramáticas de Gorostiza.)

I

¡Cuánto cuesta el enmendar
Un error! Si se supiera,
Más fácil mil veces fuera
Obrar bien que no faltar!

II

Temo mi opinión perdida
Y el grito de una ofendida
Conciencia; temo también
El merecido desdén
Del anciano Don Fermín:
Y temo á todos, que, en fin,
Teme bien quien no obra bien.

III

¡Un yerno amable, sensible
Y enamorado en extremo:
Un yerno pundonoroso
Y nada cobarde; un yerno
Amigo de diversiones,
De trasnoches y de juegos!

¡Qué hallazgo! Yo que esperaba,
Teniendo un yerno perfecto,
Ser mártir de su virtud,
Hallarme uno de quien puedo
Murmurar: quien sabrá darme
A cada instante pretextos
Para reñirle y quejarme
A los vecinos y deudos!

IV

¡Qué compasión, en verdad,
Merece el que se separa
De la línea del deber!
¡Infeliz! harto le cuesta,
Y el tiempo me manifiesta
Lo que no supe entender
Cuando, venturoso, el nombre
Ignoraba del disgusto;
Mas ¡ay! que siempre fué injusto
Si fué venturoso el hombre!

V

Bueno fuera, pese á tal,
Que así al deber se faltase
Y uno luego se escudase
Con la causa de su mal.
No, señor: el criminal
Cuando halaga su cadena
A sí mismo se condena,
Y, pues no tiene disculpa,
Ya que cometió la culpa
Que sufra también la pena.
....
.... La pasión

También encuentra barreras
Que establecieron severas
Ya la ley, ya la razón.
Que una vez á la opinión
O al capricho se permita
Despreciar lo que limita
Nuestro humano desenfreno,
Y si hallaren hombre bueno
Pueden ponerle en su ermita.

MANUEL CARPIO.[1]

CASTIGO DE FARAON.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente
Y adórnale el pecho radiante joyel.
Y lleva una zona bordada de estrellas,
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante
En ondas le baja cubriéndole el pie.

El trono rodean soldados adustos
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Coturnos vellosos de piel de león.
Su cota de acero bruñido relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la seña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varón venerable
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,
Preséntase, y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Criador.

1 Nació en Cosamaloápam [provincia de Veracruz] el 1º de Mayo de 1791. Murió en México el 11 de Febrero de 1860.

"Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
Él quiere librarnos, y es fuerza partir.
"Humíllate débil al fuerte Adonai,
Él hizo los montes, los campos y mares:
Y allá en esos cielos, él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir."

Del rey entretanto, cambiando colores,
El pecho se inunda de cólera amarga:
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.
Temblaron las guardias al ver el enojo
Que agita al monarca: cual tigre en la reja,
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir:

"¿Cómo es que un hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan sólo de mágica vara
Me pida insolente y así cara á cara
Librar á sus tribus? Así no será.
"Primero los mares abriendo su seno
A mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran;
Serán aquí siervos, aquí morirán."

Oyendo el profeta palabras tan duras,
"Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió."
Y dando la vuelta salió del palacio;
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía,
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,

Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacían la tierra temblar:
El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos;
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes,
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las olas ganado y pastor.
Mezclados andaban granizos y rayos,
La yerba del campo y el árbol hirieron;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Menfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar:
En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y sólo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente;
Mas alza el caudillo la vara potente
Y hambrientas langostas obliga á venir.
Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega;
Tan sólo el hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las cándidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos, los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica;
Mas ¡ay! sobre sedas el rey se abanica,
E inquieto en su cama no puede dormir.
Repasa en la mente las plagas horribles
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura;
Sudando y convulso se siente morir.

Un ángel en tanto voló como un rayo
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo;
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba al Libio arenal.
Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;
Así pasó el ángel airado matando
A cuantos varones nacieron primero:
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio; llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.
El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,

Sus lágrimas ruedan, y da un alarido,
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.
  Lloraba la reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando,
Y suelto el cabello y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.
  Gritaban las madres por calles y plazas
Alzando los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

  Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
Oprime sin tregua con bárbara mano,
Y apenas le deja del sueño gozar.
  Empero esa noche, soñando en su viaje,
Las tribus dormían en rústicos lechos;
Terror no agitaba los cándidos pechos
De aquellos mortales, amor de Jehová.

  El ángel en tanto se pára en la cumbre
De la alta pirámide, y da una mirada
A todo el Egipto, y envaina la espada,
Y quedáse un rato pensando entre sí.
  De nuevo despliega sus rápidas alas,
Y párte, y resuena su espada en el vuelo;
Divide las nubes y encúmbrase al cielo,
Y dice postrado: Señor, ya cumplí.

  Así en ese tiempo y en esas regiones,
Quebranta Adonai la fuerte cadena
Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
Al bárbaro egipcio, y al gran Faraón.
  Libró á los judíos con brazo robusto,
Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
El fuerte Moabita y el fuerte Idumeo,
Y el rico Fenicio temblaba en Sidón.

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar.
Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo: "Aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar."

FRANCISCO ORTEGA.[1]

A ITURBIDE EN SU CORONACION.

¡Y pudiste prestar fácil oído
A falaz ambición, y el lauro eterno
Que tu frente ciñera
Por la venda trocar que vil te ofrece
La lisonja rastrera,
Que pérfida y astuta te adormece!

¡Sus! despierta y escucha los clamores
Que en tu pro y del Azteca infortunado
Te dirige la Gloria:
Oye el hondo gemir del patriotismo;
Oye á la fiel Historia
Y retrocede ¡ay! del hondo abismo.

En el pecho magnánimo recoge
Aquel aliento y generoso brío
Que te lanzó atrevido
De Iguala á la inmortal heroica hazaña,
Y un cetro aborrecido
Arroja presto que tu gloria empaña.

Desprecia la aura leve, engañadora,
De la ciega voluble muchedumbre,
Que en su delirio insana

1. Autor del Apéndice á la "Historia de México" por Veytia. Nacido en México el 18 de Abril de 1798. Muerto el 11 de Marzo de 1849.

Tan pronto ciega abate como eleva,
Y al justo á quien "hosana"
Ayer cantaba, su furor hoy lleva.

Con los almos patricios virtuosos,
Amigos tuyos y del pueblo electos,
En lazo fiel te anuda:
Atiende á sus consejos, que no dañan:
Sólo ellos la desnuda
Verdad te dicen; los demás te engañan.

Esos loores con que al cielo te alzan,
Los víctores confusos, que de Anáhuac
Señor hoy te proclaman,
Del rango de los héroes, inhumanos,
Te arrancan, y encaraman
Al rango ¡oh Dios! fatal de los tiranos.

¿No miras, ¡oh caudillo deslumbrado,
Ayer delicia del azteca libre!
Cuánto su confianza,
Su amor y gratitud has ya perdido,
Rota ¡ay! la alianza
Con que debieras siempre estarle unido?

De puro y tierno amor no cual solía
Allegarse veráslo ya á tu lado,
Y el paternal consejo
De tus labios oir: mas zozobrante
Temblar al sobrecejo
De tu faz imperiosa y arrogante.

La cándida verdad, que te mostraba
El sendero del bien, rauda se aleja
Del brillo fastuoso

Que rodea ese solio tan ansiado;
Ese solio ostentoso,
Por nuestro mal y el tuyo levantado.

Y en vez de sus acentos celestiales,
Rastrera turba, pérfida, insolente
De astutos lisonjeros,
Hará resonar sólo en tus oídos
Loores placenteros:
Ah! placenteros.... pero cuán mentidos!

No así fueron los himnos que entonara
Tenoxtitlán cuando te abrió sus puertas,
Y saludó risueña
Al verte triunfador y enarbolando
La trigarante enseña,
Seguido del leal patricio bando.

¡Con qué placer tu triunfo se ensalzaba!
La ingenua gratitud con qué entusiasmo
Lo grababa en los bronces!
Tu nombre amado con acento vario
Cuál resonaba entonces
En las calles, las plazas y el santuario!

Ni esperes ya el clamor del inocente,
Ni de la ley la majestad hollada
Ni el sagrado derecho
De la patria vengar: que el cortesano,
De tí en continuo acecho,
Atará para el bien tu fuerte mano.

¿De la envidia las sierpes venenosas
Del trono en derredor no ves alzarse,
Y con enhiestos cuellos

Abalanzarse á tí? ¿Los divinales
Lazos de amistad bellos
Rasgar, y conjurarte mil rivales?

La patria en tanto, de dolor acerbo
Y de males sin número oprimida,
En tus manos ansiosa
Busca el almo pendón con que juraste
La libertad preciosa,
Que por un cetro aciago ya trocaste.

Y no lo halla, y en mortal desmayo
Su seno maternal desgarrar siente
Por impías facciones;
Y de desolación y angustia llena,
Los nuevos eslabones
Mira forjar de bárbara cadena.

¡Oh, cuánto de pesares y desgracias,
Cuánto tiene de sustos é inquietudes,
De dolor y de llanto......
Cuánto tiene de mengua y de mancila,
De horror y luto cuánto
Esa diadema que á tus ojos brilla!

JOSE GOMEZ DE LA CORTINA.[1]

EL DIABLO EN EL BAILE.

En una noche de invierno
A fuerza de arte y paciencia,
Obtuvo el diablo licencia
Para salir del infierno.

Pero como no sabía
Andar por esta ciudad,
No obstante su habilidad
Cada vez más se perdía.

Por fin, cansado de andar
En tan inútil paseo,
Muy cerca del coliseo
Fué con sus huesos á dar;

Cabalmente en ocasión
Que el teatro lleno estaba,
Pues de máscaras se daba
Esa noche una función.

Y viendo que todos cuantos
Con su dinero acudían
Hasta dentro se metían,
Quiso ser uno de tantos.

Dicen que un cuerno pagó,
(Y hubiera pagado cuatro)

1. Conde de la Cortina y de Castro. Nació en México el 9 de Agosto de 1799. Falleció en la misma capital el 6 de Enero de 1860. Fué notable humanista y crítico, y sus obras son muy conocidas en España.

A la puerta del teatro
Por un viejo *dominó*.

Y que empeñó su maleta
En casa de un usurero
Por el preciso dinero
Para alquilar la *careta*.

Luego se cortó las uñas,
Se puso guantes calados,
Y zapatos charolados
Para ocultar las pezuñas;

Y ciñéndose la cola
A modo de cinturón,
De los violines al són
Se fué metiendo en la bola.

Pero como el diablo está
Condenado á padecer,
Todo cuanto empieza á ver
Envidia y pena le da:

Porque luego á la memoria
Le vino el tiempo pasado,
En que antes de su pecado
Era arcángel en la gloria.

Y al ver que entre aquellas gentes
Ningún tormento se sufre,
Ni hay plomo hirviendo ni azufre,
Ni silbidos de serpientes,

Sino música, y no mala,
Y sorbetes y licores,
Y ramilletes de flores,
Y trajes de fiesta y gala;

En todo esto, y más que vió,
Hallaba gran semejanza
Con la bienaventuranza
Que para siempre perdió.

Tan crudamente le ataca
Esta punzante aflicción,
Que le deja sin acción,
Y tieso como una estaca.

En medio de tal bullicio
Hecho el diablo un estafermo,
Unos juzgan que está enfermo,
Otros que ha perdido el juicio;

Y agachadas las orejas;
No echa de ver el cuitado
Que ya el vals han comenzado
Las retozonas parejas.

Éste le da un empellón,
Aquél los callos le estruja,
Y otro un siete le dibuja
Con el pie en el pantalón

Al fin llega á presumir
Que en semejantes festines
Sin duda los bailarines
Buscan un hazme-reir;

Y no queriendo serlo él
Por parecerle ofensivo
Al carácter primitivo
Del refulgente *Luzbel*,

Poco á poco la salida
Con disimulo buscaba,

Cuando de máscara entraba
En el salón mi querida.

Absorto se va tras ella
Con semblante más seguro,
Ya que esta vez no es tan duro
El influjo de su estrella.

Aquel voluptuoso talle,
Aquel pie, más que divino,
Le hicieron perder el tino
Y volverse de la calle.

Y al ver tan bello modelo
Luzbel delante de sí,
Dijo suspirando—*así*
Son los ángeles del cielo.

Luego mi querida habló,
Y su dulcísimo acento
El diablo que estaba atento
Fácilmente percibió;

Y su memoria de un vuelo
Pasó á otros tiempos veloz.
Y dijo—*así era la voz*
De los ángeles del cielo.

En medio de la alegría
De fiesta tan placentera,
No es extraño que riera
Allí la querida mía:

De Luzbel aumenta el duelo
Siempre el recuerdo punzante,
Y el pobre exclama al instante,
Así es la risa en el cielo.

Cediendo á la pesadez
De un machaca subteniente,
Mi querida al fin consiente
En bailar por una vez;

Y apenas marca en el suelo
El primer paso su pie,
Dice Luzbel que lo ve:
Así se pisa en el cielo.

Siguen después las mudanzas
Y la grata confusión
Con que avivan la pasión
Las festivas contradanzas.

Ninguna otra con más celo
Que mi dueño, allí se inflama;
Luzbel la admira y exclama:
Así se baila en el cielo.

Al salón del ambigú
Pasa luego mi querida
Y va siempre perseguida
Del constante Belzebú.

A observarla se prepara
Desde un obscuro rincón,
Esperando la ocasión
De ver su divina cara.

Mas no bien hubo logrado
La apetecida ventura
De gozar de la hermosura
De aquel ángel humanado;

No bien de sus ojos bellos
Que fuego y amor encienden,

Por aquel salón se extienden
Los celestiales destellos,

Cuando Luzbel de improviso
Ve brillar la ardiente espada
Con que defiende la entrada
El ángel del Paraíso.

Ve el celestial resplandor
De mi querida en la frente,
Cuando él en la suya siente
La maldición del Señor.

Y cediendo al fallo eterno
Que en ésta y en la otra vida
Le priva de mi querida,
Huye Luzbel al infierno.

Y en medio del estampido
Con que desapareció,
Dicen que exclamar se oyó:
¡Ay de mí! ¡lo que he perdido!

JOSE JOAQUIN PESADO.[1]

JERUSALEM.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.
SALMO LXXXVI, 3.

I

Morada del poder y los honores,
Corte de Dios un día,
Objeto de consuelos y terrores,
Prestigio de mi humilde fantasía:

¡Qué de veces, Salem, tus sumas glorias
A mi mente se ofrecen,
Y mezcladas con lúgubres memorias
Entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padrón, que levantado
Puso el dedo divino,
Para marcar al hombre esclavizado
La libertad que el cielo le previno.

Eres tú monumento sempiterno,
Eres viva enseñanza
Del amor y bondades del Eterno,
Y también de su enojo y su venganza.

1. Correspondiente de la Real Academia Española. Nacido en San Agustín del Palmar, provincia de Puebla, el 9 de Febrero de 1801. Muerto en México el 3 de Marzo de 1861.

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo
En tus altas señales,
Las pisadas del tiempo fugitivo
Y de Dios los designios eternales!

¡Oh! si los sacros muros visitara,
Cual pobre peregrino,
En donde tú, Señor, la lumbre clara
Mostraste ya de tu poder divino!

Donde vaticinaron tus profetas
De tu Hijo la venida,
Y verdades sublimes y secretas
Mostraron á la tierra obscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,
Humilde y oprimido,
De los sabios y grandes despreciado,
Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato
Las luces y el consuelo,
Abriendo con su sangre al hombre ingrato
Los supremos alcázares del cielo!

II

Pues que una suerte contraria
En esta tierra me liga,
Encadenando enemiga
Los impulsos de mi amor;
Hágate el afecto acaso
Tocar lo que yo no veo,
Y en las alas del deseo
Alza el vuelo, corazón.

Junto á la rota muralla
Que á Jerusalem circunda
En la soledad profunda
El Eterno te hablará:
Allí escuchará benigno
Tus oraciones sencillas:
Prodigios y maravillas
A tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia,
Ni tampoco inconveniente:
Lo pasado y lo presente
Sabe en un punto juntar.
Paréceme que salvando
Selvas y montañas densas,
Las soledades extensas
Y la inmensidad del mar,

Se presentan á mis ojos
El monte de las Olivas,
Los estanques de aguas vivas,
El torrente de Cedrón;
Los sepulcros de los reyes,
Los escombros del santuario,
El santo monte Calvario,
Y la colina de Sión.

¡Salve! suelo sacrosanto,
Del hombre infeliz abrigo,
De su redención testigo,
Sagrario de santidad,
Asilo del inocente,
Del desgraciado patrono,
De revelaciones trono,
Y templo de la verdad!

¡Qué hermosas son en tus montes
Las plantas del que bendice
A los pueblos, y predice
Al cautivo libertad!
Del que anuncia á las naciones
Que ningún opreso gima,
Porque el Señor se aproxima
Y en el mundo reinará!

III

Felices los que oyeron
¡Oh Señor! de tu boca santa y pura
Las palabras y vieron
Tu modesta hermosura,
Gozando tu piedad y tu ternura!

Aquí les enseñabas:
Allí de tu poder muestras hacías:
Los enfermos sanabas:
La muerte destruías:
En todo, como Dios, resplandecías.

Brindabas á los niños
Tu amor: al infelice tus desvelos:
Al pobre tus cariños:
Al triste tus consuelos:
A todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste
Del hombre las tinieblas y ceguera,
Y benigno curaste
De su culpa primera
La horrible llaga, inveterada y fiera:

Yaces ¡ay! enclavado
A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:
Del pecho lastimado
Lanzando tristemente
Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio
Que sufre del Agosto los rigores,
Yaces con el martirio:
Cargaste mis errores,
Y eres varón de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa
El dolor, y de tu alma se apodera:
Ardiente sed te abrasa:
Tu aliento se acelera:
Tu corazón se funde como cera.

¡Oh pueblo descreído,
Sordo á las voces y al ejemplo ciego!
La sangre que has vertido
Vendrá sobre tí luego:
Tu crimen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina
Su rayo vengador, airado el cielo.
La compasión divina,
Al predecir tu duelo,
Lágrimas derramó sobre tu suelo.

IV

Cuando aquesta ciudad delincuente
Se manchó con la sangre del Justo,
Un acento incesante, robusto,
Fatigaba los ecos doquier.

Con proféticas voces revela
Los arcanos del tiempo futuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salem!"

En el aire, de sangre teñido,
Escuadrones de ardientes guerreros
Con clarines, banderas, aceros,
Discurrir combatiendo se ven.
Despeñados después los recibe
En sus senos el báratro oscuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salem!"

Los levitas oyeron de noche
Dentro el SANCTA SANCTORUM augusto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel;
Y una voz que pronuncia: *Salgamos*
Presto, presto del sitio inseguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salem!"

El concento del arpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron:
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos gimieron también:
Vanos son de la virgen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salem!"

De furor el Romano ceñido
A tí viene frenético y ciego:
Le precede la muerte y el fuego,
El espanto le sigue después:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima
Su decreto terrífico y duro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salem!"

Fuertes lazos te cercan de muerte,
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez:
Estallando tus puertas, dan paso
Al gentil, al profano, al impuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salem!"

Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita llama,
El incendio voraz se derrama
Y consume tu vana altivez:
Toda envuelta en torrentes de fuego
Ya no ofreces un punto seguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salem!"

V

¿Dónde están de la flébil elegía
Los tristes ecos, el amargo llanto?
¿Do están que no acompañan la voz mía
En tan duro quebranto?

Cayó Sión de su elevado asiento,
El Señor la apartó de su memoria,
Trocó en pena y suspiros su contento,
En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,
Negra mancha su cándido decoro,
Perdió su estima, cual con liga impura
Pierde su precio el oro.

¡Cómo yace desierta y desolada
La que un tiempo humilló pueblos enteros!
¡La señora del mundo esclavizada
Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,
Sus calles enlutadas y desiertas,
Sus torres y murallas derruidas,
Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos
Sobre ceniza vil, gimen dolientes;
Sus vírgenes también con lloros vanos
Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se obscurece
Al contemplar escenas tan extrañas;
Mi voz entre sollozos enmudece,
Se rompen mis entrañas.

VI

¡Cómo yace entregada
Hoy á letal olvido
La ciudad, á quien antes
Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,
Tu popular bullicio,
Y tristeza afrentosa
Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche
Su manto denegrido,
Se cruzan por tus plazas
Tristísimos suspiros.

Cayó Salem, prorrumpen
Los ecos adormidos,
Cayó, también responden
Los montes convecinos.

No de Gión la fuente
Vierte raudales limpios,
Para regar los huertos
De higueras y de olivos:

Hora sus aguas turbias,
Con lánguido ruido,
Se arrastran torpemente
Entre zarzas y espinos.

En vano con su acero,
Quiso el cruzado altivo
Reconquistar tu gloria,
Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron
Cual pasa el torbellino,
Que en pos tinieblas deja
Y truenos y granizo.

Y vino el agareno
Cual tigre enfurecido,
Y te cerró en sus garras
Con hórridos rugidos.

También el Idumeo
Bajando de sus riscos,
Dividió por despojos
A tus inermes hijos;

Llevándose delante,
Cual mudos corderillos,
Con despiadada vara
Tus vírgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,
Templo ni sacrificio,
Eres de tus contrarios
La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos
Las voces de cariño,
Ya no en tu triste espacio
Halagan los oídos.

Todo es pavor y llanto,
Todo es dolor esquivo.
¡Cuán largo es tu tormento!
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,
Hundida en un abismo,
Jamás te mira el cielo
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! agitada
De un mar embravecido,
No hay quien de tí se duela
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo
El pobre peregrino,
Ultrajes y rigores
Participa contigo.

El tirano que ostenta
En tí su cetro indigno,
La piedad que te muestran
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso
Darte yo algún alivio!
Mas ¡ay! que nada puede
Mi canto dolorido!

VII

Con lágrimas amargas contemplaba
Aquel funesto estrago, y el suspiro
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,
Al resplandor de fósforo distante,
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
Allí me trasladó; su diestra fuerte
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
En polvo la creación, y se dilata
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata
De una parte sus lindes; el Mar Muerto
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el desierto,
De secos esqueletos descarnados
El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
De sus primeros troncos divididos,
En confuso desorden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
Sensación más intensa de amargura,
Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entonces se apagó la llama pura
Que brillaba serena y esplendente,
Y sus alas tendió la noche obscura.

Poseído de horror bajé la frente,
Y al suelo la incliné con triste lloro:
Después, volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras á Dios en mi aflicción imploro,
Miro escrito entre luces en el cielo
El nombre de JEHOVÁH con letras de oro.

"¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!
Dije con voz rendida y fervorosa,
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasión las penas duras
A que nacen tus hijos condenados:
No les niegues del todo tus dulzuras."

En esto se agolparon mil nublados,
Y cercaron mis ojos de repente,
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbación cayó mi mente,
Y en hondos pensamientos sumergida,
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida
Por la tercera vez brilló á mis ojos,
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:
Un Arcángel en medio despedía
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimía
Al asentar sus plantas, y eclipsaba
Con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba,
Y el profundo cristal del mar undoso
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,
Vestido de una túnica de lino,
Y en la mano un bastón de oro precioso,

Reverente á encontrar al Ángel vino,
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecía en tal instante:
La barba sobre el pecho le bajaba,
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posición inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Ángel, descendiendo de la altura,
Con una ascua vivísima de fuego
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto en pie gravemente, revestido
De excelsa majestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirigido:

Del poder recibido firme usando,
"Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:
"En nombre del Eterno yo lo mando."

Dijo, y al punto, una aura, que impelida
Bajaba de los montes al desierto,
Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,
De florecillas frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas
Las reliquias humanas reunirse,
Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,
De carnes, miembros y vigor llenarse,
De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,
Y entre cantos de Hosanna, con presteza
En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,
Con poderoso esfuerzo lo regía,
Lleno de majestad y de grandeza.

El Ángel desde lo alto dirigía
Su marcha, y le indicaba su destino:
La tierra se aplanaba y abatía:

Los montes no estorbaban el camino:
Saltaban de contento los collados:
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,
Verjeles, huertos, frescas alamedas
Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:
La mano del Eterno le cubría,
Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalem, Jerusalem, decía
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda celeste repetía.

Entonces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
A que unieron alegres sus concentos
Los espíritus puros de la gloria.

VII

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó;
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

CORO SEGUNDO.

Viva, viva Jehováh, que en la guerra
Los gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el día
En que el Señor demuestra
La fuerza de su diestra,
Su gloria y su poder.

Aqueste día anunciaron
Visiones y profetas;
Sus palabras, completas
Hoy se llegan á ver.

UN JOVEN.

Hoy del sepulcro helado
Libertarnos le plugo,
Y el poderoso yugo
De la muerte quebró:
Este es el día anunciado
Con palabras expresas;
Sus eternas promesas
Hoy el Señor cumplió.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó;
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

EL PROFETA.

Regocijaos ¡oh cielos!
Salta de gozo ¡oh tierra!
Que la muerte, la guerra
Y la opresión cesó.
Resuenen en los montes
Los himnos de alabanza.
¡Qué cierta es mi esperanza!
¡Qué fiel es el Señor!

UNA DONCELLA.

La hija de Sión querida,
Que en prisión sepultada
Lloraba desolada
Sin consuelo y sin luz,
Hoy recobra gozosa
Su espléndida belleza,
Su cándida pureza,
Su primera virtud.

TODO EL PUEBLO.

Viva, viva JEHOVÁH, que en la guerra
Los Gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

IX

¡Jerusalem ilustre! este es el día
En que los ojos míos van á verte
Coronada de paz y de alegría,
Sin temor y sin riesgo de perderte.
JEHOVÁH su salvación al suelo envía,
Destrozado el imperio de la muerte;
Y trocando en placer tu llanto y penas,
De tu cuello desata las cadenas.

Levántate del polvo, Sión querida,
Do fuiste como esclava maltratada,
En mortales angustias sumergida,
Del cáliz soporífero embriagada.

Grande ha sido tu culpa y sin medida,
Y grande tu castigo, desdichada:
Mas apiadado ya, tu antiguo esposo
Hoy te abraza y te estrecha cariñoso.

Oye lo que te dice el Sér Eterno
Con acento dulcísimo, inefable.—
"Si no olvida la madre al niño tierno
Que en su seno llevó por tiempo estable,
¿Cómo te olvidaría mi amor paterno,
Ni mi afecto de esposo, inestimable?
Ofendido, calmaste mis enojos
Con el llanto perenne de tus ojos.

"Sabe tú, que en mi mano dibujados
Tus muros y baluartes siempre tengo:
Ellos serán al punto reparados,
Que yo, Dios Poderoso, lo prevengo:
Yo, que vivo en los cielos estrellados;
Yo, que formé la tierra, y que contengo
En el espacio breve de mi mano
Al tempestoso y férvido oceano.

"¿Se ha encogido mi brazo por ventura
Para que yo no pueda libertarte......?
¡Levántate, Salem! y tu amargura
Olvida, pues que vengo á consolarte:
Vístete tu preciosa vestidura:
Ven á tu antiguo trono á colocarte:
No ya la esclavitud te deshonora,
Sino que eres feliz, libre y señora.

"Extiende para tí tus pabellones,
Toma sitio más ancho y dilatado,
Que ya vienen de todas las regiones
Los hijos infinitos que te he dado:

Las remotas y bárbaras naciones
A tí se postrarán, yo lo he mandado:
Reyes serán los criados que tú elijas,
Y reinas las nodrizas de tus hijas."

Los cielos y los astros de repente
En pavesas y en humo se deshacen,
Y otro cielo, otro sol más refulgente,
Y estrellas más espléndidas renacen.
El alto empíreo muéstrase patente,
Y entre luces sin fin, que de allí nacen,
Al suelo baja una ciudad divina,
Como esposa que al tálamo camina.

Y llega, y se establece en el cimiento
Do la antigua Solima fué labrada:
Tiene de oro macizo el fundamento:
Más pura es que el cristal, más acendrada:
Tres puertas manifiesta á cada viento,
Cada una por un ángel custodiada:
Sus muros son crisólitos brillantes,
Zafiros, amatistas y diamantes.

Allí se allega el pueblo presuroso
Entre cantos de gozo y alegría,
Y al escuadrón angélico dichoso
Unido en la ciudad desde aquel día,
Disfruta de la paz y del reposo
Que á los suyos Jehováh benigno envía.
Allí jamás hay noche ni tristura;
Todo es delicia y paz, placer y holgura.

En medio se halla el trono del Cordero
De do mana una fuente de agua viva,
Y un árbol prodigioso y duradero,
Que cada mes da fruto con medida.

No entra allí el orgulloso, el altanero,
El rapaz, el violento, el homicida:
El vicio corrompido y la torpeza
Nunca empañan su brillo y su pureza.

II

EL RÚSTICO Y EL MONARCA.

(Año de 1516.)

Divertido en su palacio
El Motezuma soberbio,
Traza á su capricho gustos
Y á su querer pasatiempos.
Reclinado en rico estrado,
Cercado de sus guerreros,
Sus cortesanos le adulan,
Y le obedecen los pueblos.
Cuando á su presencia llega
Hombre de rústico aspecto
Que con libertad le dice,
Sin arrogancia y sin miedo:
"Ayer de tarde, Señor,
Estando solo en mi huerto,
Ocupado en sus labores
Y entretenido en sus riegos,
Ví una águila que bajaba
A mí con rápido vuelo,
Y tomándome en sus garras
Me alzó por el vago viento;
Y sin tardanza llevóme
A un bello jardín ameno,
Donde en retirada gruta

Hallé de flores un lecho,
Y en él, descuidado y solo,
Un hombre entregado al sueño;
De paños regios vestido,
A un lado corona y cetro,
Y en su derecha empuñando
Un ardiente pebetero.
Acerquéme, y conocí
Que estabas allí tú mesmo,
En la mansión del descanso
Y en el reino del silencio.
Quise retirarme al punto
Penetrado de respeto,
Pero una voz imperiosa
Me hizo aproximar de nuevo,
Dejándome sin acción
Para esquivar sus preceptos.
Mandóme que de tu mano
Quitase yo aquel brasero,
Y sin piedad le aplicase
Ardiendo, sobre tu pecho.
Resistíme cuanto pude;
Pero ¿qué vale el esfuerzo
Del mortal desalentado
Para resistir al cielo?
Yo mismo entonces, Señor,
Cumplí el mandato severo:
Te apliqué la ardiente brasa,
Y tú sufriste cauterio,
Sin dar señal de dolor
Y sin hacer movimiento.
Juzgárate allí cadáver,
A no advertir que tu seno
Se dilataba y movía,
Respirando con sosiego.

Díjome otra vez la voz
(Voz engendrada en el viento):
Así tu rey insensato
Pasa en deleites el tiempo,
Cuando sobre sí el enojo
Tiene de los Dioses fieros;
Cuando tantos enemigos
Lo detestan en secreto;
Y cuando audaces soldados,
Navegando el mar inmenso,
Vienen de tierras ignotas
Para conquistar su imperio.
Dirásle que se levante,
Y justo, cuanto guerrero,
Ponga á los peligros dique
Y á los desastres remedio.
Apenas este discurso
Dijo, que conservo impreso,
Cuando el ave me arrebata,
Y otra vez me hallo en mi huerto.
Aquí he venido, Señor,
A cumplir con lo que debo,
Con lo que el cielo me manda,
Con lo que pide tu reino.
A las deidades irritas
Con tu soberbia y desprecio,
Y á los hombres das enojo
Con tu crueldad y recelos.
Despierta otra vez te digo:
¡Infeliz, si torpe y ciego
Tienes el pecho insensible
A los ardores del fuego!
Y sabe que los sollozos
De tus desdichados pueblos,
Primero que á tus oídos

Llegaron al justo cielo."—
Dijo, y volviendo la espalda
Salióse de allí, resuelto,
Poniendo al concurso espanto
Su libertad y denuedo.
Quiso el monarca sañudo
Mandar que le traigan preso,
Cuando sintió penetrante
Nuevo dolor en su pecho.
Descúbrelo, y le hallan todos
Abrasado de un cauterio,
En que con asombro miran
Ser el vaticinio cierto.

JOSE MARIA HEREDIA.[1]

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo:
¿Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?
¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y más allá del invisible Urano
Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del Sol allá te alcanza,
O una funesta rebelión te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
¿Bandido inaquietable dė la esfera,
Ningún sistema habitas,
Y tan cerca del Sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?
Huye su luz, y teme que indignado
A su vasta atracción ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.

1. Nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803. Vino á México en 1825 y residió y escribió aquí hasta su muerte, acaecida á fines de 1839.

Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.
Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo, al contemplarte, ledo
Elévome al Criador: mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan sólo ahora
En mi alma dejas impresión profunda:
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes días,
A mi agitada mente parecías
Un volcán en el cielo.
El ángel silencioso
Que hora inocente dirección te inspira,
Se armará del Señor con la palabra
Cuando del libro del Destino se abra
La página sangrienta de su ira.
Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo,
Y escombros abrasados
De mundos destruídos
Llevarán el terror á otro sistema! . . . .
Tente, Musa, respeta el velo obscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la región de lo futuro.
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
Y á millones de mundos ignorados
Al Hacedor magnífico revela.

WENCESLAO ALPUCHE.[1]

LA FAMA.

En lecho delicioso,
De pluma delicada bien mullido,
El sibarita ocioso
De oro y seda vestido,
Descanse el cuerpo de placer rendido.

Disfrute allá en su idea,
En éxtasis sabroso, todo el lleno
De bienes que desea;
Libre, feliz, sereno,
De pesadumbre y de fastidio ajeno.

Y el sueño blandamente
Sus párpados cerrando adormecidos,
La imagen le presente
De mil apetecidos
Deleites, fácilmente conseguidos.

Vendrá empero la muerte
Y segará su vida descuidada
Con su guadaña fuerte;
Su memoria lanzada
Será entonces al seno de la nada.

Yo sobre cama dura
No pueda descansar ni aun débilmente:
Del dolor la amargura

1. Nació en Tihosuco, provincia de Yucatán, el 28 de Septiembre de 1804. Falleció en Tekax el 12 de Septiembre de 1841.

Devóreme inclemente:
No tenga en donde reclinar mi frente.

Despedazada el alma
De pasiones violentas, no consiga
Un momento de calma,
Y la inquietud me siga,
Y eterno el infortunio me persiga.

Atormentado sea
Mi sueño por la imagen de la muerte:
Aun dormido me vea
Luchando con la suerte;
Halle sólo aflicción cuando despierte.

Pero mi acerbo llanto,
Del deleite jamás interrumpido,
Vigor dará á mi canto;
Al canto dolorido
Que arranque mi memoria del olvido.

¡Patria adorada mía!
¿No cubrirán tus jóvenes de rosas
Mi sepultura fría?
¿Tus vírgenes hermosas
No entonarán mis cánticos llorosas?

No de inmortal renombre
La orgullosa ambición mi pecho inflama;
Pero arderá mi nombre
Con refulgente llama,
Si su poeta Yucatán me aclama.

FERNANDO CALDERON.[1]

EL SUEÑO DEL TIRANO.

De firmar proscripciones
Y decretar suplicios el tirano
Cansado se retira,
Y en espléndido lecho hallar pretende
El reposo y la paz. ¡Desventurado!
El sueño, el blando sueño,
Le niega su balsámica dulzura;
Tenaz remordimiento y amargura
Sin cesar le rodean:
En todas partes estampada mira
De sus atroces crímenes la historia:
Su implacable memoria
Fiel en atormentarle, le recuerda
Las esposas, los hijos inocentes
Que por su saña abandonados gimen
En viudez y orfandad: gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetran:
Con pasos agitados
Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo: en su alma impura
La amistad, el amor, son nombres vanos
Que jamás comprendió: los ojos torna;
Su cetro infausto y su corona mira;
Un grito lanza de mortal congoja;

1 Poeta dramático. Nació en Guadalajara el 20 de Julio de 1809. Murió en la villa de Ojo-Caliente el 18 de Enero de 1845.

Con trabajo respira,
Y á su lecho frenético se arroja.

Ya, por fin, un sopor espantoso
Sus sentidos embarga un momento;
Pero el sueño redobla el tormento
Con visiones de sangre y horror:
A un desierto se mira llevado
Donde el rayo del sol nunca brilla;
Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta
Con un sordo siniestro crujir:
A su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
A sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirsutas nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:
Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos ardiendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo
De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan
Sus atroces funestas miradas:
En sus frentes de sangre bañadas,
Del infierno refleja el horror:

Y sus dientes rechinan entonces
Y sus cárdenos labios abriendo,
Este grito lanzaron tremendo:
"¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!"

Las cavernas de un monte vecino
El acento fatal secundaron:
Largo tiempo los ecos sonaron
Repitiendo la horrísona voz;
Y el crujir de las olas y el viento,
Y el estruendo del rayo espantoso
Parecía al tirano medroso
Que clamaban también "¡maldición!"

Cambia luego la escena: entre tinieblas,
De fuego circundado,
Gigantesco fantasma se presenta:
Con dedo descarnado
Muestra al tirano una espantosa sima:
En su profundo seno
Reventar oye retumbando el trueno,
Y mira un fuego hervir como la boca
De encendido volcán, y por las llamas
Los demonios sacando la cabeza,
En carcajadas hórridas prorrumpen,
Y al réprobo saludan.
Tiemblan sus miembros: líbicas serpientes
Ciñen su corazón, y ni un suspiro
Puede exhalar, ni respirar siquiera....
¡Sacude el sueño: vagorosos ojos
En torno suyo pavoroso gira,
Y sangre, sangre, dondequiera mira!

Del lecho se lanza
Con grito doliente:
Se inunda su frente
De frío sudor:

Parece que escucha
La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor.

Cansados sus ojos
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad:
Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando ¡piedad!

Mas no, que ya dada
Está su sentencia:
En vano clemencia
Demanda su voz:
¡Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente,
La mano de Dios!

JOSE DE JESUS DIAZ.[1]

A NAPOLEON.

Nuncio tuyo el cañón, meció tu cuna,
Te coronó, guerrero, la victoria;
De mayor capitán no se halla historia,
Ni de César más varia suerte alguna.

Sucumbió la discordia á tu fortuna
Y, á conservar de libertad la gloria,
Bendijeran con gozo tu memoria
Generaciones mil una tras una.

Sol, de entre el mar tuviste nacimiento;
Brillar el mundo te miró asombrado,
Sobre los tronos erigir tu asiento.

También caíste al mar, sol despeñado:
Fué tu ascensión de pueblos escarmiento;
Es tu ocaso de reyes un dechado.

1. Padre de nuestro sabio ingeniero y astrónomo Don Francisco Díaz Covarrubias. Nació como por 1809, probablemente en la provincia de Veracruz; y falleció en Puebla en Septiembre de 1846. Ocupó diversos puestos públicos en el Estado de Veracruz.

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.[1]

EL ANCIANO Y EL MANCEBO.

ROMANCE PRIMERO.

Era una mañana hermosa,
Una mañana de Abril:
Estaba sereno el cielo,
El sol subía al zenit,
Tendida la cabellera
De plata y oro y carmín,
Bajo pórtico esplendente
De rosicler y rubí.
Paseaba pensativo
En el prado de Madrid
Un viejo de rostro noble
Y de cuerpo varonil.
Era espaciosa su frente,
Era erguida su cerviz,
Y su bigote entrecano
Aire le daba gentil.
Dejaba en sus grandes ojos
Y en su rostro descubrir
La dulzura de un amante,
La altivez de un paladín.
Su izquierda estropeada mano
Reposaba con viril

1. Poeta dramático, nacido en Tizayuca el 12 de Marzo de 1816; muerto en la Habana el 25 de Julio de 1842.

Apostura en una espada
Algo manchada de orín.
  Pobre era su ferreruelo,
Pobre su valona; en fin,
Todo el vestido mostraba
Que su dueño era infeliz.
  Hondos suspiros del pecho
Parecía despedir,
Cual si en él duros pesares
Trabaran horrenda lid.
  Bajaba al suelo los ojos,
Como si buscara allí
El sepulcro do su cuerpo
Halle reposo feliz.
  Un mozo vivo y alegre
Hacia él mira venir
Andando á paso ligero
Con arrogancia gentil.
  Cabello negro y rizado,
Mórbida faz de marfil;
Sombreaba naciente bozo
Los sus labios de carmín,
  Do con gracia peregrina
Jugaba risa infantil,
Como quien de hórridas penas
Aun no se ha sentido herir.
  Airoso ostentaba el joven
Jubón de rico matiz,
Sombrero con blancas plumas,
Y ropilla carmesí.
  Paróse á mirar al viejo,
Paróse el viejo infeliz,
Desarrugóse su frente,
Y aun pretendió sonreir.
  No se hablaron con los labios,
Pero con las almas sí,

Cual se saludan dos ángeles
En el celestial pensil.
Hay consonancia en las almas,
Y yo de mí sé decir,
Que amo ú aborrezco á un hombre
Tan luego como le ví.
Mujeres hay tan hermosas
Como la aurora de Abril,
A quienes ni amo, ni puedo
Mi repugnancia encubrir.
Que con el són de la flauta
Mal se pudieran unir
El relincho del trotero
Y las voces del clarín.

ROMANCE SEGUNDO.

Con afición se miraron
Cual si dos amigos fueran,
Y al fin el anciano al mozo
Saludó desta manera:
—Guárdeos Dios, el mozo tierno,
El de cabellera negra.
—Guárdeos Dios, el noble anciano,
El joven le respondiera.
—Noble soy, replica el viejo,
Si no por rica ascendencia,
Por mi corazón, que nunca
Se manchó con vil afrenta.
—Os llamé por eso noble,
Que es la más clara nobleza,
Pues hay duques y aun monarcas
Que tienen alma plebeya.
Muchas más veces se abriga
Corazón de heroicas prendas

Bajo de un jubón de lana
Que bajo púrpura y sedas.
Mas de vuesarced el traje,
Si no me engaño, demuestra,
Junto con su izquierda mano,
Que ha visto el ceño á la guerra.
—Soldado soy, y he seguido
Las victoriosas banderas
Del Señor Don Juan de Austria,
Que Dios en su reino tenga.
Mil veces hirió mi cuerpo
La cimitarra agarena;
Y en las aguas de Lepanto
Corrió sangre de mis venas.
Argel me miró en sus baños
Arrastrar duras cadenas,
Y oyó sonar mis gemidos
En sus mazmorras horrendas.
Cautivo como me hallaba,
Quise domar la soberbia
Del turco y en Argel mismo
Alzar la española enseña.
Mas de infieles renegados
Me vendió la infame lengua,
Y cuatro veces el moro
Quiso cortar mi cabeza.
Candor fué...... no, necedad......
Fué mi confianza necia......
¿Cómo pensaba hallar fe
En quien de Cristo reniega?
Conseguí ser rescatado
A pesar de mi pobreza,
Que mi madre y Fray Juan Gil
Hicieron más que pudieran.
Volví á mi país...... ¡Oh España!
Cuando pisé tus arenas

Tú viste correr mi llanto
Y estampar mi labio en ellas.
Dejé la sangrienta espada,
No la vida aventurera,
Que á vagar hambriento y triste
Me arrastraba la miseria.
Tomé en mis dedos la pluma
(Fué el consuelo de mis penas).
Mis obras han recorrido
Las naciones extranjeras.
Veisme aquí, mozo gallardo,
Ya con la planta en la huesa,
Alimentando mi mente
Con tristes memorias muertas.
El anciano, así diciendo,
Ciñe al joven con la diestra,
Y una lágrima del mozo
Siente que su mano quema.
Éste exclamó suspirando:
Y España á tanta proeza,
A tanta virtud heroica
¿No supo dar recompensa?
Al saludar las sus torres,
Al pisar sus ricas tierras,
¿Qué os dió España, noble anciano?
¿Qué os dió? decidme —Cadenas.
Escandecióse el mancebo,
Su faz demudóse bella,
Temblaron sus labios rojos,
Enarcó sus negras cejas.
—¡Oh suerte, clamó iracundo,
Oh suerte, suerte funesta,
Que á los malvados ensalzas
Y al virtuoso desdeñas!
Al perverso las naciones
En silla dorada sientan,

Y al justo varón olvidan,
Y allá en el cieno le dejan.
  El anciano replicóle:
—Mas del justo un nombre queda,
Que escarnio será de ingratos,
De almas generosas muestra.
  Vuestras palabras, mancebo,
Hasta el corazón me llegan;
Si á bien lo tenéis, decidme
Vuestros placéres ó penas.
  Recuerdos de lo pasado
Mi corazón alimentan;
Generosas esperanzas
Quizá vuestro pecho alberga.
  Seréis ornato de España,
Si mi pensamiento acierta:
Saludarán vuestro nombre
Las edades venideras.
  El Dios que lo puede todo
Verdad ponga en vuestra lengua.
—Escuchad, el buen anciano,
La historia de mis ideas.

ROMANCE TERCERO.

  Cuando á pensar comenzaba,
A mi mente apareció
Una idea que el reposo
Quitaba á mi corazón.
  De gloria fué, fué de gloria
El pensamiento roedor
Que me agitaba de noche,
Me seguía con el sol.
  Y tal se me figuraba
Que me decía una voz:

Eterno será tu nombre,
Serás de tu patria honor.
  El sueño no me adormía,
Y mi opreso corazón
Un alimento buscaba,
Y este alimento era amor.
  Infeliz del que en su pecho
No abriga ardiente pasión:
Es su vida luz de luna,
Que alumbra y no da calor.
  Si alguien no alberga en su seno
Amor puro y religión,
O es un desdichado idiota,
O es un malvado feroz.
  Al débil tiendo la mano
Sin hacer indagación
De si es turco, ó si es judío,
De si es idólatra ó no.
  Y solamente el menguado
Enciende mi indignación,
Que de Cristo con la túnica
Su alma disfraza traidor.
  Hijo soy de Jesucristo,
El Evangelio es mi sol;
Y adoro una joven bella
Como hechura de mi Dios.
  Ilustro mi obscura mente
Con Lope y con Calderón:
El Fénix de los ingenios,
Y el Ángel de luz y amor.
  Es mi delicia el teatro,
¿Mi delicia he dicho yo?
Edén de flores cubierto,
Coronado de arrebol.
  Una fuerza irresistible
A él me arrastra veloz:

En él quiero una corona
Que dé á mis sienes frescor.
Y vengan penas y duelos,
Aquí está mi corazón.
¿Qué puede temer quien tiene
Religión, poesía, amor?
Bien sé que al poeta sigue
Estrella de maldición,
Y que en su alma vierte el mundo
La ponzoña del dolor.
¿Qué importa, si sube al cielo,
Si ve la faz á su Dios,
Si alumbra su yerta losa
Lámpara de bendición?
Mas un libro prodigioso
Mi corazón halagó:
Deslumbró mi fantasía
Con su vivo resplandor.
Libro del cielo inspirado,
Unico libro que halló
Lugar después de Isaías,
Los Evangelios y Job.
Es consuelo de mis penas,
Astro de mi corazón;
Conmigo siempre le llevo
Cual serafín velador.
Si alguna cosa en el mundo,
Ardiente mi alma anheló,
Fué el escribir otro igual
O ser su divino autor.
—¿Cuál es su nombre, mancebo?
El soldado preguntó.
—Vedle aquí, replica el joven,
Ved el libro encantador.
Diciendo así, de su pecho
Un sucio libro sacó,

En pergamino aforrado
Y de pésima impresión.
  Tomólo temblando el viejo,
Y la portada leyó,
Y gritó en voz balbuciente:
—Es el Quijote. ¡Gran Dios!......
  Cayó el libro de sus manos,
Llanto por su faz rodó,
Iluminóse su frente
De gloria con el claror.
  Alzó los ojos á lo alto,
Luego al suelo los bajó,
Y entre sollozos de fuego
Decía: "Gracias, Señor."
  Con pena y con extrañeza
El mancebo le miró,
Y en su mente revolvía
La causa de su emoción;
  Cuando el soldado infelice
En sus brazos le estrechó;
Y sentía que en su pecho
Le saltaba el corazón.
  —No adivino, buen anciano,
La causa de esa pasión.
Decid siquier vuestro nombre,
También os diré quién soy.
  —¿Cómo os llamáis? sin soltarle
El anciano preguntó.
—Me llamo Agustín Moreto.
—Miguel de Cervantes yo.

MIGUEL JERONIMO MARTINEZ.[1]

I

JESUCRISTO.

Inspice et fac secundum exemplar,
quod tibi in monte monstratum est.

Era bello y gentil como entreabierto
El blanco lirio de fragante aroma,
Y manso como tímida paloma
Que gime solitaria en el desierto.

Hora de sangre y de sudor cubierto
Cual vil esclavo de la altiva Roma,
Sobre las rocas de ese monte asoma
De amor rendido y por nosotros muerto.

Venid, ungidos; férvidos los pechos
Y humilde el corazón, subid al punto
A la sangrienta cumbre del Calvario;

Y contemplad en lágrimas deshechos
El divino ejemplar cuyo trasunto
Deben ser los ministros del santuario.

---

1. Canónigo de la Catedral de Puebla. Poeta místico y orador sagrado. Nació en Huejotzingo, de la Provincia de Puebla, en 1817. Falleció en Puebla el 5 de Agosto de 1870.

II

LA PODA.

Tempus putationis advenit.

Podando estoy mi solitario huerto
Hora que, del invierno á los rigores
Marchitos aun los árboles mayores,
Tórnase el campo un árido desierto.

Cuando de galas y esplendor cubierto
El Abril pase derramando flores,
Del sol á los vivíficos ardores
Mis árboles darán su fruto cierto.

Si otra poda interior hacer pudiera
Allá en mi corazón y el alma mía,
¡Con qué dulce placer, con cuánto anhelo

En el místico huerto recogiera
Flores de amor filial para María,
Frutos de vida eterna para el cielo!

JOSE SEBASTIAN SEGURA.[1]

EL BAUTISTA.

Danza la hermosa Salomé en los días
Del monarca que en ella se recrea,
Y su túnica azul cruje y ondea
Del festín en las locas alegrías.

—¿Quieres, él dice, las riquezas mías?
Tuyas serán ¡oh encanto de Judea!
La cabeza de Juan pide la hebrea
A instancias de la impúdica Herodías.

Con sacrílega planta huella osada
La madre vil, adúltera altanera,
La sangre del Profeta derramada.

Del Jordán se estremece la ribera
Viendo aquella cabeza venerada
Ser precio de los pies de una ramera.

1. Ingeniero de minas; correspondiente de la Real Academia Española. Abrazó en sus últimos días el estado eclesiástico. Nació en Córdoba en 1817; falleció en México en 1889.

IGNACIO RAMIREZ.[1]

POR LOS DESGRACIADOS.

Tercer Banquete Fraternal de la Sociedad Gregoriana.—1868.

Indigno es de sufrir el navegante
Que tiembla cuando ruge la tormenta
Y se esconde del rayo resonante:

Indigno es de la lid quien se amedrenta
Cuando en el campo se desata el fuego
Que de los más audaces se alimenta.

Mi madre es la desgracia; pero niego
Mi parentesco con aquel cobarde
Que agota, si padece, lloro y ruego.

Tenemos de morir temprano ó tarde,
Y entretanto es placer, es una gloria,
De una alma desdeñosa hacer alarde.

Por eso el pueblo es digno de la historia.
Yo lo he visto sangriento y derrotado
Entregarse al festín de la victoria.

En vano el invasor lo ha encadenado;
La muerte en vano por su frente gira;
No descubre un caudillo ni un soldado:

1. Nació en San Miguel el Grande (Guanajuato) el 23 de Junio de 1818. Falleció en México el 15 de Junio de 1879.

En obscura prisión tal vez se mira;
Se extingue de la tumba en el ambiente;
Y allí lo alumbran su esperanza y su ira.

¿Quién ha postrado su soberbia frente?
¿Ni quién resiste su mirada fiera?
El contrario estandarte, omnipotente

Allá en la Europa, para allá volviera;
Y desde el Golfo contempló en el cielo
Manto del sol, brillar nuestra bandera.

¿Y seremos nosotros el modelo
De los humanos débiles? Un día
Nos dispersamos con incierto vuelo

Tras los caprichos de la suerte impía
Desde aqueste edificio venerable
Que de nido amoroso nos servía.

Éste se abrió un camino con el sable;
Aquél halló en la musa eterna fama;
Otro se envuelve en manto miserable,

Y pide al hospital la última cama;
Alguno el oro busca por los mares;
Otro su herencia en el festín derrama;

Quién consagra su vida á los altares;
Y quién la ciencia que aprendió, cultiva
Sin alejarse de los patrios lares.

Y, de todos nosotros ¿quién, cautiva
Ha logrado arrastrar á la fortuna?
¿Quién su existencia de dolores priva?

Si es un astro la dicha, es cual la luna;
Un momento no más entera luce
Y á la sombra su luz sirve de cuna.

¡A cuántos desengaños nos conduce
Cuando ebrio de placer se halla el deseo!
¡Cuánta ilusión costosa nos seduce!

¡Dichoso quien su loco devaneo
Alcanza á prolongar! Con sus dolores
Luchar eternamente á muchos veo.

Para ellos siempre espinas, nunca flores
Produce el mundo. ¿Van tras la hermosura?
En sierpes se convierten sus amores!

Con fatiga se acercan á una altura
Do su ambición pavonëarse espera,
Y oyen crujir la escala mal segura.

Un tesoro su rica sementera
Les promete; y desátanse los ríos,
Y la cosecha al mar corre ligera.

¿Quién es estoico ante hados tan impíos?
Yo no me atrevo á contemplar sus males
Por temor de llorar también los míos.

A destinos más nobles é inmortales
Nos puede conducir una atroz pena,
A los héroes haciéndonos iguales.

Hijos del infortunio, la serena
Frente elevemos, como el risco osado
Cuando la tempestad se inflama y truena

No es el hombre feliz; el desgraciado
Es quien eclipsa, al fin, la turba necia
Que en las garras del mal sólo ha llorado.

¡Fortuna y gloria al hombre que se precia
De respeto infundir hasta á la muerte!
Dios, por invulnerable, la desprecia;
Y, por su dignidad, el varón fuerte.

RAMON ISAAC ALCARAZ.[1]

EL OTOÑO.

Tras las nocturnas lluvias
Risueña se levanta la mañana,
De mil espigas rubias
Coronando galana
Del Otoño la frente soberana.

Los huertos deliciosos
Doblan sus verdes ramas bajo el peso
De frutos abundosos,
Y al regalado beso
Del aura, mueven su follaje espeso.

Y las gotas brillantes
Trémulas penden de hojas y de flores,
Cual límpidos diamantes,
Del Sol á los fulgores
Reflejando del íris los colores.

Veloz se precipita
De la alta sierra el bramador torrente,
Como corcel que irrita
La espuela; é impaciente
Arrastra cuanto estorba su corriente.

Las verdinegras cañas
Del crecido maíz cubren los prados

1 Correspondiente de la Real Academia Española. Falleció en México el 8 de Abril de 1886.

Y ocultan las cabañas,
Y sus frutos granados
Los labradores ven alborozados.

La hacendosa aldeana,
Que en su campestre hogar no envidia el oro,
Su vaca ordeña ufana,
Y suelta al buey y al toro,
Del pobre labrador rico tesoro;

Y al campo con presteza
Baja y teje, del lago á las orillas,
Corona á su cabeza
Y al cuello gargantillas
De alba ninfea y rojas maravillas......

Sentémonos, Teresa,
Bajo el dosel que forman los manzanos,
De la aromada fresa
Junto á los rojos granos,
Que codician los pájaros galanos.

Flores vimos primero
Olorosas y frescas en los prados,
Cuando tras cierzo fiero,
Los céfiros alados
Vagaron por los bosques perfumados.

Al calor del Estío,
Y de las puras lluvias fecundantes
Al plácido rocío,
Cayeron las brillantes
Flores, dejando frutos abundantes:

Los frutos sazonados
Que orgullosa la tierra hoy nos presenta

Maduros y dorados,
Cual madre que contenta
El dulce fruto de su amor ostenta......

Así, Teresa mía,
Vemos huir primero los amores;
Y viene luego el día
En que vemos sus flores
Caer de la pasión á los ardores.

Pero tras ellos vienen
Los dulces frutos, que de amor los lazos
Unidos siempre tienen,
Los hijos, que en los brazos
Estrechamos, del alma cual pedazos.

Esposa idolatrada,
Contempla á nuestros hijos inocentes.
¿La vida duplicada
En tu interior no sientes,
Al besar con amor sus puras frentes?

¿No palpita tu pecho
Al mirar su candor y su inocencia?
¿No te parece estrecho
El mundo á su existencia,
Al verlos sonreir en tu presencia?

Lámpara siempre viva
Son los hijos, que el fuego sacrosanto
Del casto amor aviva;
Del alma son encanto
Cuando la agobia matador quebranto......

Venid, hijos queridos;
De vuestra madre en el regazo amante

Que os vea reunidos:
Mirar vuestro semblante
Siempre risueño, es mi anhelar constante:

Que nunca adversa suerte
Hinque en el pecho vuestro el diente agudo;
Que en el combate fuerte
De la vida, sañudo
Nunca el destino os dé su golpe rudo:

Que la ignorada senda
Sigáis de la virtud; que cuantas veces
Alzéis, cual pura ofrenda,
Al cielo vuestras preces,
El buen Dios vuestro amor pague con creces.

Y tú, mi dulce esposa,
Tú que formas sus tiernos corazones
Y alumbras cuidadosa
Sus débiles razones,
Y diriges sus tiernas sensaciones,

Muéstrales siempre el cielo,
Y díles que hay un Dios que galardona
De la virtud el celo,
Que la bondad corona,
Y en medio del dolor no la abandona.

Repíteles que hermanos
Somos los hombres, y que á todos amen;
Y díles que sus manos
El bien siempre derramen,
Y que su pecho en caridad inflamen......

¡Oh si me fuera dado
Crecer mirarlos, como aqueste tilo

Crecer hemos mirado!
Entonces ya tranquilo
Yo descansara en mi postrer asilo......

Ven, mi esposa querida;
Venid, mis tiernos hijos, que no otros
Placeres en la vida
Tenemos ya nosotros:
La mies de nuestro Otoño sois vosotros.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON. [1]

EN LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Abre, ¡oh Señor! mi labio: á mí descienda
Tu espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene,
No indigno de tu aliento,
En himno humilde á tu bondad mi acento,
Y cruce el mar y el universo llene.

Doquiera anuncie el regocijo puro
De que el mortal seguro
Gozó por fin tras larga noche umbría:
Y la feliz aurora
Recuerde en que tu mano bienhechora,
Amparo de Israél, nos dió á María.

¡Oh dulce instante y memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
Y el hondo afán de su natal la nueva.
De tu amor infinito
Diste, al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adam excelsa prueba.

¡Ah! De la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,
El sol brillando en la mitad del día,

1 **Correspondiente de la Real Academia Española. Nacido en Puebla el 10 de Julio de 1821. Muerto en México el 28 de Febrero de 1883.**

Menos el pecho inflaman,
Menos la fuerza de ese amor proclaman
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por tí, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado
Al blando seno que iba á darte abrigo.

Te debías á tí tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, á tu grandeza,
Pudo modesta y pía
Sola á tus ojos ofrecer María
No indigna de la tuya su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
En ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
Contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordán á su fuente?
¿Al pueblo de Israél no dió camino
Seco el mar á tu acento?
¿Y en la piedra de Oreb no halló sediento
Fresco raudal y puro y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía,

Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor, más excelente?......
¿No es Madre y Virgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol, y gima sin hallar consuelo
El pecho descreído
Que tu gracia no admire agradecido
En la Reina hermosísima del cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el labio
Te aclama bueno y sabio.
Al levantar tu mano sacrosanta
A esa Doncella pura,
También, Señor, á singular altura
A la mujer de que nací, levanta.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.[1]

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

ODA.

Rica fuente de amores,
Manantial de consuelo y esperanza,
De finos amadores
Cumplida bienandanza,
Del pecador aliento y confianza:

Tú de la sangre fuiste
Del Cordero de Dios urna sagrada,
Y bullir la sentiste
En tu seno inflamada
Por verse en mi rescate derramada.

De su piedad la alteza
El Padre puso en tí con larga mano,
Y toda la riqueza
De su amor soberano,
Gloria y delicia del linaje humano.

La caudalosa vena
De su virtud benéfica y fecunda
Desciende á tí serena,
Y tus senos inunda,
Y en mil prodigios de bondad redunda.

1 Humanista, profesor de la Escuela Preparatoria; correspondiente de la Real Academia Española. Nacido en 1844. Muerto en México el 10 de Enero de 1884.

Sola una vez probaste
Para el castigo tu poder robusto,
Y severo arrojaste
Con el azote justo
Al torpe mercader del templo augusto.

Mas ¿quién, Señor, podría
Numerar los magníficos portentos
Con que tu amor solía
Encadenar los vientos
Y serenar turbados elementos;

Sustento generoso
Dar á míseras turbas condolido,
Al ciego y al leproso
Su remedio cumplido,
Y de Satán al triste poseído?

¡Qué de amargos dolores,
Qué de miserias á tu voz huyeron!
Torrentes de favores
En Israél corrieron,
Y al envidioso abismo entristecieron.

Marta doliente, dínos,
Refiérenos, María generosa,
Los suspiros divinos,
La angustia dolorosa
Del Señor de la vida ante esa fosa.

Lázaro descansaba,
Presa ya corrompida de la muerte;
Pero Jesús le amaba......
Y el Hijo del Dios Fuerte
Lágrimas tiernas por su amigo vierte;

Y con voz que la esfera
Un día enlutará del sol luciente,

"Lázaro, ven afuera,"
Grita el Omnipotente,
Y Lázaro á sus pies vuela obediente.

Pero ¡cuán extremada
Se ostenta la virtud irresistible
De tu alma enamorada
En curar la invisible,
Torpe gangrena del pecado horrible!

Por ella, de Zaqueo
El ruin afán de lucro miserable,
Ya convertido veo
En codicia envidiable
De la sola riqueza inagotable.

Canta, Samaritana,
Celebra en himno eterno tu ventura:
A su voz soberana
Rendida el alma impura,
Sed tuviste de amor que siempre dura.

De asquerosos amores
Vil morada tu pecho, Magdalena,
A tus fieros señores
Atada en vil cadena,
Rodando vas á inacabable pena.

Mas no, que en tu camino
Jesús te encontrará. Sus castos ojos
Con amor peregrino
Te miran, y de hinojos
A sus plantas caíste, por despojos

Trayendo á su victoria
Tu grande corazón, despedazado
Por la amarga memoria

De tu Dios ultrajado,
Y en ansias de ser suyo dilatado.

Del celestial rocío
Que baña tus entrañas abundoso,
Devuelves largo río,
Que refresca amoroso
Los pies del que aun se digna ser tu esposo.

Él tus lágrimas paga
Dándote que acompañes á María,
Cuando terrible daga,
Cantada en profecía,
Implacable taladre su alma pía;

Y logres en el huerto,
Cuando vayas solícita á buscarle,
Junto al sepulcro abierto,
No cadáver honrarle,
Mas anegado en gloria contemplarle.

¿Y así, mi Dios, regalas
A quien cifró su dicha en ofenderte?
¿Y de esposa en las galas,
Un gemido convierte
Del corazón, los paños de la muerte?

Yo también olvidado
Largos años de tí, y á tu enemigo
Con toda el alma dado,
Tus riquezas prodigo,
Y á tormentos sin término me obligo.

Y mientras yo, durmiendo
Sueño de muerte, á perdición rodaba,
Tu corazón gimiendo,
En mi guarda velaba,
Y por salvarme á mi pesar, luchaba.

¿Qué te va á tí, Rey mío,
En que este desgraciado viva ó muera?
Tu inmenso poderío,
Tu gloria siempre entera,
Para brillar mi rendimiento espera?

Venciste, dulce hermano;
Del fondo del abismo me sacaste,
Y con tu propia mano
Mis heridas curaste,
Y de tus ricas galas me adornaste.

Luego, á tu mesa puesto,
Como tus fieles hijos regalado,
Por tus manos dispuesto
Gusté rico bocado,
En que te das á mi alma recatado.

Morada de sosiego,
Trono de santidad, fuente de vida,
En amoroso fuego
Haz que mi alma encendida
Respire sin cesar contigo unida.

MANUEL PEREDO. [1]

EL FIN DEL AÑO.

(Composición leída á la media noche del 31 de Diciembre.)

"¡Oh cuán fugaces, Póstumo, mi Póstumo,
Se van los años!" Esto en són doliente
Cantaba en buen latín un tal Horacio,
Persona inteligente,
Que sin tener palacio,
Ni cocinero inglés, ni groom, ni nada,
Rapábase una vida regalada
Con un señor Mecenas,
Banquero ó cosa así, hombre muy rico,
Que le alegraba el pico
Con almuerzos espléndidos y cenas.

Y era de ver cómo ambos á porfía
Al sollo, y al faisán, y á la lamprea,
Y á cuanto en mar y tierra se menea
Declarando exterminio,
Los encontraba el día
Recostados aún en el triclinio.
Pero eso sí; Horacio por docenas,
Entre uno y otro trago,
Hacía odas muy buenas
A Baco y á Minerva,

1 Médico y escritor satírico; miembro correspondiente de la Real Academia Española. Nació en México en 1830. Falleció en la misma ciudad el 17 de Octubre de 1890.

Y á toda la caterva
De dioses inmortales
Del cielo, de la tierra y del averno;
Y así vaciaban ánforas
De sabroso Falerno,
Que era una bendición. ¡Dichosas gentes!
¡Qué falta les hicimos los presentes!
Mas parece que entonces
Ya usaba el tiempo carcomer los bronces,
Y echar abajo templos,
(Cuyos malos ejemplos . .
Hemos aprovechado los de ogaño),
Y se acababa un año
Tras doce meses netos,
Y venía el siguiente,
Y muy formal, de frente,
Por la posta se iba, con gran susto
De los que en el vivir hallaban gusto.

Y entonces, como ahora,
(Puesto que todavía
El tiempo no ha perdido la manía
De sorber, cual rapé, hora tras hora),
Entonces, á cualquiera
Que once lustros viviera,
Sin valerle ni influjo ni consejo,
Le sucedía que llegaba á viejo.
Y sólo así se explica
Que el buen Horacio hallase una mañana
En su noble cabeza adusta cana,
Y después otras seis, y luego quince,
Y sobre la ancha frente
Asentada una arruga impertinente.

"¡Válgate Dios!" diría el buen romano,
"¡Qué aprisa hemos vivido!

"¡Quién lo hubiera creído!
"¡Vea usted cómo es la mano!
"Ea, reforma completa,
"Pongámonos á dieta,
"Y basta de bureos;
"A la oración, á casa;
"Cada mochuelo váyase á su olivo,
"Y á ver lo más que vivo."
Y con esto, y cantar en són doliente
Muy formal á su cliente
"*¡Oh cuán fugaces, Póstumo, mi Póstumo*
"*Se van los años!*" vió llegar la Parca,
Y de Carón después fletó la barca.

Pero dirán ustedes:
¿A qué viene todo eso que dijiste?
¿Ni qué tenemos con que, alegre ó triste,
Comiendo ó ayunando,
Viviese aquel sujeto,
Muy apreciable y fino,
Pero hijo de vecino,
Y con quien nada de común tenemos,
Salvo cuando bebemos;
Pues si él á la romana
Su Falerno sorbía
Y soberanas chispas se ponía,
Ídem, ídem aquí, á la mexicana?

Pues sí tiene que ver, señores míos;
Y si he sacado á colación á Horacio,
Mis razones me asisten, que despacio
A exponeros me apresto,
Por más que se avinagre vuestro gesto.
Sea la primer razón, y sea en mi abono,
Que quise darme tono
De que tengo en las uñas los autores

Que, con tantos sudores,
Trataron de enseñarme en el Colegio;
Y lo hice, porque es muy provechoso
Esto de oir decir: —¿Quién? ¿Fulanito?
¡Oh! ¡Muchacho estudioso!
"De cuerito á cuerito
Los latinos se sabe!"
Y cate usted á Fulanito, grave,
Persona de importancia,
Y capaz de ir á ser ministro á Francia.

La segunda razón, fué dar á ustedes
Saludable consejo,
Y es del tenor siguiente:
Desde que al hombre sale el primer diente,
Va por la posta hasta llegar á viejo;
Lo cual se corrobora
Con mil ejemplos de antes y de ahora.
Luego si ustedes quieren no ser viejos,
Y ver, como quien dice, desde lejos
Los toros, cada cual eleve un ruego
Allá á la notaría,
O al registro civil, para que el día
Que cada cual nació salga *borrego*.

La tercera razón, y la postrera,
De por qué traje á Horacio
Yo, de la cabellera,
Está á la vista; cual en un espejo
Mírense ustedes: él esperó á viejo,
Para notar que el tiempo va que vuela,
Lo cual no le ocurría
Cuando con su compadre se comía
Aquellas turcas de que hablé no ha mucho;
Y ustedes de igual modo
Después de devorar el año todo,

Hoy que ya ni un momento le dejaron,
Es cuando calcularon
Que la vida se va, que pasó un año,
Y que ya en el entrante
Vendrán cantando jeremianos trenos
Con una cana más y un diente menos.

Y pues que ya va largo
El que me dieron, literario encargo,
Tiempo es de concluir, para que siga
De la habanera danza la fatiga.
¡Sea todo por Dios! á lo hecho, pecho;
Nos comimos un año, ¡buen provecho!
El siguiente llegó; cada cual listo
Esté para trincharlo, ó que él lo trinche,
Porque de Cristo á Cristo......
En fin, hecho ya el saldo
Del que pasó, hagamos al difunto
Funerales de rey; y yo, el heraldo,
Ante dolor tamaño,
Gritaré: ¡El año ha muerto! ¡Viva el año!

ISABEL PRIETO DE LANDAZURI.[1]

LA PLEGARIA.

A MI HIJO.

Antes de dormir, bien mío,
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz de querube
Eleva á Dios tu plegaria.
La oración del inocente
Serena é inmaculada,
Sube más presto á los cielos
De su pureza en las alas.
Es una hora muy dulce:
Tendió ya la noche clara
Su luz y diáfano velo
Que las estrellas esmaltan.
La tibia luz de la luna
Ilumina el panorama,
Y en las aguas de la fuente
Deja una huella de plata.
Uno de sus blancos rayos
Penetra por la ventana,
Y atravesando los pliegues
De la transparente gasa,

1 Nació en la Villa de Alcázar de San Juan, en España, el 1º de Marzo de 1833. Vino de muy pequeña edad á México y se educó y residió en Guadalajara. Además de muy buenas poesías líricas, escribió varios dramas, favorablemente juzgados algunos de ellos por Don Juan Eugenio Hartzenbusch. Murió en Hamburgo el 28 de Septiembre de 1876.

Que envuelve tu blando lecho
Como una nube argentada,
Con una dulce caricia
Tu frente de rosa baña.
Vamos á orar, hijo mío,
Que ya á la oración te llama
El armonioso concierto
Que la natura levanta
En esta hora solemne,
Misteriosa y sosegada.
Oye: el rumor del arroyo,
Del aura la queja blanda,
Que acariciando las flores
Susurra entre la enramada;
Del postrer trino del ave
La nota indecisa y vaga,
Que en sus alas de zafiro
Tibia la brisa arrebata;
Es una oración, mi vida,
Que pura y ferviente alzan
Los céfiros y las flores,
Los árboles y las aguas,
Las aves y los insectos
Que zumban entre las ramas.
Fija en el cielo un instante
Tu transparente mirada,
Y admira el fulgor sereno
Que las estrellas derraman.
Es el lenguaje sublime
Con que al Creador alaban,
Y su grandeza pregonan,
Y su omnipotencia aclaman.
Es su oración, hijo mío,
Que en luz los astros exhalan,
Como en aroma las flores,

Como en suspiros las auras.
Vamos á orar.... no te duermas,
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz melodiosa
Eleva á Dios tu plegaria.
La oración es el perfume
Más delicado del alma,
La esencia del sentimiento
Hondamente concentrada.
Es la súplica más tierna,
El himno de la esperanza,
La bendición del dichoso,
Del desdichado la lágrima,
La ofrenda de la inocencia
A Dios tan dulce y tan grata,
Que la plegaria de un niño
Puede lavar muchas manchas.
Vamos á orar; Dios te escucha,
Rápida la noche avanza,
Y para llevarla al cielo
Tu ángel tu oración aguarda.
—"Madre, el niño le contesta
Después de una corta pausa,
Mientras con sus dos bracitos
El materno cuello enlaza:
"Tú quieres que con Dios hable
Y Dios á mí no me habla,
Y pues que no me responde,
Es que no oye mis palabras."
Selló un beso de la madre
La boquita nacarada
Que su candorosa queja
Gravemente pronunciaba.
—"Dios te habla siempre, alma mia;
Doquier su voz soberana,

A tu oración respondiendo
Se escucha elocuente y clara
En el sol que te calienta,
En las sonrisas del alba,
En el aire que respiras,
En los goces de tu infancia,
En los besos cariñosos
Del padre que te idolatra,
Y en el amor infinito
Que mi corazón te guarda.
Dios á las madres inspira
La inmensa ternura santa
Con que al hijo tierno adoran
Desde que á la tierra baja.
Dios á las madres ha dado
La previsión delicada
Con que comprenden al niño
Que su auxilio les demanda
En ese mudo lenguaje
Que en un sollozo se escapa.
Mil veces cuando en tu lecho
Tranquilamente descansas,
Sabiendo que sientes frío
Por intuición sobrehumana,
Vengo á cubrirte anhelosa
Desde la próxima estancia.
Es que una voz de los cielos,
Que sólo una madre alcanza,
Le advierte cuando padece
El hijo de sus entrañas.
Cuando te digo: hijo mío,
Sé bueno, al prójimo ama,
Socorre al necesitado,
Piadoso los males calma,
Dios por mi labio, alma mía,

Estos preceptos te manda;
Que por la voz de una madre
Dios siempre á los hijos habla....
Así, ponte de rodillas,
Dame tus manos cruzadas,
Reclina en mi hombro tu frente
Que blando beleño empapa,
Y comienza." Con voz dulce
Que el sueño en su sombra apaga
El rubio niño repite:
—"Dios mío, yo te doy gracias,
Porque de tí todo bien
Y toda dicha dimana.
Como eres padre de todos,
Con sencilla confianza
Mi súplica fervorosa
A tí el corazón levanta.
Te pido por el que sufre
Sumergido en la desgracia;
Te pido por el culpable
Que tus preceptos quebranta;
A mis padres que me adoran,
Cuida, Dios mío, y ampara,
Que ser huérfano es bien triste
Me ha dicho mi madre amada.
Hazme bueno y obediente,
Y perdóname mis faltas.
Y antes que me entregue al sueño
Que ya mis ojos empaña,
Tu bendición, Dios piadoso,
Que del mal defiende y salva,
En los besos de mi madre
Sobre mi frente derrama."
Al terminar débilmente
Estas últimas palabras,

En los maternales brazos
Dormido el niño resbala.
El ángel custodio entonces
El blanco lienzo separa,
Y contemplando á la madre,
Que sobre el hijo inclinada,
Su dulce y tranquilo sueño
Con débil canto arrullaba,
Sobre el cariñoso grupo
Tendió las diáfanas alas;
Y de los labios del niño
Recogiendo la plegaria,
Cuyos últimos acentos
Aun indecisos vibraban,
Alzando el vuelo murmura
Con voz apacible y blanda:
—"Voy á llevar á los cielos
Tu oración inmaculada;
Pero me alejo tranquilo,
Pues que tu madre te guarda."

JUAN VALLE.[1]

LA GUERRA CIVIL.

Vuela del Septentrión al Mediodía,
Y vuela del Poniente hasta el Levante
El torvo genio de la guerra impía.

Lleva en su diestra espada centellante,
Sus víctimas escoge y, descargando
El golpe asolador, sigue adelante.

Van la peste y el hambre caminando
Tras él como sus dignas cortesanas,
Tumbas y tumbas tras de sí dejando.

Hecatombes de víctimas humanas
Los ojos ven, y el corazón se aterra
Al fúnebre clamor de las campanas.

Llega á faltar para sepulcros tierra,
Que ni á niños ni á vírgenes ni á ancianos
Perdona el torvo genio de la guerra.

Como á José sus bárbaros hermanos,
A sus hermanos los guerreros tratan,
Y en sangre fraternal manchan sus manos.

Las furias del infierno se desatan
Y de todos murmuran al oído:
"Matad y venceréis;" y todos matan.

1. Ciego desde niño. Nació en Guanajuato el 4 de Julio de 1838. Murió en Enero de 1865.

Gratitud y amistad dan al olvido
Los combatientes, y en delirio ciego
Hieren hasta al amigo ayer querido.

Arrasan con furor á sangre y fuego
Las pobladas y espléndidas ciudades
Que en desiertos trocadas quedan luego.

Y todavía aquellas soledades
El vencedor en su triunfal carroza,
Cruza cual las siniestras tempestades.

En su carrera sin piedad destroza,
Pasando sobre el surco, los sembrados,
Y al paso incendia del pastor la choza.

Saliendo de las llamas espantados
Medio desnudos van los moradores
Entre las fieras turbas de soldados;

Los que olvidando un punto sus furores,
Convierten á la esposa ante el esposo
En víctima de lúbricos amores.

Más y más crece el fuego pavoroso,
Y el soldado el doméstico santuario
Tras el botín asalta codicioso.

Las llamas despreciando, el temerario
Recorre audaz la habitación ardiendo,
Y devora el incendio al incendiario.

De los que van su patria destruyendo
Es agradable música al oído
Del techo desplomándose el estruendo.

El vencedor de ayer es hoy vencido,
Y el que vencido es hoy vence mañana:
De la patria es la voz largo gemido.

En medio, á veces, de la lucha insana
Se encuentra con su padre algún guerrero,
Y su espada traspásale inhumana.

Lo reconoce tarde en su ¡ay! postrero,
Y al ver que el crimen su castigo tiene,
Desgarra el propio pecho con su acero.

Cesad, cesad: sobre vosotros viene
Ávida ya la peste asoladora,
Y su marcha triunfal nada detiene.

Será la verdadera vencedora,
Y asistida del hambre su aliada,
Será por fin, de México señora.

Al más fuerte le hará soltar la espada
Si no de caridad el sentimiento,
Sí del hambre la mano descarnada.

Cuando el recién nacido llore hambriento,
El pecho exhausto le dará la madre,
Y sangre beberá por alimento.

Por mal que á la virtud proscrita cuadre,
Por quitarle su pan, fiero el hermano
Al hermano herirá, y el hijo al padre.

¿Los ejemplos de amor serán en vano
Que os da naturaleza en armonía,
Desde el águila audaz al ruin gusano?

¿Vuestros ojos de buitre todavía
No se cansan de ver sangre corriendo,
Ni vuestros brazos de la atroz porfía?

¡Ah! sí: ya estoy en mi alma presintiendo
Que mi patria por fin será dichosa,
Las fratricidas armas deponiendo.

La paz, como una madre cariñosa,
Sus benéficas alas con ternura
Sobre ella, al fin, extenderá amorosa.

Y movido por fin de su tristura,
AQUEL que convirtiera el agua en vino
Convertirá su acíbar en dulzura.

Le dará bondadoso luz y tino
Quien la luz á los ciegos devolvía,
Y seguirá mi patria el buen camino;

La hará resucitar á la alegría
Quien de la tumba á Lázaro sacara
De nuevo al aire y á la luz del día.

AQUEL que, paternal, multiplicara
Los cinco panes, perdurables años
De paz y de abundancia le prepara.

Tras tanta humillación y tantos daños,
Mi pueblo se verá grande y temido
Envidiando su gloria los extraños.

Y el mismo que á su pueblo protegido
Por en medio del mar camino abriendo
En él deja al egipcio sumergido,

Potente los obstáculos venciendo
Por la difícil senda interrumpida
Nos irá de la mano conduciendo.

Y cual llegó á la tierra prometida
El escogido pueblo tras la guerra,
Llegaremos tras lucha fratricida
De paz y unión á la anhelada tierra.

JOSE ROSAS MORENO.[1]

EN LA TUMBA DE JUAN VALLE.

Del valle silencioso,
Mansión de los amores
Do en plácida quietud rodó tu cuna,
A verte vengo al asomar la luna,
Trovador de las fuentes y las flores.
Escucha cariñoso
Las tiernas armonías
Que en otro tiempo con placer oíste;
Tal vez te arrullen con mi canto triste
Dulces recuerdos de pasados días.

De aquellas majestuosas
Montañas escarpadas
A estos valles me arrastra mi destino,
Como arrastra el airado torbellino
A las pálidas flores deshojadas.
Yo hablé con las hermosas
Que tu esperanza fueron,
Yo allí tu nombre murmuré pasando,
Y en las grutas los ecos suspirando
Mi angustiosa querella repitieron.

Yo soy el que al abrigo
De la amistad sincera,
Llorando junto á tí te dió consuelo,
Y he visto triste en tu nublado cielo

1. Nació en Lagos (Jalisco) el 14 de Agosto de 1838. Falleció en la misma ciudad el 13 de Julio de 1883.

Morir la luz de tu ilusión postrera.
Yo recorrí contigo
Las rústicas cabañas,
Estrechando tu mano con mi mano;
Yo soy tu amigo fiel, yo soy tu hermano;
Yo soy el trovador de tus montañas....

No me oyes ¡ay! Mi canto
En vano aquí resuena;
Lanzo en vano suspiro querelloso
Que en eterno silencio pavoroso
De espanto y de dolor el alma llena:
Tu rostro está sin llanto,
Tu corazón inerte,
Y aspirando narcótico beleño,
Inmóvil duermes el eterno sueño
En el triste regazo de la muerte.

Ya nunca tus cantares
En nuestro bosque umbrío
Alegres sonarán, como sonaban
Cuando un tiempo feliz me despertaban
En las tibias mañanas del Estío.
Ya nunca mis pesares
Mitigará tu acento,
Que entre cipreses fúnebres tu lira,
Sólo en la noche lánguida suspira
Al rumor melancólico del viento.

Tu ausencia pesaroso,
En trova lastimera
Lloro en tu tumba ¡oh bardo! y mi destino,
Porque tú, venturoso peregrino,
Llegaste al fin á la feliz ribera.
Dichoso tú, dichoso,

Que al elevar tu vuelo
Lejanas á tus pies miras las nubes,
Y escuchas la canción de los querubes,
Y abres tus ojos á la luz del cielo.

Dejaste de la tierra
La triste noche obscura,
Las deshojadas flores, la esperanza,
Anhelo inútil que jamás se alcanza
Y es germen del dolor y la amargura.
Dejaste aquí la guerra
Que el corazón nos hiere,
Las tormentas que rápidas se agitan,
Por las flores que nunca se marchitan,
Por el radiante sol que nunca muere.

La sombra que tus ojos
Fatídica envolvía,
Por la muerte se mira disipada,
Y hoy contemplas con ávida mirada
La patria de la paz y la alegría.
En tanto yo entre abrojos
Que honda ansiedad me inspiran,
Voy cruzando el desierto tristemente,
Sin hallar una palma ni una fuente....
¡Ay! infelices los que aquí suspiran.

Si la calumnia impura
Vuelve á ultrajar tu nombre;
Si no hallas ni una flor ni una plegaria,
¿Qué te importa en la tumba solitaria?
¿Qué importa aquí la ingratitud del hombre?
Dará á la edad futura
La patria tu memoria;
Pues ella te ama porque fué tu amada,

Y hoy alumbra su frente ensangrentada
El espléndido rayo de tu gloria.

Reposa en paz tranquilo,
Que si en mis ansias locas
Volviere alguna vez de tus verjeles,
Las hojas te daré de sus laureles
Y las agrestes flores de sus rocas.
De este piadoso asilo
Donde tu sombra vaga,
Conmovido me alejo tristemente,
Que la luna se acerca al Occidente
Y su luz melancólica se apaga.

Voy á mirar amante
Nuestros risueños prados;
Adiós, por siempre adiós, y en paz reposa:
Yo besaré la tumba silenciosa
Donde duermen tus padres olvidados.
Y atravesando errante
Las fértiles campañas,
Cuando canten los tiernos ruiseñores,
Yo entonaré, llorando entre las flores,
Los himnos de tu amor en tus montañas.

MANUEL M. FLORES.[1]

ODA A LA PATRIA.

(5 de Mayo de 1862.)

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
Esplendorosa de granito y nieve
Del excelso volcán, adonde raudo
Entre el fulgor de la celeste lumbre
Tan sólo el cóndor á llegar se atreve;
Donde la nube se desgarra el seno
Para vibrar el rayo
Y hacer rodar en el abismo el trueno.
Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa
Del cielo tropical y sobre el ara
Diamantina del Ande
El augusto pendón de la victoria,
Que aun mereciera pedestal más grande
La enseña de la Patria y de la Gloria!

¡Oh santo nombre de la Patria!...... Escuda
Con tu prestigio inmenso
Esta mi audaz palabra tan desnuda
De elocuencia y vigor; haz que vibrante
Al pie de tus altares se levante
Y sea como la nube del incienso
Ante el ara de Dios; haz que resuene
Potente, y en su vuelo

1 Nació en San Andrés Chalchicomula, Estado de Puebla, en 1840. Murió, ciego, en México.

Con tu renombre los espacios llene
Y cubra al mundo y se levante al cielo!

Ayer —fugaz minuto que á la Historia
Acaba de pasar en las serenas
Y deslumbrantes alas de la Gloria—
Ayer en la ignorada
Cumbre de una colina que ceñía
Una cinta de frágiles almenas
Y pobre artillería,
El mexicano pabellón flotaba
Bajo un cielo de brumas,
Como en la frente del guerrero azteca
Rico penacho de vistosas plumas.
Mas no flotaba al beso voluptuoso
De las brisas del trópico; crujía
Al soplo tempestuoso
De un huracán de muerte, y se tendía
Su lona tricolor, como del iris
Sobre la frente negra de los cielos
La diadema se ostenta
Cuando huyendo flamígera sacude
Su melena de rayos la tormenta.

Y era también un iris de esperanza
Aquel sagrado pabellón erguido
Ante el genio feroz de la matanza,
Aquella enseña del derecho herido
Alzándose terrible á la venganza.
Allí del mundo de Colón los ojos
Severos se fijaban, centelleando
De impaciencia, de cólera y enojos.
Y quién sabe si airadas
Allá desde los picos solitarios
De la alta cordillera, silenciosas,

Envueltas en sus pálidos sudarios,
De nuestros héroes muertos asomaban
Las sombras espectrales
Y el Guadalupe atónitas miraban!

¡El Guadalupe!...... Ostenta en sus laderas
De la Patria las bélicas legiones,
Brillan las armas, flotan las banderas
Y se mezcla al rodar de los cañones
El toque del clarín, la voz de mando
Y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,
Henchidas de arrogancia,
Tendiendo al sol las alas voladoras
Las imperiales águilas de Francia
Conduciendo las huestes invasoras.

Las huestes sin rival. En sus pendones
Cien y cien veces derramó laureles
Propicia la victoria;
Soldados favoritos de la gloria,
En los campos de Europa sus corceles
Han dejado una huella ensangrentada,
Y cien veces sus páginas la Historia
Abrió á la punta de su atroz espada.

Ellos son y ya avanzan...... ¡Dios Supremo!
¡Ah! ¿qué va á ser de nuestra pobre tierra
Ante esos semidioses de la guerra?......
¿Qué va á ser del soldado mexicano,
Soldado humilde, sin laurel ni pompa,
De esos titanes al tremendo empuje?......

¿Qué va á ser?.... Vedlo ya.... Suena la trompa,
Silba la bala, la metralla ruge,

Avanzan con furor los batallones,
Se chocan los guerreros,
Se desgarran flotando los pendones.
Crujen tintos en sangre los aceros,
Tiembla la cumbre, tiembla la llanura
Al estruendo mortal de la pelea,
Y de humo y polvo en la tiniebla obscura
El cañón formidable centellea!

¡Terrible batallar! Potente rabia
De insensato furor ebrio de sangre;
Festín de la venganza
En que sólo resuena pavoroso
El salvaje rugir de la matanza;
En que fiera la vida
Se escapa palpitante por la herida
Del corazón indómito que aun late
Encendido en las iras del combate;
Instante de terror y de grandeza
En que el débil en bravo se convierte,
Y se hace león el corazón del fuerte,
Y convulsa la vida se desgarra,
Y se goza el Horror, ríe la Muerte!

¡Terrible batallar! Golpe por golpe,
Furor contra furor, vida por vida
Y sangre nada más: allí la fama
Del francés vencedor y su pericia
Contra el derecho transformado en pueblo
Y armado de justicia......
Terribles las legiones
Cual de la mar las olas turbulentas
Que flagela el furor de las tormentas,
Se encuentran, y se chocan, y se rompen
Feroces y sangrientas!......

¿Y es verdad.... es verdad.... Los invencibles,
Los que cejar no pueden,
Los tigres de Inkermán y Solferino,
¿Aquí blanca la faz, perdido el tino
Y con miedo en el alma...... retroceden?

¿En dónde está su incontrastable arrojo?
¿En dónde su furor armipotente?
¿Dó el llegar y vencer que suyo haría
Inmóvil de terror el Continente?
Las águilas francesas
¿No midieron, cruzando el Oceano,
Cuánto eres, Libertad, grande y potente
Bajo el inmenso cielo americano?......

Soberbias te arrojaron sus legiones;
Y viéndolas llegar, en tu mirada
Las iras del ultraje centellearon;
Y vibrando relámpagos tu espada,
Sus golpes matadores
El rayo de la muerte fulminaron;
Sangrienta charca abrióse tu pisada,
Nada su rabia de leones pudo,
Y ante tu fuerte escudo
Ellos, los invencibles...... se estrellaron!

¡Y tres veces así!...... Del Guadalupe
Quedaron las laderas
De pálidos cadáveres sembradas,
Y de francesa sangre
Y sangre mexicana ¡ay! empapadas.

Y cuando el sol de Anáhuac esplendente
Bajaba al Occidente,
El ángel tutelar de la victoria
Voló á arrancarle su postrero rayo,

Bañó con él de México la frente
Sellándola de gloria,
Y con letras de sol, "Cinco de Mayo"
Para los siglos escribió en la Historia!

Entonces...... tú lo sàbes, Puebla mía,
¡Oh Puebla! cuya heroica bizarría
Nunca ensalzar como merece supe;
Tu nombre, sepultado en el olvido,
Aprendiólo la Francia al estampido
Del cañón que tronaba en Guadalupe.

Cayó ese nombre en la soberbia Europa
Con el ruido triunfal de una victoria,
Cayó vestido con el ampo de oro
Del sol de Mayo que alumbró tu gloria.

Desde entonces, allá, bajo el sereno
Dosel de auroras que despliega Oriente,
Envuelta en alas de oro por la lumbre
De aquese sol triunfal, y coronado
Con el lauro que el tiempo no destroza,
Del Guadalupe yérguese en la cumbre
La figura inmortal de Zaragoza!

Las águilas francesas que algún día
Tendieron sobre el mundo
Ebrias de triunfo las potentes alas
Llevando entre sus garras las banderas
Vencidas y hechas trizas
De naciones altivas y guerreras;
Las águilas que guiaron la fortuna
Sangrienta de los fieros Bonaparte,
No posaron su vuelo victorioso
Después, del Guadalupe en el baluarte.

Y queda allí, soberbio monumento
De patriotismo y gloria,
Vistiendo con la sangre no lavada
La púrpura triunfal de su victoria.

Allí queda á su planta la esforzada
Guerrera de Atoyac, Puebla la bella,
La tierra de mi hogar que guarda altiva
Cual cicatrices que la gloria sella,
Sus rotos muros, sus deshechos lares,
Sus calles destrozadas,
Y en pie las ruinas de sus grandes templos
Por la bala francesa acribilladas:
Elocuente padrón del heroísmo
Y del patrio denuedo,
Página de la historia
Del mexicano corazón sin miedo.

Allí queda la invicta
Amazona mostrando cual trofeo
La palpitante herida del combate,
Por la cual, ante el sol, como en el roto
Pecho de los guerreros de Tirteo
Se ve el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres
Ante cuyo granito la soberbia
De los nunca vencidos se destroza;
¡Allí queda ese campo de pelea
Donde hollaron las cruces de Crimea
Los cascos del corcel de Zaragoza!
¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día
Arroja el extranjero
El grito de la guerra á tu muralla,
Renueva tu osadía,

Vibra de nuevo el matador acero,
Desata el huracán de la metralla,
Fulmina fiero de la muerte el rayo,
Y la sangre del campo de batalla
La seque aun otra vez la esplendorosa
Lumbre de gloria de tu sol de Mayo!

MANUEL ACUÑA. [1]

LA VIDA DEL CAMPO.

Beatus ille qui procul negotiis....
HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
Fué quien se alzó el primero,
Echando noramala la cultura
Y hablando de la dicha y la ventura
Que se goza viviendo á lo ranchero.
Yo no sé si el buen vate poseía
Quinta ó hacienda, ó lo que allá se estile,
Ni si viviendo en ella se hallaría
Cuando dió en escribir su *Beatus ille.*
Pero el hecho y el caso
Es que desde él á Rosas,
Sin contar á Fray Luis y á Garcilaso,
No hay poeta que no hable á cada paso
De la vida del campo y de sus cosas;
Y tanto de magnífico y de bueno
Nos dicen de esa vida,
Y tanto nos repiten *la escondida*
Senda y la fruta del cercado ajeno,
Que ganas dan de veras
De comprar unas buenas chaparreras,
De abandonar el fieltro por el ancho,
El bastón por la reata,

1 Nacido en el Saltillo (Coahuila) el 27 de Agosto de 1849. Muerto en México el 6 de Diciembre de 1873.

Y adiós diciendo á la ciudad ingrata,
A caballo ó á pie lanzarse á un rancho.

Y como esos señores
Saben decirlo y presentarlo todo
Con ese *memodeodo*
Exclusivo á los buenos escritores,
De aquí resulta en consecuencia clara
Que ante cuadros tan bellos y felices,
Más de cuatro lectores
Se quedan con un palmo de narices
Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que menos
Es seguro que exclama:
"¡Oh! ¡la vida del campo! ¡Cuán hermoso
Habrá de ser en la abrasada siesta
Gozar de la frescura y del reposo,
Cabe la margen del riachuelo undoso
Que corre serpenteando en la floresta!"
O bien si se halla cerca la señora
Con la que piensa dar en el *busilis*,
Y que tiene por fuerza que ser Filis
Desde el momento en que éntre á labradora,
Le dirá: "Por la tarde, Filis mía,
Nos iremos al monte, y desde el monte
Verás cuán grato es al morir el día
El cuadro que presenta el horizonte."
Y esto, que ciertamente
Es de grande y poética belleza,
Le parece al *señor* tan convincente,
Que, sin andarse *en chicas*
Ni pensarlo primero,
Se mete de ranchero, en la confianza
De que el dolor no puede ser ranchero.

¡Ah! ¡si yo refiriera una por una
Las víctimas que debe
Este error, que en el siglo diez y nueve
Va haciéndose tan raro por fortuna!
Sin caminar más lejos,
Yo que conmigo aun no me reconcilio
Por haberme buscado esa desgracia,
Yo soy el más completo verbi-gracia
De un mártir de su amor por el idilio.

Dióme hace tiempo ya por la manía
De leer y releer cuanto á mis manos
Sobre la vida pastoril caía,
Y tanto dí en pensar de noche y día
Sobre los bienes rústicos y urbanos,
Que convencido al fin de que la corte
Sólo es del mal y del dolor la senda,
Exclamé: ¡que el demonio te soporte......!
Y después de pedir mi pasaporte,
Me puse en dirección para una hacienda.

Aun no asomaba el rubicundo Febo
Poniendo al universo como nuevo,
Y el saltador y alegre jilguerillo
Aun no alzaba su canto entre las breñas,
Cuando yo y mi tordillo,
Un animal muy bruto por más señas,
Atravesando cerros y asustando
Aquí á un conejo y más allá á una liebre,
Íbamos ya en vereda y caminando
Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Después de una hora larga
De correr y correr á la ventura,
A despecho y pesar de mi andadura
Que protestaba ya contra la carga

Más que pesada, dura,
Y más que dura y que pesada, amarga,
Pues era nada menos mi amargura;
Después de una hora impía
De correr y de andar inútilmente,
Sin poder distinguir ni aun vagamente
Las señales de alguna ranchería,
Dimos por fin con una
Donde cansados ya de correr tanto,
Mi animal se alzó y dijo: *¡qué fortuna!*
Y yo me bajé y dije: *¡aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros
Se me echaran encima, fué todo uno;
Pero á la voz de alarma,
Salieron de la choza unos pastores,
Y cogiendo unas piedras, que son arma
De que se valen siempre esos señores,
A su sola presencia fué acabando
Del cánino furor hasta el residuo,
Y yo pude por fin en eco blando
Cantar la instalación de mi individuo.

—¡Oh habitantes felices
De esta comarca rústica y tranquila......—
Les dije yo tan luego
Como á los canes ví en lugar seguro.
—Yo vengo aquí tras del feliz sosiego
Que en la alma del labriego
Derrama este aire embalsamado y puro,
Cansado de la vida
Que se lleva en la corte aborrecida;
Yo vengo con el mal que me destroza
Y que gimiendo mi zampoña exhala,
A que me deis un sitio en vuestra choza,
Media torta de pan...... y una zagala.—

Así fué, sobre poco más ó menos,
El pequeño y tristísimo discurso
Que improvisé al mirarme entre el concurso
De aquellos hombres rústicos y buenos;
Y media hora después, una.pastora,
No Flérida ni Arminda,
Pero, eso sí, tan linda
Que casi era una chica encantadora,
Se presentó á mi vista completando
Con un trozo de pan que me traía
Las tres cosas aquellas,
Y haciéndome gozar con todas ellas,
De modo que yo dije: *¡aquí es la mía!*
Nunca lo hubiera dicho,
Ó, por mejor decir, no lo hubiera hecho,
Pues apenas siente ella sobre su hombro
Un beso que le dí en mi desvarío,
Cuando con triste asombro,
Cayó de mi ilusión sobre el escombro
Un bofetón de Dios y Señor mío......

Después de que comí aquel pan amargo,
Pan que hizo más amargo este detalle,
De mi fe y mis creencias en descargo
Pronuncié suspirando un *sin embargo*,
Y me puse en camino para el valle......
Allí, pensaba yo mientras seguía
El mejor y más cómodo sendero,
Allí bajo de un olmo
Encontraré un consuelo en mi tristeza,
Ya que ruín aldeana
A mi pena y dolor ha puesto colmo.
Bajo sus verdes y brillantes hojas
Iré á llorar la pena que me mata;
Y si la muy ingrata

Va á reirse aun allí de mis congojas,
Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco
Ni una sonrisa de su amor merezco,
O le hago comprender lo que padezco,
O le hago comprender *cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,
Como en alma de un bardo de veinte años,
Todo estaba tan seco y tan marchito
Como ella á los primeros desengaños:
Los árboles sin ramas y sin hojas,
La yerba macilenta y amarilla,
Y en medio de este cuadro y á lo lejos,
Un arroyo estancado, á cuya orilla
Rumiaban con afán dos toros viejos.
Ante tal panorama,
Yo que soñaba coronar mi frente
Con las flores cogidas á una rama
De las verdes y muchas de la fuente;
Yo que soñaba en recrear mi oído
Con la canción dulcísima y sabrosa
Del tordo filarmónico escondido
Entre las ramas de la selva umbrosa,
Me senté sobre el tronco de un encino,
Y me puse á llorar con tantas ganas,
Que los cielos al verme y al oirme
Llorar con un dolor tan verdadero,
Empezaron también recio y de firme
A gemir y á llorar un aguacero.

¡Ay! cómo, y cómo entonces
Extrañé los *simones* de la plaza,
Y cómo fué aquel líquido elemento
Que entraba hasta mis huesos poco á poco,
El mejor y más sólido argumento
Para obligarme á ver que estaba loco.

Cuando llegué á la choza, las estrellas
Brillaban ya en el éter indeciso,
Y en derredor del fuego
Que alumbraba muy poco ciertamente,
Me hallé con que á la ley de un uso añejo,
Mas para ellos bueno y necesario,
Bajo la voz de un viejo un poco viejo,
Rezaban todos juntos el rosario.
Esto sí no es conmigo,
Me dije yo al primer *Santa María*,
Viendo que no era aquella la más propia
Ocasión de salvarme del infierno;
Y encontrando en la fe que mi alma acopia,
Que aquella copia era muy mala copia
Para darle el valor de un Padre Eterno;
Y como el sueño, gente que no reza,
Me estaba ya doblando la cabeza
Y yo empezaba ya á sentir en mi alma
Sus primeras y dulces vaguedades,
Me decidí á dormir en santa calma
Para acabar con tantas necedades......

—El sueño, por lo menos,
Me hará gozar de la ilusión que ansío—
Pensaba yo temblando
Y estremecido todo por el frío!
—Y como ellos me han puesto en este brete
Que peor no puede ser según barrunto,
Evocaré á Fray Luis y á Navarrete
Y les diré lo que hay sobre el asunto......!

Y me dormí...... pero una santa gota
Que, cayendo del techo
Con una precisión constante y rara,
Bajaba desde el techo hasta la cara

Para seguir después por todo el pecho,
Me obligó á despertar en el instante
En que soñaba yo, lleno de galas,
Bailar bajo la luz de un sol brillante
Entre un grupo magnífico y radiante
De blancas y bellísimas zagalas.

¡Ah! y lo que roncan esas buenas gentes
Que á los más fuertes árboles destroncan,
Y que hacen tanto ruido con los dientes
Que parece mentira lo que roncan!
Nunca me hubiera yo ni sospechado
Ver por aquellos mundos,
Reunidos y durmiendo lado á lado
Tantos *bajos profundos*......
Así es que hallando aquello peor que el rezo,
Pues era una calumnia contra el arte;
Le dí gracias á Dios, y sin tardanza
Me largué con la música á otra-parte.

Metido en un trigal y decidido
A terminar con él, lo que era fácil
No estando muy crecido,
Me encontré al animal de mi caballo
Tan dado y atareado en su faena,
Que á no ser por un medio
Muy usado y común entre animales,
Probablemente no hallo otro remedio
De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aun no asomaba iluminando al mundo
La dulce claridad del rubicundo,
Y la pastora aquélla
Aun no se alzaba á ver la última estrella,
Cuando cansado ya de ser tan loco

Y de soñar en lo que ya no pasa,
Rompí de mi ilusión las dulces redes
Y me volví á la corte y á mi casa,
Donde estoy á las órdenes de ustedes.

AGUSTIN F. CUENCA.[1]

A GOROSTIZA.

Suele en peñón de basalto
Tener la águila su nido,
Y tenerlo suspendido
Siempre del risco más alto.

Así, la corona el sol
Con su primera corona,
Y cuando el sol se destrona
Pinta en ella su arrebol.

Así, tras de aquella cuna
La tempestad resplandece,
Y después, allí parece
Un beso de amor la luna.

¡Suprema ley de belleza
Si esconde en hermoso nido
Lo que grande siempre ha sido
En la gran naturaleza!

Del tiempo la luz matiza
Mi memoria al recordar,
Y encuentro á orillas del mar
La cuna de Gorostiza;

Donde en la arenosa falda
Del suelo veracruzano,
Rompe el Golfo mexicano
Sus cristales de esmeralda.

1. Nacido en México. Muerto después de 1880.

Nació allí en cuna de armiño,
Y pudieron arrullar
Las tempestades del mar
Las tempestades del niño;

Que el Golfo en rudas tareas,
Del rayo al fuego instantáneo,
Del niño arrulló en el cráneo
Una borrasca de ideas;

E hizo entonces la ocasión
Un majestuoso dualismo:
Junto á un abismo otro abismo,
Junto á un mar un corazón.

Creció el niño, de un renombre
Buscando el laurel glorioso,
Y creció casi giboso
De pensar tanto en el hombre:

Y en los humanos vaivenes,
Sobre la sima inclinado,
Llegó á ser el corcovado
Que hasta el sol irguió las sienes.

Con gloriosa fantasía
El histórico pincel
De espuma orlado un bajel
Pinta en una mar bravía.

Entre las olas del viento
Batidas con fiera saña,
El bajel navega á España
Y en él va un rey del talento.

Crespadas rugen las olas,
Revueltas vienen y van,
Y al fin, con el bajel dan
En las costas españolas.

A tierra salta el viajero,
Y al presentir los cantares
De su lira, el Manzanares
Va corriendo más ligero.

Y entre festones de flores
Sus remansos desmayados
Están ya tornasolados
Por gloriosos resplandores;

Que el viajero por misión
Lleva al hispano confín
Ser rival de Moratín,
Ser de Scribe inspiración.

La fe dícele: camina!
Dícele el temor: detente!
Clama á la esperanza, y siente
Que la duda le asesina.

Y aliento á su pecho sobra,
Y aliento á su pecho falta,
Si la duda no le asalta,
O si su imperio recobra.

Aire! su entusiasmo grita
En pos de gloriosas galas,
Y encuentra al tender las alas
El aire que necesita.

El dudar antes rehacio,
Muere entonces, y parece
Como que el espacio crece
Y hay más aire en el espacio.

Suena un arpa, y en concierto
Se alzan melodiosas claves
Como una ráfaga de aves
Cruzando un florido huerto.

Suena la indecisa nota
De apasionada sonrisa,
Y también suena indecisa
La que de un sollozo brota.

Vibran cadencias que son
Para los labios encesos,
El idilio de dos besos
Moribundos de pasión.

Tiene el placer su armonía
En tan misterioso canto;
El dolor tiene su llanto
Y sus risas la ironía.

Vierte excelsas vibraciones
La arpa en su emoción extrema,
Y un himno añade al poema
De las humanas pasiones;

Y brotan entonces palmas
Que dan sombra al arpa de oro;
Porque el himno, tan sonoro
Vibra y tan puro en las almas,

Alcanzando á conmoverlas,
Como cree la fantasía
Que en un cristal sonaría
Una cascada de perlas.

Ve entonces el sol hispano
Un rayo más en el sol
De la gloria; un arrebol
De nuestro sol mexicano;

Y es trofeo de victoria
Cada palma en los palmares;
Cada onda del Manzanares
Es un murmullo de gloria.

Así el hombre inmortaliza
La omnipotencia del hombre,
Y tiene el Genio otro nombre
En la tierra: Gorostiza.

¡Bardo que sobre tus sienes
Pusiste el laurel del arte,
También fué otro tu estandarte
Y otro laurel también tienes!

Tu fuiste en heroica lid,
Rayo de la tempestad
Que inflamó la libertad
En el Parque de Madrid;

Y cuando al nativo suelo
Enderezaste tu paso,
Tu estrella de héroe su ocaso
Borró sobre el patrio cielo.

Del Norte la ambición fiera
Que á la patria profanó,
Tinta en sangre enarboló
Conquistadora bandera;

Y en la pelea estruendosa
Tu diestra blandió la espada
Contra Murat fulminada,
Y en Churubusco gloriosa.

En el convento humeante
Nadie resistirte pudo,
Y tu pecho sin escudo
Fué tu escudo de diamante.

¡Qué aterrador el arreo
De las contrarias legiones!
¡Qué furor de los cañones
En el rudo cañoneo!

¡Cómo sangraban las frentes
Sobre las rotas murallas!
¡Qué desborde de metrallas
Sobre un montón de valientes!

Tú eras de ellos, y luchaste
Encorvado, pero erguido,
Y al verte casi rendido,
Mas luchando, así exclamaste:

"¡En la patria mi fe estriba
Contra invasores abyectos;
Han sentado mis defectos;
Pero no han visto mi jiba....!"

¡Bardo y guerrero! tú tienes
Por blasón, frente á tu historia,
Todo el cielo de la gloria
Recogiéndose en tus sienes!

Bardo y guerrero, al luchar
Moviste al destino guerra,
Y fatigaste á la tierra
Con tu eterno batallar.

Hiciste que palpitante,
Llena de tus resplandores,
Tuviese un manto de flores
Bajo tus pasos de Atlante;

Y uno fuêron sus verjeles,
Y por sombra en el verjel
Cada flor tuvo un laurel
De tus divinos laureles.

Brilló una hermosa aureola
Sobre tu frente inspirada,
Con haces de oro formada
Sobre la escena española.

Como un rumor infinito
Tus victorias se extendieron,
Y un eco triunfal volvieron
Nuestros montes de granito.

En nuestro golfo volcaron
Con estruendos inmortales
Aquellos mismos cristales
Que tu cuna columpiaron.

Y en tu carrera triunfal
Viste, en torno de tu fama,
El esplendor que derrama
Una cabeza inmortal.

.... Águila del pensamiento!
Si mi arpa calla, la abona
Sentir que es una corona
La admiración que yo siento.

POETAS VIVOS.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

I

LAS ABEJAS.

Ya que del carmen en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la lúgubre tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.
Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aun alumbra risueña la esperanza;
Tú, cuya confianza,
Inocentes placeres y alegrías
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!
Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga

Con sus preciosos dones la fortuna,
Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase.

Tú, joven, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges, dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente
La dolorida frente?
¿A la pérfida acaso recordabas?
Inexperto doncel ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazón perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un día
Primera vez miraste
De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?
Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,

Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su corazón liviano.
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazón se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno!
Pronto en la duda y tedio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí...... La dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera
En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpitar debiera,
De infame corrupción con el ejemplo
No al sentimiento puro lo consagra,
Porque del oro lo convierte en templo.
¿Qué dicha, qué placeres,
Esperas tú encontrar de esas mujeres
En el vendido seno
A los ardores del cariño ajeno,
Cuando su impura llama,
Si nace, solamente
Al soplo vil del interés se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, do la inocencia
Te ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura,
Cambiará tu existencia;
Del tedio sanarás que te aniquila,

Y la virtud amando, suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo, tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De este carmen umbroso y escondido,
Afanosas buscando las abejas
El néctar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas
De su brillo á pesar y su hermosura
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las más humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas,
Apenas se distinguen, ó en la obscura
Grieta se esconden de las rudas peñas.
Ellas no creen que al ostentarse ufanas
Aquellas que parecen
Con mayor altivez y más colores,
Sean también las que ofrecen
Los nectarios mejores.
Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad, pero dotado
Por el próvido cielo
De un instinto sagaz y delicado;
Y en el jardín del mundo,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida,
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
Tu corazón sedujo; tú la amaste,

Y alimentando tu pasión insana,
Tu puro corazón envenenaste.
Olvídala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe;
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos,
Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas;
La de turgentes hombros y divinos
Que la Venus de Gnido envidiaría,
Mírala; ¿no enloquece tu alma joven,
Como hace tiempo enloqueció la mía?
¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría
Do la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta virgen del bosque,
Do la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la grata esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Díme ¿á apagar su fuego esa mirada
Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla riëndo, no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?

¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su blanco seno palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fe constante y pura?

Estas humildes flores busca ansioso,
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.

II

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL COLEGIO DESFONTAINES.

Apartad de la guerra fratricida
Vuestros cansados ojos...... ved ahora
Esta esperanza dulce y seductora
De la Patria infeliz, Patria querida.
En medio de la negra desventura,
Cuando demandas moribunda al cielo,
Pase de tí ese cáliz de amargura,
Te escucha Dios, y un ángel de consuelo
Te muestra esa niñez hermosa y pura.

Esa niñez que hoy tímida, inocente,
Ya recoge afanosa en los umbrales
Del templo del saber, para su frente
Guirnaldas mil y mil primaverales,
Y augura ya desde su edad temprana
Que irá atrevida á conquistar mañana
De la ciencia los lauros inmortales.

Hoy que la vida duelos nos ofrece,
Hoy que la mente sin consuelo vaga
Y abandonarnos el Señor parece,
Esta luz adorable no se apaga,
Esta dulce esperanza nos halaga,
Este ensueño de paz nos adormece.

Se columbra, cada año que se avanza
En la noche del tiempo, nueva aurora,
Encierra el porvenir nueva esperanza,
Nos alumbra una luz más brilladora;
La tierna juventud menos alcanza
De esta fiebre cruel que nos devora,
De este furor de un tiempo de matanza
En que, en lucha postrer el fanatismo,
A la ignorancia exalta fratricida
O en máscara falaz al ateísmo.

Viéndolo estáis...... la humanidad camina
Y ¡cuán grandiosa y fuerte se presenta
Con el sol alumbrada de la imprenta
Y armada con el rayo! La divina
Libertad de este siglo todo inventa,
Todo lo inútil del pasado arruina.

De la vil ignorancia las postizas
Galas rodaron en menudas trizas;
De odiosos privilegios los vestiglos
Cayendo van, y tórnalos cenizas
El poderoso aliento de los siglos.

¡Oh! sí, pura niñez, tuyo es el día
De luz y paz, de verdadera gloria;
Tú no tendrás de esta época sombría
Sino la amarga y fúnebre memoria.

Dios que contempla nuestro mal, te ayuda;
Él prepara la dicha á tu inocencia;
Espera, espera; á una época de duda
Va á suceder un tiempo de creencia;
La igualdad de la ley á la insolencia
De los hombres soberbios y mezquinos,
Y va á regir entonces tus destinos,
En lugar del cañón, la sacra ciencia.

Vas á ser más feliz, niñez querida,
Que los jóvenes ¡ay! tan desdichados
Que alcanzamos un tiempo de tristeza,
Que al contemplar nuestra ilusión perdida
Nos sentimos de duelo quebrantados,
Inclinamos temprano la cabeza
Y cruzamos la senda de la vida,
Escépticos tal vez, indiferentes,
Con el alma cansada y dolorida
Y una arruga precoz en nuestras frentes.

Tú no serás así, tu edad de flores,
De sueños y esperanzas lisonjeras
Muy pronto va á pasar, pero tú esperas......
¿Qué te importan del mundo los furores?
Aquel que siente de virtud la calma,
Aquel que sigue el bien y en Dios confía,
El huracán del mundo desafía
Y afronta el porvenir, serena el alma.

Vas á ser más feliz...... pero no olvides,
De loca juventud en la inconstancia,
Estas horas serenas de la infancia
Si para siempre de ella te despides.

Conserva su memoria dulce y blanda
Que te hará mucho bien en este suelo

En tus momentos de amargura infanda
Y en tus horas de duda y desconsuelo.

Que cuando brota del pesar el lloro
Y el alma gime de dolor herida,
Alivia el recordar los sueños de oro
De las risueñas albas de la vida.

¡Cuántas veces recuerdo mi montaña,
Sus altas arboledas cimbradoras,
El ancho río que sus rocas baña,
Y aquel humilde albergue, la cabáña,
Donde pasé de mi niñez las horas!

¡Cuántas también de mi cristiana madre
El puro y tierno y celestial cariño,
De esa pobre mujer que fué mi encanto,
Que dirigió mi corazón de niño,
Que me enseñaba al borde de las fuentes
Debajo de las ceibas seculares,
O al rumor de los blandos platanares,
Oraciones sencillas y fervientes
Que repetí con labios balbucientes,
De la agreste capilla en los altares,
Cuando el incienso con los frescos ramos
De mirtos y caléndulas silvestres
Iba á ofrecer como homenaje tierno
A la virgen del campo, protectora
De la pobreza de mi hogar paterno!

Pero basta, niñez...... iba á decirte
Que soy feliz al ver sobre tus sienes
La corona más bella de la infancia
Que como premio de tu afán obtienes.

Hoy del triunfo te halaga el dulce arrullo,
Y para ser tus dichas más cabales,
Ve á presentar tu frente con orgullo
A los ardientes besos maternales.

Lleva la dicha en tu cariño santo
A tu modesto hogar y aún espera,
Si conservas constante tu ardimiento,
Más guirnaldas coger en tu carrera.

Aguarda, aguarda, llegará tu día,
Tal vez muy pronto con placer lo veas;
Espera en Dios que tu camino guía,
Y hasta llegar allá...... ¡bendita seas,
Dulce esperanza de la Patria mía!

JOSE M. BUSTILLOS.

EL AGUILA Y LAS ROCAS.

(Fragmento.)

I

¡Dejadla! que tienda el vuelo,
Que altiva las nubes rasgue,
Y que en la luz de la aurora
Sus fuertes alas empape!
Tiene derecho: es la reina
Magnífica de los aires;
Es el águila!.... ¡Qué hermosa!
Corvo el pico; flamëante
La amarillenta pupila;
La pluma morena y suave;
Ancha la frente, la garra
Siempre dispuesta al combate,
Y el ademán victorioso
A la vez dulce y salvaje!
Y en el espacio la aurora
Su rojo cofre entreabre,
Y da al cielo flecos de oro,
Y da á la tierra diamantes.
A lo lejos, pensativos,
Se yerguen los dos volcanes;
México eleva sus torres
Que fresco acaricia el aire;
El aroma de los campos

Corre despertando el valle,
Y el Otoño sonriente
Sacude alegre los árboles
Para que inunden las huertas,
Ya picados por las aves,
Duraznos de terciopelo,
Madroños color de sangre.
El sol asciende; y el lago
De Texcoco iluminándose,
Sus rocas al sol enseña,
Sus rocas, donde el ramaje
Ofrece sombra y reposo
A las palomas del valle....
Labriegos que vuestro arado
Gastáis en la triste margen,
¿Por qué miráis esas rocas
Con terror?—¡Dios nos ampare!
Porque en las noches de luna,
Cuando el sueño al mundo invade,
Se besan allí dos muertos;
¡Dos muertos que son amantes!—

II

¿Será verdad lo que cuentan?
¿Quién fué testigo?.... ¡Dios sabe!
Pero dicen que al reflejo
De una alborada radiante,
A mediados de Septiembre
Del año de Diez, de sangre
Se tiñó un momento el lago,
Y un momento tembló el valle.
Y dicen que por el cielo
Vino un águila salvaje;
Que en las rocas de Texcoco

Detuvo el vuelo un instante;
Que en ellas dejó una rama
De laurel, y que en los árboles
De la ribera sonaron
Desconocidos cantares....
¡Pueblo! entonces ¿qué sentiste?
¿Qué cantaste en tus romances?
La libertad te dió un beso,
Y tú también la besaste!....
El terror huyó vencido:
Los cercanos habitantes
No hablaron de almas en pena,
Sino de honor y combate;
Y ya no volvieron nunca
En la alta noche, á besarse
Sobre las rocas del lago,
Las almas de los amantes.
¡Oh libertad!.... Bendecidla,
Campos, montes, flores, aves!!

ANTONIO CISNEROS CAMARA.

I

AYER Y HOY.

(Fragmento.)

Ayer para hacer picas, se buscaba
El hierro en las entrañas de la tierra,
Y ese hierro sembraba
Luto y desolación y espanto y guerra.
Ayer, carbón y leña se encendían
Para arrancar la vida á fuego lento
A los que el porvenir ya presentían,
Vuelo dando á su libre pensamiento.
Ayer, el duro tronco de los pinos
En horca la justicia transformaba,
Horca vil que en las plazas y caminos
La barbarie del siglo pregonaba.
Hoy, siervo dócil del ingenio humano,
Y en rieles convertido
Que el monte cruzan, la ciudad y el llano,
El hierro la distancia ha suprimido
Y á los pueblos del orbe ha confundido
En fraternal abrazo soberano.
El carbón, que al arder chisporrotea,
No convierte en ceniza
A un mártir de la ciencia ó de la idea:
Ya el agua en la caldera evaporiza,
Humo arroja la altiva chimenea,

Y ruge el monstruo y rápido se lanza
Infinitas distancias devorando,
Por doquiera llevando
Paz y amor y riqueza y venturanza.
Del erguido madero
No pende el infeliz ajusticiado,
Pasto ofreciendo al buitre carnicero:
En poste transformado,
Que el hilo telegráfico sostiene,
Es la vestal moderna que mantiene
El pensamiento, el fuego más sagrado.
Ya la palabra humana,
Eléctrica centella
Lleva, hasta la comarca más lejana....
¡Tal vez desde una estrella hasta otra estrella
La llevará mañana!

II

RAYITO DE SOL.

Todos los días por la mañana,
Cuando el Oriente ya se engalana
Con su más puro, vivo arrebol,
Por las rendijas de mi ventana
Entra un rayito claro de sol.

Y sin que á nadie permiso pida,
Que la etiqueta desconocida
Le ha sido siempre, llegando va
Hasta la cuna donde dormida
Plácidamente mi niña está.

Ni al dulce sueño de la inocente
Respetos guarda, pues imprudente
Del cortinaje pasa al través,

Y un beso deja sobre su frente,
Tiñendo en grana su nívea tez.

La pobrecilla se despereza;
Sus lindos ojos á abrir empieza,
Y palpitante ya de emoción,
Alza su rubia gentil cabeza,
Y á hablar se pone con el bribón.

¿Qué es lo que dice? Sólo lo sabe
Quien del enigma tiene la clave
De ese dialecto que en modular
Se afana el niño, se empeña el ave
Cuando aun el vuelo no puede alzar.

Pero conversa.... ¡si lo estoy viendo!
Y me parece voy entendiendo
Lo que mi hijita cuenta, locuaz,
Al ígneo rayo que, sonriendo,
De resplandores baña su faz:

—"Amigo mío, mi buen amigo,
Muy enojada me hallo contigo
Porque á la cita faltaste ayer;
Si no lo crees, mamá es testigo:
Le he dado mucho, mucho que hacer.

Lloré tres horas consecutivas;
Ni las caricias más expresivas
De su infinito y ardiente amor
Calmar pudieron las ansias vivas,
Las expresiones de mi dolor.

Razón tenía para estar triste,
Que de los cielos tú no viniste,
—Cielos hermosos donde moré!—
Y nueva alguna no me trajiste
De los hermanos que allá dejé.

¡Ángeles puros! ya no los veo;
Pero percibo de su aleteo
El armonioso vago rumor,
Y hasta sus himnos escuchar creo,
Himnos de gloria, de paz y amor!

Pero si hay cantos allá en los cielos,
Aquí en la tierra dicha y consuelos
Hallo en mis padres: por mí los dos
Se imponen tantos, tantos desvelos,
Que sustituyen á nuestro Dios.

Es mi sonrisa su goce santo;
Lágrimas vierten si vierto llanto;
Yo soy la estrella, soy el fanal
Que en estos mares de desencanto
Les marca el rumbo del bien y el mal.

A Dios le pido que de mi madre
El noble seno jamás taladre
Ruda congoja, martirio cruel,
Y que proteja siempre á mi padre....
¡Ruega por ella! ruega por él!

¡Cuánto me adornan y cuánto me aman!
¡Sus bellos dones en mí derraman!
¡Cómo me cuidan si enferma estoy....!
Dí á mis hermanos que me reclaman,
Que aquí me quedo, que no me voy."

Así murmura mi pimpollito,
Y lo murmura quedo, quedito,
Mientras los ojos cerrando va;
El rayo párte, párte el rayito,
Mas sus visitas repetirá.

JOSE T. DE CUELLAR.

I

EL VIENTO DE LA NOCHE.

¿Oyes? Ya baja á nuestro espacio umbrío
De las etéreas alas
El viento de la noche rudo y frío
Rasgando nubes con sus negras alas.

¿Oyes? Como rumor de tristes voces......
Ecos de llanto, vuelos de suspiros......
Como tropel de ayes...... como voces
De incomprensibles y volubles giros......

Es que el viento recoge con empeño
Escorias de dolor, restos de llanto,
En la hora del sueño,
En que por bien de Dios se olvida tanto.

Es que el viento, divino mensajero
De la morada pía,
Barre el valle de lágrimas entero;
Pues si la aurora del risueño día
Viera tanta miseria...... no saldría.

II

ALARCON.

(Fragmento.)

Libre la fama por el orbe todo,
¡Alarcón! repitiendo,
Su alto triunfo pregona placentera,
Y orgullosa la patria en que naciera
El vate, vibra palmas de victoria
Y entusiasmada canta
Himnos eternos á su limpia gloria.
Venid á regar flores,
Venid á dar al viento vuestros cantos,
Ardientes trovadores,
Y del hijo de Tasco, del poeta,
Ensalzad el aliento soberano:
El mundo todo con respeto admire
La gloria del ilustre mexicano.
México ¡oh patria mía!
Cara á mi corazón y desgraciada,
Pláceme ver que rindes á porfía
Culto al saber, y al genio omnipotente
Tienes verde corona preparada.
Pláceme verte en tu dolor prolijo
Aunque el consuelo el porvenir no mande.
Llora, patria infeliz, era tu hijo,
Mas levanta la sien, porque era grande......!

RAFAEL DELGADO.

I

PALMAS.

(En el centenario de Carpio.)

En dónde? —Allí. El moribundo día
Incendiaba los términos del cielo
Y la pálida tarde revestía
Manto de gualda y purpurino velo.
En Ocaso, entre cúmulos de plata,
Cimas nevadas y lejanos montes,
De fuego y luz radiante catarata
Que inunda los inmensos horizontes:
En Oriente y en zonas desiguales
Van las nubes marinas,
Al soplo de las auras vespertinas,
Fingiendo esquifes y ondulantes chales.
Rumoroso el juncal; en raudo vuelo
De alas y trinos el vibrante coro;
Flores sobre las aguas y en el suelo,
Y alta cimera del palmar sonoro,
En el azul espléndido del cielo
Plumeros jaldes y penachos de oro.
Próximo linde á la feraz llanura
El templo, la heredad, el caserío......
Y en su lecho de arena que fulgura
El caudaloso y resonante río
Que da á Cosamaloapam su hermosura.
La casa del Señor...... Un techo amigo,

Un manantial de amor y de belleza......
Puerto seguro, en el dolor abrigo,
Luz y perdón, alivio y fortaleza.
La heredad...... El trabajo, el sueño breve,
El noble anhelo que el cariño inflama,
El fruto pingüe, y el vellón de nieve
Que á tonsa oveja su valor no debe
Y ardiente clima sazonó en la rama.
La ribera, el agreste caserío,
El huerto umbroso, el florecido prado,
Y en las ardientes noches del Estío
La bandola y el canto prolongado
Que une su estrofa al murmurar del río.

¿En dónde? Aquí en la margen donde mora
El alción pensativo y taciturno,
Donde, cantando, en barca mecedora,
Echa su red el pescador nocturno.
Por otoñales lluvias desbordada
La corriente bravía
Arrastró entre sus ondas la morada,
Donde nació *como ave en la enramada,*
Donde tranquilo en su niñez vivía.
Ni ruinas, ni escombros...... Un gemido
Parece el eco del palmar cercano......
¡Qué raudas van las aguas al Oceano!
¡Qué rápidos los hombres al olvido!

Llanuras de esmeralda;
Gentiles y gigantes cocoteros,
Muelles nelumbios de marfil y gualda
Que indolentes dormís en los esteros;

Cinta errátil de plumas voladoras
Que hacia la costa en caprichoso giro
Bogas por los espacios de zafiro
Robando su carmín á las auroras;
Brisa que entre las frondas susurrantes
Columpias nidos y deshojas flores,
Que del alba á los pálidos fulgores
La sabana salpicas de diamantes;
Espeso bosque, caserío agreste,
Frágil barquilla, musicales palmas,
Vago reflejo de la luz celeste,
Templo...... faro de amor para las almas;
Bandada silenciosa
De blancas alas, que al nacer la luna
Bajas del cielo en onda misteriosa
Al sereno cristal de la laguna;
¿Do está vuestro cantor? Pasó cual pasa
Por vuestra selva errante peregrino,
De la mañana entre el cendal de gasa,
Rumbo á la mar el pájaro marino.

Ni un lauro, ni una flor de la floresta
Donde nació, cuando en brillante fiesta,
Tras largos años de feliz memoria,
A coronar Tenochtitlán se apresta
Su alta virtud que sublimó la gloria......
Y vivirá por siempre en las riberas
Que asiento dieron á su hogar natío,
En el dulce gemir de las palmeras,
En los remansos de su amado río.
Y en el Señor también, en la fe pura
Del Cristo vencedor de las edades,
Que resiste las fieras tempestades

De la maldad, firmísima y segura;
En la Cruz triunfadora que le inspira,
Que fué á su vida codiciada meta,
Raudal de inspiración para el poeta,
Música de los cielos en su lira.

....

Declina el sol tras el nevado monte,
Venus descubre su fanal de plata,
Y la tarde, ganando el horizonte,
Recoge ya sus velos de escarlata.
Aun alumbra el vetusto campanario
Y derrama centellas en el río......
¡Ya se pierde el agreste caserío
En la sombra del bosque solitario!......
Enciende sus hogueras la alquería,
Sus luces el cocuyo...... Soberana
Reina la noche, y á la turba pía
Convida á orar en santa melodía
Con devoto tañido la campana.
Duerme el viento y acalla la llanura
Su triste voz...... ¡Estrellas á millares!
¡Cómo brilla en el polo Cinosura!
¡Cómo cintila en Escorpión Antares!
Así, de las tinieblas del olvido
Al grandioso proscenio de la historia,
Vuelve el Poeta de laurel ceñido
Bañado en los fulgores de la gloria.

II

SONETOS.

I

OJOZARCO.

Á LA MEMORIA DE PESADO.

Un tiempo aquí, bajo el pinar añoso
Que fecundas con plácida corriente,
De altísimo poeta, clara fuente,
Resonaba el acento deleitoso.

Hoy nada más, en tu retiro umbroso
Y entre los surcos del maizal crujiente,
Arrulla triste la torcaz doliente,
Pía en las cañas el gorrión medroso.

Rápidos vientos, al mediar el día,
Mecen tus ahuehuetes colosales
Con música de leda melodía,

Y al sonoro correr de tus raudales
Parece que repíten todavía
De tu cantor los versos inmortales.

II

EN LAS MONTAÑAS.

Todo lo enerva la pesada siesta:
En el maizal el céfiro reposa,
Y busca la cerúlea mariposa
El húmedo frescor de la floresta.

Al acabar la campesina fiesta
Que en regocijo popular rebosa,
Toda la gente, en procesión piadosa,
Sube y transpone la empinada cuesta.

Cesa el petardo de atronar el viento,
Acalla el campanario su alegría
En el fondo del valle soñoliento,

Y repitiendo va la serranía
El són del tamboril pausado y lento
Y el llorar de la triste chirimía.

III

EL SALTO DE TUXPANGO.

Cuelga sobre tu lecho, turbio río,
Sus guirnaldas la muelle trepadora,
Y alegre tus riberas, zumbadora,
La estridente cigarra en el Estío.

Aquí te aduermes en remanso umbrío
Que Abril perenne placentero enflora,
Allá rompes tu linfa voladora
Por entre recio carrizal bravío.

Opreso por altísimos peñones
Sesgas entre las palmas tu corriente
Que remontan voraces los alciones,

Y el iris brota de tu espuma hirviente,
Y saltas al abismo en borbotones,
Grande y sublime y como el mar rugiente.

IV

LA CRUZ DE HIERRO.

(EN LA CIMA DEL BORREGO.)

"¡Enseña de perdón, cruz protectora,
Sobre campos de muerte levantada,
De una vida inmortal prenda sagrada
Álzate de los siglos vencedora!

"Si eres de la tormenta destructora
Y del fuego celeste respetada,
¿Seráslo, acaso, de la turba airada
Que niega á Cristo y su bondad no implora?"

Así, depuesto el victorioso acero,
Al enclavarte con piadosa mano,
Supo pedirlo á Dios soldado austero.

Y aquí serás contra el orgullo humano,
Signo de eterna paz para el guerrero,
De eterna salvación para el cristiano.

MANUEL DIAZ MIRON.

I

VERACRUZ.

¡Es mi patria...... Vedla allí!
ANÓNIMO.

Bañada por las olas atlánticas se eleva
Do hallábanse en un tiempo las ventas de Buitrón,
Y allá en su altiva frente con sangre escrita lleva
Su historia y sus desdichas, su gloria y su blasón.

Un tiempo á sus riberas llegaron las legiones
Que el genio condujera del célebre Cortés,
Y alzaron de Castilla los regios pabellones
Allí donde las olas bañando están sus pies.

Y allí, por vez primera, las playas solitarias
Oyeron, inundadas de blanca y suave luz,
Que al Dios de los cristianos se alzaban mil plegarias
Desde una tienda humilde, en torno de una cruz.

¡Cuán linda, cuán risueña, ceñida de dos mares,
Se muestra á los guerreros la tierra de Colón!
¡Cuán bellos sus palacios, sus templos, sus aduares,
Los cerros y *teocallis* do rinde su oblación!

Allá sobre su lecho de flores y espadañas,
En ricos almohadones de grana, á la oriental,
De lagos circundada, de valles y montañas,
América inclinaba su seno virginal.

Mas ¡ay! que sus volcanes de nieve coronados
El paso no cerraron al ávido invasor,
Y en danzas y festejos, sus hijos descuidados
No oyeron de las armas iberas el rumor.

Hermosa se ostentaba y rica y noble un día,
Bajo ese ardiente cielo, la ilustre Veracruz:
Su nombre revelaban, su fama y su valía,
Sus puentes y castillos ornados de la cruz.

Y allá dentro su alcázar sus armas adornaban
El pórtico, la lonja y el gótico artesón,
Y en medio de sus plazas sus hijos saludaban
Con júbilo indecible su escudo y su pendón.

Dos veces el incendio devora sus hogares
Y ciñe con sus alas ardientes la ciudad:
Dos veces los piratas profanan sus altares
Y dejan en su seno la muerte y la orfandad.

Más bella, empero, luego se alzó la noble villa
Y templos y palacios de múcar erigió:
Sus nobles hechos luego lavaron su mancilla;
La gloria de sus hijos sus timbres ilustró.

Allí está la primera ciudad del continente:
Allí la hermosa joya del cetro colonial:
Las glorias de un imperio pasaron por su frente:
Pasaron sus caciques, su pompa virreinal!

En láminas de piedra escrita está su historia:
Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
Borró de sus señores y dueños la memoria,
Y aquí sobre la arena —"*pasaron*"— escribió.

Contáronme, de niño, que su oro y su ventura
Doquiera derramaba la villa generosa:

Que en juras y corridas brillaba su hermosura;
Sultana de las olas, que, erguida y orgullosa,
Mostraba en los festines su regia vestidura!

Contáronme que un tiempo su escudo saludaban
Las naves españolas que el puerto guarnecían:
Contáronme que un tiempo sus bandos acataban:
Que pecho y homenaje los nobles le debían:
Que reyes y vasallos sus fueros respetaban.

Y acaso en larga noche de invierno me contaron,
Con voz triste y solemne, sus viejas tradiciones.
Sus cuentos populares, de niño, me arrullaron;
Y en tanto que bramaban los recios aquilones,
A leer sobre su arena su historia me enseñaron.

Su frente, en otro tiempo, la villa coronaba
En juras y corridas, con oro y pedrería:
Su larga servidumbre con fiestas olvidaba:
Esclava que en su lecho de múcar sonreía
En tanto que á sus ojos la lágrima asomaba!

Rompió luego en las lides su yugo y su cadena:
De dueños y señores triunfó por su bravura;
Y libre, sus pendones alzando como buena,
Guerrera victoriosa, mostraba su hermosura,
Y, altiva, levantaba su frente de la arena.

Cubrió sus pardas sienes de lauros inmortales:
Ulúa ante sus armas triunfante se humilló:
De gloria se cubrieron su nombre y sus anales,
Que al pie de sus cañones, rodeada de sus leales,
El rango de los héroes la villa conquistó.

Oyó de la discordia, después, los alaridos:
Oyó de la lisonja maligna los consejos:

Su seno destrozaron rencores y partidos:
Tornáronse en combates sangrientos sus festejos
Y el ruido de las armas oyóse en sus ejidos.

Miró sus ricas joyas la Francia codiciosa,
Y al Golfo mexicano sus naves dirigió.
Alzóse entre sus muros, airada y animosa,
La virgen de las olas, la villa valerosa,
Y al galo en sus arenas ardientes combatió.

Mas ¡ay! que osada turba de viles invasores
Llegara á sus riberas en triste, aciago día.
Cayeron bajo el hacha sus bravos defensores:
La muerte ó el incendio, sus plazas recorría
Al hurra que lanzaban los tercios vencedores.

Y es voz que, á sus acentos, airados levantaron
Sus ricos fundadores las frentes enterradas:
Que al pie del roto muro de múcar se sentaron,
O, al brillo del incendio, las calles asoladas,
Postrados en la arena sangrienta, contemplaron.

De propios y de extraños la sangre ha salpicado
Sus campos y heredades, su alcázar y sus templos:
La muerte sus guerreros mil veces ha diezmado:
De arrojo y de bravura recuerdan mil ejemplos
Sus páginas de piedra que el tiempo ha respetado.

El polvo de los siglos las regias tradiciones
Borrando va en la bella ciudad ennoblecida:
Rompieron los extraños su cetro y sus pendones,
Y fábula creyeron su gloria ya perdida,
Y fábulas tan sólo su fama y sus blasones.

En torno de sus ruinas, matrona fatigada,
Ya inclina sobre el polvo la frente, con dolor:

Sin toca la cabeza, la faz ensangrentada,
Aquella en otro tiempo cual reina saludada
No tiene ya festines, ni cánticos de amor.

Pasó, como su gloria, su espléndida belleza,
Y el sol que iluminaba su regia bacanal
Alumbra hora tan sólo su duelo, su tristeza,
Que fueron sólo un sueño de gloria y de grandeza
Su pompa y sus festejos, su fausto sin rival.

Un sueño.... mas el sueño fugaz de la ventura:
Delirio de una joven que reina se soñó,
Y al verse en el espejo la regia vestidura,
¡Ay! vió que marchitaba su joven hermosura,
Y al suelo sus pendientes, sus galas, arrojó.

¿Do está la grey modesta que oraba en sus altares,
En medio de una tienda, en torno de una cruz?
¿Do están los que fundaron su alcázar y sus lares,
Aquellos que en palacios trocaron sus aduares
Y, ufanos, la llamaron "la Nueva Veracruz?"

Pasaron ya.—Del tiempo severo las lecciones
Las piedras carcomidas mostrando están doquier.
La tierra es ancha tumba de pueblos y naciones.
El soplo de los siglos arrastra sus padrones
Y torna en polvo estéril su gloria y su poder.

Allí está la primera ciudad del continente:
Allí la rica joya del cetro colonial:
Las glorias de un imperio pasaron por su frente;
Pasaron sus caciques, su pompa virreinal....!

Allí la que ha brillado, temida y respetada
En lides y consejos, en ciencia y en valor:

Allí la noble villa de torres coronada
Que alzaba en los festines sus cánticos de amor.

Allí la noble cuna de sabios y guerreros;
Allí la renombrada, marítima ciudad
Que su oro, su corona, sus títulos y fueros
Trocara por la hermosa, la santa libertad.

En láminas de piedra escrita está su historia:
Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
Borró de sus señores y dueños la memoria,
Y aquí sobre la arena—"*pasaron*"—escribió.

Inspírame y escucha: que mi alma al contemplarte
Rebose en elevada, sublime inspiración:
Que pueda con mis cantos ¡oh patria! consolarte,
En tanto que en tu seno rebrama el aquilón.

Acuérdate que, niño, jugaba en tus riberas:
Que siempre en tu defensa las armas empuñé:
Acuérdate que siempre, con trovas lastimeras
O cánticos alegres, tu nombre saludé.

¡Oh patria! no me olvides. Si doblo mi cabeza
Y caigo sobre el polvo que piso con dolor,
Recuerda que he cantado tu gloria y tu belleza,
Que debes á mi tumba.... siquiera alguna flor....

II

FRAGMENTOS DEL POEMA "DON FERNANDO."

I

"¿Quién es ése que, osado, desde el suelo
Ante el humano tribunal me llama?
¿Quién es aquése que maldice al cielo,
Que así me juzga y contra mí reclama?
¿Quién es el loco que, en su loco anhelo,
Airado contra mí blasfema y clama?
¿Quién es ese gusano de la tierra
Que excita contra mí odios y guerra?

Frenético se vuelve, el rostro airado,
Porque padece, contra mí, el impío,
Y con las propias armas que le he dado,
Pretende herirme en su furor sombrío.
De mi existencia duda el desdichado;
Duda y no ve, en su extraño desvarío,
Que mientras más me niega, más me afirma;
Que con su propio ser, mi ser confirma.

¿Quién le dió esa razón que me condena
Y el tribunal á que me cita, impía?
¿Quién rompió con su sangre la cadena
Que el yugo del pecado le imponía?
¿No le hice libre y consolé en su pena,
Con la promesa de la gloria mía?
¿No he venido del cieno á levantarle
Y hasta mi excelsa majestad á alzarle?

Bajo su imperio coloqué la tierra;
Cuanto en ella formé le pertenece;

Cuanto de dicha y de ventura encierra,
Cuanto la hace fecunda y la embellece.
El hombre, empero, en implacable guerra
Contra mí, me desprecia ó me escarnece:
Duda de mi razón y mi pureza:
Mide por su estatura mi grandeza!

¿Quién pudo darle, sino yo, la vida?
¿Quién pudo dar tan elevado vuelo
A la humana razón, que huye, perdida
Entre tinieblas, de su patria, el cielo?
Le dí libre albedrío y en su suelo
Puse la dicha y cuanto al bien convida.
El bien es esencial y positivo;
El mal accidental y negativo.

¿De qué me culpará? Porque ha pisado
Los abrojos del mal me llama injusto?
¿Porque eligió la senda del pecado
No he de ser grande, poderoso y justo?
¿El bien no le ofrecí? ¿No le he llamado?
¿Le volví, por ventura, el rostro adusto?
¿Por qué cayó en tribulación blasfema,
Y así contra su autor, necio, se extrema?

¿De qué me culpareis?—Si en vuestro daño
Convertís vuestro bien y en un tormento,
¿Por qué el mal me atribuís y el desengaño
Y contra mí lanzáis el pensamiento?
¿Por qué, si así corréis tras el engaño,
A la verdad culpáis?—Porque un momento
Perturbe el orden la criatura humana,
Direis que el orden, mi obra, es cosa vana?

Os hice libres, porque os quise dignos
De mi infinito amor y mi grandeza:

Puse en vosotros celestiales signos,
La conciencia, el talento y la belleza.
Si de mis dones abusáis, indignos;
Si preferís el mal; si con fiereza
Mis bienes despreciáis en ese suelo,
¿De quién la culpa? ¿Vuestra, ó de mi anhelo?

Sin entendimiento doy, ¿cómo pudiera
Negar la libertad, que es su atributo?
Sin ese entendimiento, dí, ¿no fuera
Igual tu condición á la del bruto?
¿Quiere llegar, por eso, ya, altanera,
Tu razón á la gloria que disfruto?
¿Quiere ser ella Dios? En su locura
¿Querrá que me convierta en criatura?

¿Y cómo todo lo que soy daría
Sin anular yo mismo mi existencia?
¿Cómo en el hombre así vaciar podría
Mi perfección, mi eternidad, mi ciencia?
¿No veis que en un momento suprimía
Cuanto crió mi infinita inteligencia;
Que al anularme, mi obra portentosa
Se abismara en la nada tenebrosa?

O vuestro labio á la razón acusa
La condición del bruto apeteciendo,
O bien de la razón, osado, abusa
Mi excelsitud el hombre pretendiendo.
O mi palabra y protección rehusa
Y se alza contra mí; ó bien, queriendo
La perfección divina, hasta mi trono
Voces lanza, frenético, de encono.

¿Por qué se atreve á rebelarse, díme,
Contra su propia imperfección?—Ignora

Que ella el carácter de criatura imprime
En todo ser que sobre el mundo mora?
Si la criatura, en su razón, suprime,
¿Qué le queda del orbe? Si devora
Su propio ser, ó así le da tormento,
Qué quedará en su propio entendimiento?

¡Acusáis mi justicia!—Criatura
Del tiempo y del espacio, alzarte quieres
Hasta mi ser increado, hasta mi altura,
Y olvidas tú que polvo no más eres.
Olvidas en tu orgullo, en tu locura,
Que el tiempo y el espacio en donde mueres
No existen para mí, que todo es mío,
Tiempo y eternidad, mundo y vacío!

¿Queréis que alcance á comprender mis fines
Sin mi divina luz la mente humana?
¿Queréis que el infinito haya confines?
¿Que sea mi excelsitud terrena y vana?
¿Queréis medir por vuestras miras ruines
Las obras de mi ciencia soberana?
Si sois para vosotros un arcano,
¿Cómo habéis de entender lo sobrehumano?

El mal es vuestra obra; el bien la mía.
El mal es el desórden y el pecado.
Aquel que de mis leyes se desvía,
Del bien se aleja y vive desdichado.
Del delito primero desde el día,
El hombre, hijo del mal, del mal formado,
Llevó doquier y por doquier consigo
La culpa de su especie y su castigo.

¿Qué más pude yo hacer que levantarle
Del cieno, y, con mi sangre, en el Calvario,

El reino de los cielos conquistarle,
Envuelto un día en el mortal sudario?
¿Qué más que á mi derecha colocarle,
Dar mi vida por él, y mi santuario
Abrir al mundo, y, con la fe cristiana,
Dejarle una promesa soberana?

¿Juzgáis, quizá, que mi poder amengua
La ronca maldición de un pueblo impío?
¿Hay voz que alcance, en vuestra pobre lengua,
A explicar mi saber, mi poderío?
¿Qué es el hombre ante mí? Fruto de mengua.
¿Qué puede contra mí su desvarío?
Si vuelvo á él mis ojos enojado,
Caerá sobre su rostro quebrantado.

Ya vagues tú por el espacio inmenso
Donde giran mil mundos portentosos;
Ya de las nubes tras el velo denso
Cruces sobre los astros luminosos;
Ya absorto, fijo, en tu dolor intenso,
Mires del mal los antros tenebrosos;
Ya, rendido, en la sima de la nada
Sumerjas tu razón avergonzada;

Doquier me encontrarás. A mí en su vuelo
Me hallará la razón, y en su caída,
Ya en alas de la fe suba hasta el cielo,
Ya se arrastre en el polvo, envilecida.
Soy principio y soy fin; luz y consuelo:
En mí reside el germen de la vida;
Y todo aquello que existencia tiene
De mí nace, en mí crece y se mantiene.

Fuera de mí ¿qué veis? A vuestra planta
¿Qué ven, sin mí, vuestros cansados ojos?

¡Ay! se estremece la ánima y se espanta;
Sombras al tacto y á los pies abrojos!
Ved, pues, que todo pasa y se quebranta
Y os deja sólo turbación ó enojos.
¿Por qué me huís? Sin mí, todo es vacío,
Noche eterna, miseria, desvarío....

¿No revelan sus obras celestiales
A ese Dios en quien, necio, descreíste?
Las eternas y públicas señales
De su inmenso poder nunca entendiste?
De ese mundo en los bienes y los males
Su justicia y bondad no comprendiste?
¿Quién hay, si una alma tiene, que le ignore?
¿Quién hay, que al contemplarse no le adore?

Mira hacia el cielo. Espléndido se ostenta.
¿Quién le pobló de mundos incontables?
Mira á la tierra y dí: ¿quién la sustenta?
¿Dónde están sus cimientos perdurables?
¿Quién en los aires su gran mole asienta?
¿Quién obró tantas cosas admirables?
Sin mi poder, sin mi bondad, ¿quê fuerais?
¿Dónde estabais? decid. Antes, ¿dónde erais?

Ciegos: ¿no veis que mi justicia escrita
Está en el alma, en la conciencia humana?
¿Que mi ciencia es inmensa, es infinita,
No os lo dice mi hechura sobrehumana?
La tierra que habitáis, por mí bendita
Y llena de mi gracia soberana,
Que es mi bondad extrema no os revela?
Que soy un Dios que os ama y os consuela?

Yo saco el orden del desorden mismo,
Del mal el bien, la vida de la muerte.

Yo soy Señor del cielo y del abismo,
Y nadie es contra mí grande ni fuerte.
Yo soy quien con su sangre os dió el bautismo
De redención, desde una cruz, inerte.
Yo soy aquel que á levantaros vino:
Soy la verdad, la vida y el camino.

Calló la voz. Arrodillóse Hernando,
Y en el húmedo y sucio pavimento
La altiva frente con dolor doblando,
Arrepentido acaso, oró un momento.
Entonces —de su infancia comparando
La fe sencilla con su actual tormento—
Perdóname —exclamó— perdón, Dios mío!
Humilde vuelve á tí tu siervo impío.

II

Tendido en las regiones donde nace
Y asoma el sol su disco esplendoroso,
Un pueblo extraño medio oculto yace
En medio de un abismo tenebroso.
Meditabundo, inmoble, satisface
Su vocación con siglos de reposo.
Correr los tiempos mira, indiferente,
Tornarse en piedra su humillada frente.

Adorador de la sustancia inmensa,
Duerme, sobre una tumba, descuidado.
Quizá á la vuelta de su sueño piensa
A la eterna sustancia haber pasado.
Buscóle Hernán en su región extensa,
É inmoble le encontró. Nos ha legado
Recuerdos truncos, pálidos, sombríos;
Profunda obscuridad y hondos vacíos.

Volvióse hacia el Egipto. Esas regiones
Canales son do pasan del Oriente
Hombres y cosas, ciencia, instituciones,
Para alterarse luego en Occidente.
Todo cambia y en nuevas condiciones
Entra ya el hombre, activo é impaciente.
La unidad oriental se descompone;
La griega variedad se sobrepone.

¡Grecia! He ahí que surge bullicioso
Un pueblo semi-Dios y semi-humano;
No inmoble como aquel, ni desdeñoso,
Sino activo, sensual, artista y vano.
Viviera aquél absorto y en reposo;
Éste es juguete de su afán mundano.
Allí eran sombra, nada más, los hombres;
Aquí son dioses con humanos nombres.

Son su libro sagrado sus pasiones
Deificadas por él, que, en su demencia,
Tomó por realidad sus ambiciones;
Creyó divinas su aptitud, su ciencia.
¿Qué os dice de ese pueblo de ilusiones,
Que á sí se amó, la universal conciencia?
Que fué su genio artístico y gracioso,
Pero incompleto, efímero, aunque hermoso.

Mas ved: mientras la Grecia vanidosa
Se deifica, una cueva de bandidos
Se convierte en ciudad, ciudad grandiosa,
Do lo antiguo y lo nuevo están unidos.
Grecia sucumbe ante ella: victoriosa,
Ve la reina ciudad pasar vencidos
Reyes y pueblos, como sombras vanas,
Ante las pardas águilas romanas.

Roma es la reina: el mundo está á su planta,
Y su fuerza contempla silencioso.
Si airada mira, ó su pendón levanta,
Todo cede á su esfuerzo poderoso.
Al frente de cien reinos se adelanta
Su cetro alzando firme y victorioso,
Y en medio sus conquistas, altanera,
Su espada arroja y por doquier impera.

Estudiad á esa Roma: leed su historia:
Su loco empeño de brillar la ofusca.
Ciencias y artes, por premio á su victoria,
Ved con qué afán en los vencidos busca.
Culto rinde á sus dioses y á su gloria,
Griega en lo varia, en lo severa, etrusca.
Todo lo trae á sí, se lo asimila;
Ó lo renueva todo, ó lo aniquila.

Mas no esperéis que la salud del mundo
Venga de Roma: ved más adelante.
En un sueño letárgico y profundo
Duerme en Augusto la águila triunfante.
Ese suelo sangriento é infecundo
No arrojará la luz santificante.
Buscadla en Galilea, do un niño tierno
Viene á cumplir los votos del Eterno.

Mirad bien á ese niño: en él se encierra
Lo que fué, lo que es, lo que no ha sido.
No hay, fuera dél, más que homicida guerra,
Honda tiniebla y criminal olvido;
Página misteriosa, que abre y cierra
El libro de la ley, que ha resumido
Los siglos todos y la humana historia
En su palabra eterna y en su gloria!

Ese niño es un Dios. Brota á raudales
De sus labios el bien. Sobre su huella
De agua viva y de amor los manantiales
Fecundos surgen, y con sangre sella
Sobre una cruz sus votos celestiales.
La salvación, la gloria deja en ella,
Que al espirar, pendiente de un madero,
Llama á su eterna gloria al mundo entero."

SALVADOR DIAZ MIRON.

I

A LAS PUERTAS.

Al fulgor ensangrentado
De una hornaza nunca extinta,
Junto al yunque en que el ardiente
Hierro herido arroja chispas;
Levantando y abatiendo
El martillo que fatiga;
Sudoroso y atezado,
Un Vulcano está á tu vista.

Esta atmósfera de infierno,
Roja á fuerza de encendida,
En que el Cíclope trabaja
Como en una pompa olímpica,
Bien pudiera sofocarte
Con su fuego y su ceniza......
¡Que de tí no éntre aquí más
Que la luz de tu pupila!

No penetres en el antro,
No busques idolatrías
En este taller, —panoplia
De tantas sagradas iras!
Yo amo la belleza, es cierto;
Mas no á la manera antigua;
Vástago de esta centuria
Voy por donde ella me guía.

Y ni para honrar los templos
La moderna Grecia artística
Sobre los pechos de Helena
Modela copas divinas;
Ni el nuevo genio ateniense
Mira, con ansias lascivas,
En la cadera de Aspasia
El contorno de su lira;

Ni la estética en su arena
Premia, como antes solía,
El más melódico beso
Aplicado á una mejilla;
Ni en los litigios famosos
Que dirime la justicia,
La desnudez de Frinea
Es hoy razón decisiva.

Tu lugar no está en mi fragua:
¿Qué te importa la obra mía?
Yo no labro joyas de esas
Que á las mujeres cautivan:
Forjo armaduras, escudos,
Cascos, espadas y picas,
Para todos los derechos
Que combaten por la vida!

II

A LOS HEROES SIN NOMBRE.

¡Milicias que en las épicas fatigas
Caisteis, indistintas é ignoradas,
Cual por la hoz del rústico segadas
En tiempo de cosechas las espigas;

Que moristeis á manos enemigas,
Fulgentes de entusiasmo las miradas,
Tintas hasta los puños las espadas
Y rotas por delante las lorigas!

¡Obscuros Alejandros y Espartacos!
La ingratitud de vuestro sino aterra
La musa de los signos elegiacos.

¡En las cruentas labores de la Guerra,
Sembradora de lauros, fuisteis sacos
De estiércol ¡ay! para abonar la tierra!

III

VICTOR HUGO.

¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra
Ese rey triunfador á cuya planta
Es un mezquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
Que la de ese Titán que escala el cielo,
Desafiando al rayo, —que fulmina
Todo lo que se empina
Sobre este bajo y miserable suelo,
Espíritu y volcán, torre y encina?
¡El cóndor gigantesco de los Andes,
El buitre colosal de orlado cuello,
No ha batido jamás alas tan grandes
Ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!

El poeta es el antro en que la obscura
Sibila del progreso se revuelve;

El vaso en que la vida se depura
Y, libre de la escoria, se resuelve
En verdad, en virtud y en hermosura!
¡No hay gloria de más claros arreboles
Que la de ser, en la penumbra inmensa,
Uno de esos crisoles
En que la luz del alma se condensa
Como el fuego del éter en los soles!

El vidente está allí, noble y sereno:
Si los hombres lo afligen porque es bueno
Y en su yerma heredad siembran la ortiga,
Él los consuela, y del terruño ajeno
Recoge el cardo, como Ruth la espiga!
Árbol que el viento del Otoño hiere
En la hoja, en la flor, en el retoño!
¡Árbol que al viento del Otoño muere
Y que perfuma el viento del Otoño!
Todo el vapor que del pantano sube
Miasmático y sombrío,
Se cuaja arriba en tormentosa nube,
¡Pero desciende en bienhechor rocío!
¿Qué importa que el sublime Prometeo,
Bajo el chispazo que su frente atrae,
Muerda el polvo en la lid, si como Anteo
Se endereza mayor siempre que cae?
La ráfaga que zumba
No ha de apagar la estrella.
¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
¡La luz de su estro, como nunca bella,
Brotará por las grietas de su tumba!

¡Oh soñador excelso! Yo te he visto
Tocar el cielo, en el batido estuario,
Ara de tu ideal! Tú, como Cristo,
Completaste el Tabor con el Calvario!
Misionero de luz propicio al ciego,
Tu genio, semejante á un meteoro,
Llovió desde el zenit lenguas de fuego
Y abrió en la inmensidad surcos de oro!

No es cierto que tu espíritu esté falto
De esa unidad espléndida y bruñida
Que constituye el mérito más alto
De un libro, de un diamante y de una vida;
Pero pagaste el natural tributo!
Primero el huevo, y en seguida el ave!
Es fuerza que la flor preceda al fruto
Y el hombre empiece donde el niño acabe!
Roja y azul la sangre que te anima
Hizo de tí la aurora que refleja,
La púrpura del sol que se aproxima
Y el zafir de la noche que se aleja.
Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
Puede alzarse sin mancha! Dios te impele,
Nadie reprocha á la rastrera oruga
Que se convierta en mariposa y vuele!

Envueltos en su túnica inconsútil,
Tus veinte años de destierro gimen......
El crimen te absolvió...... ¡Pero fué inútil!
¡Tú no absolviste al crimen!
Y allí, de pie, sobre tu peña sola,
Nueva Pathmos ceñida por la ola;
Allí vuelto á los réprobos distantes,
Y en tu lengua de hipérboles y elipsis,
Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes
Relámpagos de un nuevo Apocalipsis!

Y tú no fuiste el único en el duelo,
En la pena, en el Gólgota, en la injuria......
Cuanto era cumbre ó remontaba vuelo
Sufrió el embate de la misma furia.

Mas ¿cómo pudo ser? ¿Qué fuerza extraña,
Qué ingente cataclismo
Decapitó de un golpe la montaña,
Aventando sus crestas al abismo?
¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
Qué estallido de horno
Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
Arrojando sus águilas en torno?
¡Profanado el augusto tabernáculo
Y erguidos y triunfantes los protervos!
¡Apagada la zarza en el pináculo
Y allí agrupados en festín los cuervos!
¡El pueblo subyugado por la tropa,
El pueblo audaz que con ardor fecundo,
Dando su sangre en holocausto á Europa,
Reivindicó la libertad del mundo!
¡Radiante y vencedor el culto falso!
¡La virtud perseguida con encono!
¡El deber expirando en el cadalso
Y la infamia sentándose en el trono!
¡Obscureciendo el sol! ¡La Francia esclava!
—¿En dónde estaba Dios que no veía,
Puesto que así dejaba
Prevalecer la noche sobre el día?

¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:
Es cual la estatua que el egipcio estulto
Honraba por sonora;
Tiene el supremo pedestal: el culto,
Y la suprema inspiración: la aurora!

Sin rival cuando canta y cuando gime,
Tu voz reina en el duelo y en la fiesta:
Tus versos son la música sublime,
No de una lira, sino de una orquesta!
No hay nota por tu acento no emitida:
Tan grande en la inquietud como en la calma,
Tocas todo el registro de la vida,
Recorres todo el diapasón del alma!
Siempre con igual éxito, tu numen
Brota en odas, idilios y elegías,
Y es que en tí se completan y resumen
Píndaro, Anacreonte y Jeremías!
Tu genio no es el bólido infecundo
Que en vano estalla en el celaje incierto:
Es la columna que dirige al mundo,
Camino del Edén por el desierto!
El ideal que el porvenir reserva
Y que hace ahora su primer ensayo,
Saldría de tu frente, cual Minerva
Surgió de la cerviz del dios del rayo!
Angeles que combaten con vestiglos
Y que alcanzan victoria tras victoria,—
Tus himnos brillan como el sol!— La historia
No ha producido en sus mejores siglos
Gloria que pueda superar tu gloria!

¡Contemplad al coloso!
Ved cómo lucha y lucha y no desmaya,
Cómo pisa radiante y majestuoso
El más alto crestón del Himalaya;
Cómo allí, —puesto en Dios el pensamiento,—
Revela un nuevo mundo en cada grito......
¡Atlas en que se apoya el firmamento!
¡Atalaya que explora el infinito!

IV

A BYRON.

Eras á un tiempo el ángel y el vestiglo;
El astro y el espectro en el cometa;
Todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
De befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniaban con insigne dolo;
Y bello y tentador y altivo y fiero,
Fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
Un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo á Edipo,
Pasmaste con enigmas la fe ciega;
Te pusiste la máscara de un tipo,
Como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
Subió un vapor que obscureció tu juicio:
Te dejaste arrastrar por la corriente,
Y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado,
Nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
Para cada fanal tuvo un nublado,
Y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías,
Como cediendo á impulsos espontáneos:
Profanabas la tumba en tus orgías,
Bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
El grito aterrador, el grito mismo
Que los bajeles de Tiberio oyeron
Bajo una tempestad, sobre el abismo.

Sombra y desolación era la suerte:
Vino tu genio, codiciaba palmas,
Y fué el corcel en que montó la Muerte
En ese Apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
Entre tanta ceniza y tanto escombro,
Pasaste con tu cítara en la mano,
Como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
Y en medio de una convulsión caiste:
Pisaste ortigas al tocar la tierra,
Y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración, jamás extinto,
Te arrojó sin cesar sobre las naves:
Errar de clima en clima es un instinto
En ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían, y mostrabas
Vivo placer á las riberas solas,
Cuando —soberbio nadador— rasgabas
Desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
Reflejabas el cielo á que tendías;
Y audaz y atronador y hecho montaña,
Te alzabas hasta él y lo escupías!

No envidiabas al piélago sus dones:
Tú tenías también ímpetus, brumas,
Trombas, brillos, honduras, explosiones,
Monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco? Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
Nunca ha sido ni artista ni vidente,
Ni paladín, ni redentor...... ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
Eras Manfredo en el Jung Frau; querías
Caer, pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?
¿Por qué robarte á Missolónghi? ¿Acaso
Fué nunca tierra para tí extranjera
La tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
Tu ilustre polvo con su arena recia:
Grecia guardó tu aparición sublime;
Tu verdadero monumento es Grecia.

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto,
Mientras palpite el corazón de un hombre.
Descansa en paz. Las ondas de Lepanto
Eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
Dispare un dardo á tu azarosa vida,
La heroica sombra de tu muerte augusta
Interpondrá su redentora egida.

RICARDO DOMINGUEZ.

EN MI HOGAR.

¡Qué brillante el sol que besa
De tu vidriera el cristal;
Nunca lo he visto tan bello,
No lo he visto así jamás!

¡Qué rayo tan puro alumbra
Hoy tu frente virginal!
Con él tus ojos se encienden;
¡Cuanta hermosura les da!

¡Oh! ¡qué mañana tan tibia!
¡Cómo huele el azahar!
¡Qué pomas las del naranjo!
¡Qué rosas las del rosal!

¡Cuánta flor hay en los huertos
Que alcanzo aquí á columbrar;
Cuánta campánula azul,
Cuánto lirio y tulipán!

¡Qué amarilla la retama!
¡Qué menudo el limonar!
¡Qué blanco el álamo altivo!
¡Qué azul el cañaveral!

¡Qué rojas las amapolas
Que á abrirse comienzan ya!
¡Qué sombroso el mangle negro!
¡Qué húmedo el verde cañal......!

¡Oh! ¡qué mañana tan bella
La primera del hogar!

La frente de las montañas
De luz coronada está:
El volcán brilla á lo lejos
Con el brillo del cristal.

¡Qué sueltas corren las nubes
Por la azul inmensidad!
¡Qué música la del río;
Parece un himno nupcial!

....

¿Por qué se vuelven tus ojos
En pos de la claridad
Con que se abrillanta el cielo?
¿Por qué no me miras ya?

¡Ah! perdona, es que tus labios
Por mi amor rezando están:
Haces bien: reza hoy que es día
De hacer votos y de orar.

Reza en voz alta, bien mío,
Que en mi labio tiembla ya
Tu plegaria...... ¡Oh! ¡yo quisiera
También ponerme á rezar!

Sol hermoso, campo alegre,
Nubes que el cielo adornáis,
Pájaros, flores, paisajes,
Cuanto me mira gozar:

No muráis para mis ojos,
Cielo y tierra, no muráis;
Antes como hoy de contino
Con vuestro canto alegrad
Este sitio que amo tanto;
Alegradlo, que es mi hogar!

ADALBERTO A. ESTEVA.

A NAPOLEON.

Salve, genio inmortal! Tu nombre solo
Es como toque de clarín de guerra;
Aun suele enmudecer, de polo á polo,
A tu recuerdo la asombrada tierra;
Aun parece escucharse con pavura
El rumor de tus bravos escuadrones,
Y se destacan en la sombra obscura
Las mechas de tus bélicos cañones!

No has muerto, no! Cuando la noche llega,
Ceñido de laurel, dejas la tumba;
Es tu potente voz la que congrega
La gran legión mientras el viento zumba;
Eres tú quien les habla de victoria
Y el néctar de los héroes les escancia,
Quien á la luz del nimbo de la gloria
El cielo muestra á la afligida Francia!

No has muerto, no! Tu nombre es como aquellos
Nombres que á Homero eternizar le plugo;
Con él llenó sus cánticos más bellos
El Homero del siglo, Víctor Hugo.
Cuando amenaza coligada Europa
A la patria vencida, en Santa Elena
Ve tu fantasma la francesa tropa
Soñando á un tiempo en Austerlitz y en Jena!

En el silencio de la noche triste
Se oye el trotar de tu corcel bravío.
Todo, un aspecto funeral reviste,
De extraña luna al resplandor sombrío;
Y trémulo el soldado de Sadowa,
Vengador de su patria y abolengo,
Mira en sueños al héroe de Moscowa
Cruzar con los infantes de Marengo!

Nadie tan alto como tú! Ni el mismo
Que escalara los Alpes elevados,
Para quien Capua fué mortal abismo
Donde se hundió el valor de sus soldados;
Ni el que en el Ganges místico y distante
Hizo beber á su corcel de guerra;
Rayo del mismo Dios, genio gigante,
A cuyo paso se extendió la tierra!

Fué tu nombre inmortal de luz cubierto
Lo mismo en las llanuras de la Prusia
Que en la arena candente del Desierto
Y en las estepas áridas de Rusia:
Esos Alpes que á Aníbal contemplaron
Avanzar precedido de la gloria,
Sintiéndote pasar, te saludaron
Como al hijo feliz de la victoria!

Ellos te vieron descender airado
Al frente de tu tropa silenciosa,
Con el sublime rostro iluminado
Por la luz de los genios misteriosa.
En tanto la ciudad en la llanura
De sorpresa y terror se estremecía,
Como las hojas en la selva obscura
Al comenzar la tempestad bravía!

Y luego las Pirámides! Al grito
Que lanzaron tus labios de inspirado,
Frente á aquellas montañas de granito,
Centinelas de piedra del pasado,
Luchaba la oriental caballería
Con tu ejército firme como el roble,
Mientras enviar el cielo parecía
Todos sus rayos á tu frente noble!

La noche de Austerlitz, imperturbables
Fueron los astros nimbo de tu frente;
Dos coronas mellaba con sus sables
Vencedores tu ejército valiente:
Te alzaste en el bridón sobre el estribo
Por ver los muertos de contrarias filas,
Y de la luna el resplandor más vivo
Brilló con menos luz que tus pupilas!

Oh! Si vivieras tu, ¡cuán diferente
Fuera el destino de tu patria amada!
¡Cuál se agitara con tu voz potente
El alma del ejército inflamada!
¡Cómo las playas que el Mosela besa
Resonaran con gritos de victoria!
¡Cuál se cirniera el águila francesa
En el cielo brillante de la Historia!

Alzando grave la soberbia frente
Que sólo el genio con su peso inclina,
Mandaras comenzar la lid ardiente
Desde la cima azul de una colina;
É irguiéndote otra vez, siempre radiante,
Entre el rudo fragor de la metralla,
Proyectaras tu sombra de gigante
Sobre el campo encendido de batalla!

Pero no! Fué preciso que cayeras!
Rasgabas ya del porvenir los velos,
Tus águilas volaban altaneras
En todas las regiones de los cielos:
Dejando por la tienda de campaña
Del trono de los Césares la pompa,
Gobernabas á Italia, á Suecia, á España,
Al ronco són de tu guerrera trompa!

Evocados los tétricos vestiglos
Que llenaron de sombras la Edad Media;
Interrumpido el curso de los siglos
Por un titán que hasta el Olimpo asedia;
Trocado el Universo en incensario
De un hombre acariciado por la suerte;
Desconocido Dios.... fué necesario
Restablecerlo todo con tu muerte!

No fuiste menos grande en la caída:
Sólo Dios ó el acaso te vencieron!
El sublime holocausto de su vida
Los héroes de tu guardia te ofrecieron,
Y al darte con su carga formidable
El laurel más hermoso de tu gloria,
A pesar del destino inexorable
Fué su hecatombe tu inmortal victoria!

Tú obscureciste el brillo de los reyes
Con el claro fulgor de tu talento:
A todo el orbe le impusiste leyes
Haciéndolo el esclavo de tu acento.
Si no llevó hasta Roma sus legiones
Pirro, guerrero de saber profundo,
Tú sometiste al yugo diez naciones
En tu marcha de triunfo por el mundo!

Nada opaca las grandes claridades
Que de tu genio despediste un día,
Y pasas á través de las edades
Como los astros en la noche umbría:
Si del Norte los bárbaros hulanos
Tu sepulcro de mármol derribaran,
De entre el escombro, como siempre ufanos,
Tus fulgores purísimos brotaran!

Venerando tu dicha y tus dolores,
Se te admira triunfante y derrotado;
Tu nombre augusto lleno de esplendores
Es como un estandarte mutilado;
Se miran los girones con tristeza;
Pero es honor del batallón su herida,
Y la tropa, al mirarlo á su cabeza,
Le presenta las armas conmovida!

JOSE MARIA ESTEVA.

I

COSTUMBRES NACIONALES.

EL JAROCHO.

Ya pasado Malibrán,
Camino de Medellín,
Del espartal al confín,
Cabalga en manco alazán
Compadre Chico Crispín.

Natural del Novillero,
Tres *mancos* allí tenía;
Seis reses en el potrero:
Cerca de la Nevería
Hace oficios de vaquero.

Calzón de pana ajustado
Hasta media pantorrilla,
Con medios lleva abrochado;
Sombrero de medio lado,
Con espejos su toquilla.

Y un puro con tal esmero
Lleva en su boca el galano,
Que, si no es tabaco habano,
Es de las vegas veguero,
Pues él no fuma villano.

A paso lento camina
En su alazano trotón,
Y á los rayos de Lucina
Que los campos ilumina,
Comienza aquesta canción:

Churripampli se casa
Con la torera,
Y poeso le dicen Churripamplera:

Y ejto ej tan verdá
Como ver á un borrico volá
Por loj elemento:
Churripampli de mij pensamiento
¿Dónde te hallaré?
Y en la ejquina tomando café;
Y en la ejquina tomando café.

Si juerej á loj toroj,
Cuando lojaya,
No monte jen la rucia
Sino en la baya;
Y si tienej dinero
Tomaráj el asiento primero,
Con grande ternura:
Y veráj al negrito Ventura
Con su ejcarapela:
Ese sí que la pava la pela,
Ese sí que la pava la pela.

Por una choza pasaba
Cuando su canto acabó,
Y el manco alazán paró,
Que algo de allí le gustaba,
O alguno allí le llamó.

Una hamaca había en la choza
Junto á un pequeño jardín:
De allí se paró una moza,
Jarochita que destroza
El corazón de Crispín.

Levantada la cabeza
Mostraba al andar, serena,
Tanto garbo y gentileza,
Que si no fuera morena
Fuera romana belleza.

Súchiles blancos y olientes
Entre su pelo tenía,
Y cocuyos que cogía
Y en su cabeza lucientes,
Con alfileres prendía.

Con su camisa de olán
Y con su celeste enagua
Se fué acercando al galán,
Que montado en su alazán
Tenía por pecho una fragua.

Y el galán que así la vió
Hasta la cerca acercarse,
Con ternura suspiró;
Hizo al sombrero ladearse,
Y así amoroso le habló:

"Oigasjté, ña Sacramenta,
Le diré ajté mi pasión,
Y si uté ej crijtiana atenta
Tiene uté aquí un corazón
Que con naa se amedrenta.

"Soy conjtante en el querer,
Y en el amar dadivoso:
Si uté no lo quiere crer,
Lo dirá ñor Sinforoso,
Que fué el que me lo hizo ver.

"Mi dinero no dejmembra;
Y si en gajtarlo me pulo,
Pueo darle un cachirulo
Como el que tiene la jembra
Mujer de ñor Cleto Angulo.

"Unaj naguaj le daré,
Y una banda de burato,
Y prendaj le compraré,
Que en amar no soy barato
Cuando se me ama con fe.

"Y iremoj á Meellín
Montando uté un güen andante,
Y si hay algún ambulante
Que ofenda allí á ñor Crispín,
Sé manejar mi cortante."

Crispín acabó de hablar;
La moza su rostro esconde,
Y después de suspirar,
Con compasivo mirar,
Así al galán le responde:

"Ese amor que uté me jura
No puedo ejcucharlo, no,
Puej que me ama ñor Ventura,
Y ejtoy de su amor segura,
Y soy muy conjtante yo.

"El é jombre muy celano:
Tal vej ya pronto vendrá:
Camine alante, crijtiano,
Que si nos ve mano á mano
Y hablando, se enojará."

—"Querido ángel humanal:
De dir no me tengo, no:
Yo soy hombre muy cabal,
Y que venga mi rival,
Que aquí verá quién soy yo."

En esto estaban los dos,
Cuando al oír de Ventura
La seca robusta tos,
Ña Sacramenta se apura,
Y el galán le dice: "Adiós."

Y luego, de mal talante,
Mudando el color Crispín,
Saca el moruno cortante. . . .
Y arrienda su flaco andante
Camino de Medellín.

II

A MATILDE.

Adiós, Matilde, adiós: fué tu destino
Abandonar tan joven, tan hermosa,
El difícil camino
De esta vida cansada y enojosa.

Nunca flor más modesta en los pensiles
El aroma exhaló de tu ternura,

Ni en sus catorce abriles
Tan festiva brilló, tan fresca y pura.

Apenas ¡ay! la juventud graciosa
A la virgen que cándida dormía
Con sus dedos de rosa
Las blancas puertas del Edén le abría;

El sol ardiente con su luz primera,
De la mañana entre la espesa bruma,
Al ave vocinglera
Doraba, apenas, la pintada pluma;

Apenas el jazmín fresco y vistoso
Que entre las hojas del granado asoma,
En el jardín frondoso
Al viento daba su primer aroma;

Cuando dijo el Señor: con el süave
Perfume de la flor unidos quiero
Las primicias del ave
Y de la virgen el amor primero.

Y la muerte pasó, y con espanto
El ave huyó del amoroso nido,
Y su apacible canto
Quedó en las flores del jardín perdido.

Y la muerte pasó, y con su aliento
Hirió á la joven, que cayó contrita;
Enfurecióse el viento
¡Ay! y la flor se desprendió marchita
....

A la voz del Señor Omnipotente
¡Ay! que la muerte ó la esperanza envía,
Inclinaste la frente,
Pobre lucero que brillaste un día.

ENRIQUE FERNANDEZ GRANADOS.

I

A HEBERTO.

Dulce cantor que al hora de la siesta,
Mientras pace tranquilo tu ganado,
Tan blandamente cantas, recostado
Bajo el ramaje de la encina enhiesta:

Tu caramillo pastoril me presta
Y enséñame ese tono delicado
Con que, flébil zenzontle, enamorado,
Trinas tu amor, oculto en la floresta.

Y así de Pan la caña melodiosa
Prueben tus labios, y tu blando acento
Eterno vague en la campiña hermosa.

Yo imitaré tu lánguido concento,
Siempre cantando á Laura desdeñosa
Este afán, este amor, esto que siento......

II

EL VINO DE LESBOS.

Si queréis de mi lira
Oir los sones,
Dadme vino de Lesbos,
Que huele á flores.

Y si queréis que dulces
Amores cante,
Venga Lelia á mi lado
Y el vino escancie.
Pero no en cinceladas
Corintias copas,
Porque el vino de Lesbos
Se liba en rosas.
El amor nos lo brinda,
Y el que lo bebe
Arder en sacro fuego
Feliz se siente.
Es dulce como el néctar
Que en los festines
De Olimpo, Ganimedes
Alegre sirve!
¡Que venga Lelia hermosa,
Y sus hechizos
Celebraré en mis cantos
Bebiendo vino!
Vereis cómo la niña
Si oye mis coplas,
Me da el vino de Lesbos,
Pero en su boca......
Porque el vino de Lesbos,
Se liba en rosas!

III

EL BRINDIS.

Coronadas las fuentes
De mirto y rosas,
Descubiertos los senos
Y altas las copas,

Por el cantor de Laura
Brindan las mozas;
Y á los brindis suceden
Risas sonoras.

Él entanto, beodo,
El vino toma;
Y olvidando á su amada,
Brinda por todas.
Y al apurar del néctar
La última gota,
¡Ay!...... la imagen de Laura
Mira en la copa!

RAFAEL GÓMEZ.

EPITALAMIO.

(Fragmento.)

EL PASTOR.

Del corazón voy á rasgar los velos,
Si hay velos para tí, Paloma mía;
Mas no creas que en la alma siento celos.

Siete semanas de años más un día
Cumplen hoy, desde aquel en que atraído
Por tu gracia, hermosura y gallardía,

A mí te uniste, y por tu mano ungido
Fuí con un óleo, en santidad precioso,
Y me entraste al santuario de tu nido.

Entonces ¿lo recuerdas? ¡Ah! tu esposo
No lo olvida: entre el humo del incienso,
Más que fragantes flores aromoso,

Me distes á comer con gozo intenso
Un pan, que es de los Ángeles tesoro,
Místico pan, en la virtud inmenso;

Y me diste á beber en copa de oro
De un vino que vigora y no embriaga,
Gran misterio de fe que amo y adoro.

Y más, poder me diste para que haga
A toda hora ese pan y aquese vino,
En que de convertirse Dios se paga.

¡Prodigioso poder, de alto amor fino
Testimonio inmortal, que hace que al hombre
Baje obediente al Hacedor divino!

Al recuerdo feliz de este sin nombre
De los cielos favor, que sufra y pene
Porque al sueño te entregas, no te asombre.

Me auguraba que en fiesta tan solene
Velarías la víspera, esperando
Del nuevo sol la claridad perene.

Pero veo ¡oh dolor! que el sueño blando
Preferistes, y no te congratulas
Conmigo, ni conmigo estás gozando.

ESPOSA.

Mi Pastorcillo, que en amar emulas
Y vences á millares, ¿por qué, duro,
Faltas sobre la que amas acumulas?

¡No he olvidado ese día, ¡te lo juro!
Antes ha de nacer la fresca rosa
Del fuego, y de la rosa el oro puro.

Primero al fondo de la mar undosa
Descenderá el condor, y á la montaña
Trepará la ballena monstrüosa.

¡Pensaste que dormía!...... Esto me extraña
En tí, como me duelen tus enojos,
Aunque sean de amor, ó muestra ó maña.

Si á la sombra del álamo los ojos
Cerré, por ocultarte mi tristeza
Ha sido nada más, no por antojos.

Siendo de ambos la incólume belleza
Y ventura inefable de este día,
Poner alas debiste á la presteza;

Y á mí venir con himnos de alegría
A darme y recibir los parabienes:
Siempre fué del varón la primacía.

Bien sabes cuánto sufro; aquí me tienes;
Heces de amarga mirra llevo al pecho,
Y corona de espinas en las sienes.

A mis dolores es el mar estrecho,
Y angosta á mis trabajos la ancha tierra,
Que no produce inculta ni en barbecho.

Muchedumbre infernal me cerca y cierra,
Y sostengo contra ella gran combate,
De la Aurora al Ocaso cruda guerra.

Y sin embargo, ahora nada abate
El corazón que en júbilo rebosa,
Y en arrobos de amor apenas late.

Del gran aniversario la gloriosa
Fecha celebraremos aquí unidos,
El Esposo abrazado de la Esposa.

ERNESTO GONZALEZ.

CUESTION DE NOMBRES.

(Fragmento del poema "Aurora.")

I

En esta vida, que se llama *vida*
Por amargo sarcasmo,
Pese á Bacon y á Erasmo,
Hay entre el vulgo una verdad sabida
Y por todos los hombres repetida.
Yo pienso que un marino,
Al ver cuál se suceden con violencia
Uno tras otro males, que el destino
(Mejor la Providencia)
Encadena del hombre en el camino,
Con intuitiva ciencia,
Y allá en los mares viendo
Cómo empuja una ola á otra ola,
Forma en un buen refrán dióle, diciendo:
"No siempre una desgracia viene sola."

II

Escuchad esta carta que María,
Desde su quinta á la ciudad cercana,
A su madre escribía;
Y que, una hora transcurrida, abría
Con emoción la venerable anciana.

III

"Madre del alma: El pecho acostumbrado
A no guardaros dicha ni secreto,
Hoy, á su tierna condición sujeto,
Sus penas vierte en vos, atribulado.

"¡Penas! —diréis— Si amores y placeres
Sólo hallaba mi hija en su marido!......
Y es la verdad, porque hasta ayer he sido
La más feliz de todas las mujeres.

"Lo que os digo no es dardo que alevoso
Clavo en mi Alberto, sin conciencia, y vana:
Yo sé de vos que una mujer cristiana
No juzga la conducta de su esposo.

"Al probar de la vida la aspereza,
Esta alma que dichosa fué un momento,
No esquiva ni el dolor ni el sufrimiento,
Sólo pide consejo y fortaleza.

"Voy á ser madre, y si el Señor bendice
El fruto de mi amor, y á verlo llego,
Vereis que no me engaño, que aunque ciego,
—"Es una niña"— el corazón me dice.

"Y esta niña que, amante, yo quería
Consagrar á la Virgen sacrosanta......
No os lo puedo decir...... mi pena es tanta!......
No llevará por nombre el de María.

"Y así como si fuéramos, señora,
Algo como gentiles ó paganos,
Esta niña, que es hija de cristianos,
Se llamará —¿lo creereis?— Aurora!

"Su padre así lo quiere: ¡pena impía!
Su padre, que ayer tarde, con franqueza
Me dijo que *al creer es cuando reza*,
Y él nunca reza, nunca, madre mía......

"Su padre, sí, que á mi piadosa instancia
Contestó decisivo y terminante
Que es un nombre vulgar, poco elegante,
Ya no usado en Madrid, Londres ni Francia.

"Y en esta grave y sin igual dolencia,
Explicadme una frase que un secreto
Es para mí; me dijo: "Yo respeto
La augusta libertad de la conciencia"......

"Y añadió cariñoso: "No te asombres:
El mundo, cara esposa, está en mi abono;
Así lo exige el gusto y el buen tono,
Y al fin ¿todo, qué es?.... Cuestión de nombres."

"Y es la segunda de las dos cuestiones
Que entre nosotros con pavor surgía;
Mas ¡ay! mi matrimonio, madre mía,
Ya va siendo cuestión de corazones.

"Pues si engañada por febril deseo
Yo seguí mi amoroso pensamiento,
Y mi esposo no siente lo que siento,
Ni cree ¡triste de mí! lo que yo creo:

"Si al no creer, su amor desaparece,
Que afecto sin creencias es mentira,
Y el amor conyugal que á Dios no mira
Se derrumba, y al fin se desvanece:

"Si soy amada sólo por mí misma,
Y el amor que se basa en la criatura

Es roca que suspensa de una altura,
A leve impulso, con fragor se abisma:

"Si de mi esposo la florida mente
Es de talento, lúcida, un tesoro,
Y el corazón, que es lo que más valoro,
Yace á su Dios, helado, indiferente:

"Si vos y yo faltando de la tierra
En breve hacia el Señor las dos volamos,
Y al morir, aquí abajo abandonamos
Tanto dolor y tanto amor que encierra:

"Y del mar de la vida en los vaivenes
No encuentra quien la enseñe la hija mía
A poner, como yo la enseñaría,
La señal de la cruz sobre las sienes,

"¿Qué importa entonces que me adore Alberto?
¿Qué importa que en mi tumba llore y gima,
Si en su alma no hay fe que le redima
Y úna al esposo vivo con el muerto?......

"Me direis, buena Madre, que entretanto,
Siempre hay un Dios que escucha á los que ruegan;
Perdonadme, es verdad...... mis ojos ciegan
Anublados y turbios por el llanto.

"Y entretanto también, vitales lazos
Romper quiere el dolor...... de pena muero......
Y hoy que su origen aterrada inquiero,
Mi pobre corazón se hace pedazos.

"Adiós...... adiós...... se pierde mi cabeza......
Os lo repito hasta el postrer momento:
Yo no esquivo el dolor ni el sufrimiento,
Sólo pido consejo y fortaleza!"

IV

Al otro día en que la buena anciana
Recibió tal misiva,
María, en la mañana,
Un papel desdoblaba
Con mano temblorosa y convulsiva.
Y halló sólo un grabado
En el que se miraba
Pintado con primores
Un corazon de zarzas coronado,
Circuído de vivos resplandores;
Y al dorso, escrito en letras vacilantes
Y bien poco elegantes,
Cual de un pulso que trémulo consigue
Trazar sus caracteres, lo que sigue:

V

"Yo sé que existe un Sér bueno y clemente
Que siempre velará por su criatura,
Y que en la senda de mí vida obscura
Será mi luz eterna y refulgente.

"Yo sé que existe un Sér Omnipotente
Que mi intenso dolor y mi amargura
Puede cambiar en plácida ventura
Cuando á mi bien lo juzgue conducente.

"Por eso, si mis horas de alegría
Hoy el dolor, acerbo, no perdona,
Desfallecer no debe el alma mía.

"Ciñámonos de espinas la corona,
Recordando ser Dios quien nos la envía,
Y que un padre á sus hijos no abandona."

JUSTO P. GONZALEZ.

I

NOX.

Cuando ya el sol se puso, coronada
De marchitados mirtos y violetas,
Del alta noche entre las sombres quietas
La tierra se recoge á descansar.

Tú, de ilusiones muertas coronado,
Miras ponerse el sol de la esperanza:
Firmeza, corazón, tu noche avanza;
Pronto reposarás!

II

ERRANTE.

Cuando por vez primera el ave mira
En toda su extensión el cielo azul
Y la ancha tierra tapizada en flores
Bañadas en las olas de la luz,

Las alas mueve y se levanta al cielo;
Mas no elevando mucho su volar,
Vívida, alegre, derramando trinos,
Por entre azul y flores siempre va.

Mil flores vió mi corazón un tiempo,
El cielo azul de la esperanza vió,

Y deseando ver siempre azul y flores,
Al aire dió las alas de su amor.

Pero arriba volando, siembre arriba,
Lo azul tornado en negro llegó á ver,
Y en vez de alfombra de galanas flores,
Sombra sobre la tierra vió también.

Hora en lo negro del vacío, errante,
A tí se acerca en busca de la luz:
Quizá tú puedes alumbrar tus flores,
Y le puedes volver su cielo azul.

MANUEL M. GONZALEZ.

I

BARCAROLA.

Pescadores que en horas de calma
Dejáis la ribera,
Y sin miedo ni afán en el alma,
Cantando, cantando y en barca ligera,
Pedís vuestro fácil sustento á la mar:

Os empuja una brisa riente;
La onda dormida
Vuestra red sin enojos consiente,
Y libres de penas ganáis vuestra vida
Muy cerca la playa, muy cerca el hogar.

¡Ah! vosotros no sois marineros!
Es nauta el que alienta
En el alma combates tan fieros
Como el mar en la ruda tormenta;
Es nauta el que boga con vívido ardor.

A vosotros os da el Oceáno
El pez moribundo
Que preso en las mallas cogió vuestra mano.
Al nauta le brinda su seno profundo
Corales y perlas, sepulcró y honor.

II

LOS PAPÁS-POETAS.

EPÍSTOLA Á MANUEL ÁLVAREZ DEL CASTILLO.

Como llegara al templo el desgraciado
Hijo de Agamenón, en su locura,
Yo á la amistad me acojo fatigado.

Quizás peque de falsa esta figura,
Pues no soy un Orestes parricida
Ni las furias me acosan por ventura.

Pero ¡ay! mi buen amigo, por la vida
Del sér á quien más amas y respetas,
Te ruego que me ampares con tu egida.

¿Cómo, siendo quien eres, no te inquietas
Al ver cuál se desata ese torrente,
Ese aluvión de los papás-poetas?

¿Cómo tu agudo ingenio los consiente
Y, nuevo Juvenal, no les aplica
La despiadada tunda consiguiente?

Tan criminal silencio no se explica
Tratándose de quien, para el ridículo,
Tiene por pluma destructora pica.

Ya es fuerza que te ocupes de ese artículo,
Ya es fuerza que contengas á esa plaga
Que corre de lo impune en el vehículo.

Cada vez más terrible nos amaga,
Cada vez más se aumentan sus legiones
Y en la prensa y el libro se propaga.

Ya la trágica Musa, en las canciones
Que consagró á la gloria, diviniza
La industria que inventó los biberones.

Apolo sienta plaza de nodriza
Y en lavar de su nene los pañales
Las castálicas aguas utiliza.

Hoy privan los afectos paternales,
Y todo sér con prole está obligado
A pintar, con sus pelos y señales,

El retrato del hijo idolatrado,
Como si al mundo entero le importara
Conocer al muñeco tan sonado.

Ya es Carlitos, Momón, Lolita ó Clara
El héroe del poema sensiblero
Que el cariñoso padre nos dispara.

Y qué cosas nos dice el majadero!
Que el niño, que es un monstruo de viveza,
Ya mete la manita en el puchero.

Que es rizada y muy rubia su cabeza,
Que es un ángel de Dios, por más que el chico
No le deba ni un cuarto á la belleza.

Y ese numen doméstico es tan rico,
Que por cada simpleza que relata
Nos ministra cien odas y otro pico.

Si al muchachuelo le arañó la gata,
Al punto unas cuartetas sobre el caso
Que salgan á decir de qué se trata.

Si ya Juanito ensaya el primer paso,
Que vengan las quintillas al momento
Y publíquese el hecho en el Parnaso.

No es posible sufrir este tormento.
¿Qué tenemos que ver con la hermosura
De tanto chiquitín que sale á cuento?

Comprendo que el autor de la criatura
Se complazca en tener los ojos fijos
De su amor paternal en la ventura.

Pero goce de tales regocijos,
Cuando más, en la santa compañía
De la señora madre de sus hijos.

Mas no, señor! Se ha dado en la manía
De exhibir los secretos de la casa
Al través del cristal de poesía.

Si el afán del amor tu pecho abrasa
Y aun á intentar el trance funerario
Que llamamos casorio se propasa,

Piensa que en este tiempo estrafalario,
Para evitar uniones infelices,
Ya no basta el dinero necesario.

Te será indispensable que poetices
Para que digas en cantar sonoro
Cómo tiene Carlitos las narices,

Y, además, que el muchacho es un tesoro,
Un Salomón, un sabio prematuro
Que te dice *pa–pá*, con pico de oro.

Deberás referirnos el apuro
En que te viste al abrazarle un día,
Porque te quiso arrebatar el puro;

Amén de la trillada letanía
De la espadita, el gorro, los soldados,
El buen abuelo y la amorosa tía,

Con otros mil sucesos regalados
Que asombrarán á la curiosa gente
Por parecerse en todo á los citados.

¡Y qué versos nos lanza comunmente
Esa pléyade augusta de babiecas
Que el Parnaso escaló tan de repente!

No parece sinó que las Batuecas
Se han propuesto enlodar la hermosa fama
Del cantor de *Fusiles y Muñecas*.

Y nadie intenta detener la llama
De ese incendio voraz que en los pensiles
Risueños del buen gusto se derrama.

Lo que no hable de cosas infantiles,
Del muchacho que brinca y que berrea
Con todo el fuego de sus tres abriles,

No espere, quien lo escriba, que se lea
Sin oir que les llamen mamarrachos
A los frutos sazones de la idea.

Hoy estamos, Manuel, por los muchachos,
Por sus dengues, sus risas, sus pucheros,
Por sus pies pequeñitos de borrachos.

Lo cual quiere decir que los solteros
O no hablamos palabra, ó nos surtimos
Sin la menor tardanza de herederos,

Siempre que quien los tenga por racimos
No quiera socorrernos con alguno
Para rimar empalagosos mimos.

Reflexiona, por Dios, cuán oportuno
Aun para el mismo hogar tan calumniado,
Fuera poner mordaza á tanto tuno.

Sí! lo reclama el Arte y á su lado
La Familia también, que triste mira
El velo de su templo desgarrado.

Acabe de una vez tanta mentira,
Que ni són, cual se dice, esos anhelos,
Ni tan pobre de asunto está la lira!

Pide á la Sensatez, que está en los cielos,
Que descargue su mágica palmeta
Sobre la mano del papá–poeta
Que nos hable otra vez de sus chicuelos.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

I

NADA ES MIO.

Me preguntas ¡oh Rosa! cómo escribo?
De qué manera, con menudas hojas,
Cintas de seda y pétalos de flores,
Voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé! Como la tuya
Es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
Viven dentro de mí; vienen de fuera:
A ése, travieso, lo formó el deseo;
A aquél, lleno de luz, la Primavera!

A veces en mis cantos colabora
Una rubia magnífica: la aurora!
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
De algún poeta inédito, del mirlo,
Del parlanchín gorrión ó de la abeja
Que, silbando á las bellas mariposas,
Se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
Mis ansias y mis íntimos cariños,
Esos versos que lloran y que besan,
¿Sabes tú lo que son? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas
Y sus rayos de luz trazan en mi alma

Líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto á Dios, es del Boyero:
De Sirio deslumbrante, esa cuarteta,
Y ese canto á la rubia que yo quiero
Fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
De mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
Mi espíritu es su casa: Dios los manda
Con cédula formal del Paraíso
Para que aloje á la traviesa banda.
Algunos á mis castas ilusiones
Escandalizan con su alegre charla:
Esos son los soldados, los dragones,
Los que trae en su clámide sombría
"Húmeda noche tras caliente día."
Otros de aquellos huéspedes pequeños
Se detienen muy poco: los risueños.
Cantan, mis penas con su voz consuelan,
Sacuden las alitas y se vuelan!

Los tristes.... ¡esos sí que son constantes!
Alguno, como lúgubre corneja
Posada en la cornisa de la torre,
Mientras la noche silenciosa corre
Hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta: ya lo ves! en vano
Halagas con tal título mi oído,
Que no es zenzontle ó ruiseñor el nido
Ni tenor ó barítono el piano!

II

TRISTISSIMA NOX.

I

Hora de inmensa paz! Naturaleza,
Entregada en las horas de la noche
A insomnes trasgos y fantasmas fieros,
Breves instantes dormitar parece
En espera del alba. Cae el viento,
Con las alas inmóviles, en tierra:
Duerme la encina; el lobo soñoliento
Se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
Que no agitan las lluvias torrenciales,
Y sólo turban, en el duro invierno,
Lentas lloviznas ó menuda lluvia.
Es el inmenso sueño: paso á paso
La pantera que ha poco devoraba
A la mísera res, busca en silencio
El hediondo cubil; ya no se oye
De la culebra rápida el silbido,
Y entre grandes lumbradas, que alimentan
Las rajas crepitantes de la encina,
Recuéstase el viajero de los bosques
Al lado de su vieja carabina.

Todo reposa: por los aires huye,
Tras diabólica bruja, el ágil duende;
Se aproxima la luz, el mal concluye,
Suben las almas y la paz desciende.

II

La noche es formidable: hay en su seno
Formas extrañas, voces misteriosas;
Es la muerte aparente de los seres,
Es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
En las sombras nocturnas: de su encierro
Salen brujas y fieras y malvados;
En el dormido campo ladra el perro,
Maulla el gato negro en los tejados.
Pueblan el aire gritos estridentes:
Ya de infeliz mujer es el quejido,
Ya el trote de caballos invisibles
O de salvaje hambriento el alarido;
Plegarias, maldiciones y sollozos;
Cantos de bardo; cláusulas tremendas
De indignado profeta; el grito agudo
De las aves nictálopes que pasan;
El balar de la oveja en cuya nuca
El leopardo feroz las uñas hinca;
El confuso rumor de la hojarasca
Que remueve el venado cuando brinca;
Choque de escobas que en el aire azotan
Las malévolas brujas, y clamores
De dolientes espíritus que flotan
Como cuerpos de niebla entre las flores;
Todo en violento remolimo sube
Y al viajador errante aterroriza;
Todo en el aire negro se propaga,
Cuaja la sangre y el cabello eriza!
Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
Cruje la puerta de reseca tabla;

Los diablos llaman, el pavor nos nombra,
El monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
Que en su profunda obscuridad se abren,
Aparecen sangrientas en el lobo,
De amarillo color en la lechuza.
Todas despiden luces infernales
É iluminan la marcha silenciosa
Del gato montaraz y los chacales,
La astuta comadreja y la raposa.
Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
Que ardientes lucen como vivas fraguas,
En los fuegos errantes de los aires,
En las ondas plomizas de las aguas.
Cuando la luz espira, el color duerme:
Lo que vive en la sombra es negro ó pardo,
Tiene las cerdas ásperas del oso
O las manchas obscuras del leopardo.
Las plumas de los pájaros nocturnos
Con la densa tiniebla se confunden,
Y cual delgadas láminas, hirsutas,
En la carne se hunden.
Cuanto en la noche tenebrosa alienta
Es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
La serpiente lucífuga se arrastra;
En el alto ciprés se pára el buho;
El cuervo acecha; lo que vuela baja,
Y, cautelosa, la terrible hiena
Despacio marcha y vigorosa encaja
Las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no desciende de los cielos,
Es marea profunda y tenebrosa
Que sube de los antros: mirad cómo
Aduéñase primero del abismo
Y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
Y, cuando ya domina la planicie,
El sol, convulso, brilla todavía
En la torre del alto campanario,
Y en la copa del cedro, en la alquería
Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
Surge la sombra: amedrentada sube
La triste claridad á los tejados,
Al árbol, á los picos elevados,
A la montaña enhiesta y á la nube!
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
La arroja de sus límites postreros,
En pedazos, la luz, el cielo puebla
De soles, de planetas y luceros!

V

Y con ella se van la paz amiga,
La dulce confianza, el noble brío
De quien, alegre, con vigor trabaja;
Y para consolarnos, mudo y frío,
Con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
En el establo, los pesados bueyes;
En el aprisco, el balador ganado;
En la cuna pequeña, la inocencia;
En su tranquilo hogar, el hombre honrado,
Y el recuerdo impasible, en la conciencia!

Mil temores informes y confusos
Del hombre y de los brutos se apoderan;
En la orilla del nido, vigilante,
El ave guarda el sueño de su cría
Y esconde la cabeza bajo el ala;
El noble perro con mirada grave
Interroga la sombra y ver procura;
Los caballos piafando se encabritan
Y con pavor ó sobresalto evitan
Las altos montes y la selva obscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
Con su cortejo fúnebre la noche,
El potro joven á su hermano busca
Y en su lomo descansa la cabeza.
Todo tiende á juntarse en esta hora,
Todo en la vasta soledad se hermana,
Hasta que alegre la triunfal diana
En el áureo clarín toca la aurora!

VI

También el alma se compunge ¡oh noche!
En tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,
A tu favor alzándose, ya graznan
Como torvas lechuzas; ya semejan
Endriagos fabulosos; ora rugen,

Ora con voz tristísima se quejan.
Son los sueños: habitan las cavernas
Invisibles del aire, ó bien se ocultan
Dentro del propio sér; la luz evitan
Y para ser visibles y palpables
El fondo de la noche necesitan.

Se acercan: con sus garfios y tenazas
De retorcido bronce, al lecho llegan,
Y á nuestra boca, trémula de espanto,
Labios helados y viscosos pegan.
Éste, iracundo, con sus pies de cabra
Las sábanas araña; aquél, riendo,
Muestra los agudísimos colmillos;
Ése, felino monstruo, nos contempla
Con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue:
Ya, vivos, en la fosa nos entierran;
Ya, como el ave, rápidos hendemos
El aire tenue, cuando abrupto flanco
Destroza nuestras alas y caemos
Al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
Por soberano astrólogo evocadas,
Pasan ante los ojos impacientes
Las figuras amadas:
La madre que del seno de la fosa
Nos llama, y acorrerla no podemos;
El padre ausente, la culpable esposa
Que en otros brazos iracundos vemos!
Y si en el lienzo obscuro se perfila
La casta sombra de la amada muerta,
Huye el sueño veloz de la pupila,
Y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
Trazan, á veces, los traviesos duendes
Grotesca historia, lances inconexos,
Figuras que parecen retratadas
En espejos convexos.
Como frisos de gnomos que entrelazan
Canijas piernas, en tumulto cruzan
Enanos retozones que se abrazan
Y en el aire sus miembros desmenuzan.
Ata nuestra garganta férreo nudo,
Y entre el bullicio de la turba loca,
Sentimos del murciélago velludo
Las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
Pueriles y fantásticos terrores,
Basta para amargar nuestra vigilia
El recuerdo tenaz de los dolores.
En tanto que la luz el cielo inunda,
Dormitan en sus celdas los recuerdos;
Mas, como hileras de callados monjes
Que el claustro cruzan y á rezar maitines,
Calada la capucha entran al coro,
Así, ceñudos, los recuerdos vienen
Cuando la noche lúgubre promedia,
Y torvos junto al lecho se detienen
Levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! Con cuánta ansiedad espera el alma,
Como el árbol y el pájaro, la hora
Que sobresaltos y temores calma,
Luctuosa madre de la rubia aurora!
También la prisionera, la cautiva
Del miserable cuerpo, luz desea,
Como la flor que en sótanos obscuros,
Buscando la enrejada claraboya,
Trepa difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
En alcobas y campos: el enfermo
Cierra, por fin, los párpados cansados;
Y la esposa, que vela diligente,
Ahogando los sollozos de su pecho,
Deja ya de rezar, dobla la frente,
Y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
La golondrina matinal gorjea,
Y alegre llama á la primera misa
La aguda campanita de la aldea.
Cerrado está el cancel, la iglesia obscura;
Pero ya se oye en la pequeña nave
La tos cascada del anciano cura
Y el rechinar de la vetusta llave.
Se aproxima la luz: el gallo canta.
Pronto al primer agudo cacareo
Otro en la casa próxima contesta,
Y luego cien y mil: la ranchería,
Las dispersas cabañas, los corrales,

Elevan la sonora greguería
Con que saludan el albor del día
Los vigilantes gallos matinales.
A la voz de la alondra, en los encinos
Los zenzontles contestan: los pinzones
Con las tórtolas charlan en los pinos,
Y en el fresno rebullen los gorriones.
El leñador, de cuyo fuerte cincho
El hacha cuelga, deja su cabaña;
Y suena y se propaga en la montaña
De los nobles caballos el relincho.
El toro lentamente se endereza,
Alza el testuz, sacude la cabeza
Y prorrumpe en mugido prolongado.
Corre el ágil lebrel. Madrugadores,
Se alejan los alegres cazadores
Por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
A tí se vuelve la creación entera!
De tu mirada brota la alegría;
De tu beso nació la primavera!
No apareces aún y ya presiente
Tu aparición la tierra jubilosa;
Escucha tus pisadas en la cumbre
Del nevado volcán; por cada poro
Quiere absorber la matinal frescura,
Y en tanto Venus sus pestañas de oro
Abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta!
Impaciente la vida ya despierta.

Más temprano que el alba se levanta
Para esperarte ¡oh virgen! en la puerta.
Te precede el perfume: los jilgueros
Se empinan en las ramas temblorosas,
Y tus heraldos, leves y ligeros,
Van derramando perlas en las rosas!
En la alcoba que aún tan sólo espías,
Bocas enamoradas cuchichean,
Y en los encajes de la luz que envías
Almas de nuevos seres aletean.
Solícitas bajando por las lomas
A la luz del lucero matutino,
Corren las brisas esparciendo aromas
En la atmósfera azul de tu camino.
Y como lluvia de purpúreas flores
Caída de las pálidas estrellas,
Bajan sueños, no lúbricos, de amores,
Al lecho virginal de las doncellas!

XI

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
La tierra, como casta desposada
Que espera, en el umbral de la alquería,
De blancos azahares coronada,
Púdica y amorosa se estremece;
Los níveos brazos en el pecho junta,
Y con trémula voz, que desfallece,
Por su amado á los céfiros pregunta.

Vas á llegar! Estremecida y muda
La novia espera en el hogar abierto;

Y con voz formidable te saluda
El soberbio elefante en el desierto.
El carro solitario de la Osa
Halla en el mar incógnita guarida,
Y, vencedora al fin, surges radiosa
¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh vida!

JUAN B. HIJAR Y HARO.

Á EMILIO CASTELAR.

I

HOJAS DE OTOÑO.

Id por el mundo en paz, mis pobres versos;
Las alas desplegad, cruzad los mares,
Y llevad estos cantos de tristeza
A la sagrada tumba de mis padres.

Allá, donde las tórtolas arrullan,
Bajo las frondas de los verdes sáuces,
Colgad mi lira rota y que en sus cuerdas
Rompa la brisa en lastimeros ayes.

Mustia corona de inodoras flores
Que de mi frente pálida brotaste
Para regar tus pétalos marchitos
En las dormidas sombras de la tarde;

Presentimientos de la dicha humana;
Cantos y amores de mi hogar errante,
Id á buscar la noche de la vida
Que el fin se acerca de tan largo viaje.

Pero al pasar por donde duerme Laura,
Sobre las flores que en su tumba nacen,
Dejadle, como prendas de recuerdos,
Todos los besos que en mi labio laten.

Y si no he de volver, si mi destino
Quiere que ausente mi existencia acabe,

En el sepulcro de mi caro hermano
Todo mi corazón también dejadle.

De mis buenos amigos á la puerta
Llegad, cantando cual viajeras aves,
Que os pedirán noticia del ausente
Viendo que vais enviados de mi parte.

De la Ibera Nación cantad la gloria,
Que si Reina y Señora, fué una madre:
Como hermana y guerrera nuestras águilas
Volarán con el león á los combates.

Feliz me dió, cuando viví en su seno,
Con ese instinto que heredó del árabe,
Un lugar de familia en sus banquetes,
Y una arpa de consuelo en mis pesares.

Allá el proscrito de la hermosa América
Encuentra siempre, al declinar la tarde,
Sabroso pan y delicioso vino,
Cariño al fin de cariñosa madre!

De mi dulce Beatriz rodó la cuna
A la orilla del claro Manzanares,
Y bañó con la espuma de sus ondas
Esta preciosa flor de mi linaje....

Id por el mundo en paz, mis pobres versos;
Las alas desplegad, cruzad los mares,
Y llevad estos cantos de tristeza
Al asilo feliz de mis penates.

Volad, huérfanos cantos, á la patria,
Como las secas hojas de los árboles
Que el tiempo arranca y el olvido lleva
Por la noche sin luz de las edades.

Tended el ala rota, y si en la espuma
De las marinas olas zozobraseis,
Encontrareis velado por la muerte
El sarcófago inmenso de los mares.

Volad bajo ese piélago que surcan,
Como naves de luz y de diamante,
Esos astros que llevan silenciosos
Quién sabe si otras mil humanidades.

Si propicios los Cielos y el destino
Os llevan á la patria, al fin del viaje,
Contad que en la ciudad de las tristezas
Vagando entre ruinas me dejasteis.

Aquí donde los rayos de la luna
Del arco roto por la hendida clave,
Como espectros de luz, cortan las sombras
Sobre las tumbas que en el suelo se abren:

Donde en tropel murallas y acueductos
Los flancos cenicientos dan al aire,
Cual carcomidas vértebras que anuncian
Los insepultos restos de un gigante:

Desde el alto peñón donde Virgilio,
Bajo el haya frondosa y los pinares,
Hace pulsar á Títiro la avena
Y balar á los tiernos recentales:

En donde bajan de empinados montes
Las sombras soñolientas de la tarde,
Y sube el humo de las pardas chozas
Como torres azules en los valles:

Donde el Cisne de Mantua, solitario,
Los amores cantó de los zagales,

Y del Troyano Príncipe la historia
Por el vasto desierto de los mares:

Desde el mismo peñón contemplo triste,
Bajo un crespón de cándidos celajes,
A la vencida Reina de las gentes
En su sepulcro de musgosos mármoles.

Por dondequiera que mis pasos lleve
No hay sitio en que mi planta no resbale
Sobre escombros en olas esparcidos
Por el inmenso mar de las edades.

Desde Tíber al alto Capitolio
No hay una sola piedra que no me hable,
Entre cardos y humildes parietarias,
De una extinguida raza de gigantes.

Cuando hiere la reja del arado
La espalda de esta tierra, brota sangre
De ese pueblo de mármol que en su seno
En formas escultóricas renace.

César, los Gracos, Cicerón y Horacio
Sacuden sus mortajas seculares,
Y volviendo del mundo de los muertos
Ocupan sus augustos pedestales.

Derribados, y á flor de las colinas,
Se ven triclinios, templos y penates
Donde el eco repite sollozando
El grito de las águilas salvajes.

Sobre el mosaico regio que decora
Los pavimentos de granito y jaspe,
Se escucha con pavor en el silencio
La sierpe de colores arrastrarse.

Aras, columnas, termas y obeliscos,
Bronces fundidos, pórfidos y esmaltes
¡No son más que despojos, que dispersa
El tiempo en sus revueltas tempestades!

Así arrojó la mano del destino
Todo el encanto de mi dicha al aire
Cuando al través de escollos y arrecifes
Lanzó sin rumbo, por la mar, mi nave.

Peregrino sin gloria ni fortuna,
De región en región camino errante,
Ya del violento Sena por la playa,
O del Ródano azul bajo los sauces.

Y del druídico dolmen en la piedra
O del templo, sin dios, bajo las naves,
Escribo siempre, en cariñosos versos,
Los dulces nombres de mis patrios lares.

Hojas de otoño son que de mi vida
Cayendo van, al declinar la tarde,
Para llevar mis últimas canciones
A la sagrada tumba de mis padres!

II

FRAGMENTOS.

¡Allá Pompeya está! Bajo la planta
Del monstruo aterrador, yace vencida,
Mientras soberbio el empinado monte
Su cimera de llamas y huracanes
Sobre el Golfo Parténope levanta,
Y puebla con las fraguas de su pecho
De tinieblas y muerte el horizonte.
....

Allá fué la ciudad.... Allá está ahora
Desafiando impasible las edades,
Náufraga mártir de la estirpe griega,
De cuya frente disipó la aurora
La sombra de las ígneas tempestades.

En la verde colina en que blanquea
De adelfas y cipreses circundada,
El aura matinal su sien orea
Y refresca su frente desmayada.
La mar profunda con cristal la riega,
La playa recorriendo atronadora;
Triste la tarde con la brisas canta
Y triste el Sarno con sus linfas llora.

Mas ¡ay! que en vano su abatida frente
Ciñen el mirto y la silvestre hiedra.
Ella duerme su sueño indiferente
En ese lecho sepulcral de piedra....

Siglos y siglos la olvidó la historia;
Y sobre el pardo y húmedo sudario
Que borró de la tierra su memoria,
Quién sabe cuántos nombres el silencio
Ha cubierto de polvo y de ceniza
A la postrera luz de un tenebrario!
....

Los dioses se despiertan ya, vencidos
Por el hijo de Dios en el Calvario,
Y bajan de los muros carcomidos
A esconderse en el campo solitario.

Cayeron de sus cipos las estatuas,
Rodando en mil pedazos por el suelo,

Y alumbró su desastre un sol de gloria
Desde la inmensa soledad del cielo.

Todo á la luz asoma redimido;
Mas envuelto en penumbras y misterio,
La muerte y el Vesubio se dividen
El dilatado imperio
De un campo de ciudades, que reposa
En la solemne paz de un cementerio.

El fúnebre silencio de la historia
Al solitario caminante arredra,
Al ver entre ruinas y peñascos
Sólo la sombra de la humana gloria....
¡Héroes, poetas de luciente mármol
Y todo un pueblo convertido en piedra!

¡Montones de ceniza.... Todo escombros....!
¡Aras, columnas, bronces, monumentos....!
¡Es la muerta ciudad, llevada en hombros
Por los siglos que el tiempo arremolina,
Como la flor marchita por los vientos!

IPANDRO ACAICO.

(I. S. D. Ignacio Montes de Oca y Obregon.)

SONETOS

Tomados del poema "Recuerdos y Meditaciones en Miramar."

I

MIRAMAR EN 1876.

Sepulcro de doradas ilusiones,
Terror de las modernas monarquías,
Ostentas hoy, cual en mejores días,
Tus muros y almenados torreones.

Corona azteca vanidoso pones
En pórticos y vastas galerías,
Y de México al Águila confías
Tu regia alcoba y mágicos salones.

¿Mas dó el príncipe está, que ser y fama
Te diera, y nombre de fatal dulzura?
¿Dó la que fué tu luz, augusta dama?

Encubre aquél sangrienta sepultura,
Y á la infeliz princesa, en lenta llama
Quemando va terrífica locura.

II

EL ARCHIDUQUE.

Aquí lo conocí. Con palpitante
Seno, en este magnífico recinto,
Del vástago imperial de Carlos Quinto
Por la primera vez llegué delante.

Brillaban en su traje de Almirante
Sobre el pecho el Toisón, la espada al cinto.
¡Que majestad! De mármol de Corinto
Parecía su pálido semblante.

Entre sus guardias de elevada talla,
Y áulicos gigantescos, el Hapsburgo,
Cual Ayax ó Saúl, sobresalía.

A Aquiles igualar en la batalla;
En el consejo á Minos y á Licurgo;
A Néstor en el trono prometía.

III

EL ORATORIO.

¡Señor! Tus juicios reverente adoro,
Y en la desierta, lúgubre capilla
Del solitario Alcázar, la rodilla
Doblando humilde, por mis reyes óro.

¡Cuán otra en aquel día! Del sonoro
Órgano, de la Europa maravilla,
Aun oigo el eco, y á mis ojos brilla
La cera ardiendo en los blandones de oro.

¡Con qué fervor el Ambrosiano canto
Entonábamos todos! ¡Con qué fuego
Dimos gracias á Dios por favor tanto!

Resto de aquella corte, solo llego,
Y á fúnebre salmodia mezclo el llanto
Con que su trono ensangrentado riego.

IV

EL 19 DE JUNIO DE 1867.

¡Desventurada raza mexicana!
Mandar no sabe, obedecer no quiere:
Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

¡Victoriosa facción republicana,
No goces, no! Maximiliano muere,
Mas en tu seno sobra quien impere
Con despótica vara y ley tirana.

Después del que hora sacudir te plugo
Con infanda traición, otro más grave
Romperá tu cerviz, sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave
Siempre nuevos puñales el verdugo,
Y roja tumba á tus señores cave.

V

¿FUE TRAICION?

De una felicidad siempre ilusoria
Buscaba en vano México la senda;
Yerro tras yerro, culpas sin enmienda,
Guerra y guerra no más: tal fué su historia.

¡A cuántos elevó desde la escoria
El torbellino de civil contienda,
Que del gobierno al empuñar la rienda
Sin provecho cayeron y sin gloria!

Campo, Comercio, Foro, Artes, Milicia,
Sangre plebeya, noble, azteca, hispana,
En el poder mostraron su impericia.

¿Y habrá de ser traidor, quien á lejana
Región, pide Equidad en la Justicia
Para la triste patria mexicana?

VI

¿FUE LOCURA?

De conocida fruta la figura
Observo aquí doquier. Más escudriña
Mi vista, y hallo más la Índica Piña
En cuadros, en relieve, en escultura.

Mas no concedió al Príncipe Natura
Verla fructificar en la campiña
Do el olivar y la fecunda viña
Hace crecer constante Agricultura.

La planta, fruta ó flor que bajo el cielo
Del trópico nació, pompa y fragancia
Hallar no puede entre el austriaco hielo.

¿Y no se llamará candor de infancia
El trasplantar al mexicano suelo
Un Príncipe alemán y usos de Francia?

VII

"NON TI FIDARE."

¡Oh Príncipe! ¿Do vas? ¿Qué espesa bruma
Engañadora tiende ante tus ojos
Ádverso Numen? Cesen tus arrojos,
Y torna antes que el rayo te consuma.

¡Oh, vuelve á Miramar! De Moctezuma
El solio, que te ofrecen los antojos
Del pérfido Francés, trono es de abrojos,
Cáliz que guarda hiel bajo la espuma.

Odia á tu noble Casa Bonaparte.
Aunque cetro te dona, desconfía:
Témelo, aun hoy que protección te imparte.

¡Ay del troyano que en los griegos fía!
Escondida hallará con púnico arte
Bajo el manto real, la soga impía.

VIII

CARLOTA EN VERACRUZ.

No es esta playa de abrasada arena
La que en mis sueños ví, tierra encantada;
Ni encuentro en esta atmósfera pesada
La brisa que esperé, de aromas llena.

Cual doble funeral, lánguida suena
Solitaria campana. El gozo nada
Manifiesta en la calle despoblada......
¡No reveléis, oh lágrimas, mi pena!

¿Do las turbas están al trono fieles?
¿Do las aclamaciones y el ruido,
Los arcos de triunfo y los laureles?

¡Ay! ¿Por qué abandoné mi patrio nido?
¡Ambición de reinar! ¿A dó me impeles?
¡Usurpador Francés! ¿Dó me has traído?

IX

APOLOGIA.

Borró con el martirio el gran Cipriano
Sus cartas al Pastor de los Pastores;
Del santo Hermenegildo los ardores
Y rebelión, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano
Patíbulo, lavó yerros y amores;
Y con sangriento velo sus errores
Cubrió el EMPERADOR MAXIMILIANO.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?
¿Quién, si mi incienso en los altares arde
Al mártir de Cartago ó al de España?

¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde
Al regio Mártir! Ya nada lo empaña.
¿Quién su memoria insultará cobarde?

FRANCISCO LOPEZ CARVAJAL.

I

ÆRE PERENNIUS.

Dame la sombra del laurel acerbo
Que gime á la ventisca
Y la hojarasca que desecha el serbo
Por donde el Pó sus márgenes enrisca.
Dame el amor de aquella luz ardiente
Del cielo azul adonde Atenas mira,
Y esa brisa de olores que suspira
Un suspiro de amor sobre la frente.
Venga á mi plectro el aire
De la antigua canción, y más amenos
Me serán y más ricos de donaire
Los tonos de los cánticos helenos.
Dame, oh bardo, las flores amarillas
De color de lo viejo......
No quiero manto azul ni campanillas,
Colgados por mirarse en un espejo,
Del raudal de mi edad en las orillas.
Mis sueños son de ayer: quiero el idilio
Y no la estrofa femenil moderna;
Quiero ensayar un canto en que se cierna
La inspiración excelsa de Virgilio.
Más que los opulentos alijares
Que miran á la vega,
Hartos de azulejados alminares
En que arábiga pompa se despliega;

Más que el palacio señorial brillante
De pórtico esculpido en mármol rudo,
Y más que la riqueza deslumbrante
De columnas, blasón, clave y escudo,
Amo las ruinas de la sabia Grecia,
De Lacio en las campiñas, la casuca
Que de los tiempos el rigor desprecia,
La cornisa en que el ave se acurruca,
El roto capitel de hojas de acanto
Y la rota cariátide en que crece
La parietaria con el mirto santo,
Que así al favonio mece
La verde cabellera,
Como se me parece
De un yelmo de granito la cimera.

La patria del recuerdo, aquella tierra
Que en cerco de colinas
La Roma de los Césares encierra,
Me habla con la belleza de las ruinas.
La espléndida comarca
Que de hermosura guarda y poesía
Lo que la mente á comprender no abarca;
Aquella en que solía,
Con lira griega de melifluas notas,
Vibrar de Homero el épico lenguaje,
Que hoy apaga el clamor de las gaviotas
Y asorda el mar con su rumor salvaje,
Me arrebata á los mundos del ensueño,
Y ese país de los misterios dueño,
El Egipto teócrata, sapiente,
Que sembró el arenal yermo y tranquilo
De montañas del arte, cuya frente
Aun se refleja en el remoto Nilo;
Que en Heliópolis, templos hizo un día

Al sol que veneraba el íbis santo,
Ese Egipto...... ¡A qué ideales de armonía
Arrastra el alma con su eterno encanto!
¡Qué vagos que se antojan al poeta
Y qué bellos también los carrizales
De verde plumazón que el aire inquieta!
¡Qué altivos cabe el monte los cedrales!
¡Qué lleno de memorias ese suelo
Del ancha Galilea,
Y quién nos diera contemplar su cielo
Cuando, al perderse, Sirio centellea
Tras el agria corona del Carmelo!
¡Valles de Sión! os sueño y me figuro
Que vienen á mi plectro en torbellino
Las brisas del Cedrón torvo y obscuro.
Del Olivar divino
Siento venir aromas tempraneros
Y cual turbión de viejos ruiseñores
Que arrancó de olorosos balsameros
El vendaval de los pasados días,
Vienen á mi laúd, pensando en veros,
Los gemidos del arpa de Isaías.
¡Oh numen! Si tu aliento soberano,
Nuevo Edipo ludibrio de la Esfinge,
Hallase de la forma el mudo arcano!
¡Si hablara el labio lo que el numen finge,
Mi acento fuera catarata hirviente,
Luz sideral, fragancia de jardines,
Carmen donde las alas del ambiente
Se impregnase de lirios y jazmines!
....

Así no es! Atónito me pierdo
En los sueños de ayer; mi fantasía
Yerra callada, estéril y sin guía
Por la extensión inmensa del recuerdo.

Caen sus hojuelas como nieve en copos,
Penden sus flores que la brisa orea,
Si quier vueltas al sol como heliotropos,
Lejanas del amor de sus penates......
¡Tal hacen columpiar el arpa hebrea
Los sauces pensativos del Eufrates!

II

FAR FROM.

Cual suele rezagada golondrina
Que la crudeza del invierno duro
Ni conmueve ni arredra,
Tornar á su morada peregrina
Colgada en las parásitas del muro
Y oculta entre la hiedra;
Así tornan al alma entumecida
De la ausencia entre el hielo,
Las memorias más gratas de la vida,
Pájaros que emigraron á otro suelo
Donde el amor se anida
Y que hoy, sin miedo al frío,
Acuden á su hogar, al pecho mío.
No sobre agrestes peñas
Alzará el alhelí sus verdes hojas,
Ni crecerán entre espinosas breñas
Gardenias blancas y camelias rojas;
Pero á la sombra dulce que les presta
El tibio invernadero
En la abrasada siesta,
Bien pueden entreabrir su flor enhiesta
Las madreselvas del amor primero.
Y no importa que el fuego de unos ojos

En que mi vista recrèóse un día,
No les dé su calor, ni su alegría
Les dé la aurora de tus labios rojos;
No por eso te olvido: tras los velos
Que flotan en los cielos
De la ausencia, mi anhelo te presiente,
Que espejo de recuerdos es la mente
Y en él te miro siempre, mi paloma,
Como el lirio ve al sol, cuando se asoma
Al cristal tembloroso de la fuente.

III

FATALITY.

Ase el muérdago acerbo la corteza
Del tronco añoso de vivir cansado
Y le absorbe la savia. Así han dejado
A mi alma tu recuerdo y tu belleza.

Nos vimos en el mar. Un cierzo mismo
Unió las dos, al impulsar tu nave;
Otro nos separó; después ¡quién sabe
Qué vendaval nos junte en el abismo!

Nos espoleaba ardiente un vago anhelo:
Penetrar en el mundo de lo ignoto;
Ansia de más allá, la del piloto;
Afán de alondra de subir al cielo.

Un sueño de mis sueños: eso fuiste.
Buscando estrellas me encontré tus ojos:
Más dijeron entonces tus sonrojos,
Que tu voz cuando "te amo," me dijiste.

Me aparta de tu amor destino artero,
La razón me reclama que te olvide;

Y cuando con más fuerza me lo pide
Menos debo quererte y más te quiero.

De aroma deleitoso urna murina,
Astro que con cegar encanta: eso eres,
Y allá va mi albedrío donde quieres,
Cual, donde quiere Dios, la golondrina.

¡Prenda del alma! En batallar horrible,
Apuro mi dolor con gozo extraño,
Una sombra me sigue: el desengaño;
Otra sombra persigo; el imposible!

Pero no importa! Loco devaneo
Me finge amado y mi ventura es cierta......
Penetra en mi alma, la hallarás abierta
Y en ella te verás cual yo te veo!

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.

ALMA NATURA.

Caminando del monte por la falda,
Miro huir á mi espalda
De la ciudad el triste caserío,
En tanto que á mis ojos anhelantes
Aparecen radiantes
El campo inmenso y el azul vacío.

Tíñese de rubor el alba pura
En la diáfana altura,
Y semeja el confín mar de escarlata;
Asoma el sol la rubicunda frente
En el lejano Oriente
Y por la esfera su esplendor dilata.

Sobre el primor de las campestres galas
Bate el viento las alas
Y alegres himnos por doquier concierta;
De ruidos misteriosos se alza el coro,
Brama gozoso el toro
Y el eco aletargado se despierta.

El labrador alegre y satisfecho
Va en el amplio barbecho
Surcos trazando con el corvo arado,
Y la yunta obediente y silenciosa
Camina perezosa
Desde un extremo al otro del cercado.

Cruza el musgo gimiendo dulcemente
La límpida corriente
En cuyas ondas se retrata el cielo,
Pareciendo decir en su cadencia:
—Es bella la existencia;
Correr, gozar, morir, tal es mi anhelo.

Envueltos en sus lánguidos capuces
Los copudos saúces
Se asoman á las aguas con tristeza,
Cual sabios que pensando en los engaños
De los rápidos años,
Inclinaran gimiendo la cabeza.

Entre las frondas de la selva obscura,
En la fresca espesura
Se oye el trinar de cadenciosas aves,
Que van cantando en argentinas notas
Sus ternuras ignotas,
Sus blandos goces y sus penas graves.

¡Salud, esplendoroso panorama!
De la vida la llama
Siento que en mí vuestro fulgor atiza,
Y entre contento, inspiración y pasmo,
El perdido entusiasmo
Vuelve á arder de mi pecho en la ceniza!

Mi rápido corcel, de aire sediento,
La nariz abre al viento
Y el arqueado cuello alza gozoso;
Baña de espuma la apretada cincha,
Y con fuerza relincha
Tascando el freno, de correr ansioso.

Al escuchar su acento entusiasmado,
Se detiene el ganado
Que la rica dehesa casi esconde,
Y sacudiendo la crinada frente,
Con relincho potente
Al saludo de júbilo responde.

Oprimiendo en la mano sacudida
La restirada brida
Que al noble ardor del alazán ofende,
Siento que yo también cruzar quisiera
En rápida carrera
El campo inmenso que ante mí se extiende;

Y volar, cual de vértigo llevado,
Al confín esfumado
Que se mira en los tenues horizontes,
Y embriagado de luz y de fragancia,
Devorar la distancia
Burlando abismos y salvando montes.

Soy átomo no más de tu grandeza,
Alma naturaleza:
En mí la magia de tu fuerza siento;
Brillo en tu luz, y con tus himnos canto;
Ardo en tu fuego santo
Y me arrebata tu divino aliento.

Llevo en mí la aflicción del desterrado!
Del horizonte amado
El ansia inextinguible me consume;
Guía mis pasos el fulgor de un sueño,
Y aunque ignoto y pequeño,
Soy luz, inmensidad, nota y perfume.

VICENTE DANIEL LLORENTE.

TRABAJEMOS.

¡Bien haya con nosotros tu talento!
El mal no cesa de tender su lazo
Inicuo contra el bien. Burlar su intento
Debe el cerebro pensador; no el brazo.

Las almas llenas de virtud estoica,
Saquemos la Verdad de su destierro......
Vuelva triunfante tras la lucha heroica,
Lucha de la razon, y no del hierro.

En vano pugna, con empuje exiguo,
Quien contra el Dios del porvenir se atreve......
¡Para la sombra del oprobio antiguo,
Basta la luz del siglo diez y nueve!

Si con fantasmas la ignorancia explota
Quien la desgracia de los pueblos labra,
Ya la bandera de la Ciencia flota,
Y es señora del mundo la palabra.

Retrogradar es sueño...... ¡Un embeleso
De los que guerra á la Verdad juraron!
¿Quién detiene ese *sol*, sol de progreso,
Si ya los tiempos de Josué pasaron?

¡Y hay quien no tienda al porvenir su anhelo!
¡Y hay quien declare el adelanto impío,
Y ame lo que se arrastra, y odie el vuelo!
Existe ese baldón, hermano mío.

La hidra del error, con ardimiento
Se endereza en la lid...... nos reta ufana......
¡Es inútil! Dios quiere su hundimiento,
Porque es en bien de la conciencia humana.

Doquiera, hermano, la mentira aliente,
Es del apóstol disputarle el paso......
¡Para el genio del bien, eterno Oriente!
¡Para el gėnio del mal, eterno Ocaso!

II

DOLORA.

Pálida como el cirio
Que tu mano de nácar oprimiera,
Y blanca y mustia cual tronchado lirio
Que el aquilón azota en la pradera;
Abismada, sumisa, reverente,
El pensamiento fijo
En Dios, bajo el hermoso crucifijo,
Doblaste —lo observé— la altiva frente.

Acerquéme al lugar donde te hallabas,
Y observé, al acercarme, que gemías
Y que al Cristo clamabas
En medio de la angustia que sentías......
Y entonces dije mientras tú rezabas:
—Pobre mujer! Te abaten los rigores
Ineludibles del dolor humano.
La pena es redención. Fuerza es que llores.
¿Qué virgen no ha sufrido sus dolores?
¿Qué bella flor no tuvo su gusano?
Dolorosa, levántate del suelo.

Si el hondo sufrimiento te acobarda,
Ausentes la esperanza y el consuelo,
La fe del mártir en tu pecho guarda:
Quien no lleva la cruz, no gana el cielo.

III

INVERNAL.

¿Dónde están las bandadas de ruiseñores
Que en tu copa dejaron alegres trinos?
¿Dónde está aquel ramaje lleno de flores
Cuya sombra fué madre de peregrinos?

¿En dónde, árbol desnudo, la regia veste
Que bordaron las flores más olorosas?
¿En dónde están tus galas, tu pompa agreste?
¿Qué se hicieron tus rondas de mariposas?

¡Pasó! Todo en la vida sufre mudanza.
Pero tú, sí te doblas mustio, sombrío,
Huérfano de tus hojas verde-esperanza,
Y sufriendo el azote del cierzo impío;

Sabes que pasajero será tu daño;
Que ha de volver tu pompa tan lisonjera,
Como las golondrinas año tras año......
¡Solo es triste el invierno del desengaño
Porque después...... no vuelve la primavera!

LAURA MENDEZ DE CUENCA.

NIEBLAS.

En el alma la queja comprimida,
Y henchidos corazón y pensamiento
Del congojoso tedio de la vida,

Así te espero, humano sufrimiento:
¡Ay! ni cedes, ni menguas ni te paras!
¡Alerta siempre y sin cesar hambriento!

Pues ni en flaqueza femenil reparas,
No vaciles, que altiva y arrogante
Despreciaré los golpes que preparas.

Yo firme y tú tenaz, sigue adelante;
No temas, no, que el suplicante lloro
Surcos de fuego deje en mi semblante.

Ni gracia pido, ni piedad imploro:
Ahogo á solas del dolor los gritos,
Como á solas mis lágrimas devoro.

Sé que de la pasión los apetitos
Al espíritu austero y sosegado
Conturban con anhelos infinitos;

Que nada es la razón si á nuestro lado
Surge con insistencia incontrastable
La tentadora imagen del pecado.

Nada es la voluntad inquebrantable,
Pues se aprisiona la grandeza humana
Entre carne corrupta y deleznable.

Por imposible perfección se afana
El hombre iluso; y de bregar cansado,
Al borde del abismo se amilana:

Deja su fe en las ruinas del pasado,
Y por la duda el corazón herido,
Busca la puerta del sepulcro ansiado.

Mas antes de caer en el olvido,
Va apurando la hiel de un dolor nuevo
Sin probar un placer desconocido.

Como brota del árbol el renuevo
En las tibias mañanas tropicales
Al dulce beso del amante Febo,

Así las esperanzas á raudales
Germinan en el alma soñadora
Al llegar de la vida á los umbrales.

Viene la juventud como la aurora,
Con su cortejo de galanas flores
Que el viento mece y que la luz colora.

Y cual turba de pájaros cantores,
Los sueños en confusa algarabía,
Despliegan su plumaje de colores.

En concurso la suelta fantasía
Con el inquieto afán de lo ignorado
Forja el amor que el ánimo extasía.

Ya se asoma, ya llega, ya ha pasado;
Ya consumió las castas inocencias,
Ya evaporó el perfume delicado.

Ya ni se inquieta el alma por ausencias,
Ni en los labios enjutos y ateridos
Palpitan amorosas confidencias.

Ya no se agita el pecho por latidos
Del corazón; y al organismo activa
La congoja febril de los sentidos.

¡Oh ilusión! mariposa fugitiva
Que surges á la luz de una mirada,
Más cariñosa cuanto más furtiva.

Pronto tiendes tu vuelo á la ignorada
Región en que el espíritu confuso
El vértigo presiente de la nada.

Siempre el misterio á la razón se opuso:
El audaz pensamiento el freno tasca
Y exánime sucumbe el hombre iluso.

Por fin, del mundo en la áspera borrasca
Sólo quedan del árbol de la vida
Agrio tronco y escuálida hojarasca:

Voluble amor, desecha la guarida
En que arrulló promesas de ternura,
Y busca en otro corazón cabida.

¿Qué deja al hombre al fin? Tedio, amargura,
Recuerdos de una sombra pasajera,
Quién sabe si de pena ó de ventura.

Tal vez necesidad de una quimera,
Tal vez necesidad de una esperanza,
Del dulce alivio de una fe cualquiera.

Mientras tanto en incierta lontananza
El indeciso término del viaje
¡Ay! la razón á comprender no alcanza.

¿Y esto es vivir? .... En el revuelto oleaje
Del mundo, yo no sé ni en lo que creo.
Ven, ¡oh dolor! Mi espíritu salvaje
Te espera, como al buitre, Promoteo.

LUIS G. ORTIZ.

I

SONETOS.

I

MI FUENTE.

Al pie de la inocente y escondida
Mística choza en que rodó mi cuna,
Sus ondas derramando una por una
Rueda mi fuente entre el verdor perdida.

Cuántas noches mirando repetida
En su cristal á la naciente luna,
¡Quién tuviera, exclamaba, la fortuna
De ir en el mar por la región tendida!

Quísolo Dios: sobre flotante leño
Y entre las ondas de la mar hirviente
Vi realizarse mi afanoso empeño:

Viendo á Dios en el mar bajé la frente;
Pero agora en el mar, tan sólo sueño
Mi humilde y dulce y sonorosa fuente.

II

LAS GOLONDRINAS.

Salud, salud, alígeras viajeras,
Amantes tiernas del Abril florido,
Que cruzáis sobre el lago adormecido
De la estación de amores mensajeras.

No abandonéis ¡oh amigas! las riberas
Que cuando niño recorrí embebido;
Suspended en mi techo vuestro nido
Y amorosas cantad, aves parleras.

Cantad, cantad entre las lindas flores
Que circundan sencillas mi ventana,
Y me haréis olvidar tristes dolores.

Arrulladme en mi lecho en la mañana,
Mientras sueño con Laura y sus amores,
¡Dulces amores de mi edad temprana!

III

LA ULTIMA GOLONDRINA.

Ya con la última flor de primavera
También la última y dulce golondrina,
Huyendo de la escarcha y la neblina,
Se alejó de mi choza y mi ribera.

Hoy en el blando nido en que se oyera
El cantar de la ausente peregrina,
Sólo un lamento, cuando el sol declina,
El viento finge en nota lastimera.

Al pueblo y soto, al nido y la cabaña
Y al transparente y sonoroso río,
Todo una sombra taciturna baña.

Y en esa soledad de invierno frío,
Sólo tu amor mi espíritu acompaña;
¡No vayas tú á dejarme, oh dueño mío!

II

LA BODA PASTORIL.

A JUSTO SIERRA.

Quæ tibi, quæ tali reddam pro carmina dona?
VIRG. BUC. ÉGL. V.

I

LA ALDEA.

Azul el cielo está, y es la montaña
Toda flores, verdor, trinos y aroma,
Y finge el aura arrullos de paloma
Y se mira en las fuentes la espadaña.

Apolo, en tanto, fulgurante baña
El valle hermoso en cuya verde loma
Como cisne entre mirtos, blanco asoma
El sacro templo, abajo la campaña.

La Inocencia que vive entre pastores,
Feliz habita la apacible aldea,
Donde entre acacias, rosas y verdores

Besa en la noche cándida Febea,
Dos chozas en que viven con las flores
Mirtilo en una, en otra Galatea.

II

LA CITA.

Como el lirio que nace con la aurora
De nieve el manto y salpicado de oro,
Sale al oir el matutino coro,
Suelto el cabello la gentil pastora.

Mirtilo el boquirrubio, en esa hora
La espera al pie del verde sicomoro;
Zagal enamorado que un tesoro
De amor guarda á la virgen que le adora.

Ella dichosa sus ovejas guía,
Y él sus inquietas cabras al enhiesto
Peñón cercano de la fresca umbría;

Y uniéndose á la vez en el recuesto
Se ven, se hablan, se besan, y decía
Ella: "¿Cuándo, mi bien?" Y él: "Presto, presto."

III

HIMENEO.

Saltó el Héspero ya: su cabellera
De azules llamas, perfumada agita
La antorcha que en el templo dulce imita
La luz de Venus que en el cielo impera.

Sobre el altar la ofrenda, sólo espera
A los amantes en la sacra cita;
A ella cual blanca y pura margarita,
A él como nardo en su estación primera.

La multitud en entusiasta grito
"Ellos," prorrumpe, y el pastor Alfeo
Dirige el coro en el sencillo mito;

Amor realiza el férvido deseo,
Y entre el perfume del sagrado rito
Canta el coro tres veces: "¡Himeneo!"

IV

EL TALAMO.

Llega la esposa al tálamo que en flores
Placer y Amor en competencia ornaron,
Mustios los dulces ojos que cerraron
Los besos de la madre en sus amores.

Virginidad llorando, los primores
Que á la blanca doncella engalanaron,
Ve bajar de sus hombros que temblaron
Desnudos cual sus senos seductores.

Huye la diosa; al lecho misterioso
Venus conduce á la beldad divina
Que mal esconde el susto fatigoso.

Mirtilo hablando quedo á ella se inclina,
Y se oye un ¡ay! mas el Pudor cuidoso
Del lecho cierra la nupcial cortina.

MANUEL JOSE OTHON.

I

SURGITE!

I

Blanco el cielo. Montañas obscuras
Se destacan en fondo gris perla.
Sobre el pico más alto ha prendido
Su penacho de luz una estrella.
Un alfange de plata la luna
Recortando las nubes semeja,
Y un lucero mûy pálido y triste
Desde el claro perfil de la sierra,
Soñoliento su blanca mirada
Arrojando tenaz, parpadea,
A la vez que otros astros se ocultan
En el seno de la húmeda niebla.

II

Los nocturnos ruidos se apagan
Y se apagan también las estrellas.
Por el Este, sus franjas de oro,
De la aurora gentil mensajeras,
Tiende el sol, que en su lecho de nubes
Como un rey oriental se espereza.
Y las sombras buscando refugio
De Occidente en los mares navegan,

Y el espacio atraviesan veloces
Tripulando sus góndolas negras.
Sólo Venus en lo alto del cielo
Como un foco inmortal centellea.

III

En la tierra las cosas presienten
Un instante solemne, y esperan.
Surte el agua, las fuentes palpitan,
Se estremece la obscura arboleda,
Y en la fronda se siente el latido
De unas almas que cantan y vuelan.
Son visibles espíritus: brotan
Del rámaje; las hojas despliegan
El sutil pabellón de esmeralda.
Todo es vida y rumor, todo tiembla......
Y un concierto de arpegios y trinos
Por los aires inmensos resuena.

IV

A lo lejos se escucha el estruendo
Del trabajo y la lucha que llegan.
El reposo es momento que pasa;
Sólo fuerte y durable es la brega.
¡Hombre, sús! Abandona tu lecho,
Que la vida te llama y espera.
Ya en tu seno las vísceras laten;
Ya en tu sienes la sangre golpea......
¡La montaña calcárea á tus huesos;
Sus entrañas de hierro á tus venas;
Y á tu espíritu ardiente los rayos
Con que inunda tu Dios las esferas!

II

D. QUIJOTE Y DULCINEA.

ÉL.

Yo soy el caballero de los leones,
Desfacedor de entuertos y sinrazones.
De la fe y la justicia llevo la palma;
Culto eterno les rindo dentro del alma.
Una ruda batalla fué mi existencia,
Y en el cristal sereno de mi conciencia
Brilló el destello
De todo lo que es grande, de lo que es bello.

Jamás impura sombra cruzó mi mente.
Dios me inundó en su lumbre resplandeciente.
El mundo, al ver mis hechos y mi figura,
Dice que soy la imagen de la locura.
¿Locura la esperanza, la fe, la gloria?......
El bien y la justicia ¿serán escoria?
Batallar con la sombra que me rodea,
Amarte como te amo, mi Dulcinea......
¡Oh! dime tú, que brillas en el Toboso
Como el sol en los cielos esplendoroso,
¿Es locura todo esto, la fe, la calma,
El amor, la belleza, la luz, el alma?......
Si es así, mi alma quiere seguirla terca......
¡Bendita la locura que á Dios me acerca!

Ni aun tu sombra conozco; jamás te he visto;
Y sin embargo vives, porque yo existo.
Llevo tu casta imagen en mí grabada
Invisible y obscura como la nada.

Y cuando quiero verla, tiendo los ojos
A los del horizonte celajes rojos.
En ellos miro el rayo de tu sonrisa;
Tu voz oigo en el soplo de cada brisa.
Por tí vencí gigantes, domé vestiglos;
Por mí vivirás siempre siglos y siglos.
Llorar hice las peñas de las montañas
Y están llenos los libros de mis hazañas.
Si te desencantaras, princesa mía,
Acaso ¡oh Dios! entonces no te amaría;
Que en la existencia
A lo desconocido va la conciencia.

ELLA.

Así que me idolatres por siempre quiero:
También yo te idolatro, mi caballero.
Y si por mí te quejas de mal ferido,
No temas que tus hechos ponga en olvido.
Acabará tu vida serena y pura,
Mas para mí no hay muerte ni sepultura.
Verásme desde lejos, mi fiel amigo:
La humanidad veráme también contigo......
Soy la esperanza,
Que siempre se persigue, nunca se alcanza......

III

HIMNO DE LOS BOSQUES.

I

En este sosegado apartamiento,
Lejos de cortesanas ambiciones,
Libre curso dejando al pensamiento,
Quiero escuchar suspiros y canciones.

¡El himno de los bosques! Lo acompaña
Con su apacible susurrar el viento,
El coro de las aves con su acento,
Con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
Al hondo cauce, con furor azota
Las piedras de su lecho, y la infinita
Estrofa ardiente de su seno brota.
¡Del gigante salterio en cada nota
El salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por la selva presurosos
Se pierden de la noche los rumores.
Los mochuelos á su antro van medrosos
A esconderse, y exhalan los alcores
Sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño.
La llanura despierta alborozada;
Con su semblante pálido y risueño
La vino á despertar la madrugada.
Del Oriente los blancos resplandores
A aparecer comienzan. La cañada
Suspira vagamente; el sauce llora
Cabe la fresca orilla del riachuelo,
Y la alondra gentil levanta al cielo
Un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
Sus trinos une al murmurar del río.
Gime el follaje temblador; colora
La luz los campos, las montañas dora,
Y á lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor, y crece
El concierto á la vez. Ya los rumores

Y los rayos de luz hinchen el viento,
Hacen temblar el éter, y parece
Que en explosión de notas y colores
Va á inundar á la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
Surge de pronto el sol, como una roja
Llamarada de incendios colosales,
Y sobre los abruptos peñascales
Ríos de lava incandescente arroja.
Entonces de los flancos de la sierra
Bañada en luz, del robledal obscuro,
Del espantoso, acantilado muro
Que el paso estrecho á la hondonada cierra;
De los profundos valles, de los lagos
Azules y lejanos que se mecen
Blandamente del aura á los halagos,
Y de los matorrales que estremecen
Los vientos...... de las flores, de los nidos,
De todo lo que tiembla ó lo que canta,
Una voz poderosa se levanta
De arpegios y sollozos y gemidos.

Bala el ganado que á los pastos llevan
Silbando los pastores. Mansamente
Pacen los bueyes y mugiendo abrevan
En las límpidas ondas de la fuente.
Bajo el espeso bosque de raíces
Que el tronco de las ceibas ha formado,
Grita el papán y se oye en el sembrado
El triste cuchichiar de las perdices.
Mezcla aquí sus ruidos y sus sones
Todo lo que voz tiene; la corteza

Que hincha la savia ya, crepitaciones,
Su rumor misterioso la maleza
Y el clarín de la selva sus canciones.
Y á lo lejos, muy lejos, cuando el viento
Que los maizales apacible orea
Sopla del Septentrión, se oye el acento
Y algazara que, locas de contento,
Arrojan las campanas de la aldea......
Es que también se alegra y alboroza
El viejo campanario. La mañana
Con húmedas caricias lo remoza;
Sostiene con amor la cruz cristiana
Sobre su humilde cúpula; su velo
Para cubrirlo tienden las neblinas
Como cendales que le presta el cielo,
Y en torno de la cruz las golondrinas
Cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar, bajo las frescas chacas
Que del sol templan los ardientes rayos,
En bandadas los verdes guacamayos,
Dispersas y en desorden las urracas.
Va creciendo el calor. Comienza el viento
Las alas á plegar. Entre la fronda,
Lanzando triste y gemidor acento,
La solitaria tórtola aletea,
Suspenden los saúces su lamento;
Calla la voz de la cañada honda,
Y un vago y postrer hálito menea
Las áureas puntas de la espiga blonda.
Entonces otros múltiples rumores
Como un enjambre zumban á mi oído:

El chupamirto vuela entre las flores;
Sobre las ondas de cristal fundido
Cae el escarabajo de colores;
Mientras que la libélula temblando
Va sobre los cristales bullidores,
Sus alas sutilísimas vibrando.

El limpio manantial gorgoritea
Bajo el peñasco gris que le sombrea;
Corre sobre las guijas murmurando,
Lame las piedras, los juncales baña
Y en el lago se hunde. La espadaña
Se estremece á la orilla susurrando,
Y la garza morena se pasea
Al són del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
Echa sobre los campos. Agostada
Se duerme la amapola en la floresta
Y, muerta, la campánula morada
Desprende el tallo de la roca enhiesta.
Pero bajo la selva estremecida
No deja aún de palpitar la vida:
Toda ritmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruido:
En el espacio rojo y encendido
Se oye á los cuervos crascitar, veloces
La atmósfera cruzando, y la montaña
Devuelve el eco de sus roncas voces.
Las palomas zurean en el nido:
Entre las hojas de la verde caña
Se escucha el agudísimo zumbido
Del insecto apresado por la araña.
Las secas ramas quiébranse al ligero

Salto de las ardillas; su chasquido
A unirse va con el golpeo bronco
Del pintado y nervioso carpintero
Que está en el árbol taladrando el tronco;
Y las ondas armónicas desgarra
Con desacorde són el chirriante
Monótono cantar de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante
La lagartija gris; zumba la mosca
Luciendo al aire el tornasol brillante,
Y agitando su crótalo sonante
Bajo el breñal la víbora se enrosca.

El intenso calor ha resecado
La savia de los árboles; cayendo
Algunas hojas van, y al abrasado
Aliento de la tierra evaporado,
Se revienta la crústula crujiendo.
—En tanto yo, cabe la margen pura,
Del bosque por los sones arrullado,
Cedo al sueño embriagante que me enerva
Y hallo reposo y plácida frescura
Sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando audaz por la empinada cuesta
Y rompiendo los ásperos ramajes,
Llego hasta el dorso de la abrupta cresta,
Donde forman un himno á toda orquesta
Los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
Mezcla su canto el viento, la hondonada
Su salmodia, su alegre carcajada
Las cataratas del lejano río.

Brota la fuente en la escondida gruta
Con plácido rumor, y acompasada,
Por la trémula brisa acariciada,
La selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques; mueve
Blandamente la tarde silenciosa
La azul y blanca y ondulante y leve
Gasa que encubre su mirar de diosa.

Mas ya Aquilón sus furias apareja
Y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
Por sus gargantas de granito deja
La montaña escapar; maldice, clama;
El bosque muge y el torrente brama;
Y de las altas cimas despeñado,
Por el espasmo trágico rompido,
Rueda el vertiginoso acantilado
Donde han hecho las águilas el nido
Y su salvaje amor depositado.
Y al mirarle por tierra destruído
Expresión de su cólera sombría,
Aterrador y lúgubre graznido
Unen á la tremenda sinfonía.

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
Arrastra en pos peñascos y troncones
Que con las ondas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
Que parecen hervir, palpitaciones
De una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
Feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
Del viejo tronco, que al rajarse cruje.

El huracán golpea los peñones;
Su última racha entre las grietas zumba,
Y es su postrer rugido de coraje
El trueno que, alejándose, retumba
Sobre el desierto y lóbrego paisaje.

VII

. Augusta ya la noche se avecina
Envuelta en sombras. El fragor lejano
Del viento, aun estremece la colina
Y las espigas del trigal inclina
Que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
Del peñascal; entre su quiebra obscura,
Revuelto el manantial, ya no murmura,
Salta garrulador á borbotones.
Son las últimas notas del concierto
De un día tropical. En el abierto
Espacio del Poniente, un rayo de oro
Vacila y tiembla. El valle está desierto
Y se envuelve en cendales amarillos
Que van palideciendo.—Ya el sonoro
Acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
A preludiar en el solemne coro....
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Es el supremo instante. Los ruidos
Y las quejas, los cantos y rumores
Escapados del fondo de los nidos,
De las fuentes, los árboles, las flores;
El sonrosado idilio de la aurora
De estrofas cremesinas que el sol dora;
La égloga de la verde pastoría;

La oda de oro que al mediar el día
De púrpura esplendente se colora;
De la tarde la pálida elegía
Y la balada azul, la precursora
De la noche tristísima y sombría....
Cual bandada de pájaros errando
Fueron á guarecerse en la campana
De la rústica iglesia, que lejana
Se ve, sobre las lomas descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
El *Angelus* se eleva condensando
Todas las armonías de la tierra,
El himno de los bosques alza el vuelo
Sobre lago, colina, valle y sierra;
Y al par de la expresión que en su agonía
La tarde eleva á la divina altura,
Del universo el corazón murmura
Esta inmensa oración: ¡SALVE, MARÍA!

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

I

AB JOVE PRINCIPIUM....

DAMETAS.

¡Oh Musas Heliconias, dadme aliento!
Comencemos por Jove soberano,
Que martilló con vigorosa mano
Hasta combar el alto firmamento.

Él á la Tierra púsole cimiento
Sin escuadra ni plomo; en el verano
Él borda la pradera, y del manzano
Cuaja las flores y encadena el viento.

Él fecunda los hatos, y él enseña
Al mirlo su selvática armonía,
Su piedad reflejando en la cigüeña.

Y aun cuando mora en sempiterno día,
Él me ama, pastor; y no desdeña
Mi canto y melodiosa poesía.

II

LA ORACION DE LA TARDE.

Tiende la tarde el silencioso manto
De albos vapores y húmidas neblinas,
Y los valles y lagos y colinas
Mudos deponen su divino encanto.

Las estrellas en solio de amaranto
Al horizonte yérguense vecinas
Salpicando de gotas cristalinas
Las negras hojas del dormido acanto.

De un árbol á otro en verberar se afana
Nocturna el ave con pesado vuelo
Las auras leves y la sombra vana;

Y presa el alma de pavor y duelo,
Al místico rumor de la campana
Se encoge, y treme, y se remonta al cielo.

III

EL RIO DE ALDONZA.

Es voz y fama que de Julio ardiente
En calurosa y húmeda mañana,
La tierna Aldonza virgen aldeana,
Lloró el desvío de un amor ausente;

Que sucumbió la joven inocente
De amargo duelo víctima temprana;
Y que al morir trocóse en la fontana
Que hoy fluye cautelosa y transparente.

Recuerdan los viajeros con ternura,
Al vadear la fuente peregrina,
Tan extraña y acerba desventura.

Y el agrícola crédulo imagina
Ver de Aldonza la pálida figura
Envuelta de la tarde en la neblina.

IV

EL RIO.

¡Salve, deidad agreste, claro río,
De mi pueblo natal lustre y decoro,
Que resbalas magnífico y sonoro
Entre brumas y gélido rocío!

Es el blanco nenúfar tu atavío,
Tus cuernos de coral, tu barba de oro,
Los jilguerillos tu preciado coro,
Tu espléndida mansión el bosque umbrío.

Hiedra y labruscas se encaraman blondas
Y enlazan por cubrirte en los calores
Con campanillas y rizadas frondas.

Te dan fragancia las palustres flores,
Y al chapuzarse, tus cerúleas ondas
Ensortijan los cisnes nadadores.

V

"CRUZ BLANCA"

En medio á dos madroños que de grana
Tiñó mi cielo dulce y bendecido,
En pedestal mohoso y carcomido,
Tosca una cruz se eleva soberana.

Al rayar el albor de la mañana
La saludan del Ábrego el silbido,
De la púdica tórtola el gemido
Y el plácido rumor de la fontana.

Con perlas y diamantes le decora
Y ciñe la alba sien el astro bello
Nuncio feliz de la rosada aurora:

Dorado y tibio su primer destello
Le envía el sol; y fresca y trepadora
La agreste vid se le encarama al cuello.

VI

AL SOL.

Despierta, oh rey, y al férculo esplendente
De oro y carmín, diamantes y brocado,
Sube y contempla sobre el mar rizado
Tu egregio efod é inmaculada frente.

Alas y voz al adormido ambiente
Da generoso; púrpura al nublado;
Zafir al éter; ópalos al prado;
Al ave galas; iris á la fuente.

Radiante incuba sobre el ancha tierra
Que de tu amor llevada y poesía
Por el espacio embebecida yerra.

Y tras los montes al perderse el día,
En lecho de coral los ojos cierra;
Y duerme, duerme entre la bruma fría.

VII

EL PINO.

Fresno gigante, prócer avellano,
Abeto erguido, plátano eminente,
Callad, parleros, y humillad la frente,
Callad delante del atleta anciano.

De la protervia de Aquilón tirano,
De los horrores de la escarcha urente,
De las tormentas y del rayo ardiente
Ya os defendía envejecido y cano.

Sobre vosotros tiende la mirada
Arrogante y magnífico, severo
Su ademán, la mejilla sonrosada.

Él os miró nacer, y fué el primero
Que al anunciarse aquí la fe sagrada
Cobijó con su sombra al misionero.

PORFIRIO PARRA.

A LAS MATEMATICAS.

¡Lo grande y lo pequeño, todo mides!
¡Lo incógnito descifras
Con el arte sublime de tus cifras,
Ciencia de los Pitágoras y Euclides!
El sitio en que resides,
Templo de la razón en luz bañado,
Del saber erigido en la alta cumbre,
Jamás profanará la duda inquieta;
De la verdad el sello te fué dado,
Arde en tu frente creadora lumbre,
Hay en tu voz alientos de profeta.

¿Cuál de las ciencias al tender el vuelo
A alturas tales á encumbrarse aspira?
¡Rozas con tu ala gigantesca el cielo,
Muy debajo de tí la tierra gira,
Tu mirada sagaz penetra el velo
Con que envolvió Naturaleza al mundo;
Todo cede á tu esfuerzo de coloso,
Gime bajo tu yugo el mar profundo,
Persigues al planeta vagabundo;
Mide los orbes tu compás grandioso......!

Ni el pliegue de tu frente pensadora
Ni de tu faz el ceño
Me alejaron de tí: quise ser dueño
De tus hondos misterios, y negando

El tributo debido al dulce sueño,
Se esforzaba mi mano temblorosa
Por escribir tu lengua prodigiosa;
Quise asentar mi planta vacilante
En tu recinto augusto, y mis oídos,
Centinelas de mi alma vigilante,
Acechaban ¡oh ciencia de las ciencias!
Con incansable afán tus confidencias.

En la nada fecunda de tus ceros
Quise abismarme, conocer los ritmos
Con que normas tus cálculos severos,
Llegar hasta sus límites postreros
En alas de tus raudos logaritmos.
¿Qué voz potente celebrar pudiera,
Oh ciencia de los números adusta,
El copioso raudal de tus conceptos?
¡De cuán varia manera
De los guarismos la legión augusta
Al tenor de tus útiles preceptos
Suele agruparse en una y otra hilera!
Como en veloz carrera
Al ciervo acosa la tenaz jauría,
Unas de otras en pos, así se lanzan
A descubrir el número buscado
Tus cifras, aritmética sublime,
Le persiguen, le atisban y le alcanzan
Aunque esté de tinieblas circundado.

¡Insondables abismos
Llenarán tus innúmeros guarismos!
¡Qué increíble portento;
Cuanto dora la luz del grato día,
Cuanta estrella tachona el firmamento,
Cuanto flotare en la extensión vacía,
Cuanto la fantasía

En sus raptos espléndidos abarca,
Y más aún, si dado contar fuera,
Como en amplísima arca
En los mágicos números cupiera!
Sorpresa, asombro, admiración y espanto
Infunden tus guarismos portentosos:
¿Cómo pueden sus rasgos caprichosos
Tánto significar, contener tánto?

De la región del número saliendo,
Los campos de Geber huella afanoso
El sacerdote del austero culto:
Las monótonas pampas extendiendo
Por leguas y más leguas sin reposo
La ruda tela de su manto inculto;
Del Sahara las móviles arenas
A las gracias de Flora siempre ajenas,
O el recinto polar que el hielo viste,
Figuraran apenas,
Álgebra obscura, descarnada, triste,
La aridez, la frialdad que te reviste.

Su pompa no despliega en tus dominios
La palabra sonora y palpitante,
Ni la frase galana su hermosura;
Helados voces, secos raciocinios,
Anhelos del saber febricitante,
Álgebra, moran en tu sede obscura.
Tú matas la escritura,
Tú la reduces á sus signos yertos,
Y como el viento al polvo de las ruinas,
A sitios ignorados y desiertos
En tu inquieto afanar los encaminas.

Mas ¡ah! ¡qué articuló la lengua torpe!
Finja engaños falaces la apariencia,

Huya el liviano de tu rostro austero,
Tú iluminas la sabia inteligencia:
Podrá faltar la flor de suave esencia,
No el fruto sazonado, en tu sendero.

Se alza de la arboleda soberano
El álamo gentil; ramos frondosos
Su tronco erguido sin ceder sustenta;
Compiten con las ricas esmeraldas
De su follaje inquieto las guirnaldas;
La vista mira atenta
Bellezas tales y la voz las cuenta;
Entre sus verdes y lozanas hojas
Suspira el aura, y tímida avecilla
Exhala en dulces trinos sus congojas;
Discurre al pie la clara fuentecilla;
Blanda lluvia refresca
La copa altiva, airosa, pintoresca,
O hiriéndola del sol los rayos de oro,
Cual manto bienhechcr cubre su sombra
Del verde prado la florida alfombra.
Y el ánimo se olvida,
Al contemplar tan rara gentileza,
De la raíz tortuosa y escondida
Que con su áspera, obscura y vil corteza
Tanta pompa sostiene, tanta vida.

Así también, cuando triunfante el hombre
Salva con puente audaz la sima negra,
O taladra la roca resistente,
O la soberbia cúpula fabrica,
O cruza en alas del vapor ardiente
El suelo inmóvil y la mar hirviente,
La fama vocinglera lo publica;
Y acaso afrenta con ingrato olvido

A la ciencia que urdiendo silenciosa
Su fórmula sagaz, maravillosa,
A la materia indómita ha rendido.
¡Descorred de las vanas apariencias
El denso, el tenebroso, el torpe velo
Que la mansión del Álgebra sublime
Mancha, y esconde cual la nube al cielo!
¡Mirad, mirad: lo que antes parecía
Tétricas ruinas, páramo infecundo,
Confusión, soledad, tiniebla fría,
Trocóse en prado, en continente, en mundo
Que al abrigo del símbolo crecía!
¡Oh ciencia de los cálculos grandiosa!
Cuánta idea, qué luz, cuánta hermosura
Desconoce el profano
Burlado por tu austera vestidura!
Tenebrosa cuestión, enigma obscuro
Como el que traza misteriosa esfinge
El hombre te propone; presto brilla
El fanal vivo que tu ingenio finge,
Y hace surgir la solución sencilla.
En la alba frente del papiro terso
Trazas tú misteriosos caracteres
Que á modo de conjuro
Abren el antro obscuro
Que esconde los misterios de los seres.
Como el sol refulgente
El velo rasga de la torva noche
Que la risueña faz del mundo oculta,
Ilumina tu luz esplendorosa
La sima pavorosa
Que á la verdad incógnita sepulta.

Signos extraños, misteriosos cálculos,
La multitud ignara

Por vanos garrapatos os tomara.
¿Y por qué el calculista
Sus caracteres roba al alfabeto?
¿No harán surgir ante su atenta vista
El que persigue, número secreto,
Los guarismos indianos,
De la razón espléndida conquista
Que no alcanzaron griegos ni romanos?
¿Por qué tu mano audaz, profanadora,
Turbar osa el sosiego
De que disfruta el alfabeto ilustre
Que cual rara vasija de áureo lustre
Contuvo el néctar del ingenio griego?
Le rompe tu afán ciego,
Y sus fragmentos de alabanza dignos
Que del genio selló la augusta llama,
Su *alfa*, su corva *ro*, su esbelta *gama*,
Calculador, confundes con tus signos;
Es en vano clamar, que no penetra
En tu oído mi voz, tú no desmayas,
Asocias en extraño maridaje
El número y la letra,
Y trazas nuevas, peregrinas rayas,
Cual si cedieras á ímpetu salvaje.
¡Torpes protestas de ignorancia ruda,
En la roca del cálculo estrellaos;
Dejadle continuar su labor muda,
En cuya cima creadora idea
Poblados mundos sacará del caos!
¡No profanéis el misterioso escrito;
De verdad nueva ó sin igual portento
Pueden sus toscas líneas ser cimiento!
¡Sabed que entre los muros de granito
Que del Álgebra cercan el santuario,
Se convierte en real lo imaginario,
Brota del vano cero lo infinito......!

Tímido ya me postro,
Ciencia, ante tu poder y tu grandeza;
Ya palidece de terror mi rostro,
Vértigo insano turba mi cabeza;
Mas potente atracción á tí me impele,
Y sin tener piedad de mi flaqueza,
Arrastra en pos de tí mí planta imbele.
¿Adónde, Matemática sublime,
Conducirme podrás? Ya complaciente
Del número el secreto me mostraste,
Y á encontrar en la obscura y seca fórmula
La luz y el blando jugo me enseñaste.
Aun se extienden más lejos tus dominios:
¿Cuáles serán los invencibles diques
Que no puedan salvar tus raciocinios?
"Sígueme y no repliques:
¿Con tan poco tu anhelo se conforma?
En tu obsequio abriré la herrada puerta
Que comunica al mundo de la forma
Con la región del cálculo desierta."

Así dijo la diosa; callo y sigo,
De más raros portentos
Dispuesto á ser testigo.
"Mira," dice al final de la jornada,
Es la forma increada
Por mis arduos desvelos extraída
De entre los seres todos." No ví nada;
Los torpes ojos con afán restriego,
Creíme idiota ó ciego,
Y por la decepción estimulada,
Discurrió así mi voz emocionada:

¿Razono, madre augusta, ó desvarío?
Asir la etérea forma me ofreciste,

Y en vano busco el caprichoso río,
El boscaje sombrío,
El ave rauda que á los cielos sube,
Los movibles contornos de la nube,
De los oteros la florida espalda,
De las llanuras el unido suelo,
Las construcciones mágicas que el hielo
Suele erigir en las polares zonas,
Cordilleras que humillen á los Andes,
Selvas cual las que riega el Amazonas.
Doquier la forma existe,
Cual tela prodigiosa todo viste:
Uniforme se tiende en la llanura,
De mil modos se pliega en la espesura,
Y con arte supremo se adereza
Cuando halaga en el cáliz de la rosa
O enamora en la faz de la belleza.
A mi afanar la forma prometiste,
Y en el vacío lóbrego me hundiste.
Quiero palpar el mágico Proteo
Que en la forma se envuelve, aunque al palparle
Me aflija con su vértigo el mareo.
Mire yo el nido de la forma bella
Que enciende en nuestras almas el deseo,
Sorprenda el antro en el que incuba y crece
El monstruo que de horror nos estremece:
Con la forma deliro
Y sus misterios penetrar aspiro:
Envuélvanme sus pliegues no contados,
Siga mi planta su tortuoso giro,
Toque yo sus contornos ignorados,
Dame la forma, sabia Geometría......!
"¡La forma que pretendes no es la mía!"

Dijo la diosa austera, y de mí huyendo,
Castigó tan pueril impertinencia

Dejándome en los áridos umbrales
De su templo imponente, portentoso.
Clamé, volví á clamar; la augusta ciencia
Que las líneas preside
Y sus contornos regulares mide,
Mostróme al fin su reino misterioso.
A influjo de su numen
El pasmoso resumen
Admiré de sus dones,
La áurea red de brillantes concepciones
Que con el punto enlazan el volumen.
Cual las almas gemelas,
Marchan con paso igual al infinito
Las líneas paralelas.
La mente se conturba
Contemplando el conjunto
De tanta línea curva,
Prole variada del inquieto punto.

Entre ellas tus contornos regulares
Galana ostentas, circular figura,
Curva perfecta; en la ancha faz del cielo
Cortejando á la inmóvil Cinosura
Te copian los etéreos luminares;
La juguetona luz cien y cien veces
Tus correctos perfiles ha trazado:
Irradias en el halo vagaroso,
Al crepúsculo pálido limitas,
Iris misma ha tomado
Tus gentiles esbozos por dechado.
Curva graciosa, bella,
Al mirar accesible
Y á la medida rígida inflexible:
Tu figura hechicera,
A la par que seduce nuestra vista

Nuestra razón humilla y desespera.
El hombre ha pretendido reducirte
Del número á habitar la estrecha cárcel;
Mas siempre en vano fué, que tus contornos
Del cálculo las redes eludieron;
Como al salir del cauce angosto el río
Desparrama sus móviles cristales,
Así de la urna del guarismo huyeron
Tus libérrimos puntos; ni pudieron
Sujetarlos las cifras decimales
Por más que á centenares se reunieron.

Inhábil, no ha logrado calcularte,
Mas amoroso de tus formas puras,
Complácese el mortal en trasladarte
A las raras hechuras
De la industria sagaz, del diestro arte.
¡Cuántas veces, de dientes erizada,
Has sido, noble curva, transformada
En órgano de máquina grandiosa!
¡Cercas de los vehículos las ruedas,
El níveo dedo ciñes de la hermosa,
Y te envileces ¡ay! en las monedas!

¿Y qué podrá decir mi pobre ingenio
De tí, curva del genio,
Elipse bella? ¡Lámina atrevida
Con golpe sesgo dividiendo el cono,
A tu esbozo agraciado dió la vida!
El enorme planeta
Que raudo hiende la extensión vacía
Su marcha imperturbable á tí sujeta.

Volvamos á otra parte la mirada:
En pos de la cerrada

Se adelanta la curva siempre abierta,
Como nuestra alma á la esperanza alada.
Viene tras el contorno circunscrito
Aquel que semejante al pensamiento
Camina audaz en pos del infinito.
¿Cómo cupieras en mi canto estrecho,
Parábola grandiosa?
Con sus hilos la diáfana cascada
Finge en los aires tu figura hermosa,
Y suelen los cometas peregrinos
Dibujarte completa, portentosa
En la faz de los cielos cristalinos.

¿Cómó cantar la hipérbola gigante?
¿Qué muros de diamante
Pudieran encerrar su rama doble
Que sin fin se despliega en el vacío,
Y por cuádruple rumbo va adelante
Cansando al débil pensamiento mío?
¡Cuántos soles de espléndido topacio,
Cuántos ignotos, singulares mundos
Encontrará, del misterioso espacio
Al sondear los ámbitos profundos!
Y á curva tal sin descansar persigue
Recta amorosa que jamás la alcanza......
¡Del hombre imagen que á la dicha sigue!

Loor no habrá que á tu grandeza cuadre,
Matemática augusta, lumbre viva
De la razón, de los portentos madre;
De tus mil líneas en la red, cautiva
La extensión colosal yace á tus plantas;
Indómito el error ve con encono
Que las verdades santas
Florecen al abrigo de tu trono.

Si en ignota región tus ojos fijos
La planta audaz á conquistarla mueves,
Apréstanse á los cálculos prolijos
Dóciles cifras, signos compendiosos,
Fórmulas sabias, luminosas, breves,
Y hermosa estrella prende la victoria
En el celeste manto de tu gloria.

Así al tendido llano
Con rígido compas midió tu mano;
Las negras nubes traspasó la altura,
Tu numen soberano
De la eminencia contempló la sombra,
Y el gigante engreído
Desde la frente al pie quedó medido.

Acumuló el espacio
A millares sus ámbitos vacíos
Entre el suelo y el disco de topacio
Del inflamado sol; tú meditaste,
Y la enorme distancia calculaste.
A inmensa lejanía
Brilla del éter en las vastas salas
Con temblorosa luz la clara estrella;
Rinde distancia tal la fantasía,
Y de la luz sutil las raudas alas
Prolongan afanosas su ágil vuelo
Emprendido en el astro misterioso
Y por fin terminado en nuestro suelo.
Mas tu afán portentoso
De tal distancia salvará el abismo,
¡Ha de ser por tu numen calculada,
Y siendo inmensa, quedará guardada
En la caja pequeña de un guarismo......!

¡Salve, triforme ciencia,
De literales, números y líneas!
La verdad se reclina en tu regazo,
Hallan en tí: saber la inteligencia,
La mano agilidad, empuje el brazo.
Prosigue imperturbable tu camino,
Huella la faz del suelo,
Explora de la tierra el seno obscuro,
Remonta el audaz vuelo,
Y hendiendo por doquier el éter puro,
Sus más hondos arcanos roba al cielo;
En la red de tus cálculos sujeta
La cauda vaporosa del cometa;
Del espacio en los ámbitos profundos,
Girando en torno de ignorados soles,
Sorprende extraños mundos.
Medita, inquiere, afana,
Y en la vasta extensión del universo
Con el tibio calor, la luz hermana.
Puéblese á tus esfuerzos el vacío,
Dí como ondula por el cielo terso
Del sutil éter el brillante río;
Calcula sus inquietas vibraciones,
Demuestra que los globos más lejanos
Obedecen á iguales impulsiones,
Que son los cielos y la tierra hermanos.
Transcribe audaz las notas placenteras
Del espléndido coro
Que entonan armoniosas las esferas.

JOSE PEON CONTRERAS.

I

AL CONQUISTADOR DE ANAHUAC.

Sin que después haya visto
el absorto mundo un hombre,
que de Hernán Cortés al lado
la Historia imparcial coloque.
EL DUQUE DE RIVAS.

Paso!...... A través de la tiniebla umbría
De los remotos tiempos,
Tienda su vuelo audaz la fantasía
Sobre las verdes cumbres,
Del opulento Anáhuac atalaya;
Y en las alas atónitas del viento,
Deténgase un momento
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí...... Sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,
De las olas hirvientes
En el cristal obscuro centellea,
Por todos lados pavorosa brilla;
Vuela en pavesas ígneas el velamen,
Del aire maravilla,
Y al crujir el robusto maderamen
Se hunde en las aguas la cortante quilla.

—"¡Sús! ¡A las armas!"— grita en la ribera
Mancebo audaz, alzando la cimera

Del pavonado casco...... "¡Por Castilla!"
Y un viva resonó, tal como suele
El retumbar siniestro
Del trueno pavoroso,
Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
El aquilón sañudo,
El altivo escuadrón partió ligero,
Embrazados la lanza y el escudo,
Al redoblar del atambor guerrero.

No sin tornar al golfo la mirada,
Allí donde orgullosa se mecía
En las primeras horas de aquel día,
A la risueña luz de la alborada,
Del ave alegre á la primera nota,
Del ágil marinero á los cantares,
Juguete de los vientos tutelares,
Hija del mar, la castellana flota......
....
....

Corred, valientes, á la lucha fiera;
Detrás, la madre patria; á vuestra vista,
El pomposo laurel de la conquista;
Los campos ignorados
Donde tejió riendo placentera,
La cuna de sus glorias Primavera
Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés, el que llevado sólo
De su marcial instinto,
Cuando brillaba ya de polo á polo
El sol de Carlos Quinto,

Iba al fuerte clamor de la victoria,
Con su espada no más y su fiereza,
Sin corona y sin cetro,
A igualar en los fastos de la historia
La majestad de César con su gloria,
La grandeza de un Rey con su grandeza.

¡Y era Cortés!...... marchando valeroso,
Lo imposible á sus pies avasallaba,
Luchaba con los suyos y triunfaba
Contra el poder inmenso del coloso.

Si pudo á Moctezuma
Con su ingenio vencer, aun le esperaba,
Tranquilo el corazón, fuertes las manos,
El héroe de los héroes mexicanos......
....
....

Préstame, inspiración, tu sacro numen,
Enciende mi alma en ardorosa llama,
Y la vibrante trompa de la fama
En las ondas del rápido elemento
Deje suelta la voz...... el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con enérgica rima el mundo llene.
Firme se apresta la imperial señora
Del poderoso Anáhuac, á la lucha;
El caudal de sus armas atesora,
Y el són guerrero del clarín escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla; no se abate
Su sien altiva á la inconstante suerte,
Y resuelta á lidiar hasta la muerte
Lanza sus bravos hijos al combate!

Y el batallar comienza pavoroso,
Corre la sangre en río caudaloso,
Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se ve, á su luz, desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

¡Todo es gemidos y ayes el espacio;
Juntos crujen la choza y el palacio,
Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un día, y otro y otro día
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
¡Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo á su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!

Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Mas Cuauhtemoc no cede: airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota.
¡Inútil resistir!...... la muerte trueca
Cadáver por cadáver, y tirana
La sangre generosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana.
¡Inútil resistir!...... Fuerte y altivo,
Digno de su rival, á quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero

Que á Marte hurtó la poderosa lanza
Y el invencible acero,
Rayo fulgente que encendió la gloria,
Y entre el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde lauro á la victoria!

¡Oh, patria que ensalzó mi idolatría!
No tengas por agravio
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio
Que tus victorias pregonar solía.
Los héroes no tuvieron
Nunca patria ni hogar; nunca el profundo
Rencor herirlos puede, nunca el dolo.
¡La patria de los héroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! ¡El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda el universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mío,
El galardón recibe que mereces.
Harto en momento impío
Te hirió la ingratitud cuando apuraste
El cáliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste á tu patria con tu empeño,
Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta......!
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
La vil calumnia desarruga el ceño,
Y pedestal eterno te levanta!

II

TROVAS COLOMBINAS.

(Fragmento.)

"¡Amor, mi amor! Celeste mensajera
Del dulce bien y la esperanza mía,
De tu edad en la dulce primavera
Te ví caer sobre la tierra fría;
Amor, amor, en mi ilusión primera
Inagotable fuente de alegría;
Purísimo raudal que apuré ansioso
Más que agora infelice, venturoso.

"¿Adónde voy, errante peregrino,
Sin sombra, sin amparo, sin consuelo?
Murieron ya las flores del camino,
Se apagaron las lámparas del cielo:
Sobre mí poderoso torbellino
Las nubes amontona en denso velo;
La soledad mi espíritu amedrenta,
Y ruge en mis oídos la tormenta.

"Si escuchara tu voz, Felipa mía,
Vibrante como música sonora,
Renacieran la paz y la alegría
Del que sin paz sus alegrías llora;
Renacieran las flores que tejía
Al risueño alborar de blanca aurora,
Con que anudaba los perdidos lazos,
Embriagado de amor entre tus brazos.

"¿Y era un sueño no más tanta ventura?
¿Fantástica ilusión, belleza tanta?

Al través de esa losa helada y dura
Que al golpe de mi pecho se quebranta,
La imagen de tu pálida hermosura
Pienso que ante mis ojos se levanta,
Y de nuevo, suavísima y tranquila,
Arde la luz del cielo en tu pupila.

"Parece que otra vez los dos unidos
Con las caricias de tu amor profundo,
Soñamos de placer embebecidos,
En hallar para el mundo un nuevo mundo.
Delirantes, acaso, los sentidos,
El espíritu inquieto y vagabundo,
Dejábamos volar el pensamiento
Libre y altivo en la región del viento.

"Mas hoy ¿qué resta de placer tan vivo?
De tan fugaz placer ¿ya qué nos queda?
Movió su rueda el porvenir esquivo
Y á los dos nos hundió bajo su rueda.
Errante, desdichado, fugitivo,
Mientras la duda el corazón hospeda,
Iré sin guía, sin timón, sin norte,
De lugar en lugar, de corte en corte

"Mas dondequiera que me arrastre el hado
Renovarán nuestra sencilla historia
Las dulces horas que pasé á tu lado,
Fugaces retornando á la memoria.
Presente siempre miraré el pasado;
Y ya á la luz ardiente de la gloria,
O de la sombra al tenebroso abrigo,
Tu amor, tu imagen, estarán conmigo.

"Tu amor, sólo tu amor: si el alma mía
Cuna le dió de perfumadas flores,

Hoy, triste, amortajando su alegría,
Cerró mi corazón á los amores.
Y pues lo quiso Dios, la tumba fría
Guarde aquí tus encantos seductores
Que, á despecho del tiempo y del olvido,
En mi alma vivirás como has vivido.

"Yo te he de ver en el fulgor postrero
Del día al espirar en mi ventana,
Y al fenecer la noche en el lucero
Que se pierde á la luz de la mañana;
En el vapor errante y pasajero
Que el cielo azul recorta y engalana,
O al fulgor del relámpago en la nube
Que en alas del turbión al éter sube.

"Y cuando logre, al cabo de mi anhelo,
Hallar la tierra que soñó mi mente,
Y grande al fin, bajo el dosel del cielo,
Ante Dios nada más baje la frente;
Al detener mi fatigoso vuelo,
En las arenas de la playa ardiente,
Veré tu imagen en la nueva orilla
Y sentiré tu beso en mi mejilla.

"En tanto, dulce bien, recibe el mío
De mi cariño santo en el exceso."—
Y el noble Genovés, grave y sombrío,
De su dolor en las cadenas preso,
Cayó de hinojos sobre el césped frío,
Y en él dejando el doloroso beso
Que repitió la noche en són lejano,
Partió, llevando al niño de la mano.

JOSE PEON DEL VALLE.

TRES SONETOS.

I

Ayer, cuando la noche descorría
Su pabellón de estrellas, á tu lado,
Del mundo y de sus luchas olvidado,
Risueñas lontananzas me fingía.

Hoy, cuando el rayo de su luz sombría
Vierte la luna triste, aquel pasado
Recuerdo en mi aislamiento, y angustiado,
Rigores lloro de la suerte mía.

Huyó de nuestra dicha el dulce acuerdo:
Tú lamentas mi ausencia; yo abatido,
Entre las brumas del pesar me pierdo.

Y de cansancio y de dolor rendido,
En el árbol sin hojas del recuerdo,
Nuestro infeliz amor cuelga su nido.

II

Yo sé que cuando el sol lento declina
En la obscura y brumosa lontananza,
Por senda triste y olvidada avanza
Tu planta débil que al azar camina.

Sé que tu frente el malestar inclina;
Sé que ansioso tu espíritu se lanza
En busca de un destello de esperanza,
Como en busca de sol la golondrina.

Pobre mártir de amor, lucha y no llores;
Quiso en el mundo la contraria suerte
Convertir en abrojos nuestras flores;

Pero algo hay más allá; aun he de verte,
Y no habrá quien me robe tus amores
Cuando nos una el lazo de la muerte!

III

Lejos los dos.... A nuestra angustia en vano
Buscamos afanosos un consuelo:
Está frío el ambiente, negro el cielo,
Desnudo el monte y sin verdor el llano.

Perdida y sola, en el confín lejano
Del siniestro horizonte, en raudo vuelo
Se aleja la esperanza; sólo el duelo
Nos tiende amigo su crispada mano.

¡Ilusiones de ayer, id donde os llama
El que cruza feliz y sin enojos
La senda del que espera, goza y ama:

Que ella y yo que vivimos entre abrojos,
Sólo anhelamos que termine el drama
Y en el sepulcro unir nuestros despojos!

JOSEFINA PEREZ DE GARCIA TORRES.

RIMAS A MIS HIJOS.

El viento zumba entre los mustios troncos
Y arrastra despiadado
Las amarillas hojas desprendidas
Del antes regio y rumoroso prado.

Menuda lluvia, cual neblina opaca,
Azota los cristales
De mi abrigada alcoba en donde juegan
Un grupo de criaturas celestiales.

Son tres querubes cándidos y bellos;
De grandes, negros ojos;
Esbeltos como el junco de los lagos
Y de labios fresquísimos y rojos.

Son mis hijos amados; son mi aurora
En mi noche de duelo;
La sonrisa de amor que me deleita
Y enaltece mi espíritu hasta el cielo.

Cuando contemplo sus hermosas frentes,
Radiantes de inocencia,
Y pienso en las pasiones borrascosas
Y en las luchas sin fin de la existencia;

Mi corazón se oprime y estremece,
Y doblo las rodillas
Pidiendo al Hacedor del Universo
Con súplicas fervientes y sencillas,

Que aparte de su vida las tristezas
Y horribles decepciones;
Que no pierdan la luz de su esperanza,
Ni sus castas y dulces ilusiones.

Que sus labios no manche la mentira,
Ni el provocante insulto,
Y el honor, la lealtad y el patriotismo
Formen de su alma el venerado culto.

Que nunca en vano el infortunio toque
De su hogar los umbrales,
Y de la caridad el ángel bello
Los inunde de dichas inmortales.

Que la fe con su antorcha bendecida
Ilumine su senda,
Y siempre, para el mal, la Santa Virgen
Ponga en sus ojos invisible venda.

Que el limpio nombre de su amante padre
Conserven siempre puro,
Y afronten del pesar la noche densa
Con paso firme y ánimo seguro.

Que cuando reposemos de la tumba
En el obscuro seno
Su padre y yo, y solos para siempre
Del mundo prueben el letal veneno,

Recuerden que enseñarles de la vida
El bien, fué nuestro anhelo,
Y que el sér que trabaja y es honrado
No sufre humillación en su desvelo.

Que nada valen los aplausos vanos,
Ni del placer la esencia,

Y es preferible á todos los honores
La quietud de una límpida conciencia.

Entonces nuestras almas conmovidas,
Dejando lo finito,
Se elevarán á Dios en himno ardiente,
Perdiéndose en lo azul de lo infinito.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.

ETERNA ALIANZA.

Sobre el mármol de rica chimenea
Dos estatuas se ven:
En ellas el Amor y la Constancia
Representó el cincel.
Ambas figuras en estrecho abrazo
Confundidas están,
Que esa forma dió el émulo de Fidias
Al grupo escultural.

Contemplando una vez ese alabastro
De conjunto feliz,
Y pensando en lo que él simbolizaba,
Exclamé para mí:
¡La Constancia! ¡el Amor! con tierno abrazo
Se ligan; hacen bien.
Infeliz del Amor si la Constancia
Llega á apartarse de él!

ISABEL PESADO.

INFORTUNIO.

Lágrimas de dolor vierten mis ojos
Y al rodar por mi pálida mejilla,
Riegan de estéril suelo los abrojos
Y no las flores de amistad sencilla.

Caen como lluvia en incendiado huerto,
Cual de la aurora el llanto en roca dura,
Como semilla en arenal desierto
Que no fecunda el sol ni el aura pura.

No se cuidan los míseros humanos
¡Ay! del dolor que al desgraciado oprime:
Se entregan ciegos á deleites vanos
Y olvidan siempre al que sin tregua gime.

Jamás la alegre multitud que miro
Cruzar liviana mi azarosa senda,
Une á mis tristes ayes un suspiro:
No hay uno solo que mi mal comprenda.

Cuando el amigo que creí sincero
De mí se aleja, y júzgame importuna,
Exclamo en mi pesar: ¡No hay verdadero
Hidalgo sentimiento en alma alguna!

El cobarde mortal huye espantado
Del ser á quien aflige negra pena;
Teme, al verle, sentirse contagiado
Y arrastrar de sus males la cadena.

Se imagina quizá que nunca el lloro
En nubes cubrirá su claro cielo;
Risueño porvenir, placeres, oro,
Busca tan sólo en el mezquino suelo.

Mas ¿para qué anhelar de mis hermanos
Alivio á mi penar y mi lamento,
Si de Dios los decretos soberanos
Tendrán en mí seguro cumplimiento?

Hora que se halla en soledad umbría
Mi alma infeliz envuelta en negro velo,
Sé que hay para sufrir, la tierra impía,
Y siento que hay para gozar, el cielo.

Y entonces ¡oh mi Dios! tu voz amante
Habla á mi corazón desfallecido,
Vuelvo á tí la mirada suplicante,
Y angustiada te muestro el seno herido.

Y tú, Señor, con mano cariñosa
El bálsamo le aplicas del consuelo;
Y el mar de mi existencia borrascosa
Tornas en manso y límpido arroyuelo.

La nave en que bogaba, en noche obscura
El huracán horrísono impelía;
Y ya en las bravas ondas, sepultura
Entre ardientes relámpagos le abría:

Cuando apareces Tú, mi fiel Amante,
Me tomas en tus brazos, y á tu seno
Estrechas mi cabeza delirante,
De compasión y de bondades lleno.

Y de mi vida el árido camino
Siembras de lindas y olorosas flores;

¡No te apartes de mí, Dueño Divino,
Que es tuyo sólo mi caudal de amores!

Porque ¿en dónde, mi bien, si tú te alejas,
He de posar mi atormentada frente?
¿A quién he de decir mis tristes quejas?
¿Quién dará alivio al ánima doliente?

Me vería, cual árbol en invierno,
De sus hojas y frutos despojado;
Y en soledad horrible y luto eterno
Mi pobre corazón atribulado.

Si te vas, nunca olvides, Amor mío,
Que á tí tengo mi vida consagrada:
Mi cuerpo encierra en el sepulcro frío,
Y lleva mi alma á tu feliz morada.

JUAN DE DIOS PEZA.

I

EN MI BARRIO.

Sobre la rota ventana antigua
Con tosco alfeizar, con puerta exigua,
Que hacia la obscura calleja da,
Pasmando al vulgo como estantigua
Tallada en piedra, la santa está.

Borró la lluvia los mil colores
Que hubo en su manto y en su dosel,
Y recordando tiempos mejores,
Guarda amarillas y secas flores
De las verbenas del tiempo aquel.

El polvo cubre sus aurëolas,
Las telarañas visten su faz,
Nadie á sus plantas riega amapolas;
Y ve la santa las calles solas,
La casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
Unico adorno del tosco altar,
Flota un guiñapo descolorido,
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.

A arrebatarlo nadie se atreve;
Símbolo antiguo de gran piedad,
Mira del tiempo la marcha breve

Y cuando el aire lo empuja y mueve,
Dice á los años: pasad, pasad.

¡Pobre guiñapo que el aire enreda!
¡Qué amarga y muda lección me da!
La vida pasa y el mundo rueda,
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va!

Tras esa Virgen de obscura piedra
Que á nadie inspira santo fervor,
Todo el pasado surge y me arredra;
Escombros míos, yo soy la hiedra;
Nidos desiertos, yo fuí el amor.

Altas paredes desportilladas
Cuyos sillares sin musgo ví,
¡Cuántas memorias tenéis guardadas!
Níveas cortinas, jaulas doradas,
Tiestos azules...... ¡no estáis aquí!

En mi azarosa vida revuelta
Fuí de esta casa dueño y señor;
¿Do está la ninfa de crencha suelta,
De grandes ojos, blanca y esbelta,
Qué fué mi encanto, mi fe, mi amor?

¡Oh mundo ingrato! ¡Cuántos reveses
En tí he sufrido! La tempestad
Todos mis campos dejó sin mieses......
La niña duerme bajo cipreses,
Su sueño arrulla la eternidad.

¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe,
Como el guiñapo descolorido
Que á la escultura flota prendido......
¡Todo se ha muerto! ¡Todo se fué!

Pero qué amarga profunda huella
Llevo en mi pecho!...... ¡Cuán triste estoy!
La fe radiante como una estrella,
La casa alegre, la niña bella,
El perro amigo...... ¿Dónde están hoy?

¡Oh calle sola! ¡Vetusta casa!
¡Angostas puertas de aquel balcón!
Si todo muere, si todo pasa,
¿Por qué esta fiebre que el pecho abrasa
No ha consumido mi corazón?

Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores......
Ya no se escuchan frases de amores,
Ni hay golondrinas del mes de Abril.

Frente á la casa la cruz cristiana
Del mismo templo donde rezó;
Las mismas misas de la mañana,
La misma torre con la campana
Que entre mis brazos la despertó.

Vetusta casa, mansión desierta,
Mírame solo volviendo á tí......
Arrodillado beso tu puerta,
Creyendo loco que aquella muerta
Adentro espera pensando en mí.

II

AL PAPALOAPAM.

¡Salve, anchuroso río,
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe á Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas
Y al blando soplo de las auras, rizas
Sobre un abismo azul tu regio manto.

No hay en mi numen que tu luz abrasa
Nada digno de tí. Débil, aspiro
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa......
Al ver tu majestad callo y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo,
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura
Robándote al pasar tus frescas galas,
La brisa que deshace con sus alas
El níveo encaje de tu linfa pura?
Estrellas tejen tu inmortal corona
En las noches del trópico calladas,
Y las tibias, tranquilas alboradas,
Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
Hermoso y rico en montes y praderas,
Su gran tesoro de misterios lleno,
Lo puso en tus riberas
Y lo fecunda tu anchuroso seno!

Si muere el sol en lecho de escarlata
Líquida lumbre entre tus ondas brilla
Y en ellas alza la cortante quilla
Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica, escondida
De tu serena margen en la falda,
Y la palmera erguida
Con su inmenso penacho de esmeralda;
En el diáfano espacio,
Fúlgida antorcha que á lo lejos arde,
Lágrima de topacio
La solitaria estrella de la tarde;
Bordando las laderas
Del pescador humilde las cabañas;
Las espigas en anchas sementeras;
La agreste soledad de las montañas:
El resonante coro
A que tu eterno murmurar responde
Y en que á los gritos del salvaje loro
Se mezcla el arpa de oro
De los jilgueros que la yagua esconde;
La tonina saltando en tus espumas
Que el pesado alcatraz roza intranquilo;
La esbelta garza de nevadas plumas
Burlando el acechar del cocodrilo;
El huaco centinela entre el follaje,
La guacamaya de pausado vuelo
Y como bardo errante del boscaje
El pardo ruiseñor, eco del cielo;
Todo forma tu trono y tu paisaje:
Todo matiza y borda tus orillas;
Y tú, grande, magnífico, fecundo,
En medio de tan regias maravillas
Buscas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
Sobre las obras frágiles humanas
Y mira igual el fuego y la ceniza,
Mientras el soplo de los siglos riza
Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río,
Corre y torna á correr sin detenerte;
Todos vamos á un fin triste y sombrío,
Tú vas hacia la mar, yo hacia la muerte!

Tú puedes, en tus fértiles riberas,
Ver nacer y morir, año tras año,
Aves, flores, espigas y palmeras
Sin que nunca en invierno sientas daño
Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudo lanzas
A un abismo sin fin tus verdes ondas,
Y arrastras cual perdidas esperanzas
Las aves muertas, las marchitas frondas,
El roble añoso, por el rayo herido,
Los frutos arrancados
Antes de que estuvieran sazonados,
Y algún desierto nido,
¡Hogar sin fe ni amor, que va al olvido!

Cual tú rápido vas al Oceano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma!

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fían;
Así, cual tú, se lanza
A otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo,
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno! Ni te abrasas
Con la lumbre del sol, ni en el invierno
Tus ímpetus sosiegas: siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho afligen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va? ¿Quién ha logrado
Su destino explorar? Negra es la suerte
Que esconde lo futuro y lo pasado!
Tú paras en el mar, él en la muerte!

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;
Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire;
Eres grande y hermoso
Cuando entre flores mil soberbio creces,
Y si te encrespa el norte proceloso
Gigante brazo de la mar pareces!

A la ciudad risueña
Que como amante tuya se reclina
Plácida, pintoresca y halagüeña
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,
A sus jardines das verdor y galas
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual níveo cisne de brillantes alas.
Llévame allí......! Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mío,
Y prosigue soberbio de belleza......
¡Salve, mil veces, anchuroso río!
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!

III

FUSILES Y MUÑECAS.

CUADRO REALISTA.

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
Que embellecen mi hogar con sus cariños,
Se entretienen con juegos tan humanos
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
Y monta en una caña endeble y hueca,
Besa Margot con labios de granado
Los labios de cartón de su muñeca:

Lucen los dos sus inocentes galas,
Y alegres sueñan en tan dulces lazos:
Él, que cruza sereno entre las balas;
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
El kepis de papel sobre la frente,
Alienta al niño en su inocencia grata
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
Que en este mundo que su afán recrea,
Son como el suyo todos los fusiles
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,
Que es igual el más débil al más fuerte,
Y que, si se disparan, no producen
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra:

Ya delira Margot por ser anciana,
Y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar me aflijo y callo;
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
La niña arrulla á su muñeca inerme,
Y mientras grita el uno: FUEGO, FUEGO,
La otra murmura triste: DUERME, DUERME.

A mi lado ante juegos tan extraños
Concha, la primogénita, me mira:
Es toda una persona de seis años
Que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
Mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
Cuando la negra duda me avasalla,
Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,
Parece que medita en muchas cosas
Al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot que canta en madre transformada
Y arrulla á un hijo que jamás se queja,
Ni tiene que llorar desengañada,
Ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles
Que ya se finge apuesto caballero,
No logra en sus campañas infantiles
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
Turbar jamás vuestra inocente calma:
No dejéis esa espada ni esa cuna:
¡Cuando son de verdad matan el alma!

GUILLERMO PRIETO.

I

FUENTES POETICAS.

De querubín ardiente son tus alas,
Sublime inspiración! Ven á mi acento:
Con fiebre de ambición laten mis venas:
Rompa tronando mi clamor el viento,
Cual desborda sus ondas el torrente
Que ya no cupo en el estrecho cauce;
Como rasgando el rayo prepotente
La tenebrosa nube en que revienta,
Arde la selva, avívase la llama,
Y al cruzar en su carro la tormenta,
El incendio crujiendo se derrama.
Ya te siento venir; bañó mi frente
Vívido el rayo de tu luz divina,
Y es menos puro el apacible brillo
Con que tiembla la estrella vespertina.
Mi alma atrevida con delirio busca
Tu indeficiente luz, astro de gloria!
Obedece y resuena, lira mía;
Palpita de placer bajo mi mano,
Como se agita de la hermosa el seno
Cuando el amante audaz besa su frente;
Y así nadando el alma en un ambiente
De ilusión, de placer y de armonía,
Mi soplo vagará sobre la tierra
Empapado en tus himnos, patria mía.

¡Ardiente juventud! Tú que levantas
A las regiones del espacio el vuelo,
Y que sientes rodar bajo tus plantas
Mezquino y reducido nuestro suelo;
Tú que audaz, como el águila salvaje,
Buscas al sol con ávida pupila,
Y perdida en su luz deslumbradora
Desplegas los tesoros de tu canto:
Hijos de inspiraciones y de encanto
Que os entregáis de la ilusión al sueño
En brazos de la dulce poesía,
Cantad, cantad; vuestro solemne acento
Discurra con las auras perfumadas,
Y gire en vibraciones delicadas
Al tenue suspirar del manso viento.
¡Oh mi patria, magnífico es tu cielo,
Rica vegetación se alza gigante
Bajo las orlas de tu regio manto!
Eres la Hija de Dios, la virgen bella:
Tuviste como lámpara en la cuna
Del Septentrión la refulgente estrella:
El sol te idolatró, linda doncella:
Fué tu púdico velo
Su manto augusto recamado de oro;
Les das tu aliento á tus eternas flores,
Besan tus pies las ondas de tus mares,
Te dan las aves mágicos cantares,
Los torrentes entonan tus loores.
¡Oh mi patria! Felice quien ha visto
De tus volcanes en la eterna nieve
Reverberar tu sol; muy más felice
Quien en medio á la dicha ó desventura
Y en tu seno ó allende el Oceano,
Puede exclamar con llanto de ternura,
Tendiendo franca al Septentrión la mano:

"Mi patria, vedla allí; soy mexicano."
Cantad, vates, cantad: ¿cómo en la patria
En que muestra sin velo el firmamento
Los mundos mil que en sus entrañas arden,
La voz ha de callar del sentimiento?
¿Cómo mudas é inertes las pasiones
Donde aspira el mortal vida de fuego,
Donde suspira lánguido el ambiente,
Donde ceden las plantas amorosas
Al sensual beso de la clara fuente,
Donde de un mundo que espiró, la tumba
Envuelven con su lava los volcanes,
Donde el rayo terrífico retumba
Y en la nube en que rápido resbala,
La Omnipotencia del Señor escribe
Y su tránsito fúlgido señala?
Veces mil solitario el pensamiento
Desplegó el ala en la tiniebla fría
Do alumbra reverente el firmamento
La augusta faz del Hacedor del día.
Cayó en el caos el divino aliento
Y desplegó su manto lo infinito,
Y Dios dijo: *Vivid*, y las miradas
De mil mundos sublimes se encendieron;
Y al chocar los torrentes de luz viva
En tu trono magnífico, Dios mío,
Dispersáronse hermosas las estrellas,
Como arroja al rodar la catarata
Diáfanas gotas de luciente plata.
Yo miro al firmamento con ternura,
Promesa al alma de felice suerte,
Puerto de amor que espléndido fulgura
Más allá de los mares de la muerte.
Vedlo, vates; cantad. Ese lenguaje
De ardiente sentimiento y de armonía,

Es un lenguaje de himnos de alabanza,
Es de la fe dulcísima el idioma,
De la alma luz, de la ternura aroma.
   Mas si robusto el atrevido acento
De vuestra lira enérgico se arranca;
Si entre pasiones alteradas brota,
Como ola furibunda que se azota
Entre las rocas de la mar crugiendo,
Alzad entonces el cantar tremendo.
   Oid! El trueno súbito revienta;
El rayo aterrador ruge iracundo,
Y rápida se extiende la tormenta.
Su vista de relámpago recorre
El universo sumergido en duelo,
Y en la tiniebla trémula los mares
Huérfanos gimen al bramar el cielo......
Heridas por las ráfagas de viento,
Negras las ondas de la mar saltaron;
Remedando alaridos de tormento,
En las rocas sus fuentes quebrantaron.
   Del viento crece el incansable empuje,
Y en las revueltas nubes relumbrando,
La tempestad solemne se pasea
Himnos al Dios de Sabaót cantando.
   Unid los vuestros, jóvenes! Las almas
Que comprenden la voz de la tormenta,
Que oyen en el rugir del torbellino
Cánticos puros al Señor Divino,
Que conservan sublime simpatía
Con la luz, con los vientos, con los mares,
Y que al pasar la tempestad sombría,
Cual la gaviota entonan sus cantares......
Esas las almas son dignos altares
Al culto de la noble poesía.
   También podéis como sincero espejo

Pedir á la natura sus colores
Y vuestros ecos perfumar sentidos
Con el aliento dulce de las flores.
Ved moribundo al sol: sobre su tumba
Tímido luce el astro vespertino,
Y en la faz del crepúsculo medrosa
Espira tenue su fulgor divino.
Celajes mil de fúlgida escarlata
Le forman ondeantes pabellones,
Que leves, cual fugaces ilusiones,
Van á morir en las lejanas nubes
Que el astro de la noche ha matizado
Con brillo hermoso de bruñida plata.
En lo profundo mírase el zafiro
Tachonado de espléndidas estrellas:
En el valle murmura la corriente,
Y al vibrar, va perdiendo sus cristales
La postrimera luz del sol poniente.
En la nieve de la áspera montaña
Aun brilla el día; y por el éter puro
El humo que se alzó de la cabaña
Solitario se eleva por los aires......
El crepúsculo escuche los loores,
Y el cántico feliz girará blando
Con el aura que muere susurrando,
Ebria con el perfume de las flores.
Cantad, así que en la enramada obscura
Y en la copa del sauce que reclina
Su faz en la corriente cristalina,
El zenzontle despliegue sus acentos......
La faz del astro que en el monte espira,
Las flores entregadas al desmayo,
La fugace luciérnaga que gira,
El són lejano del modesto río,
De la luna naciente el dulce rayo

Al través visto de árboles pomposos,
Y los campos y el blanco caserío;
Todo os inspirará: vuestros acentos
Serán eternos, como lo es el cuadro
Que produjo los tiernos sentimientos.
Si de la lira el áspero concierto
Busca la soledad y la grandeza,
Tú elevas á los cielos tu cabeza
Y eres grande, y magnífico, desierto.
Virgen tu seno, regio tu ropaje
De inmortal y aromática verdura,
Sólo al sol que comprende tu hermosura
Muestras sin velo tu beldad salvaje.
De sociedad hipócrita las leyes
No profanaron tu arrogante seno:
Sólo obedeces á la voz de trueno
Del que es Señor de pueblos y de reyes.
Cantadle ufanos, jóvenes ardientes:
Son sus bardos también los huracanes;
Alumbran sus festines los volcanes,
Celebran sus amores los torrentes.
Allí al salvaje mírase altanero
En los montes prendiendo sus lumbreras
Y mezclando su cántico guerrero
Al rugido estruendoso de las fieras.
Su dosel de magnífica esmeralda
Le da de los encinos el ramaje,
En que otros tiempos se meció su cuna:
Las aves, sus penachos y ropaje;
Y del sol, de las aguas y las flores
Forma astuto su mágico lenguaje.
Explotad esa mina, mexicanos:
En ella aprenderéis á amar al hombre
Y á odiar con entusiasmo á los tiranos.
Dulce ilusión de amor, del alma aliento,

Su inefable delicia en la ventura,
Su acíbar y su infierno en el tormento,
Aquí hallarás la angélica hermosura
De tez morena y de mirar de fuego,
Y beberás torrentes de ternura
En el brillar de sus divinos ojos.
¡Felice tiempo en que irritada hervía
La pasión de mi amor en mis entrañas,
Y al suspirar la lira resonante,
De amor perdido, de entusiasmo ciego,
Amaba y en amar me complacía,
Porque era inmensa y generosa el alma
Y un mundo de ilusión reproducía!
Rugosa y abatida está mi frente:
La zanjaron frenéticas pasiones,
Cual carcome la roca de la playa
El azotar de turbulentas olas.
Ya en medio de los mágicos festines,
Al verterse profusos los licores,
Deidades con sus frentes de jazmines,
Deidades con sus ojos brilladores,
Mezclaban á mis cánticos de amores
Sus voces de encantados serafines.
Y tu nombre aclamaba, esposa mía,
Y el alma en mis entrañas palpitaba:
Cada ardiente suspiro que exhalaba
Era un eco de angélica armonía.
Y en ese tiempo, solazando el alma
A la margen de un lago cristalino,
Ví de las aguas que turbó la calma
Un vapor que ligero se mecía,
Y blanco, cual las alas de un querube,
Sobre la superficie resbalaba:
Su belleza mi vista seducía......
Era una blanca y hechicera nube,

Yo la creía el cisne de los lagos......
Tendí la mano á detener su curso,
Y vistiendo del iris los colores,
Sobre mi frente dirigió su vuelo:
Ya la cauda blanquísima plegaba
Quedando como cándida paloma,
Ya su manto magnífico extendía,
La orla bordando de carmín y de oro;
Ya fugaz en los aires se mecía,
Ya en las olas del lago se posaba;
Con amor su carrera proseguía,
Y ya al tocarla, al envolver mi frente,
Galana, hermosa, en el azul del cielo
Como faja de plata riēlando,
Fuése á otros mundos á prestar su encanto,
Dejando á mi alma soledad y llanto.
Y esa engañosa nube fué la gloria!
Yo sentía la fe de conquistarla,
Mi alma de rey y de águila el esfuerzo:
Quería se posase en mi cabeza,
Aunque al tocarla produjera el rayo.
¡Ay! que la tumba tragará mi nombre,
Y dormiré con él en su tiniebla!!!
Como el ave altanera que en las redes
Mira los campos y el sereno cielo,
Y siente fuerza de emprender el vuelo,
Y al volar la contienen sus cadenas,
Así yo gimo entre horrorosas penas!
Águila envejecida en la alta cumbre,
Rastrera buscaré del sol la lumbre
Y me aislaré en las rocas dolorido.
   Humilde lira mía,
Mi hermana en la orfandad, mi solo encanto
En mis amargas horas de martirio,
De gloria me animaste en el delirio;

Tus cuerdas se laxaron con mi llanto:
Convoca á los amigos de mi infancia,
A los hijos del canto y la ternura,
A esos á quienes amo como hermanos,
Cuya espléndida gloria es mi ventura.
Tomen lugar entre los hijos míos
Que viven con la sangre de mis venas,
Cuando mi última luz triste reluzca.
Id, desplegad vuestros sublimes cantos,
No me toquéis, me encontraréis dormido;
Mas llevaré un recuerdo de consuelo,
Recuerdo el más querido,
Que aliviará tal vez mi fatal suerte,
Al recorrer los mares de la muerte
Envuelto en la tiniebla del olvido.

II

AL MAR.

Te siento en mí: cuando tu voz potente
Saludó retronando en lontananza,
Se renovó mi sér; alcé mi frente
Nunca abatida por el hado impío,
Y vibrante brotó del pecho mío
Un cántico de amor y de alabanza.
¿Te encadenó el Señor en estas playas
Cuando, Satán del mundo,
Temerario plagiando el infinito,
Le quisiste anegar, y en lo profundo
Gimes ¡oh mar! en sempiterno grito?
Tú también te retuerces cual remedo
De la eterna agonía;
También, como al sér mío,

La soledad te cercan y el vacío;
Y siempre en inquietud y en amargura,
Te acaricia la luz del claro día,
Te ven los astros de la noche obscura.
A mí te ví venir, como en locura,
Desparcido el cabello de tus ondas
De espuma en el vaivén, como cercada
De invisibles espíritus, llegando
De abismos ignorados y clamando
En acentos humanos que morían
Y el grito y el sollozo confundían.
A mí te ví venir ¡oh mar divino!
Y supe contener tanta grandeza,
Como tiembla la gota de la lluvia
En la hoja leve del robusto encino!
Eres sublime ¡oh mar! Los horizontes
Recogiendo las alas fatigadas,
Se prosternan á tí desde los montes.
Prendida de tus hombros la luz bella
Forma los pliegues de tu manto inmenso.
Entre la blanca bruma
Se perciben los tumbos de tus ondas,
Cual de hermosa en el seno palpitante
Los encajes levísimos de espuma.
Si te agitas, arrojas de tu seno
En explosión tremenda las montañas,
Y es un remedo de la brisa el trueno,
Terrible mar, si gimen tus entrañas.
¿Quién te describe ¡oh mar! cuando bravía,
Como mujer celosa,
En medio de tu marcha procelosa
El escollo tus iras desafía?
Vas, te encrespas, le ciñes con porfía,
Retrocedes rugiente,
Y del tenaz luchar desesperada,

Te precipitas en su negro seno
Despedazando tu altanera frente.
 En tanto, el viento horrible,
Arrastrando al relámpago y al rayo,
Cimbra el espacio, rasga el negro velo
De la tiniebla, se prosterna el mundo
Y un siniestro contento se percibe
¡Oh mar! en lo profundo,
Cual si con esa pompa celebraras,
Entre el eterno duelo,
Tus nupcias con el cielo!
 Cansada de fatiga, cual si el aura
Tierna te prodigara sus caricias,
A su encanto dulcísimo te entregas,
Calmas tu enojo, viertes tus sonrisas
Y como niña con las olas juegas
Cuando te dan su música las brisas.
 Tú eres un sér de vida y de pasiones:
Escuchas, amas, te enloqueces, lloras,
Nos sobrecoges de terrible espanto,
Embriagas de grandeza y enamoras.
 Cuando por vez primera ¡oh mar sublime!
Me ví junto de tí, como tocando
El borde del magnífico infinito,
Dios, clamó el labio en estusiasta grito:
Dios, repitió tu inquieta lontananza:
Y *Dios*, me pareció que proclamaban
Las ondas repitiendo mi alabanza.
 Entonces ¡ay! la juventud hervía
En mi temprano corazón; la suerte,
Cual guirnalda de luz, embellecía
La frente horrible de la misma muerte.
Y grande, grande el corazón, y abierto
Al amor, á la patria y á la gloria,
Émulo me sentí de tu grandeza
Y mi orgullo me daba la victoria.

Entonces, el celaje que cruzaba
Por el espacio con sus alas de oro,
De la patria me hablaba.
Entonces ¡ay! en la ola que moría
Reclinada en la arena sollozando,
Recordaba el mirar de mi María,
Sus lindos ojos y su acento blando.
Si una huérfana rama atravesaba
Juguete de las ondas, cual yo errante,
Lejos de su pensil y de su fuente,
La saludaba con mi voz amante,
La consolaba de la patria ausente.

Si el pájaro perdido iba siguiendo
Rendido de fatiga, mi navío,
¡Cuánto sufrir, Dios mío!
Su ala se plega, aléjase la nave,
Y se esfuerza y se abate y desfallece,
Y convulso, arrastrándose en las ondas,
El hijo de los bosques desparece.

En tanto, tus inmensas soledades
La gaviota recorre, desafiando
Las fieras tempestades.
Entonces, en la popa, dominando
La inmensa soledad, me parecía
Que una voz á lo lejos me llamaba
Y acentos misteriosos me decía:
Y yo le preguntaba:
¿Quién eres tú? ¿De la creación olvido
Te quedaste sus formas esperando
Engendro indescifrable, en agonía
Entre el ser y no ser siempre luchando?
¿Al desunirse de la tierra el cielo
En tus entrañas refugiaste el caos?
¿O, mágica creación, rebelde un día,
Provocaste á tu Dios; se alzó tremendo;

Sobre tu frente derramó la nada,
Y te dejó gimiendo
A tu muro de arena encadenada?
¿O, promesa de bien, en tus cristales
Los átomos conservas que algún día,
Cuando la tierra muera,
Produzcan con encantos celestiales
Otra luz, otros seres, otro mundo,
Y entonces nuestro suelo
A tus plantas, se llame mar profundo
En que retrate su grandeza el cielo?
Hoy llegué junto á tí como otro tiempo
Siguiendo ¡oh Libertad! tu blanca estela;
Hoy llegué junto á tí cuando se hundía
En abismos de horror y de anarquía
La linfa de cristal de mi esperanza;
Y hoy, como en otro tiempo, la voz mía
En himno se tornó de tu alabanza;
Porque eres un poema de grandeza,
Porque en tí el huracán sus notas vierte,
Luz y vida coronan tu cabeza,
Tienes por pedestal tiniebla y muerte.
Nadie muere en la tierra; allí se duerme
De tierna madre en el amante pecho:
Velan cipreses nuestro sueño triste,
Y riegan flores nuestro triste lecho.
Solitaria una cruz dice al viajero
Que pague su tributo
De lágrimas y luto,
En el extenso llano y el sendero.
En tí se muere ¡oh mar! Ni la ceniza
Le das al viento: en ola que sepulta
La rica pompa de poblada nave,
Nada conserva las mortales huellas;
Se pierden.... y en tu seno indiferente
Nace la aurora y brillan las estrellas.

A tí me entrego ¡oh mar! roto navío,
Destrozado en las recias tempestades,
Sin rumbo, sin timón, siempre anhelante
Por el seguro puerto,
Encerrando en mi pecho dolorido
Las tumbas y el desierto....
Pero humillado no; y en mi fiereza
A tí tendiendo las convulsas manos,
Sintiendo en tí de mi alma la grandeza
Y ahogando mi tormento,
Le pido á Dios la paz de mis hermanos;
Y renuevo mi augusto juramento
De mi odio á la traición y á los tiranos.

III

A JACINTO GUTIERREZ Y COLL.

A mí, tú, ¡inspiración! á mí, que ardiente
A tu ala de relámpago confiado,
Tendí en la tempestad soberbio el vuelo
Y á la región etérea remontado,
Cruzando el firmamento de la gloria,
Olvidé el fango del mundano suelo.
Ángel de inspiración, cuando tu cauda
Se agita en el espacio, se alza en olas
De ópalo y grana el esplendor del día;
Estalla el viento en himnos de esperanza;
Sobre la tierra llueven flores bellas,
Y señalan la senda que recorres
Cuando llega la sombra, las estrellas.
Van dejando tus cantos deliciosos
Como estela de fuego en el vacío,
Como el manto de púrpura esplendente

Que cuelga el sol del cielo de Occidente
Y reproduce en su cristal el río.
Y así elevado y con la frente erguida,
¡Oh juventud! te estrecharé en mi seno,
Mientras retumba amenazante el trueno
En el mar tempestuoso de mi vida.
Y así elevado en ráfagas de acentos
Que estallan del volcán de mi ternura,
Volarán, perfumándose los vientos
Con mis himnos de amor y de ventura.
Águila joven, tú desde tu altura
Herida viste en la caduca rama
Al ave sin su sombra y sin su nido,
Que en vez de canto armónico exhalaba
Doloroso gemido.
Nave ligera, ¿el vuelo detuviste,
Orlada de tus lindas banderolas,
Para amparar amante al barco triste
Que se va hundiendo náufrago en las olas?
Ave de dulce canto,
¿Por qué dejas tus mágicos pensiles?
¿Por qué del lago el delicioso encanto
Y su faz sosegada y cristalina,
Para trinar entre la ingrata hierba
Que surge entre las grietas de la ruina?
¿Por qué, poeta, al trovador errante,
Al que tiene en la planta vivas llagas
De atravesar desiertos y malezas,
Le ofreces esplendores,
Le circuyes de amigos y ternezas,
Le coronas de lauros y de flores? ....
¿No ves tú que los lauros y las rosas
Se secan con mi llanto? ¿Tú no sabes
Que cuando no halla abrojos mi camino
Teme abismos mi bárbaro destino? ....

¿No sabes que ese vino que levanta
Tu copa transparente, entre sollozos
Va á pasar calcinando mi garganta? ....
¡Qué! ¿no conoces que si rasgo el velo
Con que cubro mis ansias, como noche
Va á sepultarnos mi tremendo duelo? ....
Ven á mi corazón.... posa tu frente
Sobre mi pecho.... invoca de tu padre,
En quien adoras.... santa la memoria,
Y á las altas virtudes y al renombre
Entre mis brazos te ungirá la gloria.

IV

CANCION POPULAR.

(DE FIDEL.)

Ancho sombrero poblano
En la despejada frente;
La manga al hombro pendiente,
Y su jarana en la mano;
Negra calzonera abierta,
Con rica botonadura;
Luenga daga en la cintura
Con nácar banda encubierta:

Así á la luz de la luna
Canta trovas Pepe el Tuno,
Recordando uno por uno
Los lances de su fortuna.
Retoza la jaranita
Bajo sus dedos lascivos,
Y á sus cantos expresivos
Su china alegre palpita.

Bendiga el cielo, trigueña,
Esos brillantes luceros,
Tan vivos, tan zalameros,
Tan sagaces, tan así.
Cuando los guiñas alegre,
¡Vive Dios! que pierdo el juicio;
Me sublevo y me desquicio,
Y no sé lo que es de mí.

Maldigo yo los amores
Que no son así, de holgorio;
Que parecen responsorio
Según el gemir tenaz.
El amor es el contento,
La delicia, el abandono;
Quédese para el buen tono
Con llantos enamorar.

Cuando estrecho tu cintura,
Por Cristo que no me engañas,
Ni á una resma de bretañas
Debes su aspecto galán.
Cuando de tu linda cara
Un beso y otro te arranco,
No me queda un ruedo blanco
Cual quien come mazapán.
....

Cuando ostentas salerosa
Tus encantos seductores,
Rejuvenece las flores
El viento de tu castor.
Y cuando su falda astuta
Con tu andar airoso vuelas,
Relucen sus lentejuelas
Como destellos del sol.

Breve el pie, delgado el labio,
Con imperceptible bozo;
Bajo el delgado rebozo
Latiendo un fiel corazón:
Para la gente plebeya
Es la vida la hermosura;
Ni hay comercio en la ternura
Ni contrato en la pasión.

Ni un hombre, al pedir la mano
De una muchacha al notario,
Hace primero inventario
Al objeto de su amor.
Adios, china.—Adios, amigo:
Envido —Quiero— Atrevida:
Nos casaremos, mi vida,
Y que nos bendiga Dios.

Si te miro en un fandango
De esos de arpa y de dos luces,
Me entusiasmo y me hago cruces
Admirando tu primor.
¡Qué saque! ¡oh Dios! ¡qué jaleo!
¡Que redoble!...... y otro salto:
Más pianito; no tan alto,
Porque se enoja el Señor.

¡Canario! que esa cabriola
Diera gozo al mismo infierno:
Alto, que me descuaderno;
Tenga compasión de mí.
Más jarabe, más mistela;
Luz, que la pieza se opaca;
Si esto ve, no nos ataca
El almirante Baudin.

Pero ¡ay quien te hable, trigueña!
Yo le daré, por San Pablo,
Un recuerdo para el diablo
En la hoja de mi puñal.
De un bote apago las luces,
Como frenético embisto;
Vale que, de Cristo á Cristo,
Solo Dios es capitán.

Cántame un són, mi trigueña,
De esos de tono sabroso,
De esos de acento amoroso
Que me derriten á mí;
De esos que dejan recuerdos
Y que me inspiran contento;
De esos que exhalan al viento
Un aroma de jazmín.

Yo te adoro, mi trigueña,
Con delirio, encanto mío;
Y siento hasta el calofrío
Cuando me hallo junto á tí.
Cuando predican del cielo
Te vienes á mi memoria:
Yo ya sé cómo es la gloria,
Que conozco á un serafín.

Te adoro de cuerpo entero;
Te adoro con toda el alma;
Te adoro en medio á la calma,
Y te adoro en el dolor.
Por más que miro en las calles
Tanta orgullosa catrina,
Digo: más linda es mi china,
Y su enagua de castor.

Y...... ¡la ronda! —Dénse presos:
Pepe el Tuno— Nada importa:
Por portador de arma corta,
Al grillete por un mes.
No llores, por Dios; te llevo
Del pecho entre tela y tela:
Yo soy hombre, el tiempo vuela;
Que no te conozca el juez......

MANUEL PUGA Y ACAL.

I

OCEANO NOX.

Todo duerme en torno mío;
Sólo el mar está despierto:
De la onda vigilante
Se oye el monólogo eterno.
Plegadas las velas todas,
Porque también duerme el viento,
El barco que se desliza
Sobre el Oceano inmenso,
Al fulgor de las estrellas
Parece un enorme féretro.
Ellas mismas, las radiosas
Pupilas del firmamento,
Parecen cirios que arden
Junto al túmulo de un muerto.
¿Por qué todo está tan triste?
¿Por qué está todo tan negro?
Y ¿por qué obstruye la bruma
Mi fatigado cerebro?......
—"Hombre imprudente, que huyes
Del vivificante sueño,
Y vienes del Oceano
A sorprender los secretos,
Sabe que yo soy tan sólo
Dilatado cementerio.
Yo sirvo de último asilo

A cadáveres sin cuento
Que en mis abismos profundos
Duermen el último sueño.
Allá en las playas remotas
Que azoto á veces colérico,
Hijos, esposas y madres
Lloran por los que no han vuelto.
No los verán nunca, nunca;
Mi presa son; yo los tengo,
Y es mentirosa conseja
Que yo mis presas devuelvo.
Que de todo cuanto muere
En el mundo, soy el dueño,
Y todo, tarde ó temprano,
Ha de venir á mi seno.
Tú mismo, cuando al fin logres
Llegar á seguro puerto,
No habrás aún escapado
A mi poderío inmenso.
Por tí y por los que descansan
Bajo la tierra, en sosiego,
He de ir pronto, muy pronto,
Yo, destructor elemento,
Cuando islas y continentes
Invada al fin, y en el piélago
Sin límites del vacío
El orbe ruede en silencio,
Como una lágrima enorme
Llorada por los que fueron."
Esto la mar me decía
En su monólogo eterno,
Una noche en que ella sólo
Y yo estábamos despiertos.

II

AMBICION.

En Suiza, por los altos ventisqueros,
Sin querer descansar un solo instante,
Huyendo de la turba de viajeros
Corría jadeante.
Por el borde de abismos tenebrosos
Pasaba persiguiendo temerario
Los vértices —¡fantasmas misteriosos
Envueltos en blanquísimo sudario!—
Ansiaba, en mi soberbia y mi locura,
Llegar, tras tanto afán y pena tanta,
Hasta la ignota, inmensurable altura
Do nunca humano sér puso la planta.

En mi patria después, de los boscajes
Por lo más silencioso é intrincado,
Por donde no hay ni claros ni pasajes,
También he caminado.
En tanto que mi faz ensangrentaban
Las espinas agudas que la herían,
Mis manos anhelantes apartaban
Las ramas que á mi paso se oponían.
Porque, siempre soberbio y orgulloso,
Llegar quería tras afán tan rudo,
Al rincón de la selva más umbroso,
Do nunca humano pie posarse pudo.

En el afán eterno de la vida,
Sin que nunca la lucha me fatigue
Ni me acobarde la ilusión perdida,
Una ansia me persigue.

Quiero encontrar el corazón dormido
Que los sueños de amor nunca han turbado,
Que junto de otro pecho no ha latido
Ni al eco de otra voz ha palpitado.
Quiero, en mis orgullosos ideales,
Hallar el alma para mí creada,
Virgen como las selvas tropicales,
Como la nieve alpina, inmaculada!

AMBROSIO RAMIREZ.

ODA AL TRABAJO.

Ya en el cielo presagian los crepúsculos
La bella luz del día; ya amanece
Tras las riscosas cumbres de los montes,
Y de nocturna soledad los signos
Disipa la mañana; es ya la hora
De acudir al reclamo con que invita
El trabajo al placer de sus festines:
La blanda esclavitud del torpe sueño,
Romped, caros amigos. ¿Por acaso
No para todos amanece el día?
Y es el día feliz con que comienza
De otro siglo de oro el curso plácido
Que no Saturno regirá. Más grande
Que el áurea edad del fabuloso numen
Nuestro siglo ha de ser, que en más ventura
Y en equidad mayor y paz bendita
Gobernará á los hombres el trabajo.
Si amorosa cual antes no es la tierra
Que sin cultivo sazonadas pomas
Nos prodigue doquier; si las encinas
No manan dulce miel, ni leche cándida
Ha de ser el caudal de nuestros ríos;
De la madre común el blando seno,
Por el sudor del hombre fecundado,
Derramará sin fin de bien seguro
Y dones positivos ancha vena.
Nuestro mal de presente fenecido

Pronto será, y entonces, Madre patria,
Para tí empezará de venturosos
Y ricos años prolongada serie.
Ya no habrá quien se arroje en quilla frágil,
Sin estrella ni ruta, al Oceano
Que agitan la ambición, la artera maña,
El torpe dolo, la ruín falsía;
A ese túmido mar donde han hallado
Claros varones y plebeyas gentes,
En vez de honor excelso y alta gloria,
Y tras de recia tempestad, segura
Muerte en el seno del hinchado piélago;
Pero sí la llanura del Atlante
Que nuestras costas baña, de ligeras
Naós mercantes se verá poblada;
Oiráse de las máquinas, henchidas
De lo ajeno trocado por lo propio
Con voluntad concorde, el fuerte grito
Retumbando en las cóncavas montañas.

Ved ya cuál cruzan el inmenso valle
Y los prados amenos; ved cuál suben
A las enhiestas cumbres, cuál penetran
El seno de los montes, cuál del río
Se lanzan á través en curso férvido.
De natura, del arte y de la industria,
Mercurio activo volará, llevando
De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo
El preciado tesoro á los mortales.
No más atado el yugo ponderoso
Al cuello habrá de ser de tardos bueyes,
Que otra reja abrirá los grandes surcos,
Y otro será el arado, otra la esteva.
Ni más el arador, de sus labores
Hacinará con pena el fruto cierto,

Que gentil segadora en bellos haces
Recogerá las mieses opulentas.
Ve presa, madre patria, á la discordia
Cargada de cadenas, y la turba
De ruindades exánime á tus plantas.
Mira en tus campos el mortal beleño,
Que ánimo y fuerzas y vigor enerva,
Doquier marchito, y la frondosa oliva
Regalando á tus hijos fresca sombra.
¡Oye qué grato en el taller se escucha
De alígeros volantes el ruido!
¡Qué negro sube el humo de las fábricas
Al cielo en gruesas nubes! ¡Oh mil veces
Venturoso trabajo!

Y ya que hubieren
Los vicios terminado, almas virtudes
Tornarán á vivir entre los hombres:
En sus tronos augustos la justicia
Y la verdad excelsa con luz pura
De nuevo brillarán; del fiero Marte
No habrá á quien guste el bárbaro ejercicio
De sanguinarias lides contra hermanos;
La amable paz y la concordia santa
Habrán grata manida en todo pecho:
A la feliz progenie que suceda
Darán los cielos abundosos meses:
Y tú, Patria, depuesto el torvo ceño
De propios y de extraños enemigos,
Dejarás los pesares que hoy te afligen
Entre mirtos y rosas olvidados.
¡Cuánto gozo habrá entonces en el mundo!
¡Qué dichosos, amigos, de esta Patria,
Que tanto amamos, correrán los días!
¡Y cuán hermoso al declinar la tarde
Habrá de ser en el hogar paterno,

Junto á la amada esposa y caros hijos,
Disfrutar las delicias que regala
Tras largo trabajar dulce reposo!
O en el disanto, cabe la onda pura,
Bajo las frondas del ameno prado,
¡Con qué placer los fatigados miembros
Cobrarán su vigor en grata fiesta!
¡Oh, si pluguiese al cielo que mis días
Los bienhadados años alcanzaran
Que te esperan ¡oh Patria! Aunque las musas
Nunca han sido conmigo dadivosas,
Pugnara por lograr el dón celeste
De su divina inspiración, y entonces
Fuera en mi senectud consuelo santo,
La sien ceñida de laurel, tu dicha
Decir al mundo en numeroso canto!

VICENTE RIVA PALACIO.

I

EL ESCORIAL.

Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo:
Águila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

II

A MI MADRE.

¡Oh cuán lejos están aquellos días
En que cantando alegre y placentera,
Jugando con mi negra cabellera,
En tu blando regazo me dormías!

¡Con qué grato embeleso recogías
La balbuciente frase pasajera
Que, por ser de mis labios la primera,
Con maternal orgullo repetías!

Hoy que de la vejez con el quebranto
Mi barba se desata en blanco armiño,
Y contemplo la vida sin encanto,

Al recordar tu celestial cariño,
De mis cansados ojos brota el llanto,
Porque pensando en tí, me siento niño.

III

GLORIA.

—¿Adónde vas, hijo mío?
—Al combate, á la victoria;
Suena el clarín de la gloria,
Y piensa escribir mi brío
Mi nombre ilustre en la Historia.

—Es grande tu atrevimiento.
—Padre, el mundo lo proclama;
Cuando la patria nos llama,
Con tan noble sentimiento,
¿Qué corazón no se inflama?

—¿Y qué buscas, delirante,
Tras de la ruda batalla?
—Ver mi bandera triunfante
Entre el polvo que levante
El bote de la metralla.

—¡Ay! hijo, temo perderte;
Me agita la pena fiera.

—Si me es adversa la suerte,
Cubran mi lecho de muerte
Los pliegues de mi bandera.

—¿De dó vienes, hijo mío?
—Padre, torno de la guerra.
—¿Y fué tu destino impío?
—Libre está ya nuestra tierra,
Y libre por nuestro brío.

—¿Y alcanzaste, hijo querido?......
—No preguntéis, por favor:
Después de quedar herido
Alcancé, padre, el olvido
Y un recuerdo de dolor.

—¿Y esperas, en tu dolencia?......
—Sólo espero, por mi mal,
Tras vergonzosa indigencia,
La cama de un hospital
Para acabar mi existencia.

—¿Y tus sueños? —Se han borrado
¡Ay padre! de mi memoria.
—Locura es, hijo, la gloria,
Que nunca del hombre honrado
Guarda el recuerdo la Historia.

IV

A DOS GOLONDRINAS.

(EN EL MAR.)

¿Adónde vais, peregrinas,
Ligeras cruzando y solas,
Inocentes golondrinas,
Del mar las tendidas olas?

Si acaso con vuelo incierto
Buscáis un puerto seguro,
Yo os daré tranquilo puerto
Bajo un sol ardiente y puro.

Y allá, si queréis creerme,
Entre mirtos y azahares
Vereis mi patria que duerme
Al ronco són de dos mares.

Tended allá vuestro vuelo
Y hallareis plácido encanto
Donde es una fiesta el cielo,
Donde es el idioma un canto.

Sobre cascadas de flores,
Perlas regando la aurora,
Los alados trovadores
La anuncian cuando colora.

En los lagos de cristal
Que blanda toca la brisa,
Plácida luz matinal
Ensaya dulce sonrisa.

Allí en la obscura montaña
Se mece gigante encino,
Como flexible espadaña
En el lago cristalino.

Y flores, y aves y fuentes
Y mares, con grato són,
Alzando están reverentes
Sus himnos de adoración.

Y se mezclan confundidos
En un inmenso concierto

Murmullos, cantos, rugidos,
Como la voz del desierto.

Seguid con alegre vuelo
Hasta esa patria, viajeras;
Veréis retratar el cielo
Los lagos de las praderas.

Veréis mares azulados
Como el puro firmamento,
Y de perlas coronados
Al soplo manso del viento.

Veréis cruzar hechiceras
Garzas blancas y rosadas,
Las lucientes cordilleras
De las ondas encrespadas.

Y en la ribera frondosa
Del mar la brillante espuma,
Regar la playa arenosa
Del país de Moctezuma.

Mecerse los cocoteros,
Dando sombra regalada,
Y entre los verdes mangueros
Pasar el aura callada.

Y en desatado torrente
La luz intensa bañar
El bosque, el prado, la fuente,
El lago, la sierra, el mar.

Llegar con pausado vuelo
Las noches tibias y bellas,
En su fantástico velo
Tejiendo polvo de estrellas.

Y en el húmedo follaje
Mil insectos luminosos
Que brillan en el ramaje
O se arrastran afanosos.

Y surgir entre la sombra,
Melancólicos, süaves
Con tal ternura que asombra,
Los cantos de extrañas aves.

Y sigue en grato concierto,
De las aves el arrullo,
Lejano, manso é incierto
De las fuentes el murmullo.

Y más que rumor, gemido
En los árboles gigantes,
Fingir el viento perdido
Entre las hojas flotantes.

Seguid, pobres golondrinas,
Buscando tan dulce cielo,
Que encontraréis, peregrinas,
A vuestras penas consuelo.

Seguid, y con rumbo cierto
Cruzad la cerrada bruma;
Que os dará seguro puerto
La patria de Moctezuma.

Y dejando el mar bravío,
Alzad himno de alabanza,
Llevando hasta el suelo mío
Mi recuerdo y mi esperanza.

JUSTO SIERRA.

I

EL FUNERAL BUCOLICO.

Incipe Menalios mecum mea tibia verens.
VIRG. ÉGL. VIII.

Su esfera de cristal la luna apaga
En la pálida niebla de la aurora,
Y la brisa del mar fresca y sonora
Entre los pinos de la costa vaga.

Aquí murió de amor, en hora aciaga,
Mirtilo, y bala su rebaño, llora
La primavera, y le tributa Flora
Rústico incienso cuyo olor embriaga.

Allí la pira está; doliente y grave
Danza emprenden en torno los pastores
Coronados de cipro y de verbena:

La selva plañe con murmurio suave,
Y yace, de Mirtilo entre las flores,
Oliendo á miel aún la dulce avena.

Mas llegan los pastores en bandadas
Al reir la mañana en el Oriente;
Mezclan su voz al cántico doliente,
Y se abren las violas perfumadas.

Ya se tornan guirnaldas animadas
Las danzas; ya las mueve ritmo ardiente
Al que hacen coro en la vecina fuente
Faunos lascivos y risueñas driadas.

Vibra Febo su dardo de diamante:
El baile raudo gira; el seno opreso
De las pastoras rompe en delirante

Grito de amor que llena el aire enceso.
Mirtilo, el boquirrubio, en ese instante
Vuelto habría á la vida con un beso.

Únese á los sollozos convulsivos
De los abiertos labios, el sonoro
Choque, y recogen el caliente lloro
Las rojas bocas en los ojos vivos.

¡Homenaje á Mirtilo! ¿Cómo esquivos
Podrían ser sus manes á ese coro?
Al soplo del amor y en barca de oro
Su alma huía los cármenes nativos.

Las tazas nuevas en que hierve pura
La leche, vierten del redondo seno
A torrentes su nítida blancura.

Sobre el fúnebre altar de aromas lleno,
El fuego borda al fin la Pira obscura
Y asciende el sol en el zafir sereno.

Crece la hoguera, muerde con enojo
Las ramas cuya esencia bebe el viento,
Y el baile muere al exhalar su aliento
La última llama en el postrer abrojo.

En un vaso de arcilla, negro y rojo,
Recogen las cenizas al momento
Los pastores, y en tosco monumento
Guardan píos el mísero despojo.

Duerme, Mirtilo; la floresta umbría
Que en tu sepulcro abandonado vierte
Su inefable y serena poesía,

No olvidará tu dolorosa suerte:
Ni de tu amor la efímera elegía,
Ni tus bodas eternas con la muerte.

II

AL AUTOR DE "LOS MURMURIOS DE LA SELVA."

Quod si Threicio blandius Orpheo
Auditam moderere arboribus fidem
Non vanæ redeat sanguis imagini.

HORATII *Carminum.—Liber I, Carmen XXIV.*

Probaste en la vernácula zampoña
A revivir los cánticos helenos,
Y el tallo yerto para tí retoña.

La sicilide abeja tus serenos
Versos busca, de gérmenes de vida
Y de dulzura misteriosa llenos.

A tu rústica puerta y escondida
Cuelga, entre las volutas de la hiedra,
Tu avena, en miel del Hyblos embebida;

Táñesla cual ninguno; tu grey medra
Al oirla, florecen los alcores,
La fuente ríe en el brocal de piedra,

Y cantan los arpados ruiseñores.
En tu honor aun celebran su concilio,
De Febo á los cadentes resplandores,

Las Piérides sacras, y el Idilio
Enlaza á tu corona de cristiano
Una rama del lauro de Virgilio.

Oh! díme ¿no es divino, por humano,
El arte que formando egregio coro,
Con los *aedas* nace soberano,

En Athenas, de Grecia alma y decoro,
Toca al zenit y deja en los latinos
Labios, morir sus cláusulas de oro?

Creación perdurable, á los destinos
De una raza excedió; en ella informa
Lo bello al realizarse; sus genuinos

Caracteres serán perpetua norma
De la poesía, forma de la vida
A que da ser la vida de la forma.

Tú lo sabes; por eso tu alma henchida
De música inefable, trasvasaste
A la urna por Teócrito esculpida.

Y del Mincio en los cálamos posaste,
Que en perlas desgranó su cristal puro
Para hallar en tus rimas áureo engaste.

¿Y nada más? Existe en el seguro
De tu conciencia un Dios que comunica
Tu vida con el cielo, y cabe el muro

De tu humilde cabaña, en flores rica,
Una latina diosa solitaria
Tu casto amor con su blancura indica;

Al primero la íntima plegaria,
A la diosa los délficos cantares....
Ay! afuera la errante procelaria

Anuncia tempestad á los hogares;
Afuera el ala férrea de los vientos,
Enloqueciendo los insomnes mares,

Los estrella del globo en los cimientos
O los arrastra en montes que naufragan,
En vórtices de sombra, y que violentos

Resurgen del abismo, al cielo amagan
Y de la tarde en la velada frente
Despedazan el Iris y lo apagan....

¡Cuán bueno, cuánto al ánimo es clemente
El solemne silencio del pasado!
¡Qué deleite recóndito se siente

Si el anhelo de hoy queda olvidado
"Por la dulzura de mejor memoria!"
¡Cuán amable refugio el inviolado

Santüario del arte, en que la Historia
Semeja himno lejano, y un suspiro
La vida, y breve exhalación la gloria!

Mas ¡ay! tramontó el sol que en el zafiro
Vió transcurrir la era de alegría
En que su amor gentil cantó Titiro,

Y el viento que á Virgilio conducía
Llevaba entre sus ondas hasta el puerto
De la estrofa de Horacio la armonía!

¿Por qué crece entre el mármol del desierto
Templo del dios de Klaros, el espino?
¿Y por qué ha muerto Pan? ¡Ay! pero ha muerto,

Y de tu caña el ritmo peregrino
¡Oh dulce bucoliasta americano!
El sueño del caprípedo divino

Ha de probar á interrumpir en vano.
Duerme el numen el sueño del Averno
Desde el día que de un altar cristiano

Bajó un efluvio penetrante y tierno
Impregnado en las lágrimas del mundo
Y otro ideal surgió.... Y este era eterno

Porque era el dolor. No el infecundo
Dolor pagano, alguna vez sublime
Pero suicida; no, sino el profundo

Manantial que en todo hombre oculto gime,
O al cielo en rojo surtidor se lanza:
Dolor que santifica y que redime,

Y del que surge pura la esperanza.
Pero aquel nuevo llanto ¡cuántas flores
Quemó y cuán presto disolvió la alianza

De la antigua poesía y los pastores!
El placer de vivir, y la inefable
Fruición de embriagarse en los amores

De la mujer, la frágil, la adorable;
La devoción por cuanto bello emana
De la materia (que es de lo Inmutable

Cambiante perenne) culpa insana
Digna de la Gehena fué; al altura
Los brazos levantó la estirpe humana

Implorando piedad.... Mortaja obscura
Dafnis halló en el Claustro, y la cabeza
De espinas coronó Cloe la impura....

Cual de herida colmena con presteza
Se parten los enjambres, así huyeron
Los dioses de la gran naturaleza;

Flores y aves exánimes cayeron,
Desaprendió la selva misteriosa
El habla de las brisas, y bebieron

Las estériles piedras la olorosa
Y blonda miel de los panales rotos.
Égloga, láctea y boquirrubia diosa,

Desamparó las greyes y los sotos,
Y aquel, de nublos y borrascas lleno,
Cielo, antes puro. Yace en los ignotos

Prados del asfodelo, en cuyo seno
Extínguese sin eco el canto grave
Del arpa santa en que solloza el treno.

La Égloga espiró; conserva el ave
El Iris de sus alas cuando muerta,
Mas no los trinos de su voz suave!

Depón la flauta pánica; despierta
A nuevo afán tu corazón, lo escuda
Con triple bronce, y en la ola incierta

Del Ponto hirsuto, y en la mar sañuda
De nuestra Edad demente, tu barquilla
Lanza, ¡y que Dios en tu socorro acuda!

O sois vasos de aroma hechos de arcilla
Y fugaz vuestra esencia se evapora,
O augusto signo en vuestra frente brilla

De una misión, si heroica, aterradora
¡Oh Poetas! mostrar á los humanos
El Sol oculto que las cimas dora.

O consumís vuestra alma en ayes vanos,
O de la prosa, triunfadora impía,
Sebéis el ideal guardar ufanos;

Lo erigís como antorcha en la sombría
Realidad, y llegáis á la ribera
De la gran noche, con la fe en el día.

Tú tienes esa fe viril y austera,
Hay en tí poderosas vibraciones,
Voces como la tuya el siglo espera.

Canta, canta al compás de los bordones
De la lira de bronce, aunque á tu acento
Estallen de dolor los corazones.

¡Qué importa! Si el dolor es el aliento
Del nuevo, que del hombre antiguo brota
Cual del carbón la llama con el viento!

Sigue en tu nave el rumbo y la derrota
Que van á lo ideal, mientras tus venas
Tengan sangre y tu cítara una nota.

Puede el Noto romper mástil y antenas,
No poner miedo en tí. ¿Qué su coraje
Es para el que hallará mares serenas

De eternamente arrullador oleaje?
Tienes seguro el puerto prometido,
No puedes desmayar en el viaje.

Nosotros sí; que el azaroso nido
De nuestra inspiración, ya no calienta
Águilas que transpongan el olvido,

Y surcando soberbias la tormenta,
Sepan clavar, vencido ya el nublado,
Su pupila en el Sol, brava y sangrienta.

¿Y en qué Sol, si ya el nuestro se ha apagado?
¿Si están mudos oráculos y altares?
Si en un rayo supremo condensado

El fulgor de los mundos estelares,
Ni un faro, ni uno solo, encender puede
En la noche sin fin de nuestros mares?

El Universo á nuestro empuje cede:
En polvo de creencias van cayendo
Sus viejos aledaños; nada excede

A esta fuerza; el Examen, el tremendo
Explosivo que mina Cielo y Tierra......
Y rueda en tanto el Orbe, entre el estruendo

Que al estallar en inexpiable guerra
Hacen los dogmas próceres. ¡Ruina
Que se agiganta y al vidente aterra,

Y por entre la cual densa y sanguina
La ola humana rompe efervescente
Y á nuevos horizontes se encamina!

¡Nos queda la Verdad! dice el prudente;
¿Pero qué importa la verdad que pasa?
¡Solo importa lo eterno á nuestra mente!

La Ciencia, vasto mar que todo arrasa,
Es como el mar, que no tiene una gota
Para calmar la sed que nos abrasa.

Ay! no es la Duda; á la región ignota
Nos dirigimos, pero no salvamos
Nunca el abismo en que la noche flota.

Y sufrimos, ¡oh! sí, mas no dudamos;
No; sabemos que nunca de la escala
De lo Absoluto se hallarán los tramos.

Jamás tal poesía, la que exhala
El espíritu enfermo, ave que al suelo
Tiene clavada para siempre el ala,

Podrá satisfacer el hondo anhelo
Por esos ideales al proscrito
Caros: un Dios y un más allá en el cielo......

Suspende tu canción y oirás el grito
Que el alma nueva en su naufragio lanza;
Sólo ansía una tabla: el Infinito,

Y nuestra voz á hablarle sólo alcanza
De aceptar el deber sin recompensa,
De cumplir el deber sin esperanza......

Y nos rechaza, ¡acaso en tu fe piensa!
Arranca de las cuerdas del salterio,
Poeta y sacerdote, nota inmensa

Que al vibrar de la sombra en el imperio,
Para el grupo escogido que ama y siente,
Se torne luz y alumbre el gran misterio;

O en amor se transmute omnipotente
Y por él el enigma se resuelva
Que torna al mundo en *la Ciudad doliente.*

Pero antes tu experto labio vuelva
A copiar, en las cañas desiguales
Del dios Pan, los *murmurios de la selva.*

Y estos que lloro subjetivos males,
Si son ciertos, ¿por qué no desleirlos
En la muelle canción de los zagales?

¿Por qué de las alondras y los mirlos,
Parvada celestial que en tu arpa anida,
No han de poder los cantos adormirlos?

Ese es el secreto de la vida:
Olvidar; tú has hallado en las arenas
Un Oasis; allí cantando olvida......

Pero no lo podrás, y tus serenas
Horas de inspiración serán turbadas
Por la agria voz de las humanas penas.

Entonces nos dirás tristes baladas,
Llenas, como las ráfagas de invierno,
De nidos rotos y hojas arrancadas......

Aun vivirá Virgilio, ¡que es eterno!
Mas no el de la Natura dulce amante,
Sino un genio flotando entre el Infierno
Y la sombra fatídica del Dante.

FRANCISCO SOSA.

I

EL MENDIGO.

Ya no piedad sino temor abrigo,
(No porque lleve corazón de roca)
Si oigo que santa caridad invoca
Envuelto en sus harapos el mendigo.

En él oculto encuentro al enemigo
De la familia y del taller; provoca
Al incauto holgazán á vida loca,
Que es de su infame proceder testigo.

Si un asilo benéfico le ofrece
La hermosa y noble caridad cristiana,
Al nombre del asilo se enardece.

¿Trabajo le brindáis? con furia insana
Os mira, y al instante desparece
Para volver á mendigar mañana.

II

QUANTUM MUTATUS AB ILLO.

¡Coronas de laurel! para el guerrero
Emblema hermoso de eternal memoria,
Coronas esculpidas por la historia
En el bronce ó el mármol duradero:

Si un tiempo fuisteis el afán primero
Del inspirado trovador, su gloria,
Os habéis convertido en irrisoria
Ofrenda concedida hasta al torero.

Del histrión infeliz ornáis la frente
Entre el aplauso de la turba necia
Que el circo asorda cual turbión rugiente.

Quien de sensato con razón se precia
¡Oh coronas! os mira indiferente,
Y vuestro brillo el pensador desprecia.

III

A LA CIENCIA.

Yo no te admiro, no, cuando la prora
Del hermoso bajel los mares hiende,
Ni cuando altiva y poderosa asciende
Las cumbres la veloz locomotora.

No ensalzo tu poder porque señora
Eres del rayo que á tu voz desciende,
Ni me asombra saber cómo sorprende
Secretos, tu mirada indagadora.

Mas si del torpe error y la mentira
Tu luz al hombre por su bien redime
Y en la razón y en la verdad le inspira,

Entonces tu grandeza en mí se imprime,
Y el alma ¡oh Ciencia! con fervor admira
Tu excelsa gloria y tu poder sublime.

IV

A LELIA.

Cuando marchite tus galanas flores
El que es de la beldad fiero enemigo,
Y en vano pidas protección y abrigo
A los que fueron, Lelia, tus amores;

Cuando todos te olviden; cuando llores
En triste soledad, sin un amigo
Que de tu pena ruda al ser testigo
Anhele disipar tus sinsabores,

Entonces ven á mí; conserva el pecho
Puro el recuerdo de su afecto santo
Y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, Lelia, ven; mi hogar estrecho
Contigo partiré, que no lo es tanto
Que en él no quepan tu dolor y el mío.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

TUS PENSAMIENTOS.

I

Yo cultivo cariñosa
En unos preciosos tiestos
Unas plantas florecientes
De variados pensamientos.

Unos son blancos, muy blancos,
Unos son negros, muy negros.
Otros predicen ventura,
Los otros pregonan duelo.

Los blancos dicen amor,
Olvido dicen los negros.
Las unos paz y alegría,
Los otros dudas y celos.

Y un lenguaje misterioso
Tienen esos pensamientos
Que yo adivino en sus hojas
Cuando en las tardes los riego.

II

El abismo que en tus ojos
Impenetrable contemplo,
Me recuerdan con tristeza
Esos pensamientos negros.

Y la sonrisa agradable
Que en horas tranquilas veo
Jugueteando en tus labios,
Al ver los blancos, recuerdo.

Que lo que de tí recibo
Lo bendigo, lo venero,
Lo mismo grata ventura
Que triste y amargo duelo:

Ora el amor inefable,
O bien el dolor intenso,
Las divinas alegrías,
O los crueles tormentos.

Y siempre llevo en el alma
Tus queridos pensamientos,
Ya sean negros ó blancos,
Como guardo tus recuerdos.

LUIS G. URBINA.

LA ULTIMA SERENATA.

A Juan de Dios Peza.

.. CANTO.PRIMERO.

I

Vaga, confusa, incierta,
Como un girón de niebla en el Invierno,
Aun se agita y despierta
Mi memoria rendida,
Con el triste recuerdo de mi vida
Amargo á veces, pero siempre tierno.
No es la historia completa; son escenas
Aisladas, en que el drama
Se desarrolla más, en que las penas
Luchan con el placer que las fascina,
Y en que á través de la confusa trama
La catástrofe triste se adivina.
Empero, más vivaz, más culminante,
Más clara, hay una escena,
Infeliz episodio de mi historia,
Que se presenta sola en mi memoria
Como el suelto eslabón de una cadena.
Allá...... mi dócil pensamiento vuela
En horas de quietud, y por mi frente
Vuelve á cruzar el caso infortunado,
Unica nave que dejó su estela
Indeleble, luciente,
Sobre el obscuro mar de mi pasado.

II

Cuando cierro los ojos ahuyentando
Pensamientos é imágenes sombrías,
Y, urna de mis recuerdos, abro el alma
Para que sé perfume mi existencia
Con la divina esencia
Que exhalan hoy mis juveniles días,
Miro á través de la dorada gasa
Del sueño, los diversos,
Pobres lugares do mi infancia pasa:
Aquel rincón del patio de mi casa
Donde compuse mis primeros versos;
Aquella biblioteca obscura y fría
Tapizada de viejos pergaminos,
En donde yo leía
Los libros peregrinos
Que exaltaron mi loca fantasía;
La ventana ruinosa .
Do mi primera novia me besaba,
La iglesia de mi barrio, silenciosa,
Triste, churrigueresca,
Con su nave elevada y gigantesca,
Su pórtico de toscas esculturas,
Y sus torres hermosas
Recortando, pesadas y angulosas,
El transparente azul de las alturas!

III

Después...... la mente mía
Cual corcel hostigado en su carrera,
Se exalta, se aligera,
Y me conduce á sitios encantados
Donde pasó mi juventud primera.

Aulas llenas de luz: allí los rayos
De un espléndido sol, limpio y sereno,
Indecisos brillaban,
Ora sobre los rizos
De cabezas alegres, soñadoras,
Atentas á la altura
En que el maestro reposado y grave
Hablaba con mesura;
Ora por los rincones
Iluminando solitarios bancos,
O ya sobre los negros pizarrones
Llenos de líneas y guarismos blancos.
¡Patios extensos, amplios corredores
De mi querida escuela,
Cuál se refresca la memoria mía
Cuando á vosotros anhelante vuela!
Y cuál mi fantasía
Rompiendo el triste, tenebroso seno,
Que ocultaba sus galas,
En vuestro ambiente, lleno
De luz y poesía
Alegre empapa las inquietas alas!

IV

Por fin, ya estás aquí, calle tortuosa,
Estrecha, solitaria;
Ni un detalle he perdido; la medrosa
Larga fachada de color obscuro,
Frente á la tapia donde cada piedra
Desmoronada, decoraba el muro
Con un penacho de frondosa hiedra:
La forma caprichosa
De dos columnas de labrado rudo,
En cuya base jónica, reposa

El tosco cuadro del antiguo escudo;
Y luego, aquella reja
De hierro ennegrecido
En la que alguien parece que se queja
De mi culpable olvido!
¡Ah! qué mucho que siempre que os recuerde
Fachada, tapia, reja, hiedra verde,
Llore por mi abandono y por mi ausencia,
Si en vuestra calle, lóbrega y sombría,
La más pura ilusión de mi existencia
Se ha quedado llorando todavía!

CANTO SEGUNDO.

I

Yo estaba enamorado: ¡quién no siente
Arder á los quince años esa llama:
La edad, en que se piensa en ser valiente,
En que se sueñan lauros en la frente,
Y de un sainete vil se forja un drama!
La edad en que queremos como sabios
Penetrar los arcanos de la ciencia,
Que alcen un himno á la virtud los labios,
Ser de los vicios el eterno azote,
E ir por el mundo desfaciendo agravios
Con las débiles armas del Quijote!

II

Así nació mi amor: en una tarde
Pasaba con mi libro bajo el brazo
Por esa calle, y en la reja aquella
Ví por primera vez, gentil y pura,
La niña de mis sueños de ventura,
Pálida, triste, pudorosa, bella.

Sobre el ancho sillón, las amarillas
Manos cruzadas en el blando pecho,
Allí tendida, inerte,
Sintiendo resbalar por sus mejillas
La sombra de la muerte;
Allí, como en un lecho,
La cabeza inclinada
Como una flor tronchada;
Con los ojos cerrados, el cabello
Desordenado en su revuelto giro,
Y en el delgado y transparente cuello
Conteniendo un sollozo ó un suspiro.
Como un nimbo de luz, un fino encaje,
Movido á veces por su aliento flébil,
Ornando su cabeza,
Y envuelto en blanco y vaporoso traje
El cuerpecito enflaquecido y débil.

III

Pasé, volví á pasar, y me detuve
Frente á aquella visión; sentí que el alma
Se postraba de hinojos,
Cuando ví que sus párpados se abrían
Y abrasadores rayos desprendían
Los profundos abismos de sus ojos.

IV

Y el sol, que se escondía
Entre las nubes de color sangriento;
La luna, sin fulgor, que aparecía
Sobre el obscuro azul del firmamento;
Una estrella que erraba

Brillando en los lejanos horizontes,
En el espeso velo
En que ya la silueta de los montes
Va cortando los términos del cielo;
La nieve del volcán, resplandeciente,
Enrojecida por el sol poniente,
Y hasta un granado que en la tapia asoma
Su rama más florida,
Hablaron de calor, de luz, de aroma,
De juventud, de porvenir, de vida.

V

¡Qué contraste, Dios mío!
¡Qué mirada tan honda de tristeza
Te dirigió la niña moribunda,
Madre Naturaleza!
Yo ante dolor tan vivo,
Viéndote hacer de tu hermosura alarde,
Me retiré callado y pensativo......
Y así nació mi amor, aquella tarde......!

VI

......Después de mis faenas
Estudiantiles, iba apresurado
Sintiendo con vigor inusitado
Correr la sangre ardiente por mis venas:
Pasaba, como siempre, cabizbajo,
Tímido, palpitante,
Siquiera fuese por mirar su sombra,
El divino perfil de su semblante,
O escuchar en un éxtasis amante
El rumor de sus pasos por la alfombra.

VII

¡Cuantas veces la ví, como en un sueño,
Fijar en mí sus ojos,
Y aparecer en su mejilla pálida
Misteriosos y púdicos sonrojos!
Creí que nuestras almas se mandaban
Algo como un saludo,
Y en tristes confidencias entablaban
Algún diálogo mudo.
¿Fué cierto?...... No lo sé; nunca he podido
Descifrar el misterio,
Ni al descansar cual hoy, yo en el olvido,
Y ella...... en el cementerio!
En mi ánimo abatido
Yo sólo sé que duerme desde entonces
La fe con que una vez osaba amarla,
Cual la chispa en el seno de los bronces
Mientras no viene el golpe á despertarla.

VIII

Una noche, mi cuarto de estudiante
No pudo contener, porque era estrecho,
Todas las ilusiones que brotaron
Del solitario fondo de mi pecho.
Al canto de mi amor, como gemidos
De la suprema angustia,
Respondieron los últimos crujidos
De mi lámpara mustia;
El Invierno, otra vez, á los cristales
De mi ventana en que se mira un cielo
Pavoroso y sombrío,
Fué á llamar con sus lágrimas de hielo

Como cuajadas gotas de rocío.
De mi alcoba salí, dejando el sueño;
Crucé las calles tristes y desiertas,
Llegué á la casa de mi amado dueño,
Y allí detuve el paso
Frente á esa línea de fulgor escaso
Que lanzan las maderas entreabiertas.
Mi romántico ensueño,
¿Dónde vagaba en tan solemne hora?
Tal vez me parecía
Que yo era el Trovador de esa Leonora.
Ignoraba su nombre, y no os asombre
Que así tuviera la razón perdida,
Pues todos los delirios de mi vida
Nunca han tenido nombre.
Me oculté en un rincón de la fachada;
¡Ni una luz; ni un rumor!...... Todo dormía,
Sólo mi alegre corazón latía......
Entre las rotas nubes
Un astro nada más resplandecía;
¡De qué grata ternura
Se llenó aquella noche
Mi alma, en el centro de su fe, segura!

IX

Entretanto, mi pálida.... ¿dormía?
¿En mí soñaba acaso? ó reclinada
En el borde del lecho,
Sintiendo estaba lo que yo sentía
Allá.... en el fondo de mi cuarto estrecho?
¡Ah! si estaba despierta,
Vago presentimiento
De que yo estaba ahí, frente á su puerta,
¿No la haría temblar por un momento?....

Trémulo me acerqué, y en el exceso
De mi cariño puro,
Imprimí largo beso
En el pesado y carcomido muro;
En voz baja le hablé de mis amores,
En voz baja también canté mis penas,
Cual cantaban antiguos trovadores
En dulce mandolín sus cantilenas.
Mi arpa era el viento, cuya voz eólica
En la frondosa rama del granado
Vibraba melancólica;
Con dulce acento entre la verde hiedra,
O grave y triste como voz lejana
Entre los rotos ángulos de piedra
O el hierro sin color de la ventana.
Cuando alcé la mirada al firmamento
Y ví la estrella huérfana y tranquila,
Lanzándome el reflejo macilento
De su inmóvil pupila,
Me pareció que acompañaba al viento
Y que en aquella noche, breve y grata,
Entonaba también mi serenata.

CANTO TERCERO.

I

Nueve tardes sin verla; nueve días
Sin sol, sin luz, sin galas;
Todas mis alegrías
Sin fuerzas ya para tender las alas!
Mi espíritu cansado
Y el horizonte de mi amor velado.
Largas horas, que envueltas
En el manto de sombras del crepúsculo,

Visteis mi angustia horrible,
Sin que mi labio prorrumpiera un grito,
Y me visteis inmóvil, pareciendo
Quizá tan insensible
Como aquellas columnas de granito;
Si cruzasteis el mundo,
Horas que el aura de la noche besa,
En vuestro tardo paso
No encontrasteis, acaso,
Un dolor más profundo,
Más inquietud, más pena, más tristeza!....

II

Aquella noche, llena
De reflejos purísimos, traía
Ese silencio sepulcral que asombra;
Recortaba con bordes luminosos
Los obscuros contornos de la sombra;
Dibujaba en el muro
Fantásticas siluetas,
Y hacía arder su resplandor más puro
Entre las verdes grietas!
Yo la miré en la calle
Tender sobre el quebrado pavimento
Su luz, como blanquísimo sudario,
Prendiendo, aterradora cual ninguna,
El amarillo disco de la luna
En la elevada cruz del campanario.

III

Y corrieron las horas, y me hallaron
En la misma actitud, mudo y sombrío;
El alma estremeciéndose de pena,
Y el cuerpo estremeciéndose de frío....

¡Qué batalla tan ruda
Libraron en mí mismo,
La esperanza, el temor, la fe y la duda!
Como bíblicos ángeles
Lucharon sobre el puente del abismo!
Me decidí por fin; hoy que me acuerdo
Mi decisión me pasma:
Crucé á lo largo de la tapia vieja,
Y, ebrio por el dolor, como un fantasma
Me detuve en la reja....
En tan triste momento
Quiso también acompañarme el viento;
Gimió en los hierros, empujó la puerta,
Iluminóse la ventana abierta,
Y por aquella parte luminosa
El confuso rumor de una plegaria
Fué rodando, rodando hasta perderse
Por la calle torcida, tenebrosa,
Estrecha, interminable, solitaria....

IV

¡Cómo llegué hasta allí! Sólo recuerdo
Impresiones primeras;
El crujir de las ceras,
De multitud de flores la fragancia,
Y algunos rostros lívidos
Llorando en los rincones de la estancia.
Y blanca, entre las ceras y las flores,
Por un velo cubierta,
Allí estaba el amor de mis amores!
Allí estaba la muerta!
Me acerqué paso á paso
Con la alma estremecida,
Pues que aquel era el delicado vaso

Que contuvo la esencia de su vida.
Y levanté ese velo,
Y á la rojiza llama de los cirios
Ví aquella faz serena,
De luz, de gloria y de ternura llena!
Ví aquellas amarillas
Manos cruzadas sobre el blando pecho;
Allí tendida, inerte,
Ya marchitas del todo sus mejillas,
Ya envuelta por las sombras de la muerte.
Tomé una de esas manos, seca y fría,
Y la estreché, temblando, con la mía;
Y aquel diálogo mudo
Que interrumpió el dolor y el alma hospeda
Como á rayo de luz seco follaje,
Concluyó con el último saludo
De un espíritu triste que se queda
Y otro que emprende el misterioso viaje.
No gemí; no lloré; yo era la nube
Que en tempestuoso cielo se pasea,
Bañada en agua por el éter sube,
Y al no poder llover, relampaguea!

V

¡Oh casta imagen de mis sueños, pasa!
¡Pobre rincón del patio de mi casa,
Corredores extensos de mi escuela,
Pasad; con retardaros, todavía
Mi espíritu cansado se consuela!
No he vuelto á ver la reja ni la calle,
Mas vivirán en la memoria mía
Mientras mi débil corazón batalle.
Alguna noche grata
Que recuerda mis horas de ventura,

La estrella que cantó mi serenata
Llena de paz, fulgura,
Callada y triste, como yo en mi duelo,
Sobre la muda soledad del cielo
Que semeja en lo inmenso mi amargura.

JESUS E. VALENZUELA.

EN LA PLAYA.

Tras la lejana cumbre de los montes
Se muere el sol como vencido atleta,
Y se encienden los anchos horizontes
Con regia luz sobre la mar inquieta.

El rumor de las olas un lamento
Alza perenne con extraña rima,
Y se enciende en el alma el pensamiento
De morir como el sol, sobre la cima.

Rumbo á la playa la lejana vela
Asoma adelantando presurosa,
Como avecilla que hacia el nido vuela
Huyendo del milano que la acosa.

Cerca ya se oyen gritos y canciones
Que entona el pescador á su regreso,
Sobre el domado mar que ricos dones
A sus afanes rinde con exceso.

Con voces raras y de vario modo
Todo manda en redor su despedida
Al padre de la luz, y canta todo
La inmensa majestad de su caída.

Brota la estrella del amor; la sigue
Cerca Diana en el azul del cielo,
Como alma enamorada que persigue
Dicha fugaz que se le torna en duelo.

¡Oh dulce estrella del amor! Errante,
Al contemplarte cuando el sol desmaya,
Se escucha el beso largo y delirante
De Otelo y de Desdémona en la playa.

Del oleaje en la revuelta espuma
Quiebra la luz su postrimer reflejo,
Y del haz de las aguas, en la bruma,
Se alzan la noche y su letal cortejo.

El negro carro de las ruedas de oro
Tirado avanza por las horas mudas,
Y en torno surgen murmurando un coro
Las blancas oceánides desnudas.

Reina el silencio. En el espacio vago
Brillan los astros con su luz incierta;
Se oyen á veces el reir de Yago,
Voces de Otelo proclamando *¡muerta!*

¿Qué horror encubres en tu seno obscuro
¡Oh noche! indiferente á los dolores? . . . .
¡Ah! despedaza tu ropaje impuro
Manchado por fatídicos colores.

Nada es verdad. Cuando el Oriente ciña
La corona de luz de la mañana,
Vendrán el héroe y la graciosa niña
Feliz con él y de su dicha ufana.

Los sueños negros de la noche triste
Disipará la brisa de los mares;
Ya el sol de oro la montaña viste,
Y naves llegan de los patrios lares.

¡Venid! ¡venid! . . . . El plácido suceso
En el ruido del dolor desmaya.
¡Han muerto! ¡han muerto! y su tremante beso
No sonará ya más sobre la playa!

EDUARDO DEL VALLE.

CUAHUTEMOC.

(Fragmento.)

En el nombre del Sér cuya existencia
No conoció principio ni fin tiene,
Y cuya soberana Omnipotencia
El movimiento universal sostiene;
En el nombre de Aquel cuya influencia
Cuanto existe, benéfica mantiene,
Voy á elevar mi voz entusiasmado
Para cantar de Anáhuac el pasado.

¡Anáhuac! el recinto de las flores;
El emporio feliz de la riqueza;
El país de los pájaros cantores;
El paraíso de sin par belleza.
Anáhuac, que ostentando los primores
Que pródiga le dió Naturaleza,
Como una virgen candida brindaba
Los inmensos tesoros que guardaba.

Voy á cantar los hechos valerosos
De los de Anáhuac ínclitos guerreros
Que midieron sus armas animosos
Con destructora hueste de extranjeros.
Voy á cantar los lances prodigiosos
De los caudillos que lograron fieros
Hacer morder al invasor la tierra
En tan sagrada como infausta guerra.

De mi voz al conjuro poderoso
De nuevo se alzarán los edificios
Cuyo aspecto severo y majestuoso
Del azteca saber nos dejó indicios.
De sus dioses terribles el odioso
Anhelo de sangrientos sacrificios
Presentaré también como evidencia
Segura de la idólatra creencia.

Cantaré la belleza de su cielo;
De sus brisas la plácida frescura;
La exuberancia de su fértil suelo,
Y de sus flores la fragancia pura.
Así veloz recorrerá mi vuelo
Ya el monte colosal, ya la llanura,
Ora el arroyo manso, ora el torrente
Que arrasa lo que encuentra en su corriente.

¡Ah! si tener lograra el dulce encanto
Del gran Netzahualcóyotl la voz mía,
Fuera el murmullo de mi débil canto
Inagotable fuente de armonía.
¡Cuánta dulzura sin igual, y cuánto
Esplendor mi palabra expresaría
Si yo lograra que á mi mente inquieta
Diera su inspiración el rey poeta!

Entonces de mis labios, con presura,
No frases brotarían, sino flores
De blando aroma y sin igual frescura
Que ostentaran bellísimos colores.
El manso murmurar del aura pura
Que acaricia los mirtos tembladores,
A veces mi voz rústica sería,
Y otras rumor de tempestad bravía.

¡Con qué vigor mi varonil acento
Las acciones heroicas relatara
Del bravo Cuitlahuác, cuyo ardimiento
Hasta el propio enemigo respetara!
Lleno de inspiración, mi pensamiento
A la región celeste se acercara;
Y en imágenes ricas en belleza
De Anáhuac cantaría la grandeza.

Sin más sostén, empero, que el ardiente
Y profundo entusiasmo que atesora
Mi pecho por la raza, que valiente
Lidió con la legión conquistadora;
Sin más inspiración que la que siente
Quien admira esa lid conmovedora,
Voy á elevar mis férvidos cantares
De la querida patria en los altares.

¿Y qué pecho no late entusiasmado
Al recordar de CUAHUTEMOC la gloria
Que como claro sol han conservado
Las páginas eternas de la historia?
¿Quién no siente su espíritu inspirado
Cuando los hechos trae á la memoria
Del valeroso intrépido caudillo
Que á México cubrió de inmortal brillo?

Débil mi canto, su rumor apenas
Se escuchará cual se oye la corriente,
En las noches calladas y serenas,
De la apacible y apartada fuente.
¡Ah! si el ardor que corre por mis venas
Diera á mi voz su fuerza prepotente,
Un himno al héroe de Anahuác alzara
Que el universo, al resonar, llenara.

Tosca es mi voz. Desnuda del ropaje
De la divina, bella poesía,
No podrá tributar un homenaje
Digno á la patria la palabra mía.
Pero no temo que el mordaz ultraje
Se desate en mi contra con porfía;
Porque tiene mi acento pobre y rudo
De Cuahutemoc el nombre por escudo.

RAMON VALLE.

MEXICO Y ESPAÑA.

(Fragmento.)

Dios lo quiso, y cual se abre la neblina
Que los soberbios Andes ocultaba,
Ante la orden divina
La tierra se ensanchaba,
Y dando un paso la obediente historia,
Vió Colón de la Rábida en el monte
A la luz pura de su misma gloria,
La América detrás del horizonte.

El mar desconocido y proceloso
Ya no es barrera ante el esfuerzo humano;
Es el que une en abrazo cariñoso
Al Viejo Mundo con su nuevo hermano.
Rayos que se unen en el foco ardiente,
Pólen que se confunde de dos palmas,
Su vida, sus ideas y sus almas
Cambiaron uno y otro continente.
Nos dió Europa, maestra complaciente,
El método al Progreso necesario,
Y México, la Reina de Occidente,
Dió al gran Papa Gregorio el calendario.

Mientras llegaba el día
En que á Europa la América daría
El vapor poderoso á cuyo vuelo

El tiempo y el espacio desparece,
El telégrafo, rayo que obedece,
El pararrayo que desarma al cielo.

En tanto Europa fiera en su pasado
Que el antiguo saber y la fe alienta,
Nos dió la Cruz y nos envió la imprenta.
¡Ah! ¡si hubiera la pólvora olvidado!

Córrase un velo de perpetuo olvido
En esta fiesta á la pasión extraña,
Para siempre olvidemos
Un pasado doliente,
Y desde hoy recordemos solamente
Los beneficios de la madre España.

Honremos siempre á los que el sér nos dieron
Y admiremos su hazaña
Con que de honor brillante se cubrieron,
Como el mundo la admira.
Odio jamás, sólo el amor inspira
La santa Religión que nos trajeron.

Las páginas borremos de la Historia;
Dios sabrá dar castigo y recompensa;
El que se venga, mereció la ofensa,
Y el que perdona, se cubrió de gloria.

Guatimoctzín, Caupolicán, titanes,
Con vuestra luz la humanidad refleja;
Cortés, Pizarro, Sámano, Calleja,
Morillo, Orrantia, paz á vuestros manes!

De hoy más, España, la nación gloriosa,
En su trono de siglos asentada,

Contemplará orgullosa
A las nuevas naciones,
Que iguales, del Señor á la mirada,
A su pendón unieron sus pendones.

Ella, España, nos dió la sangre hirviente
Que corre generosa en nuestras venas,
Y el alma independiente,
Que no sufre ni grillos ni cadenas.
Ella nos dió su espíritu guerrero,
Ella nos dió en herencia su arrogancia,
Que no sabe sufrir yugo extranjero,
Con Sagunto y Numancia,
Con Viriato y Pelayo,
Con Zaragoza, y con el Dos de Mayo.

Quisimos, madre, ser, como tú, grandes;
Quisimos, como tú, tener laureles;
Tú nos diste cañones y corceles;
Por Asturias, tenemos nuestros Andes;
Somos, no á tí, pero á tu gloria, fieles.
No perdones, admira nuestra hazaña;
Somos dignos de tí, la madre España!

ANTONIO ZARAGOZA.

I

LA ULTIMA NOCHE.

Ningún rumor en la ciudad se oía,
Todo enlutaba de la noche el velo:
El silencio y la sombra, —¡qué armonía
Con almas que lloraban sin consuelo!

¡De cuántos desgarrados corazones
Hondo lamento de dolor brotaba!
Hasta el viento rasando los balcones,
Parece que sus quejas exhalaba.

Por un cirio amarillo de repente
Una gota de cera iba rodando:
Parecía una lágrima candente
Por pálida mejilla resbalando.

Un extraño contraste se veía
Junto al cuerpo bellísimo sin alma:
Todos lloraban, y ella sonreía,
Ellos en el dolor, y ella en la calma.

Sus ojos, para el mundo ya cerrados,
Para un mundo mejor tenía abiertos,
Y en ellos se miraban retratados
Los goces celestiales de los muertos.

Ya lágrimas amargas no podían
Turbar la limpidez de su mirada;

Y sus ojos con éxtasis veían
El resplandor de la eternal morada.

Si asomaba á los párpados el llanto
Al contemplar su pálida belleza,
No era esa angustia que destroza tanto,
Era melancolía y no tristeza.

Es la amarga tristeza noche umbría
Sin estrellas, sin luces y sin calma;
Pero es la celestial melancolía
Un tranquilo crepúsculo del alma.

Y, ya olvidada del dolor que aterra,
Creía el alma en éxtasis profundo,
Que, suspensa la vida de la tierra,
Vivía con la vida de otro mundo.

Y voces celestiales á lo lejos
Hablaban de reposo y bienandanza,
Y verse parecían los reflejos
De la infinita luz de la esperanza.

Y se pensaba por extraña suerte
Oir una armonía seductora;
Tal vez cantan las almas á la muerte
Como cantan las aves á la aurora.

Parecían salir del aposento,
Cual la que vió Jacob, santas escalas,
Y dulces resonaban en el viento
Acentos de ángel y rumores de alas.

Tanta unción en su faz resplandecía,
Que, al verla, nadie la creyera inerte;
Su actitud soñadora parecía
Un éxtasis divino y no la muerte.

Tendida muellemente sobre el lecho,
Que no tenía forma funeraria,
Con las manos unidas sobre el pecho,
Parecía elevar una plegaria.

Como lleva la brújula el marino
Al recorrer el mar alborotado,
Para surcar el piélago divino,
Ella llevaba al Dios crucificado.

Al comenzar su viaje hacia la altura
Al amparo de Cristo se acogía,
Y entre sus manos de sin par blancura
Brillar un crucifijo se veía.

Los resplandores del blandón inciertos,
Fingían en su rostro, fugitivos,
Júbilo por los goces de los muertos,
Tristeza por las penas de los vivos.

¡Ultima noche que la hermosa muerta
Pasaba en ese hogar de que fué encanto;
Se iba, y dejaba en la mansión desierta,
Sólo un recuerdo de perpetuo llanto!

Se iba, y dejaba á sus pequeños hijos
De sus besos de amor sin el consuelo;
Y ellos, por siempre en su recuerdo fijos,
Sólo han de conocerla allá en el cielo.

Acaso era ilusión; pero á medida
Que en las alas del tiempo se acercaba
La hora de la eterna despedida,
Más doliente su rostro se mostraba.

¿Por qué ya al separarla el nuevo día
De los que fueron luz de su existencia,

Tan triste su expresión aparecía?
¿También los muertos llorarán la ausencia?

Disipada por fin la noche obscura,
Ese sol que da vida á cuanto existe
Vino á alumbrar su tétrica hermosura.
¡Cuán alegre la aurora, ella cuán triste!

Despertó la ciudad á los albores,
Volviendo á sus pesares y á sus gozos:
Afuera, de la vida los rumores;
Adentro, de la muerte los sollozos.

¡Y todo despertó con nueva vida
Cuando en Oriente el sol lució risueño,
Y ella tan sólo, pálida y dormida,
No despertó de su tranquilo sueño!

Los que inerte llorando la veían,
Soñaban con la eterna venturanza;
Todos algo sublime poseían:
¡Ella los cielos, ellos la esperanza!

II

ACELERACION.

(Wals de Strauss.)

Era noche de llanto y de tristeza;
En su fúnebre lecho la ví inerte;
No podía olvidar esa belleza
Melancólica y dulce de la muerte.

Desdeñaba en mi pena á la insensata
Multitud, que contenta se reía;
Y el rumor de la alegre serenata
A mis oídos plácido venía.

Indiferente y frío
Seguí cruzando con doliente calma;
Y me sacaron de éxtasis sombrío,
Las notas que cayeron cual rocío
En las flores marchitas de mi alma.

Eran de Strauss, mágico que vive
Creando de armonías un tesoro,
De ese poeta-músico que escribe
Con pardas brumas y con rayos de oro.

Es un extraño wals, triste y alegre,
Que á un tiempo llora y ríe,
Que me recuerda, en su variado encanto,
Una mujer hermosa que sonríe,
Con los ojos bañados por el llanto.

Tiene notas veloces como el vuelo
De un sér á los espacios infinitos;
Viaje de una alma que al llegar al cielo
Es recibida con alegres gritos.

Vago turbión de notas desatadas,
Veloces, sutilísimas, ligeras,
Cual las de ángeles rápidas bandadas
Que triunfantes recorren las esferas.

Yo pensaba en el alma refulgente
Que acababa de alzar su vuelo blando,
Y la veía en mi delirio ardiente
Por los cielos cruzar, rauda volando.

Y las notas de Strauss semejaban,
Ligeras y argentinas,
Ecos perdidos que hasta mí llegaban
De misteriosas músicas divinas.

Y del alma los ojos
Bañados por la luz de la esperanza,
Veían en su anhelo
Un grupo luminoso en lontananza
Rápidamente levantarse al cielo.

Si una alma pura vuela
Al reino de la paz y la alegría,
Va dejando en su tránsito una estela
De perfume, de luz y de armonía.

Mas las notas alegres y sonoras
En tristes se trocaron con presteza,
Y las oí sonar desgarradoras,
Como un hondo gemido de tristeza.

Aquellas notas raudas y tranquilas
Presto se hicieron lentas y dolientes,
Como en las antes plácidas pupilas
Brotan de pronto lágrimas ardientes.

Sonaron dolorosas en mi oído
Cual postrer ¡ay! que el moribundo lanza,
Como el último adiós de un sér querido,
O el eco de un dolor sin esperanza.

Si las notas primeras me fingían
La llegada triunfal de una alma al cielo,
Las últimas los ayes parecían
De los que la lloraban en el suelo.

Y al mágico poder de la armonía,
Llena el alma de angustia y de cariño,
Desbordada sentí mi pena impía,
Y me quedé llorando como un niño.

Desvanecida mi visión tan pura,
Otra vez en su lecho la ví inerte;

De nuevo me agobió con su amargura
La inmensa pesadumbre de la muerte.

Murió! Cuando en mis horas de tristeza
Gozo de mis recuerdos con la calma,
Viene su melancólica belleza
A conmoverme en lo íntimo del alma.

Recordar esas notas me extasía
Y vierto el lloro que consuela tanto.
¡Bendito el que ha creado la armonía
Y bendito el Señor que nos dió el llanto!

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

I

FILANTROPIA.

Un filántropo del día,
Hombre de mucho dinero,
Y ante él, infeliz obrero
Que de hambre se moría.
"Fueron vanos mis afanes
Yendo del trabajo en pos;
Una limosna, por Dios!"......
"Yo no mantengo holgazanes!"......
"Ved que convulso me agito;
Tengo una ténia"......
"No es broma?
Pues tome un duro, y que coma
Ese pobre animalito......"

II

LA PALMA.

Al pie de enhiesta palma
Raquítico crecía
El césped, vanidoso
Cual los enanos son;
Y viendo á la procera,
Con honda antipatía,
Le dijo, haciendo esfuerzos
Para engrosar la voz:

"Te elevas, y en tu orgullo
Me miras con desprecio,
Porque levanto apenas
La frente en mi humildad;
Mas Júpiter castiga
En tí el orgullo necio:
Su rayo te destroza,
Mientras que á mí, jamás!"......
Y contestó la palma
Concisa y elocuente:
"Naciste para el suelo,
Para el espacio yo;
Y en muerte como en vida
Nuestro hado es diferente:
A tí te mata un asno,
A mí me hiere Dios!"

III

EL ASNO.

Miraba un caballo á un burro
Y díjole con desprecio:
No te acerques á mí, necio,
Villano, imbécil, cazurro,
Que se ofende mi decoro
Estando en tu compañía;
Tú eres plebe, yo hidalguía,
Tú eres cobre, yo soy oro.
Somos los dos oro y cobre,
Dijo el sesudo borrico;
Tú eres el asno del rico,
Y yo el caballo del pobre.

IV

LA ESTATUA.

Fidias exhibe ante la ilustre Atenas
Soberbia estatua, en que parece el fuego
De la vida correr entre las venas;
Asombrosa creación del arte griego.

Y la entusiasta multitud le aclama,
Bendice el numen que al autor inspira;
"Hijo de Apolo," con amor lo llama,
Y como á un dios en su pasión le mira.

Al ver el triunfo que el artista alcanza,
Felamén, el de Paros, envidioso,
Hasta la estatua con furor avanza
Y dice al pueblo, adusto y desdeñoso:

No así lo celebréis, ¡oh gente fatua!
No así le discernáis la gloria entera!
Que si Fidias la forma dió á la estatua,
El mármol lo saqué de mi cantera! . . . .

V

EL POEMA DE LA MAR.

(Fragmentos.)

I

Falta luz, falta aire, falta vida
En tu ciudad, que envuelve la montaña;
Prefiero á esos palacios mi cabaña
En la marina roca suspendida.

Monótona igualdad no interrumpida
La que presenta siempre ese paisaje:
Es el mismo verdor en el follaje,
Es la misma colina, el mismo lago,
Es el mismo rumor débil y vago,
Es la misma beldad y el mismo traje.

¿Cómo puedes vivir donde Natura,
Cual un cadáver, en silencio duerme,
Sin anhelos, sin lucha, fría, inerme,
En la que nunca la pasión fulgura;
Que ni tiene esos raptos de locura,
Ni el encanto imprevisto del acaso,
Ni el desmayo del sol en el ocaso,
Ni de ciego furor el paroxismo,
Ni la amenaza oculta del abismo,
Como la mar, donde mi vida paso?

¡La mar, la mar! Coqueta sonriente
Que á todos nos ofrece sus amores,
Que nos arrulla en lánguidos rumores,
O nos atrae en vértigo inclemente,
Ora avara, después munificente;
Ya insensible, después voluptüosa;
Ya se muestra irascible, ya medrosa....
¿Quién puede resistir, diosa divina,
Tus promesas de ardiente concubina,
Y tus caricias tímidas de esposa?

¡La mar, la mar!.... La lúbrica bacante
Que exhala de pasión perenne grito,
Y en su embriaguez se lanza al infinito
Para abrazar á su anhelado amante,
Y luego se desploma palpitante;
Con su honda queja los espacios llena;

Su cólera desata ó la refrena,
Y en su lucha constante y repetida,
Desmelenada y ciega y desceñida,
Va á la playa á morir sobre la arena.

II

Ven, amigo, á la mar. La dura pena
Que en las ciudades nos destroza el alma,
La mar mitiga. Con su augusta calma
El abatido espíritu serena.
Ven, amigo, á la mar; grata faena
Hará más descansado tu reposo;
Allí sobre el abismo bullicioso,
La mano en el trabajo se encallece
Y el espíritu, en cambio, se ennoblece,
Y el corazón se vuelve generoso.

Ven, amigo, á la mar, la soberana
Creación que concibió Naturaleza.
¿Quién contemplando su eternal grandeza
Puede pensar en la miseria humana?
No en la costa hallarás la cortesana
Adulación que en la ciudad descuella,
Ni de la envidia la luctuosa huella;
Que si el marino es rudo compañero,
En su odio y su amor siempre es sincero,
Y al dar la mano, el corazón va en ella.

Ven á la mar, que es de esperanza emblema.
Al oir de sus ondas la armonía
Darás tregua al dolor, y tu elegía
Se ha de trocar en épico poema.
Ella es de inspiración fuente suprema....
Yo soy gaviota de medroso vuelo,

Y al verla puedo abandonar el suelo;
Un poeta, cual tú, de regias galas,
Que ostenta del condor las recias alas,
Cantando al mar, se elevará hasta cielo!

OVIDIO ZORRILLA.

I

A LIDIA.

Adiós, mi dulce amiga;
Del infortunio en alas,
Al fin mi adversa suerte
De tus amantes brazos me separa.

Adiós....! Aun la memoria
De mi pasión infausta,
Borrar pueda la ausencia
Y tu alma virgen á la paz renazca.

Pueda voluble el tiempo
En fáciles mudanzas,
De tus amantes cuitas
La hiel trocar en venturosa calma.

Yo solo ¡ay triste! apure
De esta honda angustia el ansia,
Y delirando guarde
En mi mente tu imagen adorada.

Yo solo del olvido
Huya la dicha vana,
Y siempre á tu recuerdo
Tributo sean mis acerbas lágrimas.

Y cuando de mi vida
En la pendiente ingrata,
Rendido á mis dolores
Bajo su peso imponderable caiga;

Cuando el ciprés funesto,
En triste lontananza,
A mis cansados ojos
La sombra ofrezca de sus mustias ramas;

No tema, no!.... Sereno
A la feliz morada
Camine, do la muerte
Con blando ceño á lo inmortal me llama.

Promesas misteriosas
Me finja la esperanza;
Y bendiciendo muera
De mi imposible amor la dulce causa!

II

A LA MEMORIA DE DIEGO BENCOMO.

Al fin, mi caro amigo,
Tras lidia tormentosa,
Descansas sosegado
De los llorosos sauces á la sombra.

Al fin tras la borrasca,
Sereno el mar, sus ondas
El apacible y dulce
Azul hermoso de los cielos toman.

Al fin la peregrina
Ave cansada, ansiosa,
El vuelo fatigado
Sobre el florido manantial acorta.

¡Feliz, pues ya tu espíritu
Su sed devoradora
Calmó en la fuente augusta
Que descendió del Paraíso al Gólgota!

Sí, que el Pastor divino
Las hubo en guarda todas,
Y fuiste tú su oveja,
Y no habrá de perderse ni una sola!

Y pues del error triste
Y la maldad odiosa,
Los antros miserables
Dejaste por tu bien en feliz hora;

Pues no ya el torpe aullido
De las pasiones locas,
A tu conciencia mueve
Guerra feroz en íntima congoja;

¡Dichoso tú en el puerto,
Ya libre de zozobras!
¡Dichoso tú en la tumba,
Absorto en la verdad, firme en la gloria!

FIN.

INDICE.

POETAS MUERTOS.

(ORDEN DE ANTIGÜEDAD.)

POETAS VIVOS.

(ORDEN ALFABÉTICO.)